This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

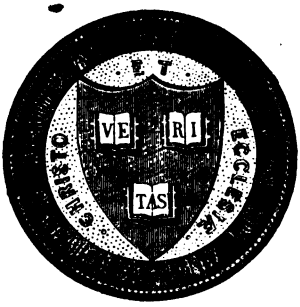
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5786.2



Harvard College Library

FROM

JAMES RUSSELL LOWELL,

Class of 1838.

Received June 29, 1885.

Arab. fr. 281.

OBRAS COMPLETAS

DE

FIGARO

(DON MARIANO JOSÉ DE LARRA).

TOMO III.

C.

MADRID.

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NUM. 6.

1843.

~~IV, 2005~~
Span 5786.2

1885, June 19.

Gift of

James Russell Lowell,

of Cambridge.

COLECCION

DE

ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍLICOS Y DE COSTUMBRES,

PUBLICADOS

EN LOS AÑOS 1832, 1833 Y 1834 EN LA REVISTA ESPAÑOLA Y EL OBSERVADOR.

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Es cosa que daria que hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el orígen de la voz *calavera* en su acepcion figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designacion del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepcion picaresca es de uso moderno. La especie sin embargo de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibiades era el *calavera* mas perfecto de Atenas: el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso mas que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto: César, marido de todas las mugeres de Roma, hubiera pasado en el dia por un escelente *calavera:* Marco Antonio echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podia ser mas que un *calavera;* en una palabra, la suerte de mas de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en

vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofia, como un cuadro de costumbres privadas, se veria probada aquella verdad, y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarian una clave de muy verosimil y sencilla esplicacion en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por mas mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relacion puede existir entre un *calavera* y una *calaverada*. ¡Cuánto esceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para pocas cosas se necesita mas talento y buen juicio que para ser *calavera*.

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehuso esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y asi solo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defiendo se harán cargo de lo dificil que me seria darme á entender valiéndome para designarlos de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerian, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendria á ser inútil la descripcion que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, mas ó menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creido en alguna muger, quién no se ha dado malos ratos algun dia por ella, quién no ha prestado dinero, quién no lo ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa en fin?... Todos lo somos; pero asi como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no es-

tá en armonía con la de los mas, asi solo se llama *calaveras* á aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es dificil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo comun de donde parten, y en rigor solo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reunen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.° El *calavera* debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los mas: entiéndase esto bien; *talento natural:* es decir, no cultivado. Esto se esplica: toda clase de estudio profundo, ó de estensa instruccion, sería lastre demasiado pesado que se opondria á esa ligereza, que es una de sus mas amables calidades.

2.° El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprension*. No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprension* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace mas que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, mas para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinion, saliendo de él mas depurados. Es un espectáculo cuyo telon está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y á Dios teatro. Sabido es que con mucha aprension no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprension*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera*. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamas. Seria tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico*.

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educacion ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversacion va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia; la querida, que es manola, condicion *sine qua non*, y la navaja, que es grande: por un quítame allá esas pajas le da hon-

rosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre estan ocupadas: ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja, ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al javalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es un señorito delicado, mas le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es el gato del *lechuguino*: asi es que éste le ve, con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí* en *qué se me da á mí*, pára en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladron en su condicion generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilizacion, y su cuna, su edad, su educacion, su profesion, su dinero, le subdividen despues en diversas castas. Las principales son las siguientes.

El *calavera lampiño* tiene catorce ó quince años, lo mas diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba alli cosa con cosa. Mientras que sus compañeros mas laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. A pesar de eso, el dia del examen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho répetia con osadía las cuatro voces tercas que habia recogido aqui y alli, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercia predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servia de blanco ó de pelota, se distinguia de los demas sombreros como él de los demas jóvenes.

En carnaval era el que ponia las mazas á todo el mundo, y aun las manos encima si tenian la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacia pasar á otro por el culpable, ó sufria en el último caso la pena con valor, y riéndose todavia del feliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*,

como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su mas tierna edad el gérmen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro habia perdido unos anteojos, que se habian encontrado en su faltriquera: el rapé de otro habia pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrian bufando los corredores con gran risa de los mas juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas habia quedado un dia enganchada en un sillon, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbacion de un problema que estaba por resolver. Aquel dia no se despejó mas incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro habia volado: y como sus padres se convencieron de que no habia forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aqui fecha la libertad del *lampiño*. Es el mas pesado, el mas incómodo: careciendo todavía de barba y de reputacion, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atencion, privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oirle hablar de las mugeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj como si tuviera que hacer: contar todas sus acciones del dia como si pudieran importarle á alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenia una cita: á las diez se vino á encargar el billete para la ópera, porque hoy daria cien onzas por un billete; no puede faltar. ¡Estas mugeres le hacen á uno hacer tantos disparates! A media mañana se fue al villar; aunque hijo de familia no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que mas suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera. El villar es su elemento; los intérvalos que le deja libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mugeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazon femenino. A veces el *calavera-lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar, es mas cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si

bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que alguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafio; si éste acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-lampiño*. Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los gefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una charretera, y si se encuentra, ya es un hombre hecho.

Aqui empieza el *calavera-temeron*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma mas de lo que hubiéramos querido, y de aquella que para un periódico convendria: ¡tan fecunda es la material Por tanto nuestros lectores nos concederán algun ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad si alguna tienen.

LOS CALAVERAS.

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSION.

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temeron*. Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fue bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano: pero no existe entre uno y otro mas que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y mas importante de lo que parece; el uniforme ya es la mitad. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temeron*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano,

salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este trage es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se traslluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temeron* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cervatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detras de dos ó tres amigos, que fingen discurrir seriamente.

—Aquel viejo que viene alli: ¡mírale que serio viene! —Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno!—Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no mireis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco: el acometido se pára, se quita el sombrero, lo examina.

—¡Ahora! dice la turba.—¡Pum! otra en la calva. El viejo da un salto y echa una mano á la calva; mira á todas partes... nada.

—¡Está bueno! dice por fin, poniéndose el sombrero; algun pillastre... bien podia irse á divertir...

—¡Pobre señor! dice entonces el *calavera*, acercándosele; ¿le han dado á usted? es una desvergüenza... ¿pero le han hecho á usted mal?...

—No señor, felizmente.

—¿Quiere usted algo?

—Tantas gracias.

Despues de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubria.... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa mas que en alejarse. Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa mas risa que la estrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada mas natural.

El *calavera-temeron* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite mas abandono en la risa de los amigos, y es el mas oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco espuesto.

A veces se dispara la cervatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confin de la acera, y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él, y le da un pisoton; el otro entonces le dice: *perdone usted*; y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos.—Pepe, esclama: *¿cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres!* Y lo mira: el hombre, todo aturdido, duda si es un conocido antiguo.... y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa:—¡Ah! usted perdone, dice retirándose el *calavera:* creí que era usted un amigo mio...—No hay de qué.—Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa mas parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla.—¿Quién es?—Dígame usted, pregunta el *calavera*, ¿tendria usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera*, asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole:—Retírese usted; la noche está muy fresca, y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta.—¿Quién? pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcon medio desnudo.—Nada, contesta: soy yo, á quien no conoce, que no queria irme á mi casa sin darle á usted las buenas noches.—¡Bribon! ¡insolente! Si bajo...—A ver cómo baja usted; baje usted: usted perderia mas: figúrese usted donde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Con que buenas noches: sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: solo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cria á su al rededor constantemen-

te una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: estos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire mas decidido, el sombrero mas ladeado, la corbata mas *negligé*: sus hazañas son mas serias; este es aquel que se reune en pandillas: semejante á la *langosta*, de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero como ella no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el dia no es de lo mas en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concurre á los bailes llamados de *candil*, donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la llegada de la policía, y despues de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover tambien su cipizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga;* se va para él, y le aplica un bofeton: de diez hombres que reciban bofeton, los nueve se quedan tranquilamente con él: pero si alguno quiere devolverle, hay desafio; la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente: este es el dificil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al dia siguiente lo tendrá con otro que no le mire: este es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar: este es el que talla y apunta con furor: es jugador, griego nato, y gran villarista ademas. En una palabra, este es el venenoso, el *calavera-plaga*: los demas divierten; este mata.

Dos líneas mas allá de este está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego; el *calavera-tramposo*, ó trapalon, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, &c., &c.; pero estos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demas. No los reconocemos.

Solo tres clases hemos conocido mas detestables que esta; la primera es comun en el dia, y como al describirla habriamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no haremos más que indicarla. Queremos hablar del *calavera-cura*. Vuelvo á pedir perdon;

pero ¿quién no conoce en el dia algun sacerdote de esos que queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el estremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustracion empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre al rededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo parage profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de...? Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el mas timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crímen mas hediondos. Vale mas ser cura carlista de buena fé.

La segunda de estas aborrecibles castas es el *viejo-calavera*, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin órden, sin casa, sin método... el jóven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus ventanas; el *viejo-calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus pies: sin embargo, este es el único á quien cuadraria el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, és la *muger-calavera*. La muger con *poca aprension*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto le hermosea, cesa de ser muger para ser hombre; es la confusion de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza; ¿qué deja para nosotros? La muger, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Despues del *calavera-temeron* hablaremos del *seudo-calavera*. Este es aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera*: es género bastardo, y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera-mosca*. *Rien n' est beau que le vrai*, ha dicho Boileau, y en esta sentencia se encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando por fin á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro en un ligero bosquejo de la mas delicada y esquisita, es decir, del *calavera de buen tono.*

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilizacion, el emblema del siglo XIX. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introduccion en ella, ha recibido una educacion esmerada: dibuja con primor y toca un instrumento: filarmónico nato, dirige él aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la más graciosa, ó á la mas sentimental: mas de una mala cantatriz le es deudora de su boga: se rie de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra: reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso mas crítico, y del cual se va temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble anteojo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temeron,* pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pie: habla el francés, el inglés y el italiano: saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres: sabe casi de memoria á Paul de Koc, ha leido á Walter Scot, á D'Arlincourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-le-Brun, mienta á Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa, y tiene *salidas.* Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas.* Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que él se ha visto, solo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia, tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresion es la mejor de esta suerte y todos pueden quedar riendo y diciendo ademas de él *¡Qué cabezal ¡Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple pala-

bras; pero de él es de quien se dice: *¡Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas* es libre, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una muger, cuando otro es insolente, él es solo atrevido, amable; las bellas que se enfadarian con otro, se contentan con decirle á él: *¡No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser mas loca todavia.

Dichoso aquel á quien llaman las mugeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l'enfant gaté* de la sociedad y de las hermosas.

Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos, mariposa ligera vuela de flor en flor. Tiene algun amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero intrigas de peligro y consecuencia: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, solo toma su valor de su curso y circulacion, y por consiguiente no se adhiere á una muger sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podria hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creería falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algun escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una muger arruinada por él, es un mérito contraido para con las demas. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mugeres; por el contrario las mugeres son las víctimas del *calavera*. Dígasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de este es la edad misma; una posicion social nue-

va, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira magestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces, con crecidos intereses las letras que él contra sus antecesores girára.

Solo una observacion general haremos antes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que estas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* de *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colon perece víctima del furor de su gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleon es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecia: la intentona de aquel y la insubordinacion de este hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido mas que dos *calaveras*. Por el contrario, en el dia estan sentados en gran libro como dos *grandes hombres: dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres: sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?... Porque tal es la *opinion pública*.

MODOS DE VIVIR

QUE NO DAN DE VIVIR.

OFICIOS MENUDOS.

Considerando detenidamente la construccion moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas ó carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y escesos de los demas: los curas, que fundan su vida temporal sobre

la espiritual de los fieles: los militares, que venden la suya con la espresa condicion de matar á los otros: los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa; los nacidos propietarios, que viven de heredar: los artistas, únicos que dan trabajo por dinero: &c., &c.: y todavia quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su númro en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del ricó. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias á la manutencion de una familia, son mas bien *pretestos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir:* los que los profesan son no obstante como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener á primera vista grande importancia, rotas ó separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre á la cola de las pequeñas necesidades de una gran poblacion, y suelen desempeñar diferentes cargos, segun el año, la estacion, la hora del dia. Esos mismos que en noviembre venden ruedos ó zapatillas de orillo, en julio venden horchata: en verano son bañeros del Manzanares: en invierno cafeteros ambulantes: los que venden agua en agosto, vendian en carnaval cartas y garbanzos de pega, y en navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institucion de San Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introduccion á los demas, es decir el oficio de exámen, y el mas fácil: quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podria en todo tiempo tranquilizar á cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atencion á lo dificil que es obtener hijos sin prévios padres, pero no porque hubiese datos mas positivos) se esparcian por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducian á una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abun-

dante provision: á la luz de la filosofia, debian tener cierto valor; cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero. Desgraciadamente un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicársele á sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto á los demas, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, segun lo maltratado, la imágen de la justicia, y cuya profesion es dar *higos* y *pasas* por *hierro viejo*; el otro que siempre detras de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra... *palomina:* capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender despues, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga mas familia; el que vende *alpiste* para *canarios*, el que pregona *pajuelas*, &c., &c.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la trapera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada, y aun mas comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trapera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante tambien á la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar asi á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atencion á que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decia, sacando de cada parte solo el jugo que necesita: repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los mas recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de mas decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sesto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto esquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces por un sentimiento simultáneo, por una relacion simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil, no bien

es encontrado, ya está en el cesto. La trapera por tanto con otra educacion seria un escelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: hé ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditacion, á la contemplacion de la muerte, de que es viva imágen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la trapera con la muerte: en ella vienen á nivelarse todas las gerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervantes y Avellanada: allí como en un cementerio, vienen á colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reunen por única vez las poesías, releidas, de Quintana, y las ilegibles de A.***: allí se codean Calderon y C.***: allá van juntos Moratin y B.***. La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.* Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre: ¡de cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡de cuántos banderos la segunda!

El cesto de la trapera, en fin, es la realizacion, única posible, de la fusion, que tales nos ha puesto. *El Boletin de Comercio y la Estrella, la Revista y la Abeja,* las metáforas de Martinez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Asi como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecia, asi la trapera no es nunca jóven: nace vieja: estos son los dos oficios estremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó á la mortificacion de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la muger para el hombre, y el escribano para todo el mundo, asi crió en sus altos juicios, á la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese ser, con todo ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la trapera por lo regular (antes por supuesto de serlo) ha sido jóven, y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera oscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo; y éste la hubiera sostenido. Por desdicha era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer; perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó á naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballerete fue de parecer de que no eran naranjas lo que debia vender, y le compró una vez por todas todo el cesto; de allí á algun tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trages y costumbres, la recomendó eficazmente á una modista; nuestra heroina tuvo diez años felices de modistilla; el pañuelo de labor en la mano, el *fichu* en la cabeza, y el galan detras, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó á ser prima de un procurador (de la curia), que como pariente, la albajó un cuarto; poco despues el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro; esta fue la época de su apogeo y de su gloria; de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entonces empezó á bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luego mudó de barrios hasta el hospital; la vejez, por fin, vino á sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades; el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fue la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana:

¡Ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!

Llena por consiguiente de recuerdos de grandeza, la trapera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica estraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al dia y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distincion, alguna mirada de cuando en cuando... algun... nada. Pero ni una contestacion de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daria la vida por un harapo de su señora.

¡Ah! ¡mundo de dolor y de trastrueques! La trapera es mas feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo!!! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera: por fin, sale y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos á su misma vista, el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntacion antigua de la ropa dada á la lavandera, todo de su letra (la cosa mas tierna del mundo), y una gola de linon hecha pedazos... ¡Una gola!!! Y acaso el borrador de algun billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca; el corazon te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la trapera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa asi nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripcion á la trapera entre todos los demas menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lújo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, é íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era dificil no destinarle algunos párrafos mas.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es indudablemente el del *zapatero de viejo.*

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; alli tiene una especie de gruta, una socavacion subterránea, las mas veces sin luz ni pavimento. Al rayar del alba fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banqueta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra mas pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menage*, el cajon de las lesnas á un lado, su delantal de cuero, un cal-

zon de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de estender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada, cualquiera al verla creeria que quiere decir: «*aquí se estropean botas.*»

No puede establecerse en un portal sin prévio permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazon tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente: la del segundo, en vista de esa primera proteccion, no quiere chocar con la señora condesa: los demas inquilinos no son siquiera consultados. Asi es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero á lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como una alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcon ó una puerta; pero se parece á la yedra y á la muger; abraza para destruir. Es la víbora abrigada en el pecho: es el raton dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora á que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con tiento, cuando sube tal ó cual caballero: ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinacion del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicoleos á toda criada que sale y entra, y se granjea por tanto su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y esterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué

hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie escapa. Para darle mas estension, es siempre casado, y la muger se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistenta*; es conocida por tal en el barrio: ¿se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la muger del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil recados, en fin, estraordinarios? La muger del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la muger se reunen y hacen fondo comun de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él sobre cualquier friolera le pega una paliza, y hasta el dia siguiente. Esto necesita esplicacion: los artesanos en general no se embriagan mas que el domingo y el lunes, algun dia entre semana, las pascuas, lo dias de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los dias: esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se sube á las espaldas de la muger: es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos que enredan en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, muger, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *observe usted quién entra y quién sale de mi casa.* A la vuelta ya sabe quién debe solo decir que ha estado, *ó habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento...* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolucion, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galan no

puede entrar en la casa, y es preciso que alguien entregue las cartas: el zapatero es hombre de bien, y por tanto no hay inconveniente: el zapatero puede ademas franquear su cuarto, puede... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores, y los que persiguen á su muger de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazon tan firme para no aficionarse sino á los que mas pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de en frente, adonde ha ido un momento á echar un trago: semejante á la araña, tiende la tela en el portal y se retira á observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar desechos... pero éste regularmente es un ladron encubierto que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparacion con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aun una historia particular, que les harismos si no temiésemos fastidiar á nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho mas: la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, á cuarto la pieza: la mercadera de *torrados* de la Ronda: el de los *tirantes y navajas*: el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina: los comparsas del teatro, condenados eternamente á representar por dos reales, barbas, un pueblo numeroso entre seis ó siete: el infinito *corbatines y almohadillas*, que está en todos los cafés á un mismo tiempo; siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera: el barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda: esa multitud de *corredores de usura* que viven de llevar á empeñar y desempeñar: esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando dias y enhorabuenas á gentes que no conocen: esa muchedumbre de maestros de lenguas á 30 reales y retratistas á 70 reales:

todos los habitantes y revendedores del rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios? *Esas casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo... pero, no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto á costumbres y menudos oficios acaso son los mas picantes los que es forzoso callar: los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningun *oficio* reconozco *mas á menudo*, y sirva esto de conclusion, ningun *modo de vivir que dé menos de vivir*, que el de escribir para el público, y hacer versos para la gloria: mas menudo todavia el público que el oficio, es todo lo mas si para leerlo á usted le componen cien personas, y con respecto á la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

LA CAZA.

Los tiempos en que la caza era á un mismo tiempo la ocupacion y la diversion de nuestros reyes y nuestros nobles, quedan ya bien lejos de nosotros: aquel sin número de empleados destinados á ese ejercicio que llenaban el palacio han desaparecido, dejando solo tras sí algun nombre que otro, alguna denominacion, fuera en el dia de su lugar. La invencion de la pólvora fue sin duda uno de los primeros golpes, casi mortales, para la antigua manera de cazar. ¿A qué mantener y educar costosamente varios halcones, cuando una menuda bola de plomo puede hacer en menos tiempo y sin precisa enseñanza el mismo camino? Las revoluciones, que han dejado apenas á los reyes tiempo para serlo, han venido despues á dar á ese ejercicio el último golpe de cachete; los sotos se han descuidado; las costumbres estrangeras se han introducido, y los teatros, los bailes, los cafés, el juego, los clubs y los periódicos han sustituido enteramente á aquella azarosa distraccion. En otros paises no han sido bastantes todas esas causas á destruirla; en Inglaterra, por ejemplo, magníficos parques, sostenidos y cuidados con el mismo esmero que todas las cosas inglesas, ofrecen aun abundante caza á los *gentlemen*, que dedican á

sus locas batidas una estacion del año. En Alemania no es menos la aficion, y en algunos otros puntos de Europa, como en el Tirol, se encuentran en punto á caza tiradores de sorprendente habilidad.

Entre nosotros Cárlos IV ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre en sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversion en la cual ya no tenian á quien remedar: en España, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos; pero no hay *caza* propiamente dicha, y solo en algun rincon de provincia da todavia esta antigua aficion señales de ún resto de agonizante vida.

Una de las provincias á que esto puede aplicarse con mas razon es la Estremadura: destinada la mayor parte á dehesas para pasto, sumamente despoblada y cubierta de encinas, malezas y jarales, se puede decir que es casi toda ella un inmenso soto: agréguese á esto que no necesitando cultivo alguno ni laboreo la mayor parte de su terreno, gran parte de los hombres del pais no tienen mas modo de vivir que constituirse guardas de las dehesas de los señores, ó darse ellos mismos á la caza, atropellando todos los respetos de la propiedad, que en ninguna otra provincia está mas desconocida, y haciendo la vida de los pueblos primitivos del hombre de la naturaleza: ni agricultura todavia, ni industria, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni bellas letras... caza para comer y cubrirse: hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras: la existencia y la fisonomía de estos seres son enteramente originales.

Al dejar Mérida el conde de ***, jóven de una ilustracion y un talento poco comunes en su edad, de un patriotismo que ha probado en varias ocasiones, y de un trato superior á todo elogio, en cuya compañia habia salido de Madrid, me invitó á pasar unos dias en una de sus mejores posesiones, famosa en el pais por la abundancia de caza mayor y menor que encierra. No llevando en mi viaje ni prisa, ni objeto determinado, siéndome del todo indiferente matar el tiempo en una dehesa, en Badajoz y fuera de España, y costándome por otra parte algun trabajo separarme tan pronto de una persona cuya amistad habia hecho para mí de un viaje árido un paseo delicioso, me decidí á admitir un convite que podia proporcionarme ademas una ocasion de estudiar la caza y los cazadores.

No tardamos en llegar al desierto que íbamos á habitar por algunos dias: una dehesa inmensa, empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y yerbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves, aves de todas especies y colores, todo esto junto, revuelto, y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, ahullando, bramando, cantando, una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de dia color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lucientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio: figúrese usted todo esto, añádale usted algun rebaño de ovejas y cabras trepando por la colina, tal cual vaca al parecer sin dueño, alguna yegua de un pastor seguida de sus potros, alguna mula, algun otro cuadrúpedo que no nombraré, diversas castas de perros, mastines, caseros y de caza, un gallinero en la cabaña de los guardas y un arroyo de cuando en cuando poblado de ruidosas ranas, y tendrá usted la representacion perfecta de la creacion.

La vivienda humana, la poblacion mas inmediata, está dos leguas, Ornachos, célebre en el pais por sus naranjas, que pueden realmente competir, sino en el número, en la calidad con las mejores de Valencia, de Andalucia y de Portugal. Tanto éste como los demas pueblos del alrededor son enteramente cazadores, lo cual no puede menos de resultar en grave perjuicio de la misma caza, que diariamente se disminuye, y que acabará por desaparecer del todo.

El aspecto de uno de esos hombres que viven de la caza, llamados vulgarmente *corsarios*, no es menos original que su lenguaje. Un mal sombrerillo gacho amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra de piel; calzon de paño burdo; polaina ó botin de cuero; sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado un pedazo de piel sin curtir, sujeto á la pierna con cordeles; una canana al rededor del cuerpo; un morral de piel; perdigonera y polvorin de cuerno y una escopeta sencilla, vieja, antiquísima, de cañon largo, de chispa, llena toda de remiendos y composturas, escopeta sin embargo que ninguno de ellos cambiaria por otra de

dos cañones y piston del mismo *Delpire*, y escopeta que jamás les falta. Barba crecida; las pestañas y las cejas comidas de la intemperie, las manos y la cara como las de las fieras que persiguen, curtidas, sin pasiones, sin sentimientos, sin espresion: seres de los montes, sus facciones parecen rayas indeterminadas semejantes á las de la corteza de los árboles. No pregunte usted á este hombre si hay rey ó reina en Madrid, si es carlista ó liberal; si no, si hay caza en el monte. Despues de su frugal almuerzo, el corsario se lanza fuera de su choza alguna vez con reclamo, mas comunmente con perro, tan fiero y tan campesino como él, y nuevo Robinson del monte, le recorre, le devasta, le saquea, y corre á vender al pueblo inmediato por siete ú ocho cuartos el fruto del sudor de un dia, que él nunca come, sea por hastío, sea por remordimiento. ¿Por remordimiento? Precisamente: no puedo hallar otro origen á la diferencia que el hombre establece entre matar hombres y animales que su infinito amor propio: sin embargo, hay animales que valen mas que hombres, y hombres que deberian darse la enhorabuena si no fueran mas que animales.

Pero llega el domingo, dia anhelado por los empleados de la ciudad inmediata. ¿Es una pascua? Mejor: la batida durará tres dias: el sábado por la tarde se ensillan los caballos, se hacen provisiones, y en marcha. Se convocan los mejores escopetas y corsarios, aquellos para darles *ojeos* en competente número y cubrir todos los *puestos*, y estos para dirigirlos y reconocer las *manchas* ó espesuras donde se alberga la caza. Aquella noche se pasa al hogar al rededor de una encina, oyendo al corsario mas esperimentado: él esplica la caza de la perdiz como la mas divertida y honorífica: la de los conejos al *aguardo* es pesada, y no se puede hacer sino á la madrugada y á la caida de la tarde: en tiempo de su cria; la mejor es la *chilla*: la *mancha* de la *tristeza*, que cae al oriente, es la mejor para liebres; en otro *manchon* hay venado ó *cochino*; pero ese no se puede cazar sin gran *recoba*, y todavia no se han traido todos los perros: él arregla los ojeos para el dia siguiente, y asainetea en fin su conversacion con el relato útil de mil anécdotas de caza, con la variedad de los lances de su vida.

A la mañana con la aurora todo el mundo está alerta: los corsarios y escopetas de pie y en rueda, hunden en un enorme caldero, despues de haberse santiguado, su cucha-

ra de cuerno sin mango, sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar á la mano y de esta á la boca; repetida esta operacion hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirije al sitio donde se va á dar la batalla: momento de confusion: nadie pide parecer, cada cual da el suyo: uno pide pólvora: otro perdigones, otro postas por si sale alguna res: en fin, se carga: los ojeadores, precedidos de un corsario, van á tomar la vuelta de la *mancha* ó espesura designada, y á rodearla, en tanto que los escopetas y cazadores, capitaneados por otro corsario inteligente, van á ocupar con el mayor silencio los puestos á la parte contraria: alli estátuas de sí mismos, y árboles entre otros árboles, esperan traidoramente á las víctimas, que ahuyentadas y encaminadas á ellos por los palos y las voces de los ojeadores, vienen á ofrecerse al tiro, no teniendo otra salida que los puestos. Apurada una mancha se pasa á otra, y asi sucesivamente. A media mañana se comen unas naranjas y se echa un trago: á las tres ó las cuatro se recoge la gente á la casa, y se devora con apetito parte de la mortandad de la mañana: con el bocado en la boca, y con todo el calor del sol, se vuelve á la caza, se cena, se sueña con la caza, hombres y perros, y al dia siguiente se repite la misma funcion.

Los escopetas y cazadores ejercitados matan; pero los aficionados principiantes ó se sobrecogen á la salida del *bicho* y pierden el momento favorable, ó se mueven y hacen torcer de su camino los animales maliciosos, ó tiran por fin demasiado pronto sin calcular el tiempo y la distancia, el vuelo recto de la perdiz, ó torcido de la paloma; en una palabra, no logran hacer dar á una liebre la vuelta de *campana*.

Concluida la batida se suman las piezas, se reunen las tropas, se cruzan apuestas sobre el número de vencejos que matarán en el pueblo el dia siguiente: hay quien se atreve á matar con bala, de doce nueve: se suceden las burlas y los denuestros entre los peritos y los pobres aficionados se muerden los labios de despecho, y se vuelven á la ciudad con una insolacion ó un tabardillo, la piel tostada, y con la perspectiva ante los ojos de los sarcasmos y de las chanzas de las damas que los esperan con impaciencia para vengarse de la soledad en que las ha dejado una diversion que por lo regular aborrece,

como una rival que les roba sus víctimas y adoradores.

El cazador generalmente es infatigable: á la larga le sucede siempre alguna avería, ó pierde un ojo ó un dedo, ó se rompe un brazo, y diariamente por lo regular se hiere y se estropea bregando entre la maleza: el sol y el aire, el agua y el frio le combaten, los peligros le cercan; pero todo ello es nada á sus ojos. Haya que matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida envidiable para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desnudo de ambicion y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la aficion á la caza es como el amor, que donde está ha de dominar. Es como ciertas enfermedades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo: el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él: en medio de su frenesí su podenco mismo entre las matas es un zorro: un compañero que bulle entre la jara es un ciervo: y el burro del ganadero que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe mas de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en faltarle alguna vez: su amigo perro es su querida, su compañera, su muger. En cuanto á las ventajas apelamos á todo cazador viudo. La verdad, ¿cuál cuesta menos? ¿cuál vale mas?

Se entiende que estas circunstancias solo corresponden al verdadero cazador, al cazador de batida, de ninguna manera al cazador de Madrid, que equipado de los pies á la cabeza de instrumentos de caza, seguido de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo, por la puerta de Atocha, con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta á los gorriones de la pradera del Canál, y se vuelve molido y sudado al anochecer, despues de haber tenido que comprar algun conejo y una caña de alondras para

á casa
volver, como suele el conde
de Toledo, vencedor.

Este simulacro de cazador le ha descrito ya mejor que pudiera yo hacerlo mi antecesor el *Curioso Parlante*, y le dejaré por lo tanto descansar sobre sus comprados laureles.

Despues de haber sufrido á la intemperie ratos que hu-

bieran sido muy pesados á no haberlos aligerado la compañía del conde, y de habernos ocupado seriamente unos cuantos dias en matar aquellos animales, que ni nos hacian daño, ni nos estorbaban, ni podian oponernos resistencia (si bien á mí me podia tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver á probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido, y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocacion, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

IMPRESIONES DE UN VIAJE.

ÚLTIMA OJEADA SOBRE ESTREMADURA.—DESPEDIDA Á LA PATRIA.

Por fin, debia dejar la España, pero bien como el que se separa de una querida á quien ha debido por mucho tiempo su felicidad, no podia menos de volver frecuentemente la cabeza para dar una última ojeada á esta patria donde habia empezado á vivir, porque en ella habia empezado á sentir.

Uno de los puntos que antes de mi partida se ofrecieron á mi vista fue Alange, pueblecillo situado á la falda de una colina, y en una posicion sumamente pintoresca: esta villa, que dista pocas leguas de Mérida, posee una antigüedad sumamente curiosa: un baño romano de forma circular y enteramente subterráneo, cuya agua nace alli mismo, y se mantiene en el propio estado en que debia de estar en tiempo de los procónsules; recibe su luz de arriba, y los habitantes, no menos instruidos en arqueologia que los meridenses, le llaman tambien el *baño de los moros*. (*Véase nuestro artículo sobre antigüedades de Mérida.*)

La colocacion de este baño hace presumir que los romanos debieron de conocer las virtudes de las aguas ter-

males de Alange. En el dia son todavía muy recomendadas, y hace pocos años se ha construido en el centro de un vergel espesísimo de naranjos á la entrada de la poblacion una casa de baños, donde los enfermos, ó las personas que se bañan por gusto, pueden permanecer alojados y asistidos decentemente durante la temporada. El agua sale caliente, pero no se nota en su sabor, ni en su olor, ninguna diferencia esencial del agua comun. Los naturales me refirieron una de sus primeras virtudes populares. Los arroyos y pequeñas charcas que se forman en el pais de las aguas llovedizas, crian infinitas sanguijuelas, las cuales se introducen muchas veces en la boca de las caballerías y las desangran: en tales casos parece que con solo llevar el animal, acometido mal su grado del régimen brusista, al manantial termal y hacerle beber del agua, los bichos sanguinarios sueltan la presa y dejan libre al paciente. En una nacion donde hay tanta sanguijuela, que como la de Horacio no se separa de su empleo, *nisi plena cruoris*, no parece inútil la publicacion de este sencillo modo de hacerles soltar la presa. Solo es de temer que no haya en todo Alange agua bastante para empezar.

Este pueblo, de fundacion árabe, posee ademas en lo alto de un cerro eminente los restos de un castillo moro, y á sus pies corre el Matachel, riachuelo ó torrente notable por la abundancia de adelfas que coronan sus márgenes.

Considerada la Estremadura históricamente ofrece al viajero multitud de recuerdos importantes y patrióticos, y hace un papel muy principal en nuestras conquistas del nuevo mundo; de ella salieron la mayor parte de nuestros héroes conquistadores. Hernan Cortés reconoce por patria á Medellin y Pizarro á Trujillo. Este último pueblo conserva un carácter severo de antigüedad que llama la atencion del viajero; los restos de sus murallas, y multitud de edificios particulares repartidos por toda la poblacion, tienen un sello venerable de vejez para el artista que sabe leer la historia de los pueblos y descifrar en sus monumentos el carácter de cada época.

Pero considerada la Estremadura como pais moderno en sus adelantos y en sus costumbres, es acaso la provincia mas atrasada de España, y de las que mas interes ofrecen al pasagero.

Si se esceptúa la Vera de Plasencia y algun otro punto,

como Villafranca, en que se cultiva bastante la viña y el olivo, la agricultura es casi nula en Estremadura. La riqueza agrícola de la provincia consiste en sus inmensos yermos, en sus praderas y encinares, destinados á pastos de toda clase de ganados. Antes de la guerra de la independencia y del decaimiento de la cabaña española, las dehesas eran un manantialde riqueza para el pais, y sobre esa base se han acumulado fortunas colosales. Aun en el dia, produciendo mas la tierra de las dehesas que la puesta á labor, facilmente se concibe que la provincia debe de ser sumamente despoblada; y reasumida la poca riqueza en unos cuantos señores ó capitalistas, resulta una desigualdad inmensa en la division de la propiedad. El sistema de las dehesas es sumamente favorable ademas á la caza, de suerte que el pobre no halla mas recurso que ser guarda de una posesion, cuando tiene favor para ello, ó darse á aquel ejercicio. Asi es que hay pueblos enteros que se mantienen como las sociedades primitivas, y que estan á dos dedos del estado de la naturaleza: ejercen su profesion asi en los terrenos de los *propios* como en los de pertenencia particular: en ninguna provincia puede estar mas desconocido el derecho de propiedad.

El hombre del pueblo de Estremadura es indolente, perezoso, hijo de su clima, y en estremo sobrio. Pero franco y veraz, á la par que obsequioso y desinteresado. Se ocupa poco de intereses políticos, y encerrado en su vida oscura, no se presta á las turbulencias. Animada en el dia la provincia del mejor espíritu por la buena causa, si no hará gran peso en la balanza liberal, tampoco ofrecerá un foco ni un asilo á los traidores.

La industria no existe mas adelantada que la agricultura: alguna fábrica de cordelería, de cinta, de paño burdo, de bayeta, de sombreros y de curtidos (sobre todo en Zafra) para el consumo del pais, son las únicas escepciones á la regla general: por lo demas tampoco sus habitantes echan mucho de menos sus productos; las casas, míseramente alhajadas, no admiten superfluidad ninguna: si se esceptúan las pocas habitaciones de algunas personas de dinero y gusto, que en los pueblos principales hacen venir de fuera á gran costa cuanto necesitan, se puede asegurar que la vivienda de un estremeño es una verdadera posada, donde el cristiano no puede menos de tener presente

que hace en esta vida una simple peregrinacion, y no una estancia.

Una vez conocido el estado de la agricultura y de la industria, facil es deducir de cuán poca importancia será el comercio. Encerrada entre Castilla la Nueva, Portugal y Andalucía, sin rios navegables, sin canales, sin mas caminos que los indispensables para no ser una isla en medio de España, sin carruages, ni medios de conduccion, ¿quién podria traer á una provincia despoblada, y acostumbrada á carecer de todo, sus productos, en cambio de los cuales solo puede ofrecer á la esportacion alguna lana (porque es sabido que los mas de los ganados que gozan sus pastos no son estremeños), algun aceite que envia al Alentejo, algun cáñamo, miel, cera, piaras de cerdos y embuchados hechos de este precioso animal? El comercio de importacion es casi nulo; y la esportacion se podria reducir á la que se hace de ganados en la feria famosa de Trujillo, y á la que practican sus célebres choriceros en los mercados de Madrid. En el mismo Badajoz está muy espuesto el viajero á no encontrar nada de lo que necesite; si desgraciadamente no lleva consigo cuanto puede hacerle falta, ni encontrará un sombrero de buena calidad, ni calzado bien hecho, ni un sastre regular, ni unos guantes, en fin, cosidos en la capital. Algunas producciones escelentes de su suelo, como son las frutas, entre las cuales se distinguen las naranjas, el melon y la zandía, solo pueden servir al consumo del pais.

La carrera de Madrid á Badajoz, principal camino de Estremadura, es una de las mas descuidadas é inseguras de España. En primer lugar no hay carruages; una endeble empresa sostiene la comunicacion por medio de galeras mensagerías aceleradas, que andan sesenta leguas en cinco dias; es decir, que para llegar mas pronto el mejor medio es apearse. Por otra parte son tales, que galeras por galeras, se les pudieran preferir las de los forzados; solo de quince en quince dias sale una especie de *coche-góndola* con honores de diligencia. Servida ademas esta empresa por criados medianamente selváticos é insolentes, no ofrece al pasagero los mayores atractivos; añádase á esto que por economía, ó por otras causas dificiles de penetrar, durante todo el viaje paran sus carruages en la posada peor de todo pueblo, donde hay mas de una.

En segundo lugar esas posadas, fieles á nuestras antiguas tradiciones, son por el estilo de la que nos pinta Moratin en una de sus comedias; todas las de la carrera rivalizan en miseria y desagrado, escepto la de Navalcarnero, que es peor y campea sola sin émulos ni rivales por su rara originalidad y su desmantelamiento; entiéndase que hablo solo de la que pertenece á la empresa de las mensagerías; habrá otras mejores tal vez; no es dificil.

En tercer lugar suele haber ladrones, y entre otras curiosidades que se van viendo por el camino (como por ejemplo el árbol en que fue ahorcado por su misma tropa el general San Juan en una época de exaltacion), mal pudiera olvidar los dos amenos sitios que se descubren antes de llegar á Mérida, comunmente llamados los *confesonarios*; el *grande* y el *chico*; nombre verdaderamente original; él solo es la mejor pincelada con que el escritor de costumbres puede pintar á un pueblo; nombre lleno de poesía y de misterio: nombre que vale él solo mas que una novela; nombre impregnado de un orientalismo singular, y á la vez térrible, sublime é irónico, dado por un pueblo religioso á un asilo de bandidos. Los confesonarios son dos hondonadas inmediatas, dos pequeños valles dominados por todas partes y protegidos de la espesura, donde los foragidos *confiesan* á los pasageros, donde los *pecados* son el dinero y la vida, y donde un *puñal* hace á la vez de absolucion y de penitencia. Niéguese á nuestro pueblo la imaginacion. Otros paises producen poetas. En España el pueblo es poeta.

Sobre la orilla izquierda del Guadiana, al O. y á una legua de la frontera de Portugal, se encuentra á Badajoz, antigua capital de la Estremadura, y residencia de sus reyezuelos moros. Esta plaza fuerte, cuyas fortificaciones ofrecen una rara mezcla de diversos sistemas de fortificacion ofrece al forastero en su mayor eminencia restos venerables de sus dominadores árabes: murallas, calles, casas, y hasta torres enteras, revelan otros tiempos y otras costumbres al viajero. A la parte del rio se ve el palacio llamado de Godoy.

Por lo demas Badajoz nada ofrece de curioso: ni una iglesia digna de ser vista, ni un cuadro en ellas de mediano pincel, ni una mala biblioteca, ni un colegio, ni un teatro, ni un paseo. No se puede llamar paseo á los árboles nacien-

tes del Campo de San Francisco, debidos al celo del general Anleo, ni al Campo de San Juan, pequeña plazuela en medio de la ciudad adornada de algunos árboles y bancos: ni teatro una especie de sala donde algunos aficionados, ó tal cual compañía ambulante, dan de cuando en cuando sus originales representaciones. La alameda de *Palmas* está abandonada por mal sana desde el cólera. El villar, el ejercicio de los Urbanos en el campo de San Roque, la retreta y dos ó tres cafés, son las distracciones de la poblacion. Hay una fonda llamada, si mal no me acuerdo, de *las cuatro naciones. Menos naciones y mejor servicio,* puede uno decir al salir de ella.

La amabilidad sin embargo y el trato fino de las personas y familias principales de Badajoz compensan con usura las desventajas del pueblo, y si bien carece de atractivos para detener mucho tiempo en su seno al viajero, al mismo tiempo le es dificil á éste separarse de él sin un profundo sentimiento de gratitud por poco que haya conocido personas de Badajoz, y que haya tenido ocasion de recibir sus obsequios y de ser objeto de sus atenciones.

La costumbre que en todos los pueblos se conserva de blanquear casi diariamente las fachadas de las casas, les da un aspecto de novedad y de limpieza singulares: no hay edificio que parezca viejo: en una palabra, en Estremadura la casa es un ser animado que se lava la cara todos los dias.

Para pasar á Portugal se sale de Badajoz por la puerta de Palmas, y se pasa el Guadiana sobre un magnífico puente. No llamándome la atencion nada en Estremadura, me decidí por fin á partir.

Era el 27 de mayo: el sol empezaba á dorar la campiña y las altas fortificaciones de Badajoz: al salir saludé el pabellon español, que en celebridad del dia ondeaba en la torre de Palmas. Media hora despues volví la cabeza: el pabellon ondeaba todavia: el Caya, arroyo que divide la España del Portugal, corria mansamente á mis pies: tendí por la última vez la vista sobre la Estremadura española: mil recuerdos personales me asaltaron: una sonrisa de indignacion y de desprecio quiso desplegar mis labios, pero sentí oprimirse mi corazon, y una lágrima se asomó á mis ojos.

Un minuto despues la patria quedaba atras, y arreba-

tado con la velocidad del viento, como si hubiera temido que un resto de antiguo afecto mal pagado le detuviera, ó le hiciera vacilar en su determinacion, espatriado corria los campos de Portugal. Entonces el escritor de costumbres no observaba: el hombre era solo el que sentia.

QUASI.

PESADILLA POLÍTICA.

Hay hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda; que se constituyen maniveles de la gran máquina en que los demas no saben ser mas que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece. Hombres fascinadores, como la serpiente, que hacen entrar cuanto miran en la periferie de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al esterior sobre los demas objetos y les da vida y color. Son los grandes mojones que el Criador coloca á trechos en la creacion para recordarle su origen: por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

¡Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tamurbec, Leon X, Luis XIV, Napoleon!!! ¡Dioses en la tierra! Sus épocas participaron de su energía y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres notables, que recorrieron como satélites su misma carrera. Despues de ellos nada. Despues del coloso los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atras una época que tendrá nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Despues del hombre grande, todo hombre es chico. Uno solo falta, y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ¡Y aun!!! Espirado el reino del hombre entran los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

¡Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos! ¡Si estaremos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí algo mas fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

—Ven conmigo, dame la mano. ¿Ves esa mancha enorme que se estiende sobre la tierra, y crece y se desparrama como la gota de aceite que ha caido en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los paises. Cada cual se apresura á traer aqui una piedra para contribuir al loco edificio. ¿No oyes ya la confusion de las lenguas? El inglés, el aleman, el español, el italiano, el... ¡Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasion se han tirado unos á otros á la cabeza los materiales de la grande obra; el suelo ha salido de madre como un rio de su alveo; las casas se han desmoronado... era el amago de la confusion, de la no inteligencia. ¡Una cadena nos pesa! dijeron: y en vez de añadir: ¡Fuera cadena! clamaron: ¡Otra que no pese! ¿*Risum teneatis?* El lobo los comia, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos á otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy estan como estaban.

Sube á lo mas alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido del siglo y de sus palabras, y oirás sobre todas ellas la gran palabra, la palabra del siglo.

—Lo que veo es los hombres muy pequeños; pero la distancia sin duda...

—¡Ba! De aqui no se ve mas que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusion óptica (esta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres, y que vés bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de Roquefort, no son hombres tales, sino palabras. ¿No oyes el ruido que se exhala de ellos?

—¡Ah!

—Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes, palabras-monstruos. Es el mundo. Donde veas un hombre, acostúmbrate á no ver mas que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba; tampoco. Despacio. Á veces en uno verás muchas palabras, tantas, que aquel solo te parecerá cien hombres; en

cambio otras veces, y será lo mas comun, donde creas ver cien mil hombres, no habrá mas que una palabra.

Mira las palabras de dos caras, palabras-bifrontes, Janos: son las palabras de honor, llamadas asi por apodo; segun te necesiten las verás del bueno ó del mal frente. Á su lado las *palabras-promesas*, *palabras-manifiestos*, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creidas; pero tan ambiláteras como las otras; *palabras-callos*, endurecidas, incorregibles, que han de arrancarse de raiz si han de dejar de doler.

¿Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se muerden, se baten, se matan...? Todo eso es la palabra *Honor*. ¿Ves ese sin número, muchedumbre armada, toda erizada y hostil? Lo llamais ejército, y no es mas que *ambicion; palabra-monstruo*, *palabra-puerco-espin*, llena de puas: *palabra-porcebe*, toda patas y manos. Mira qué de furiosos; teas encendidas, sangre, saqueo, confusion: todo ese ruido son nueve letras: *fanatismo*, *palabra-loco de atar;* sin embargo, nadie la ata.

¡Ah! Aqui viene la *palabra-arlequin*, la *palabra-camaleon.* ¡Qué de faces, qué soltura! todos corren tras ella: inútilmente. Mira cómo la quiere coger la *palabra-pueblo*, gran palabra. La primera tiene ocho letras, *libertad*. Siempre que el *pueblo* va á cogerla, se mete entre las dos la *palabra-promesa*, la *palabra-manifiesto;* pero la *palabra-pueblo* es de las que llamé palabras-contrahechas; ciega, sordo-muda, se deja guiar é interpretar, sin hacer mas que dar de cuando en cuando palo de ciego; como no ve, da ciento en la herradura, y ninguna en el clavo: por lo regular se da á sí misma.

Pero todo ese vano ruido se apaga y se confunde. ¡Sitio, sitio! ¡Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo. En ella se cifra nuestro siglo de medias tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras que reinan en figura de hombres y cosas por allá bajo, esta es en el dia la que reina sobre todas. CUASI. Ese es todo el siglo XIX. Obsérvala: á cada una de sus facciones le falta algo: no es mas que un perfil: ni está de pie, ni sentada. Vestida de blanco y negro, dia y noche. Mas breve: *palabra-cuasi*, *cuasi-palabra*.

Empecemos por aqui. Mira al suelo perpendicularmente. A tus pies está la Francia. Un pueblo *cuasi-libre* la ocu-

pa. En otro siglo hubiera hecho una revolucion entera: en este, y en su año 30, no ha podido hacer mas que una cuasi-revolucion; en el trono un cuasi-rey, que representa una cuasi-legitimidad. Una cámara cuasi-nacional, que sufre en el pais de nuevo una cuasi-censura, cuasi-abolida, por la cuasi-revolucion; un rey *cuasi* asesinado: una gran nacion cuasi-descontenta, y otra conmocion política cuasi-próxima.

¿Qué ves en Bélgica? Un estado cuasi-naciente y cuasi-dependiente de sus vecinos, mandado por otro cuasi-rey.

Mira la Italia. Tantos estados *cuasi*, como ciudades: *cuasi* presa del Austria. La antigua Venecia *cuasi* olvidada. Un supremo pontífice, en el dia *cuasi* pobre, y del cual *cuasi* nadie hace caso.

Vuélvete al norte. Pueblos *cuasi* bárbaros, regidos por un emperador *cuasi* déspota en un pais *cuasi* despoblado y desierto. En Alemania los pueblos *cuasi* mas civilizados con un gobierno *cuasi* absoluto, *cuasi* temperado por sus dietas, instituciones *cuasi* representativas. En Holanda, nacion *cuasi* toda mercantil y navegante, un rey *cuasi* rabioso, y cuyo poder *cuasi* se desmorona.

En Constantinopla mismo, un imperio *cuasi* agonizante, una civilizacion *cuasi* naciente, y un Sultan *cuasi* ilustrado, con costumbres *cuasi* europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio *cuasi* del mundo: un orgullo nacional *cuasi* insufrible; y otro *cuasi* rey que no decide *cuasi* nada, una mayoría *cuasi* wight. Un gobierno *cuasi* oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una *cuasi* nacion, con una lengua *cuasi* castellana, y recuerdos de una grandeza *cuasi* borrada. Un *cuasi* ejército, y una *cuasi* proteccion á España, de *cuasi* seis mil hombres, *cuasi* todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la Península (es decir, de la *cuasi-insula*), unas *cuasi* instituciones reconocidas por *cuasi* toda la nacion: una *cuasi-Vendée* en las provincias con un gefe *cuasi* imbécil: conmociones aqui y alli *cuasi* parciales: un odio *cuasi* general á unos *cuasi* hombres, que *cuasi* solo existen ya en España. Cuasi siempre regida por un gobierno de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algun dia. Por desgracia muchos hombres *cuasi* inéptos. Una *cuasi* ilustracion repartida por todas partes. Una *cuasi* intervencion, resultado

de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. El *cuasi* en fin en las cosas mas pequeñas. Canales no acabados: teatro empezado: palacio sin concluir: museo incompleto: hospital fragmento; todo á medio hacer... hasta en los edificios el *cuasi*.

Por último, tiende la vista por do quiera: una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios: reyes y pueblos, y el *cuasi* triunfante de ella y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi* reyes y *cuasi* pueblos. Época de transicion, y gobiernos de transicion y de transaccion: representaciones *cuasi*-nacionales, déspotas *cuasi* populares: por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disfrazado.

—¡Oh!! dejadme respirar, por Dios; estoy *cuasi* mareado.

—Plutarco ha dicho que los pueblos serian felices *cum reges philosopharentur, aut cum philosophi regnarent*. Respetando la opinion de Plutarco, yo me atreveria á decir que los pueblos no serán nunca felices, ni mas ni menos que los individuos que los componen. Pero pudieran al menos ser hombres y ser pueblos sino fueran en el dia *cuasi-nada*. Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que descuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Concluido este *cuasi*-sermon, cesé de oir; y á poco cesé de ver: dejado de la mano del ser fantástico que me sostenia sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusion de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pie y en coche corren las calles de la gran capital. Volví á ver los hombres de nuevo, grandes como no son; y abrí los ojos buscando mi Cicerone.

No ví nada, sino el gran *cuasi* por todas partes.

FÍGARO DE VUELTA.

Carta á un su amigo residente en Paris.

Puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen á los paises estrangeros, quise visitarlos solo por gusto, ó comodidad, á espensas propias, y campando por mi respeto.

CURIOSO PARLANTE. Panorama Matritense. *La vuelta de Paris.*

Madrid 3 *de Enero de* 1836.

Se vuelve á España desde Paris, querido amigo: es cosa probada, y lo que es mas, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado á cabo tan árdua empresa. Loco estoy del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superioridad de esos paises, la patria es para un español mas necesaria que una iglesia; ya sabes que á la vuelta de cada esquina se encuentran todavia una ó dos en nuestro pais, pues se tropiezan por las calles aun mas gentes que han vuelto de Paris. Por lo que hace á mí, no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Despues de darme por ello el parabien, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podias creer? ¿Eh? ¿A qué has de volver, decias? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A qué he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mio. Te confieso que nò lo puedo remediar. ¡Diez meses sin murmurar! ¿Fígaro diez meses sin curiosear los enredos de su barrio, sin hacer la oposicion á nadie, sin criticar á cómico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legítimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? Fígaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pie andaluz? ¿Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta al-

guna, embozado en la *nube* (1), sin ir al café del Príncipe, sin asistir á una sesion del Estamento; diez meses en fin, sin ver una real orden, ni columbrar un prócer? Eso es morirse, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué á mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro? Hombres hay aqui que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar despues de vivir; hombres que no pudieron llegar á saber en todo un Paris ganar un real, y que han hallado en Madrid á un dos por tres con que pasar una real vida. Y no te figures, no sirviendo y adulando á los demas, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué mas ciencia, ni qué mas industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde mas cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada mas parecido á un gobierno representativo que el que rige felizmente á España en nuestros dias? ¿Dónde hay telon que se parezca á un árbol, ni cómico que mas se asemeje á un príncipe, mas que lo que se parece un Estatuto á una Constitucion? Pues, Dios mediante, han de parecerse aun mas. En punto á camino de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, á mas no poder, venimos caminando desde que salimos ha dos años de la Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez á doña Maria de Alagon? (2).

¿*Por qué* me habia de volver? Por la misma razon, amigo mio, que de aqui me fuí, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida á mudar de contino casa y domicilio; por la misma que me vió pasar en otros tiempos del Hablador á la Revista, de la Revista al Observador, de los periódicos á la escena, de las comedias á las novelas; por esta venturosa organizacion que para variar me dió naturaleza, y que en el número 94 de la Revista me hacia escribir:

«La necesidad de viajar y de variar de objetos... logró hacer de mí el ser mas veleidoso que ha nacido... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las

(1) En gitano la capa.

(2) Hoy local del Estamento de Próceres: en tiempo de la Constitucion de las Córtes.

conoce... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar, he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando... Nadie, pues, mas feliz que yo; porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, asi me cuido de ellas, como de ir á la Meca.»

¿Para qué? Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él solo, he de escribirte una gran carta, por no caber en esta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. ¡Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, no habia de haber vuelto aunque no hubiera sido sino para echar del cuerpo lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quejaron los censores, que rejalgar se les vuelva! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar, y volverme.

¿*Cómo*, me decias, *por dónde*, *en qué*? A tales preguntas contestára sobradamante la relacion de mi viaje, si estuviera mas despacio. No niego que el *por dónde* me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él *un faccioso mas*; que aunque no es mas que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo. Bueno era no hace mucho en defecto de ese el de Cataluña; pero de poco tiempo á esta parte hay tambien en él algunos facciosos mas y algunas diligencias menos. Bien me decian que el de Oleron era incómodo; pero ¿qué remedio? ¿Volver por Portugal, como habia ido, ni era lo mas derecho, ni menos para mi carácter versátil; ademas de que hay paises que no son para vistos dos veces; y aunque alguien me incitaba á tomar con el vapor del Mediterráneo la via de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver á España por Argel, mas lo tuve yo por pulla y atrevida, que por consejo razonable.

Víneme, pues, por Oleron, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera, defendiendo el paso á los carlistas para la faccion. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco á don Cárlos, ni á don Sebastian, como no traia conmigo ni armamento, ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuadruple alianza, esas barreras que allanó para siempre entre Francia y España nuestro ministerio del justo-medio, se pasan sin embargo á caballo en un mulo, ó por mejor decir, en compañía de un mulo, á lo cual llaman *diligencia de Zaragoza á Oleron*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominacion en dos largos dias que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo á él, y considerándome él á mí. Era tanto el hielo, y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba á quién.

Posteriormente he oido hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aqui estan creidos, hasta el gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfrang. Asi debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habria salido á dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la ví, ni ella vió jamás mis baules. Lo que sí ví fue varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me vi á lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y á casa luego con el contrabando. Yo no lo traia casualmente, que lo sentí; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio Paris en la maleta, y no vayas á creer al pie de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el dia que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso ó no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principios de agosto remití á la Revista un artículo en que, presumiendo á fuer de Fígaro lo que iba á suceder, encomendaba á nuestro buen gobierno de entonces que se rocogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos: imprimióse en efecto, aunque mal parado por algun benigno censor. No habrás olvidado que á pocos dias, por una rara coincidencia sin duda, pareció una real orden en la Gaceta dando providencias en el particular. Parece que se nombraron efectiva-

mente comisionados por aqui y por alli, con sus dietas correspondientes, para la coleccion y resguardo de aquellos objetos: la cosa se ha llevado tan á punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo ví y toqué no muy lejos de Madrid objetos de esos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿Para qué quiere el gobierno esas tonterías? ¡librotes de los frailes! *¡chucherias de las madres!*

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene á cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta corte, me hallaba yo casualmente no ha muchos dias cuando acertaron á pasar los quintos que venian de Estremadura. ¡Qué bien se trata á la tropa! ¡Qué bien á esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¡Yo mismo vi tambien á un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo ví á un cabo medir á otro con su vara, insignia por cierto militar! Y esto á la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en dia de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo; si deserta al palo, y si pasa á la faccion le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos dias que se concedió el título de ilustrísimos señores á no sé qué individuos de no sé qué corporacion, consejo ó tribunal: esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España; señorías, escelencias, &c. &c.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los hombres, que es á lo que vamos. Bien se te alcanza que dificilmente puede tener mérito un hombre, mientras todo advenedizo le puede llamar de *usted*. Esto está en el espíritu de la regeneracion que estamos llevando á cabo.

Todavia hay Estamento de próceres: y tienen sus sesiones corrientes: te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en Paris habia llegado á olvidarlo.

En el de procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona; se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras cortes, quién dice *reviso-*

ras, quién *constituyentes*. Lo primero es lo mas general, lo segundo es lo mas cierto; pero si en mes y medio solo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos mas se habrán votado en marzo? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque solo el señor Pardiñas votó en contra. Por fin habló el señor conde de Toreno por primera vez despues de su advenimiento á la oposicion: habló como si no hubiera sido ministro. El señor Martinez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia, y otras bagatelas. Este habló como si fuera ministro todavia. Y no te digo mas porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen mas que un solo ministro verdadero: dicen sus enemigos que no le falta mas que hablar; de todas suertes, no se le puede negar á este ministerio que *promete*. ¡Asi cumpla! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organizacion cupiera ser alguna vez ministerial, se me habia presentado una bonita ocasion; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo mas á que podia estenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen ministerio, seria á alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿Querrás creer que á mi llegada á esta corte me encontré con personas que suponian que mi viaje habia sido costeado por el gobierno? Todavia me estoy riendo de la idea. ¿Tú no lo sabias? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno va á Paris, es claro que no puede ser sino con algun empleo, ó con fondos del gobierno. ¿Qué fondos particulares bastarian para llegar á Paris? Ni yo tengo cara tampoco de ir á Paris por mi gusto. Esto es claro como la luz del dia. ¡Qué penetracion! ¡Dios los bendiga!

Mas ya echo de ver que esto es un tanto largo para carta, y un si es no es corto para folleto á no contarte cosas que parecieran mejor secretas, habia de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas que lleva-

do de mi comezon de escribir y de mi versatilidad, no bien hube llegado á Madrid cuando me eché á buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Queríale grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabia el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo habia imaginado mil veces para tanto como tengo aun que decir. Empezábame ya á desesperar, cuando hé aqui que de pronto surge de la calle de las Rejas El Español, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que á mitacion del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: «*Este es*,» esclamé en cuanto le ví:

«estenderse, crecer, tocar al cielo,»

y metime de rondon en él, donde quedo, para servirte, imaginando á toda prisa artículos de teatro, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente; mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no á los hombres, procurando hermanar con mi poca ó mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos á los otros, amigo de mis amigos, y por demas agradecido al público que sufre mis habladurías. Hé aqui mi profesion de fé.—Tuyo siempre—*Figaro*.

P. D. A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores procuradores desde ayer el señor Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesion, si ha acabado.

BUENAS NOCHES.

Segunda Carta de Fígaro á su corresponsal en Paris, acerca de la disolucion de las Cortes, y de otras varias cosas del dia.

Buona sera, D. Basilio,
Presto andate á riposar.
Il Barbiere di Seviglia.

Madrid 30 *de Enero de* 1836.

Con fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada á esta corte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (á que no he recibido contestacion), porque á la mañana siguiente del dia en que te la escribí, y cuando yo presumia que podria estar ya por lo menos en Ariza, ¿dónde dirás que me la encontré? La encontré ni mas ni menos en el Español, mal que bien encajonada, entre las *sesiones* y los *cambios*, que entonces ambas cosas existian todavia; no habia hecho mas camino que de la calle del Caballero de Gracia á la de las Rejas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé desde luego que habria participado ya mi naturaleza de esta atmósfera que respiramos, y que habria enviado al Español mi carta en vez del primer artículo de teatros, que debia darle, y echado el original, destinado á la imprenta, en el buzon del correo, en vez de nuestra correspondencia. Poníame solo en confusion el haber notado que la carta impresa no era precisamente la misma que yo te habia escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos. Esto me hizo sentir tanto mas la equivocacion, porque si no puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, mas duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino á tí. Soy ademas un tanto tímido, y escribiéndote en confianza como te escribo, ni me cuido de

pulir el estilo lo bastante, ni menos de paliar las verdades en un punto: dígote por tanto cosas que es vergüenza ¡por vida mia! que anden impresas, y mas vergüenza aun que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar esta á tus manos otro conducto, que me parece mas seguro, si en la publicidad está la seguridad. Quiero mas bien escribir una carta que un artículo; y he de dar las razones. Cuando escribes una carta á una persona determinada, puedes estar seguro de tener un lector: si es cierto lo que dicen los franceses, que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte:* no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público; y como el que escribe la carta es dueño de escribir á quien mejor le parece, goza de otra ventaja no menor de escogerse el público á su gusto. Sácase de aqui la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta, sabe con quién habla, y esto no es humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexionas en fin que en el dia cuantos artículos podemos hacer han de reducirse á *artículos de fé ó de esperanza*, no estrañarás que me decida por las cartas. Aqui para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si sé hacer artículos de fé; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en pais de ciegos (gran circunstancia para todo lo que es fé), dígote francamente que yo no veo el tuerto que ha de ser rey. *Hazlos pues*, me dirás, *de esperanza, que de eso los hacen los demas.* Y yo tambien los haria, amigo mio. ¡Asi la tuviera!

Agrega á las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo tambien arreglado, que te da ganas de ponerte á escribirlas sólo porque te las lleven á cualquier parte, y sobre todo desde la real orden de 8 de Enero, la cual está tan clara, que no parece sino que la han discutido en Cortes, y dice asi, por ver si tú la entiendes.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DEL REINO.

Real orden.

«Excmo. Sr.: Enterada S. M. la Reina Gobernadora del oficio de V. E. de 29 de Diciembre último, ha tenido á bien resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofre-

cia la carretera de Aragon á Barcelona, y no ser tampoco grande el que presenta la que va desde aquella ciudad á Valencia, se despache la correspondencia pública de Barcelona por ambas carreras, hasta que libre de todo peligro el camino de Aragon, sea éste el solo conducto de comunicacion entre Madrid y Barcelona; siendo la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se anuncie esta disposicion temporal en la Gaceta. Dios &c. Madrid 8 de enero de 3186.—Heros.—Excmo. Sr. Director general de Correos.»

Es decir que mediante á que ya no hay riesgo de Aragon á Barcelona, se despache por ahí la correspondencia, hasta que no haya peligro. Mas claro, señor, que ya no hay riesgo; ya no hay mas que peligro. Luego llama *temporal* á esta disposicion, y efectivamente no es mal chubasco; mas que real orden parece granizada de palabras; á no ser que la llame asi por no llamarla espiritual, y por corresponder mas bien al cuerpo que al alma los asuntos de esta carretera. Concluye la real orden con un *Dios* &c., que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que la puso acabó diciendo, *Dios me asista*, *ó Dios me entiende*, *ó Dios sobre todo*, pues que su divina Magestad es capaz de dar cumplimiento á tan estraordinaria resolucion. Por donde se ve que es mas digno de lástima de lo que parece el señor director de correos, pues no solo ha de dirigir sus cartas á cada uno, sino que ha de entender al ministerio; á no ser que sus Escelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera mas esplícita, y guarden solo para el público ese lenguaje anfibológico.

Es lo peor que en 16 de enero, ocho dias despues, no estábamos mas adelantados en punto á estilo de reales órdenes, porque S. M. por real decreto de dicho dia promueve á don Francisco Javier Uriarte y Borja á la dignidad de capitan general de la armada, *sin aumento alguno de goce, á que generosamente renuncia Uriarte en atencion á las presentes circunstancias*. Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero tambien es gran lástima que desde el 16 de Enero no pueda gozar el señor de Uriarte sino precisamente lo mismo que gozara hasta aquel dia, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir que si al dia siguiente del real decreto le hubieran dado al señor Uriar-

te una buena noticia, como por ejemplo la disolucion del Estamento, deberia haberse mirado mucho en gozar de aquella satisfaccion que deberia naturalmente caberle, por que ese sería aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de Enero.

¿No sería bueno que para mejorar la suerte del señor Uriarte, y aun la del director de Correos, se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta segunda carta; te habrá chocado el rótulo que en cabeza le he puesto. «*¡Buenas noches!*, dirás, cuando estoy «yo esperando un nuevo dia y el progreso y difusion de las «luces en cada noticia que de la patria recibo!» Quiérote sacar de confusiones. Las *buenas noches* que te doy no son para tí; no es ahí, sino aqui, donde nos hemos quedado á oscuras. ¿Ves claras ahora las *buenas noches?* ¿Tampoco? Manos pues á la obra, y escucha, que hay que tomarlo de mas arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres que andan jugando á la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer siempre las cosas al reves. Estos tales habian leido ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habian hecho ellos solos liberales, que no habia mas que pedir. Oyeron el grito de independencia nacional, y dijeron para su sayo: «*¡Oiga! la España se ha ilustrado;*» con lo cual no tuvieron duda en que se podia dar una Constitucion, y diéronse una especie de código, sagrado, respetable siempre como paladion que fue de nuestra independencia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrasados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo dia de sábado, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: «*Esto ha sido una traicion, y otra vez sucederá mejor.*» Esperaron, y el año 20 hélos aqui que tornan á poner la mesa y los mismos manjares sobre ella, porque el apetito, decian, era el mismo. Pero van y vienen dias, van y vienen franceses, viene y se va la Constitucion, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexion alguno de ellos, y dijo para sí empezando á escarmentar: «*Aca-*

so no está la España bastante ilustrada, y no tiene su estómago tanto apetito como yo le habia supuesto; no será malo sustituir las Cámaras á la Constitucion. » Pero el tercero en discordia decidió la cuestion, y mientras que aquellas y estas se andaban representando la comedia de *¿Quién ha de mandar en casa?* se adjudicó él á sí mismo la parte del leon de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el estrangero, y aquellos de quienes te voy hablando, en lugar de decir esta vez como dijeron la primera: *Esto ha sido traicion*, que entonces hubieran acertado, dijeron: *Está visto, la España no está ilustrada.* La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: ó *los gobernantes* ó *los gobernados no sirven para el paso.* Alguien que hubiese sido modesto hubiera dicho: *¿Si seremos unos torpes?* Pero nuestros hombres dijeron: *Ellos son unos sandios.* Y pusieron de nuevo la mesa: *Pero esta vez*, añadieron, *no os hemos de ahitar, porque si el año 12 no teniais apetito, si el año 23 dejásteis hundirse el banquete, ¿cómo podreis digerirlo el 34?* Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria; porque algo habiamos de haber adelantado del año 12 al 20 y del 23 al 34. De suerte que ellos, que habian andado demasiado cuando los demas estaban parados, comenzaron á pararse cuando los demas empezamos á andar.

Figúrate, amigo mio, que eres sastre, y que le haces á un niño de siete años un uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! tú, sastre, entonces, dices: *Vea usted, ¡qué niño tan torpe! le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado, y al muy necio no le viene.*

Coges el uniforme, desprecia al niño y te vas. A los siete ú ocho años vuelves con el mismo uniforme, y el niño tiene quince. — *¿Ancho todavía?* esclamas; *esto no se puede aguantar; si el uniforme está lo mismo, ¿cómo no le viene? Está visto que este muchacho no sirve para consejero, es un sandio.* Vuélveste á tu taller, y escarmentado de las pasadas esperiencias hácesle una bonita envoltura, y vuelves con tu lio debajo del brazo á los diez años, y entonces el muchacho tiene ya veinte y cinco. — *¡Qué diantres*, gritas asombrado, *este muchacho es el diablo, tampoco le viene la envoltura! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! pues señor, es investible;* y coges y le dejas en cueros.

¡Vive Dios, señor sastre, qué consecuencia y que tijera!!

Hé aqui, amigo mio, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, mas clara que la del P. Duchesne, traducida por el P. Isla. Me parece que habrás entendido cuál es la envoltura, y escuso decirte quién es el sastre. Ahora que nos podiamos empezar á vestir nos viene con la envoltura, y porque no nos asienta dice que somos unos brutos.

Mal acomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lia de pies y manos, y sin siquiera andadores, reúnense los Estamentos del siglo XV arreglados á las necesidades de siglo XIX, esto es, la envoltura con faldónes y corbata; y pasamos largos meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, segun lo mezclado de la intriga, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado nuestro favor, y lo esquisito de los conceptos sin que puedan olvidarse las largas relaciones de dama y galan, que solo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía tan oscuro el desenlace, ilumina una noche la Península con conventos; al resplandor de los sublimes flameros no ve cosa que le estorbe sino el ministerio, y pide por junto su caida.

Un hombre nuevo es llamado á deshacer la faccion y á rehacer la nacion; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nacion es preciso empezar por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Triste suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un dia! Nueva Penélope, la España no hace sino tejer y destejer.

Júntanse en esto las Cortes. *¡Gracias á Dios*, dirás, *que tenemos quien ilustre la materia!* El trono habla á las Cortes, y las Cortes contestan al discurso del trono. Hasta aqui no hay cuestion de gabinete, es solo cuestion de buena crianza. El uno dice: *Servidor de usted;* y el otro contesta: *Muy señor mio.* No es decir esto, sin embargo, que no haya transcurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podia decir á su riesgo y peligro el primer cumplimiento, y si podria el otro en consecuencia responder con

el segundo. Pero al fin se convino, se decidió que no habia peligro ni por una ni otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el ministerio abriga dudas acerca de si tiene ó no tiene la confianza de la nacion, que le acaba de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nacion, cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar por resultado la espresion de la voluntad de la nacion; lo cual es tan cierto, que esa misma representacion nacional, que no es representacion nacional, va á hacer ella en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra ley electoral que dé por resultado la espresion nacional. Pero has de saber que en estos gobiernos representativos queda destruido el antiguo refran que dice: *que nadie da lo que no tiene*, mas claro, con un ejemplo, en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo ves claro ahora? Pues sin embargo, el ministro puesto por la nacion, le pregunta al tal apoderado de la nacion, si la nacion tiene confianza en él. Es decir que yo mayordomo tuyo y puesto por tí, le pregunto á tu ayuda de cámara si me da licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natural. ¡Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas á medias, cuando hubo coyuntura de hacerlas por entero! ¡Suerte precisa de un pueblo que se empeña en que le den la que no se da, lo que solo se toma! Porque el que da no puede menos de ser legal, y la legalidad repugna toda innovacion.

Felizmente como le habia de haber dado al apoderado por decir que no, dióle por decir que sí, y tuvimos *voto de confianza.*

Dióse de paso otro empujon á la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *Guardia Nacional* á lo que el año pasado no se podia llamar asi sino con manifiesto peligro. Ya te lo he dicho, *tejer y destejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar á los viejos: destejer; de *Fomento* á *Interior*, de *Interior* á *Gobernacion*, de *subdelegado* á *gobernador civil;* ya llegaremos á *gefes políticos;* de *Estamentos* á *Cortes revisoras*, y ya llegaremos á *constituyentes* y á *constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *Guardia Nacional* todo el veneno que tenian; puestas en prensa, como han es-

tado, lo han escurrido. Semejantes en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *Milicia Urbana* perdieron su fuerza y se malearon, semejantes tambien al vino, que espuesto al aire libre se agria y se desvirtúa.

Despues de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos á la ley electoral; que ya no sé con qué comparártela, porque, sea dicho con respeto, no sé á qué se parece. En primer lugar el ministro, picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su voto de confianza, no quiere ser menos, y le da el suyo el Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría, y el de la menoría de la comision, diciendo que no es cuestion de gabinete, y que adopta lo que el Estamento decida. Confianza por confianza. Se adopta la totalidad. ¡Gran victoria, parecida á otra moderna que no quiero nombrar, y que tambien se volvió toda principio! *¿Qué importa?* dice la oposicion. En los artículos te aguardo. En el todo estan de acuerdo; en lo que no estan de acuerdo es en las partes que componen ese todo; pero por lo demas ¡qué boberia! El encabezamiento, la fecha, el oficio de remision, todo está bien. Es decir: *Yo te regalo una capa hecha, solo que no quiero que gastes de ella ni el paño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras.* Ahora, abrígate tú como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusion es obra superior á mis fuerzas, y decirte en quién estuvo la culpa y nombrarte al que por falta de práctica parlamentaria dejó que su enemigo se adelantase á tomar la mejor posicion, es superior á mi voluntad; por tanto te aconsejo que eches mano de las sesiones de Cortes, y te las leas de cabo á rabo, y si llegas á entender claro en el asunto, te aconsejo tambien que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿Quieres que te diga lo que yo he sacado en limpio, por ende verás que soy un pobre hombre? Ya yo me lo presumia, pero nunca creí quedarme á oscuras con tantas luminarias; porque decia yo para mí: para que se entienda una cosa habrá de bastar ó que el que trata de averiguarla no sea lerdo, ó que el que la esplica sea muy avisado. Nada de eso, y juzga si el pobre Fígaro es lerdo, cuando no ha sacado en limpio sino:

Que la eleccion directa es la mas liberal; que el ministerio es liberal, y queria lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que él queria. Que ha habido una comision y dos proyectos en ella, y que el ministro queria lo mismo que la comision, que queria dos cosas distintas, y que el Estamento, que no queria ni al ministro ni á la comision. Que la oposicion en el Estamento era de hombres retrógrados que abogaban por el progreso, y que querian la eleccion directa como la mas liberal, ellos que eran los menos liberales; que el ministro, que hacia de ministerio, y la comision, que hacia de las suyas, eran hombres progresivos que abogaban por el retroceso, y que querian la eleccion indirecta como la menos liberal, ellos que eran los mas liberales; que los mas liberales querian que se efectuase la eleccion por provincias, y los menos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España; que las provincias son mas liberales, á pesar de que los mas liberales son los partidos &c. &c.; y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderemos.

¿Me has entendido, Andrés? Bueno; pues ahora sabrás que de resultas amaneció un dia y se votó todo eso: abstuviéronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia; sin duda no estaban todavía mas ilustrados que yo, y se perdió la votacion, todo por cinco votos, que han venido á ser las cinco llagas, Andrés mio, de este pobre cuerpo crucificado: viniendo á ser tambien por lo tanto en sus partes cuestion de gabinete, la que en su todo no era sino cuestion de escalera abajo.

Con esto, amigo, y para que nos entendiéramos, se tomó la determinacion de hacer callar al Estamento, que si no estaria hablando todavia, quedándonos todos el 27 de enero á oscuras de Estamento, y de Cortes, y de ley electoral, con la rara circunstancia de que la nacion estaba deseando que la disolvieran, y el pueblo es el primero que ha dado la enhorabuena al gobierno por haberlo enviado á pasear. Y sin embargo ha hecho bien y ha tenido razon. ¡Ahí verás tú lo que son anomalías!

En efecto, el trono, usando de su prerogativa, dijo á cada cual en lengua castellana lo que mi tocayo dice en cierta parte: *Buona sera, don Basilio, presto andate á ripo-*

sar; y ya á la hora de esta deben de ir por esos caminos los señores procuradores á poner en claro para sus comitentes la ley electoral, que así acertarán los unos á entenderla, como los otros á esplicarla.

Pero al dia siguiente, querido amigo, y cuando creíamos los amigos del ministerio que iba á dar un *golpe de estado*, sustituyendo á la ley provisional agregada al Estatuto, otra ley provisional, en la cual podia decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquella fundamental, y tan ministro soy yo como el padre mismo del Estatuto*, nos encontramos con una Gaceta estraordinaria, que dice que se reunirán nuevas Cortes el 22 de marzo, mas no *revisoras* ni *constituyentes*, sino solo para hacer dos meses despues lo que estas debian haber hecho dos meses antes. A ver si lo entiendes: el ministro dijo, al llegar al artículo que levantó la polvareda: *No me le toqueis, porque de no ser la eleccion por provincias, habré de tardar dos meses mas, y entonces no puedo cumplir mi promesa, porque estoy de prisa*. Respondieron las Cortes: *Abajo el artículo*; parece natural creer que el ministro va á echar por el atajo y decir: *No me ahorrais los dos meses; pues en atencion á la urgencia, yo me los ahorro*; no señor, sino que dice: *Me embarazais dos meses, y os disuelvo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Cortes mejores me los ayudan á saltar*. En ese caso, pues, ¿para qué disolverlas? Aguantar los dos meses, pues que por todos lados se presentan, y así no serán mas que dos; porque si las otras Cortes vienen diciendo erre que erre, entonces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto solo veo clara una cosa; y es que para el 22 de marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes, uno de cuyos Estamentos será elegido por los electores que elijan los Ayuntamientos y mayores contribuyentes; que sus individuos deberán tener 12000 reales de renta, treinta años, y haber nacido ó estar arraigados en la provincia, segun el Estatuto. Que estas tales Cortes oirán otro discurso de la corona, y volverán á contestarle; que se volverá á poner sobre la mesa la ley electoral, en atencion á que es preciso hacer una nueva, pues que la actual, por la cual van á ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entonces es probable que empecemos á entendernos, porque es de suponer que Tarragona, Granada y Asturias, no han de reelegir exactamente á todos sus

poderhabientes; que se discutirá luego el proyecto de libertad de imprenta, el de responsabilidad ministerial, *y demas objetos importantes que el bien público reclame;* que para entonces seguramente no tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, porque estará caido si no la cumple; que en eso se pasará la primavera y el verano; que para el otoño se pondrá en vigor la nueva ley electoral; y que mucho antes del dia del juicio veremos las Cortes *revisoras*, que engendrarán las *constituyentes;* y que... y en fin, que se acabará el mundo, algun dia, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden hablando de eso, que nuestro Señor Jesucristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos; de los muertos no digo nada, pero ¡vive Dios que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarian juzgados!

Y hé aqui, amigo mio (en tanto que descubrimos el de ministerio), descubierto el secreto de la oposicion, y esplicada un tanto la anomalía de como querian los menos liberales el método mas liberal, á saber, porque era el mas largo, sin contar con el rodeo que nos hacen dar sus señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente les damos todos las *Buenas noches.*

Concluiré diciéndote, que hasta la presente estamos tan á buenas noches de ministros como de Estamentos (pues los señores Próceres, sin comerlo ni beberlo, tambien han callado todos á un tiempo, que era como hablaban, sin que por eso dijesen entonces mas que ahora).

El de la Guerra está en su elemento: estos dias se andaba buscando uno para Estado, ó para Hacienda, como quieras entenderlo, pero vaya usted á saber dónde estará metido: con respecto al de Marina, ya oirías que se trataba de hacer ministro de Marina al señor de Galiano, á causa de que habla muy bien; pero como el ministro ha cortado la conversacion, dudo mucho que insistan en eso: S. E. se quedaria hablando con las olas, y diciéndoles el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que lo aprecio demasiado para desearle que le hagan ministro. De todas suertes, no debe de admirar en ese ramo la tardanza, porque asi pueden andar buscando ministro para la marina, como marina para el ministro. Hay quien añadia si el de la Gobernacion ha de mudarse; pero te aseguro que lo tiemblo, porque si cada ministro ha de traer consigo, como ha sucedido hasta ahora, un nombre nuevo

y un nuevo reglamento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganamos para memoria y para membretes impresos.

Sigilo y mas sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me suceda algun chasco; y en el ínterin que te vuelvo á escribir, que será pronto, recibe las *Buenas noches* de tu amigo—*Figaro.*

DIOS NOS ASISTA.

Tercera Carta de Fígaro á su corresponsal en París.

Despues de mi segunda carta, fecha de 30 de enero, esperé largo tiempo para escribirte, querido Andres, que ocurriesen cosas dignas de contarse. Pensarás que han ocurrido efectivamente: yo no sé si ha sucedido algo; paréceme otras que no. Pero si no ha sucedido, seguramente que va á suceder, y por si saliera falsa mi conjetura no quiero fiar á la contingencia de los acontecimientos la continuacion de nuestra correspondencia. Allá va otra carta á buena cuenta.

Como te referí, cerráronse los Estamentos y quedamos á buenas noches. La primera novedad que dió que hablar en aquellos dias fue, que segun pareció despues, le quedaba algo que decir al señor Perpiñá. ¿Y qué dirás que hizo? va, coge, y cree que tenemos libertad de imprenta: el buen señor es por lo visto incapaz de pensar mal de nadie, y como de cierto tiempo á esta parte no ha habido ministro que no se haya proclamado abogado de la libertad de imprenta, aunque por el estilo del marido que delante de gentes animaba á su muger á comer de los pichones, y en quedando solos le decia enseñándole un garrote *¡ ay si los catas!*, hubo de imaginar que entre nosotros pensar y decir era todo uno; mas breve: creyó que para hablar le bastaba tener licencia de Dios, y que por tanto no necesitaba la del Gobernador civil. Al reves me las calcé. Escusable es el señor ex-Procurador, porque hace tanto tiempo que nos estan diciendo que somos libres, que á veces uno mismo se lo llega á creer. Echa mano

de un folleto, desparrama en él sus ideas como quien siembra, y tiéndese á esperar la cosecha. ¿Pero qué dirás que cogió? Él, nada. La autoridad fue la que cogió los folletos.

Eso sí, al dia siguiente la autoridad nos probó en un artículo comunicado que los folletos se podian coger: ya lo sabiamos, y si no se lo hubiéramos podido preguntar al autor. Seamos con todo imparciales. El gobierno añadió que nosotros *no ignoramos que para publicar un papel, sea cual fuere su tamaño, se necesita licencia.*

¡Y cómo si lo sabemos! Pluguiera al cielo que nos fuese dado ignorarlo. Es como si te pusieras en camino y te asaltasen ladrones, y te quejases, y te respondiese el ladron: —*¿Pues no sabe que hay ladrones?*—y repusieras tú:—*¡Cómo no debiera haberlos!*—y te tornasen á replicar:—*¡Pero cómo los hay!*—que sería el cuento de nunca acabar y de tener razon el ladron, es decir, el mas fuerte.

Solo en una cosa me divirtió el gobierno: en decir que sentia como el qué mas que asi sucediese; eso prueba que estaba de buen humor, señal de que la cosa iba bien. Es la del verdugo, que te pide perdon antes de ahorcarte; si fuese siquiera despues probara arrepentimiento. Yo le diria, ¿y quién le pone á V. S. un puñal al pecho para que sea verdugo, si el oficio no le agrada?

Lo peor del caso fue que el folleto no tenia mas cosa buena que el ser corto; mas como tuvo los honores de la persecucion, vino á leerlo todo el mundo; perjuicio para el gobierno, que lo habia recogido; mas perjuicio aun para el autor, que lo habia escrito, y á quien la autoridad logró desacreditar, dando á su produccion la mejor especie de publicidad; y mayor que para nadie para el público, que tuvo que echárselo á pechos en aquellos dias en que no se hablaba de otra cosa.

Punto en el folleto, que es cosa antigua. A pocos dias ocurrió otra friolera, si en estos tiempos es lícito llamar friolera á la cantidad de dos mil reales. Giró el lance sobre la misma libertad de imprenta, sobre si un párrafo del Español tenia al pie un garabato ó si no lo tenia, sobre si se habia invertido el orden, y si lo habia leido el censor antes que el público ó el público antes que el censor. Pareció no haberlo leido en su vida el censor: se consultó el libro de los oráculos, por apodo reglamento, y este respondió en términos bastante claros:

Y para casos tales,
Que pague el editor dos mil reales.

Figúrate qué golpe para el gobierno, y mas lloviendo sobre mojado. ¡El que como arriba dejamos dicho siente tanto estas cosas! Estos son golpes, amigo, que acaban con un Gobierno sensible; asi es que yo lo veo y no lo veo.

A mí me da que hacer la libertad de imprenta: yo soy el único á quien da que hacer, pero en fin me da. Habla la Reina, y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los Ministros, y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan tambien (esto no es pulla) los Próceres, y convienen en que es la base; abren la boca los Procuradores, y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos, y hártanla de piropos. Y hablo yo y digo, como don Basilio en la ópera de mi tocayo, *¿á quién engañamos pues aquí?* ¿quién diantres impide que la establezcan? Alguno hay que habla de mala fé, y deben de ser el pueblo, los Estamentos y los periódicos, porque en cuanto al Gobierno, ¿cómo dudar de él, cáspita, siendo tan patriota?

Me podrás decir que á pesar de cuanto llevo escrito hay libertad de imprenta, solo que está cara, como bocado delicado que es. Cierto; por dos mil reales te puedes dar un hartazgo; por cuatro mil dos hartazgos, y asi progresivamente hasta la cantidad de tres hartazgos, porque en llegando á ese número simbólico, como le llama Dupuis, mueres de un causon. Yo pienso usar de ese medio, y darme algun dia hasta dos: los primeros doscientos duros que yo vea reunidos, los tengo ya destinados á un dia de asueto. Es lo malo que si me recogen antes de que me lean, habré pagado caro el placer de un monólogo escrito; pero siempre me queda el recurso de aprenderlo antes de coro, y de irlo diciendo á mis amigos, los cuales son tantos que vendrá á ser como imprimirlo. Por fortuna no está previsto en el reglamento el caso de que uno se sirva de imprenta á sí mismo. Solo me detendria el temor de causar una desazon al Gobierno, quien al tomar los ejemplares y los cuatrocientos, bien sé yo que se le habia de caer la lágrima tan gorda.

De lo que puedes vivir seguro es de que esas multas no se aplican á pago de censores; seis meses hace que estan los pobrecitos echando rúbricas dia y noche como en barbecho

en cuanto papel les cae debajo, sin ver la cara de un rey en una mala moneda: eso parte el corazon. Digo, si fuese gente interesada como muchos creen; vale Dios que no necesitan ellos que nadie les dé un maravedí por atajar el paso á la licencia. Hombre hay que con tan buen fin daria dinero encima de lo suyo, si censor ó no censor hubiera aquí hombre que lo tuviera; aun harán mas probablemente, que será dejar parte del sueldo, que no cobran, para el donativo voluntario, á que obligan ahora á todo el mundo, con cuyos auxilios va la guerra que vuela. Es lo que muchos dicen: ya quisieran ver á lo menos lo que dan, para formar una idea de lo que deberian tomar. Sueldo, Dios le dé, pero rúbricas no faltan. Censor conozco yo á quien le presentaron en un mismo dia la cuenta de su lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y en la primera puso: *imprímase;* y en el segundo: *no puede correr, por ser contra las prerogativas del altar y del trono, y encerrar alusiones inmorales.* Y tenia razon, porque al matrimonio se sigue lo que tú sabes, cosa por cierto inmoral y hasta fea en cuanto á ornato.

Chanzas aparte; no es el mio, que es hombre en verdad racional si los hay, y de él estoy tan contento que el dia que me lo quiten, como es de presumir, me arrancan un pedazo del alma y el cuerpo todo entero, que á fuerza de verdades alimento.

Dejemos á un lado esas boberías de la libertad de imprenta, que se parece al dinero en lo indispensable, y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando.

Ya sabrás en París los asesinatos del santuario de Hort: hicieron eco en Barcelona, y hubo allí la de Dios es Cristo. Muchos liberales se afligieron, y yo tambien me afligí; ¡vaya! pero no precisamente en cuanto liberal, sino en cuanto hombre. Une estos que llaman atentados, y que realmente lo son, con los de los conventos, y remontándote mas arriba con los del 17 de julio, de triste recordacion para los frailes de Madrid, y te diré una cosa.

Cuando yo veo á los principales pueblos de una nacion alzarse tumultuosamente, y á pesar de las guarniciones y de la guardia nacional, y del poder del gobierno, atropellar el orden y propasarse á escesos lamentables en distantes puntos, en épocas diversas, y á despecho de los sentimentales sermones de los periódicos, dificilmente me atrevo á

juzgarlos con ligereza: mientras mayores son los escesos, mas increible el olvido de las leyes y mas fuerte la insurreccion, mas me empeño en buscarles una causa; ni en el orden físico ni en el moral comprendo que lo poco pueda mas que lo mucho: no comprendo que pueda suceder nada que no sea natural, y para mí natural y justo son sinónimos. De donde infiero que una insurreccion triunfante es cosa tan natural como la erupcion de un volcan, por perjudicial que parezca. Una causa no es una defensa, pero es una disculpa, desde el momento en que se me conceda que una causa dada ha de tener forzosamente un efecto.

Ahora bien. ¿En dónde ve el pueblo español su principal peligro; el mas inminente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultas de la indulgencia y de un desprecio inoportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veía en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de estado tolerado? ¿No procedia del poder de esos mismas enemigos dominantes siglos enteros en España, la larga acumulacion de un antiguo rencor jamas desahogado? ¿Qué mucho, pues, que la sociedad acometida en masa, en masa se defienda? ¿Qué mucho que no pudiendo ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la fraccion mas débil de él que tiene mas cerca y á su disposicion? Solo puede ser generoso el que es ya vencedor: si al gobierno le es dado juzgar y condenar legalmente, es porque está fuera de combate, porque representa á la justicia imparcial. Pero se pretende que de dos atletas en la fuerza de la pelea, el uno continúe su victoria hasta acabar con su enemigo, y que este se contente con decirle: «¡espérate, no me mates, que voy á dar parte á la justicia, que es de mi partido, para que ella te ahorque!!!»

El pueblo no es el gobierno; es mas fuerte que él, cuando este no comprende y satisface sus necesidades; y prueba de ello es que lleva á cabo sus atentados sin que aquel los pueda prever ni impedir. No es esto alabar los atentados, sino decir los inconvenientes de las revueltas, y que por malos que parezcan son naturales, como es malo, pero natural, que un rio atajado por diques, inferiores á él, se salga irritado de madre é inunde la campiña que debiera fertilizar mansamente.

Nota aqui una cosa. Quien pudo hace un año dar salida conveniente á ese rio no lo supo hacer, y cuando llega la avenida, se queja del rio. Quéjese de su torpeza, que no calculó antes de poner los diques la fuerza que el agua traeria. El gobierno no supo á tiempo contentar á los pueblos y dar salida legal á su justo enojo, y su sucesor, que heredó la culpa, se queja ¿de qué? ¡de que los pueblos no son de carton, como uno y otro creyeron!!!

Recorre la historia: en ella aprenderás que un asesino nunca puede ser justo; pero cuando no es uno, cuando no es una faccion, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente. Que no fueron entre nosotros cuatro malévolos, mal pudiera negarlo el gobierno mismo, pues á haberlo sido, ¿cómo no hubiera estado en su mano sujetarlos? De donde infiero que los desórdenes del pueblo, ó son naturales y justos cuando el gobierno no los puede contener, ó son culpa del gobierno cuando puede y no sabe, ó no quiere. Argumento sin contestacion.

Pero eso sí, vivimos en el tiempo de la legalidad. Los principales motores fueron presos y trasladados á Canarias. Por supuesto, me dirás, previa formacion de causa y la competente condenacion de los tribunales. Claro está. ¿Cómo querias tú que un gobierno que se queja de los escesos del pueblo vaya él á cometerlos? ¿Un gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seduccion y la irritacion de las pasiones, habia de atropellar las leyes, de que es guardian y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo á quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que si el gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, deberia haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio?* Vaya, Andrés, que eso ni suponerse puede, y si te cuentan que tal caso ha sucedido, puedes decir que el que lo cuente es un malévolo de esos que traen la anarquía en el bolsillo. Diria el gobierno y diria bien: «yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿qué diferencia habria entre los atentados del pueblo y los mios? Porque en fin, mientras que la ley no le ha declarado reo, el condenado es asesinado: en ese caso no habria entre mi atentado y el del pueblo mas que una diferencia á saber: que el pueblo asesinó malamente carlistas; y yo asesino malamente liberales.»

Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo.

Puedes estar seguro de que hay causa; y si no se les ha formado, es porque andamos de prisa, ó por mejor decir, lo que ha ido á Canarias no ha sido una cadena de culpables, sino una comision artística compuesta de liberales, que van á costa del gobierno á acabar de descubrir aquellas islas, y escribir una memoria de las alturas del globo, y á dar testimonio al mundo sobre todo de la altura á que estamos, tomando el meridiano del pico de Tenerife.

Tambien te habrán contado posteriormente otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja, en virtud de un *cúmplase* de un héroe. ¡Dios nos libre de caer en manos héroes! Solo te diré que á lo menos en Barcelona tuvieron que acometer una fortaleza y esponerse á ser rechazados. Bueno es remontarse á las causas de las cosas, al tronco, y no á las ramas. Es asi que la primera causa de que existen facciosos fueron las madres que los parieron; ergo quitando de en medio á las madres; lo que queda. Los teólogos dicen: *sublata causa tollitur efectus*. Es lástima que no haya vivido el abuelo, porque mientras mas arriba mas seguro es el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que asi como Sanson tenia la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre, que viene á ser la hiel de ellos; en quitándosela se vuelven como malvas: asi lo ha probado la esperiencia, porque de resultas el otro no ha fusilado mas que á treinta. ¿Quién sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía? Luego, las mugeres son las que estan impidiendo la felicidad de España, y hasta que no acabemos con ellas no hay que pensar tener tranquilidad. En cuanto á las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad á los de allá, y la otra mitad á los de acá; pero nosotros, mas desprendidos, no quisimos perdonar ni la mitad que nos tocaba, y lo fusilamos todo. ¡Bien aventurados en tiempos de héroes los incluseros, porque ellos no tienen padre ni madre que les fusilen!

Pasadas estas etiquetas de recíproca cortesía, dieron en correr voces de que el ejército estaba descontento, y que la guerra de Navarra no iba lo ligera que debia. Felizmente para todos, algunos amigos tuyos y mios, que asi saben mover la pluma como esgrimir la espada, enderezaron la opi-

nion en artículos luminosos, probando lo que ninguno debia tener olvidado, que las guerras civiles son largas, á pesar de todos los programas del mundo; que estos son por el contrario los que tienen corta vida; que asi las civiles como las demas se sostienen con dinero y con soldados; que un gobierno en lucha con una faccion pierde mas cuando pierde una batalla, que adelanta cuando la gana, y que una derrota nuestra nos quita mas honra que gloria da á la faccion; que por lo tanto es fuerza no aventurarse sino á ciencia cierta; que la guerra no se hace en el ministerio, sino en Vizcaya; que de real orden se llevan y se traen jueces, se envian buques á Canarias, y se conquistan votos, pero de real orden no sé ganan batallas; que algunos descalabros nuestros han sido debidos á reales órdenes; que para hacer la guerra se necesita un plan; que para tener plan es preciso que el general solo sea responsable; y que Córdoba, en fin, sin que haya necesidad de llamarle héroe, tiene un plan, el cual es forzoso dejarle llevar á cabo, siquiera porque no ha habido hasta ahora otro mejor que el suyo.

Tales razones nos convencieron, fue bien acogida la representacion del ejército, y si bien ninguno de los que hablaban fue á dar su brazo en vez de su voto, al fin no se admitió la dimision, y sigue el general, y su plan, y la guerra de Navarra, en el mejor estado posible.

Mientras todo esto pasaba echáronse encima las *próximas elecciones*, hoy ya pasadas, y porque digo se echaron encima, no vayas á pensar alguna tonteria. Dijeron muchos si habria amaños ó si no habria amaños; que se escribió largo y se intrigó mas. Lo primero solo prueba cultura en el pais, lo segundo arguye talento. ¡Vaya usted á impedir que hablen las gentes! Para que no fuesen las elecciones muy populares bastante amaño era ya la propia ley electoral, en virtud de la cual debian elegir los electores nombrados por los ayuntamientos y los mayores contribuyentes. No hay cosa para elegir como las muchas talegas: una talega dificilmente se equivoca; dos talegas siempre aciertan, y muchas talegas juntas hacen maravillas. Ellas han podido decir á su Procurador por boca de los mayores contribuyentes la famosa fórmula aragonesa: «Nos, que cada una de nos valemos tanto como vos, y todas juntas mucho mas que vos, os hacemos Procurador.»

Luego, los elegidos habian de tener 12000 reales de ren-

ta: gran garantía de acierto: por poco que valga un real en estos tiempos, no hay real que no valga una idea, sin contar con las muchas que hasta ahora hemos visto que no valian un real, y con los varios casos en que por menos de un real daria uno todas sus ideas: bueno es siempre que haya reales en el Estamento por si acaso no hubiese ideas. Tanto mejor si hay lo uno y lo otro.

No es menos importante lo de los treinta años; no es menos simbólico ni cabalístico el número de treinta que el de tres tan citado, y de que es decuplo; treinta dias tiene el mes, treinta minutos cada media hora, por treinta dineros vendió Judas á un Dios, treinta años representa la vida de un jugador, y treinta años, en fin, la capacidad de un Procurador. Muchos filósofos ha creido que cuando el hombre nace, el Ser Supremo, que está atisvando, le sopla dentro el alma por medio del mismo procedimiento que usa un operario en una fábrica de cristales para dar forma á una vasija; pero eso es el alma, mas no la capacidad y la facultad de procurar: esta tal otra quisicosa se la infunde el Criador el dia que cumple treinta años, por la mañanita temprano, asi como la aptitud legal y la mayoria se la comunica á los veinte y cinco. O tú, Andrés, que no los has cumplido, está con cuidado el dia que los hayas de cumplir, y escríbeme para mi gobierno lo que sientas en ese dia: dime por dónde entra la capacidad, y hácia dónde se coloca en tu persona: prevenido de esa suerte de los síntomas que la anuncian podré yo hacer á la mia, el dia que me baje, el recibimiento que se debe á tan ilustre huésped. ¿Cuándo tendremos treinta años? Aquel dia seremos ya unos hombrecitos.

Bien ha habido hombres que han discurrido antes de los treinta años, pero esos son fenómenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad; y en cuanto á Peet y otros de su especie, ministros ya mucho antes, ni siquiera es posible considerarlos como monstruos de naturaleza; es fuerza inferir error de cálculo y mala fé en la de bautismo.

El haber nacido en la provincia, ó tener en ella arraigo, no es de menos importancia, si recordamos que las primeras impresiones se graban para siempre en la cabeza del niño, y deciden de lo que ha de ser despues cuando grande: ni es posible que un hombre conozca su provincia, y se in-

terese por ella, si no ha nacido por alli cerca. Puede suceder que una provincia tenga mas confianza en la reputacion, en el saber de un forastero; pero páselo en paciencia la buena de la provincia, que mas pasó Cristo por ella.

Dicen sin embargo que todos los electores no han tenido presentes todas esas verdades; asi que, unos Procuradores no han nacido, otros no tienen la renta, ¡qué sé yo! Esto tiene compostura habiendo comision de poderes, y en todo caso se aplica la renta de unos á otros, como hacen los buenos cristianos con los méritos de nuestro Señor Jesucristo, que valen mucho mas que las rentas; y asi poniendo de aqui y quitando de alli tengo para mí que se ha de remediar. Y aun yo diria mas. Don Juan Alvarez Mendizabal fue elegido por ejemplo por Barcelona, siendo natural de Cádiz, y no habiendo residido en Cataluña. Decian: pero no tiene nada suyo en Cataluña; sino los electores; ¿pues eso no es tener? ¿no valen tanto por lo menos los electores como una casa, ó una tapia, ó unas cuantas fanegas de pan llevar? ¡Sino que poniéndose á hablar las gentes...!

Por lo demas es sabido que el gobierno no ha influido absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran á pedir de boca. Para que formes una idea, han salido elegidos los sugetos siguientes:

Por Barcelona, como llevo dicho, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Cádiz, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Gerona, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Granada, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Madrid, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Málaga, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Pontevedra, don Juan Alvarez Mendizabal, &c. &c. &c.

Que es el cuento de pasó una cabra, y volvió y pasó otra, y volvió á tornar y á pasar otra cabra, y asi sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, dí que es broma, que quien se abre es don Juan Alvarez Mendizabal.

No habrás olvidado que los ministros de Estado y de Hacienda, y el Presidente del consejo, son don Juan Alvarez Mendizabal, y que los otros ministros no son sino una manera de ser, distinta, solo en la apariencia del don Juan

Alvarez Mendizabal. Ahora figúrate el dia que el Estamento don Juan Alvarez Mendizabal pida cuentas al ministro don Juan Alvarez Mendizabal... aqui llaman esto un *gobierno representativo*: sin que sea murmuracion, confieso que yo llamo esto un *hombre representativo*.

Una vez conocida la buena índole de las elecciones y la idoneidad de esos diversos señores Procuradores, ocurrió la duda de si estas Cortes que iban á reunirse vendrian solo para hacer una ley electoral mejor que la que les confiere su derecho; ó si podrian constituirse revisoras. Quiénes se agarraron á la legalidad, diciendo que esto último seria ilegal; quiénes intentaron probar que lo de menos era la legalidad, y que lo que importaba era la conveniencia. Por fin salimos del atolladero, y parece que no tratarán de constituirse por varias razones. Porque no han sido convocadas para eso. Porque siendo su objeto principal hacer una ley electoral, en virtud de la cual puedan convocarse luego las revisoras, es claro que los demas asuntos que á ellas se sometan, por importantes que sean, habrán de ser subalternos al principal. La nacion tiene un cimiento, y necesita una casa: en estas Cortes va á decidir cuales han de ser las circunstancias del arquitecto que se la puede hacer á su gusto. Por consiguiente, todo lo que sea proceder á construir el que solo está comisionado para designar el constructor, es hacer la casa y dejar para despues el arquitecto: equivale á blanquear despues de pintar; es dejar al que venga detras el derecho de poner en duda la validez de la construccion.

En estas disputas andábamos, cuando otro run run mas terrible vino á poner nuevo espanto en nuestro corazon. Hé aqui que una noche corre la voz de que se va á poner la Constitucion del año 12. ¡Bravo! dije yo: esto es lo que se llama andar camino. Aqui no se sabe multiplicar, pero restar á las mil maravillas. Vamos á quien puede mas. El año 14 vino el Rey y dijo: quien de catorce quita seis, queda en ocho. Vuelvan pues las cosas al ser y estado del año 8. El año 20 vienen los otros y dicen: quien de veinte quita seis, queda en catorce: vuelvan las cosas al ser y estado del año 14. El año 23 vuelve el de mas arriba y dice: quien de veinte y tres quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de febrero del año 20. El año 1836 asoman los segundos, y estos quieren restar mas en grande: quien

de treinta y seis quita veinte y cuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12. Estos han pujado, si se esceptúa el del Estatuto, que mas picado que nadie cogió y lo restó todo, y nos plantó en el siglo XV.

¡Diantre! ¡si volveremos todavia á la venida de Tubal! Sepamos primero cómo se entiende nuestro progreso. ¿Hácia dónde vamos? ¿Hácia atras, ó hácia adelante? Tengamos el cuento del cochero, que montado al reves, arreaba al coche.

Ya te lo he dicho: tejedores; tejer y destejer. Nadie vende su tela, y nadie hace tela nueva.

Decian ellos que el volver atras no era mas que tomar carrera. ¡Dios los bendiga, y qué larga la toman!

Vamos claros. La Constitucion del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12: en el dia da la maldita casualidad de que somos mas liberales que entonces: si te he hablar ingenuamente, á mí me parece poco.

Las circunstancias del año 12, la guerra que sostenía-mos apoyada en el fanatismo popular, y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones en el dia no necesarias, ridículas.

En ellas hablan las Cortes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo: gran principio para una novena: buena es la devocion, pero á su tiempo: eso es adoptar, heredar de la monarquia el derecho divino: la sociedad puede servir á Dios en toda clase de gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales ningunas, ni en un soberano, ni en un congreso; la sociedad se hace ella misma por derecho propio sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo á predicar, no á redactar códigos. A Dios daremos cuenta de nuestras creencias, no á los hombres; reflexion igualmente aplicable al capítulo 2.º, artículo 12; porque el Salvador quiso convencer, no obligar, porque no quiere mas homenages que los voluntarios.

Item mas: en la Constitucion del año 12 no está consignada la libertad de imprenta, sino para las ideas políticas, y eso es decirle á un hombre: *ande usted, pero con una sola pierna.*

En cambio nos impone como ley fundamental el amor á la patria y la obligacion de ser justos y benéficos... en cambio... Andrés mio, callemos porque, repito, que la venero, y tengo por indigno de un liberal poner en ridícu-

lo el paladion de nuestra independencia nacional, y la cuna de nuestra libertad, por facil que eso sea. Pero la respeto, como Cristo respetó el testamento viejo, fundando el nuevo. Veneremos el viejo código, y venga no obstante otro nuevo mas adecuado á la época.

Parécense los hombres del año 12, amigo Andrés, al cura que no sabia leer mas que en su breviario: ó mejor al gastrónomo en Vista-Alegre, que viendo su mesa puesta, pugna por sentarse á ella en cuanto le dejan un momento libre, en cuanto ve un resquicio por donde acercarse á la mesa. El caso es el mismo: todos les hacemos cumplimientos, pero no les dejamos sentarse. Unas veces se lo impidió el poseedor don Pascual de la Rivera, otras los mozos de su fábrica... Convengo en que es una desesperacion; pero culpen, no á nosotros, sino á ellos mismos, que tantas veces se dejaron interrumpir antes de llegar el bocado á la boca.

Aténgome á su artículo, que dice:

«La nacion española es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia, ni persona.»

Esto digo yo: entre á gobernar, no este ni aquel, sino todo el que se sienta con fuerzas; todo el que dé pruebas de idoneidad. Basta de ensayos. A eso nos responden ellos. ¿Y dónde estan esos hombres?—¿Dónde han de estar? En la calle, esperando á que acaben de bailar los señores mayores, para entrar ellos en el baile.

¿Cómo no salen esos hombres? añaden. ¿Cómo han de salir? De Calomarde acá, ¿qué proteccion, qué ley electoral ha llamado á los hombres nuevos para darles entrada en la república? Cuenta sin embargo con ella, y llámelos la ley presto; ¡déjese entrar legalmente á los hombres del año 1836, ó se entrarán ellos de rondon!!!

En conclusion, hombres nuevos para cosas nuevas: en tiempos turbulentos hombres fuertes sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria, y en quien arda una noble ambicion y arrojo constante contra el peligro.

¿Qué saben los jóvenes? esclaman. Lo que ustedes nos han enseñado, les responderemos, mas lo que en ustedes hemos escarmentado, mas lo que seguimos aprendiendo. ¡Y qué eran ustedes el año 12! Nosotros fundaremos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones,

en coronar la obra que empezaron. Nosotros no rehusamos su mérito; no rehusen ellos nuestra idoneidad, que el árbol jóven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le da sombra.

Segun el miedo que tienen de que la juventud entre en los puestos, no parece sino que es posible hacerlo peor que ellos.

Para el año 1836 la única Constitucion posible es la Constitucion de 1836.

Una idea te diria, si no la hubieras de contar; y solo á tí te la diria, porque ellos la tomaran á personalidad, si de ella hiciese un artículo, y sabe Dios que no lo digo por tal. Mucho venero á los hombres de otra época, Andrés mio; mucho saben, sobre todo en no hablándose de gobernar, para lo cual ya nos han manifestado repetidas veces hasta donde rayan; mucho saben, y tanto que no solo no los lanzaria yo de la república, sino que los guardára muy guardados como guardaban los romanos los libros sibilinos, para consultarlos con el mayor respeto: de ellos armaria una biblioteca viva, donde vueltos de espaldas en muy pulidos estantes, leyese el estudioso encima *Fulano, de Economía Política; Mengano, de Reformas Constitucionales; Zutano, de la Guerra de la Independencia; Perengano, de Metáforas y del Espíritu del Siglo*, &c., &c.; de suerte que no hubiese mas que volverlos y ojearlos en un apuro, cuidando mucho de quitarles antes y despues el polvo, y de tornarlos á volver hasta otra duda, como pergaminos preciosos.

Ahí verás tú si los respeto, y si los tengo en estima.

Hasta aqui de la Constitucion y de los hombres del año 12. Pasó el susto, y la noticia, como habrás visto, no tuvo consecuencia. Sin duda el ruido que metió fue el último cumplimiento de despedida que nos hizo.

No ganamos para sustos. Posteriormente se cruzaron de palabras el pueblo de Valencia y su Capitan General. Este tomó una porcion de providencias, entre otras las de Villadiego; con cuyo ingenioso arbitrio no le pudieron haber los valencianos, que es decir que ha podido mas que ellos, que se ha burlado de ellos. Tiene mucho talento. Buen chasco se han llevado. Asi, asi: á los alborotadores hay que jugarles esas pasadas; con eso escarmientan. A buen seguro que si Basa hubiera hecho otro tan-

to, no le hubieran deshecho á él, y el pueblo de Barcelona se hubiera llevado el mismo chasco que el de Valencia. ¿No quereis Capitan General? Pues tomad Capitan General. ¿No te figuras tú al pueblo de Valencia buscando á su Capitan General por todas partes, como quien busca una sanguijuela estraviada, y él trota que trota para Madrid? A mí me hace morir de risa. Es lo que él dice: ¿Pues qué, querian ustedes que me matáran? ¿Qué habiamos de querer?

Con que ahora está aquí bueno, gordo y tranquilo; no ha sido poca fortuna el pode o contar.

En Zaragoza fue por otro estilo: salieron unos carlistas sentenciados á qué sé yo que bobería: se levantó el pueblo, sitió á los jueces, y dieron en quererlos juzgar. Al maestro cuchillada. Pero no les da el naipe para esos pasages á los jueces de Zaragoza, como á los Capitanes Generales de Valencia.

Entre tanto el Ministerio de Gracia y Justicia sigue siempre de mudanza, y hace bien, porque el juez que no da fruto en una tierra, lo da en otra. El juez ha de ser como el zapato, hecho al pie; por eso el que no le viene bien al uno, le viene bien al otro.

Para eso el de la Gobernacion no se mete con nadie, ni habla mal de nadie. Es un escelente señor; á su oficina y no mas. Da lástima hacerle daño, y sería completo si se le volviese *C* la *H* de su apellido; pero llámalo *h*.

En cuanto al de la Guerra nadie sabe una palabra de él.

En mi última te pintaba en globo la confusion que en el Estamento y fuera de él habia causado la ley electoral, y te añadia:

«Yo por el pronto solo veo clara una cosa, y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes... que para entonces es probable que empecemos á entendernos..., y que seguramente no tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, si no la cumple, porque estará caido &c.»

De todas esas profecías solo en la primera acerté; porque en cuanto á entendernos da gusto. Unos dicen que Mendizabal es el primer hombre del mundo; otros que no es tal, sino el último; que el primero es Isturiz y Galiano; te advierto que este son dos; otros que ni Isturiz

ni Mendizabal; no sé qué te diga: quién asegura que este puede durar unos quince dias, quién defiende que durará mas que un constipado mal curado: éste no ve mas que el prestigio que tiene todavía en las provincias, el cual no se destruye tan fácilmente, sobre todo cuando no deja de tener algun fundamento; aquel no atiende mas que al descrédito en que ha caido en sus corros y cafés, y cree que toda la nacion puede juzgarle con igual talento, y tan de cerca como él. Estos disputan que no hay hombres aqui; aquellos que sí hay hombres; los de la izquierda que hay dinero; los de la derecha que no hay un cuarto; estoy por estos. Quién opina que la guerra es inacabable; quién la da por acabada; añadiendo que no falta mas que tirar una línea: uno dice que el mal de España no tiene remedio; otro que esa es la mejor señal, que empieza la revolucion, y que en Francia sucedia lo mismo, á pesar de que todo era diferente; varios juzgan que el rigor es de justicia, y que el árbol de la libertad se riega con sangue; algunos creen que la humanidad repugna tales horrores; no falta quien piensa que es guerra de empleos, y sobra quien no piensa ni eso ni nada. Pero todos somos liberales y vamos á una: eso sí. Por lo cual esto se acabará pronto de un modo ó de otro: en prueba de ello te puedo decir que se empiezan ya á acabar dos cosas: el dinero y la paciencia.

Pero son tantas las opiniones en fin y los hechos que se acumulan, y tantas las cosas que van á suceder, sin contar las que han sucedido desde la apertura de las Cortes, que me es indispensable reservarlas para otras cartas: me limito en esta á ponerme al corriente, saliendo del atraso de noticias en que te tenia. En lo sucesivo aprovecharé todas las ocasiones posibles de escribirte, y al siguiente correo para Francia recibirás la inmediata, salvo estravío, golpe de mano airada, ó caso fortuito.

Si en el ínterin, y en medio de este conflicto de opiniones encontradas, me pides la mia, te contaré un caso que juzgo oportuno.

Sitiaban los franceses al mando del mariscal Moncey esa misma Valencia, que en distintas épocas han mandado el Cid y Carratalá. Reuniéronse en tan grave apuro el ayuntamiento y las personas mas ricas del pueblo, entre las cuales quedóse dormido de confusion y pesadum-

bre un confitero, que entendia mas de ramilletes que de disturbjos políticos. Iba diciendo cada uno en la asamblea su opinion como mejor lo entendia. Llegada que le fue su vez á nuestro hombre,—y usted, le dijo sacudiéndole del brazo el que á su lado tenia, ¿qué piensa?—Sí, ¿cuál es su opinion de usted? preguntaron todos á un tiempo; á cuya pregunta contestó despertando y todo despavorido el confitero: ¡mi opinion, sí, mi opinion, señores, es de que *Dios nos asista!!!* En cuyo voto imitaba el confitero la rara discrecion del P. Froilan Diaz, confesor de Cárlos II.

Eso mismo opino yo, Andrés mio, por ahora, y mientras no vea levantarse en masa á la nacion para ahogar de una vez y para siempre el monstruo que en el norte nos devora, en vez de entretenerse en cuestiones secundarias y en rencillas personales, de las cuales debiera el pais hacer justicia, como del orgullo mezquino y de la loca vanidad de sus dueños.—Tu amigo.—*Figaro.*

LITERATURA.

Rápida ojeada sobre la historia é índole de la nuestra.—Su estado actual.—Su porvenir.—Profesion de fé.

La política, interes principal que absorve y llena en el dia todo el espacio que á la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro á la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la espresion, el termómetro verdadero del estado de la civilizacion de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los estrangeros que al concluir nuestro siglo de oro espiró en España la aficion á las bellas letras. Si pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura habia tenido un carácter particular, el cual ó habia de variar con la marcha de los tiempos, ó habia de ser su propia muerte, si no queria tran-

sigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba á despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del orientalismo que nos habian comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédese asegurar que habia sido mas brillante que sólida, mas poética que positiva. A esta sazon, y cuando nuestros ingenios no hacian, ni podian hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes de que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa que dió el impulso investigador á otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultrà* que habia de volvernos estacionarios. La reforma abrió un nuevo campo á los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron á luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza á la reaccion religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplacion forzase á los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, á lanzarse en la nueva senda que delante de sí veían abierta. De aqui la tolerancia que fue forzoso á los legisladores adoptar en política y en religion; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del germen de una revolucion en las ideas, que debia ser sangrienta, porque no la hacia alli la predicacion, sino la violencia. La España estaba mas lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros paises caducaban ya eran nuevas todavía para ella, porque recien salida de la larga dominacion musulmana, veía todavía en el catolicismo el *paladium* que la habia salvado. Siete siglos ademas de guerras y rencores religiosos debian haberla hecho mas fanática: ¿qué mucho pues que el impulso de la reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, mas bien ocupados en sus intestinas discordias, que envueltos en el movimiento general, de que hacia tiempo la habian segregado sus intereses particulares? Ella fue por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aqui se vinieron á hacer fuertes contra la invasion *reformista* los que habian sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecucion religiosa, amalgamada con el celo fundador y

apostólico que nos llevaba á descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacia mas llevaderas unas cadenas, de que podiamos hacer cirineos á tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos los doraba. ¿Qué mucho que la España de entonces trocase su libertad interior por el dominio en lo esterior, si hemos visto en los tiempos modernos á una gran nacion que se decia harto mas adelantada, á una nacion que parecia haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la mas sangrienta revolucion, si la hemos visto, decimos, coronar á un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra á los republicanos mas ardientes laureles perecederos, y el oropel de una pasagera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que habia llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades, añadió á la *tirania religiosa* la *tirania política;* y si por espacio de un siglo todavia conservamos la preponderancia literaria, ni esto fue mas que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra, *útil* y *progresivo*. Imaginacion toda, debia prestar mas campo á los poetas que á los prosistas: asi que, aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico-morales, de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente mas completa que ninguna otra nacion, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun esos se ofrecieron mas bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época: influidos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante, adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas: trataron mas bien de lucir su claro ingenio en estilo florido, que de desentrañar los móviles de los hechos que se veian llamados á referir. Mas parecieron sus escritos una recopilacion

de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles, que una historia razonada. No sabiendo deslindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar á hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginacion, se vió mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pués que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su origen en la península española. En ella podemos citar escritores escelentes, si contados. El Ingenioso Hidalgo, último esfuerzo del ingenio humano, bastaria á adjudicarnos la palma, aunque no tuviéramos otras que presentar en lugar privilegiado, si no tan eminente. Pero esta época fue de corta duracion, y despues de Quevedo, la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habian sacado unos pocos, solo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que le era permitido hacer en ese género á la lengua y al ingenio español.

Poco despues la literatura se refugió al teatro, y no fue por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo mas que decaer.

A fines del siglo pasado volvió á brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurreccion, que se hubiera acaso llevado á cabo, si los disturbios políticos no se hubieran apresurado á sofocar el germen sembrado durante el feliz reinado de Cárlos III. Dado ya el impulso, sin embargo, era forzoso que algunos efectos siguieran á la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habian caido los pueblos, habian hecho menos recelosos á los tiranos; si bien los mas perspicaces oían ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era seguramente en España donde debia de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposicion, que al verificarse aquel, ningun miedo de contagio infundió en el gobierno español. Al contrario, él mismo habia sido una de las causas de la propagacion de las ideas nuevas, apoyando la rebelion de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. A fines, pues, del siglo pasado apareció en España una juventud menos apática y mas estudiosa que la de las anteriores generaciones; pero juventud que, al volver los ojos atras para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vió sino una inmensa laguna: desesperando entonces de unir

el cabo interrumpido, y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarle, y agregarse al movimiento del pueblo vecino, adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Vióse entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallamos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzan, Huerta, Moratin el padre, Melendez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros, restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿cómo? introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto francés, bien como en el XVI habian otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las mas veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de análisis, *disecador*, digámoslo asi, y el espíritu filosófico francés, hicieron sentir su influencia en nuestra regeneracion literaria. Los agentes de ella, queriendo con todo creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la espresion*; es decir, que al adoptar la ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Asi que, en poesía vimos conservando el saber poético de nuestros buenos tiempos, parecíanos oir todavia la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fue declarado delito toda innovacion en el lenguaje de Cervantes. Iriarte, Cadalso y otros, se declararon á todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con las armas de la sátira, al paso que Melendez, Jovellanos, Huerta y Moratin sostenian la misma opinion con el ejemplo.

Este es el lugar de hacer una observacion esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la espresion del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada ó escrita, no es mas que la representacion de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideologia, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas á las viejas, combinaciones de hoy á las de ayer, analogías modernas á las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la espresion de esos mismos progresos, perdónennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir mas lejos en la cuestion, ver al mismo Cervantes en el dia, forzado á dar al público un artículo de periódico acerca de *la eleccion directa*, *de la responsabilidad ministerial*, *del crédito ó del juego*

de bolsa, y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido á semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituian la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que escribia, para vivir, cuando no se escribian sino comedias de capa y espada, escribiria, para vivir tambien, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico. Lo mas que pueden los puristas exigir, es que al adoptar voces y giros, y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

Hé aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneracion literaria: quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestirlas con la lengua propia; pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no habia crecido con los años, y con el progreso que habia de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, habia venido á ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venia estrecho á quien le habia de poner. Acaso sea esta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar mas adentro en el espíritu del siglo. De esto sería una prueba la inculpacion que á Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teniamos filosófico, el primero que habia tenido que luchar con su instrumento, y que le habia roto mil veces en un momento de cólera ó de impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habria de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, á quienes nos vemos forzados á imitar, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Porque nunca preguntaron á las palabras que quisieron aceptar *¿de dónde vienes?* sino *¿para qué sirves?* Y medítese aquí que el estar parado cuando los demas andan, no es solo estar parado, es quedarse atrás, es perder terreno.

Ademas de esta causa, que opuso tantas trabas á nuestros adelantos, habia otra, á saber: que el número de los que adoptaban el gusto francés, é importaban una nueva literatura, era reducido: eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavia, tanto en literatura como en política. No queremos rehusarles por eso

la gratitud que de derecho les corresponde; quisiéramos solo abrir un campo mas vasto á la jóven España; quisiéramos solo que pudiese llegar un dia á ocupar un rango *suyo*, *conquistado*, *nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intencion en esta reseña general entrar á analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil á nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavia. Despues que algunos nombres caros á las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, despues que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron á atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno á falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin podernos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra, ó si seguiríamos siendo una postdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos casi todavia: en verso, en prosa, dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. En el dia numerosa juventud se avalanza ansiosa á las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, á la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolucion, de este inmenso progreso. En política el hombre no ve mas que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, porque la imaginacion misma ¿qué es sino una *verdad* mas hermosa?

Si nuestra antigua literatura fue en nuestro siglo de oro mas brillante que sólida, si murió despues á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso estraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, espresion de la sociedad *nueva* que compo-

hemos; toda de *verdad*, como es de *verdad* nuestra sociedad; sin mas reglas que esa *verdad* misma, sin mas maestro que la *naturaleza*, *joven* en fin como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. Hé aqui la divisa de la época, hé aqui la nuestra, hé aqui la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos á un libro: *¿nos enseñas algo? ¿nos eres la espresion del progreso humano? ¿nos eres útil?—Pues eres bueno.* No reconocemos magisterio literario en ningun pais; menos en ningun hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo: no reconocemos una escuela esclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea mas facil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre: no le bastará como al *clásico* abrir á Horacio y á Boileau, y despreciar á Lope ó á Shakespeare: no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Victor Hugo y encerrar las reglas con Moliere y con Moratin; no; porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderon, Moliere al lado de Lope; á la par, en una palabra, Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Victor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el dia literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo á la espresion y nada á la idea; sino una literatura hija de la esperiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propeganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura en fin, espresion toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.

GARCÍA DE CASTILLA,

Ó EL TRIUNFO DEL AMOR FILIAL.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

El poeta ha hecho girar su drama sobre un asunto nacional, en lo cual ha sabido proporcionarse una gran ventaja; pero asunto tan diminuto de por sí, y tan poco esplayado por él, que casi viene á caer en el círculo de los dramas de imaginacion.

La escena es en Toledo. Al levantarse el telon el espectador empieza por ver á un rey sentado en su trono, su esposa á la izquierda, varios cortesanos y guerreros y un mensagero del moro, que viene á proponer la paz ó la guerra, y á quien contesta unánimente todo el mundo con la guerra. Despachado el moro con tan mal recado, retíranse los cortesanos, y entonces podemos asegurar que comienza el drama; porque la primera escena del mensage, ni tiene relacion ninguna con el resto, ni vuelve á aparecer mas moro, ni mas guerra; es exactamente lo que en lenguaje vulgar se suele llamar una *embajada*. El rey don Alfonso parece estar perdido de amores por una tal Elvira, dama muy principal de la corte, pero huérfana de padre y madre, lo cual la deja espuesta á los antojos de la testa coronada. Elvira con todo no puede corresponder á S. M. por dos razones, la primera porque el rey es casado, naturalmente con la reina, la segunda porque corresponde á Garcia de Castilla, hijo del mismo rey, ya grandecito y mozo, que no le va en zaga á su padre en valor y *donosura* caballeresca. Bien conoce la doncella, doblemente solicitada, que confiar á cada uno de sus perseguidores la pasion del otro, fuera encender peligrosa discordia en el estado, y por tanto ni el padre ni el hijo saben de los intentos del hijo y del padre. Pero la reina es ladina, y aunque no esté de su esposo enamorada, como se supone, sábele mal dósis tan cargada de zelos; siendo, como es, de no muy blanda condicion, descubre al

hijo la pasion del padre, inspírale sospechas de la virtud de Elvira, le asegura que el rey ha de hacerlo matar al dia siguiente, zeloso de él, y lo escita de esta suerte á la rebelion y al parricidio. El rey en tanto, que nada columbra de los ocultos manejos de su mitad, no pierde la huella de su amada, insta, ruega, amenaza, y desesperado de la virtuosa resistencia, llega á ofrecer trono y diadema á la muchacha Elvira. No se sabe precisamente si trata solo de anular su anterior matrimonio, ó si piensa en manchar con sangre el tálamo conyugal. Pero todo es inútil, porque Elvira, puesta ya entre la espada y la pared, confiesa al enamorado monarca que su amor se ha fijado en una generacion mas adelante. Entre tanto García anda loco, dando y tomando en lo de los zelos; y la madre, echando mano del elemento popular, alza las *masas* proletarias, como se diria en el dia, contra el poder ejecutivo. Una casualidad que ofrece á la vista de García, al rey y á Elvira metiéndose juntos entre bastidores, acaba de evaporar el poco seso que le quedaba, y atropellando remordimientos, y todos los escrúpulos de honor y de amor filial que tiene en anteriores escenas esplayados, da en la diabólica idea de matar á su padre; cosa fea de por sí, y mas si se le añaden las circunstancias de darle la zelosa madre llave al efecto, y de haberlo de matar dormido, que como dice otro poeta trágico es *matarle muerto*. Aprovecha para el intento la ocasion del reposo del ilustre progenitor, que por lo visto no hace vida comun con su muger, y que acaba de entrarse solo en su alcoba; pero en aquel tiempo el cielo protegia á los reyes, lo cual se manifiesta en dos claras señales: 1.ª, una especie de tempestad, compuesta de varios relámpagos que entran por la ventana de la izquierda, pero sin ruidos ni truenos, en lo cual me parece haber andado atinado el ingenio, supuesto que no son cosa mayor las cajas de truenos de estos teatros: 2.ª, no haber pegado los ojos S. M., á quien deben de traer despierto sin duda sus malos pensamientos. La consecuencia es clara: el rey que ha tenido la precaucion de acostarse vestido, como quien tiene que madrugar, no se deja matar, dando muestra en eso de prudente, y descubre al asesino. La escena siguiente entre S. M. y el heredero de la corona es acaso la mejor del drama: se termina con el allanamiento del palacio por la turba popular, que proclama á García, con notable perjuicio del poseedor. Pero García, que ha sabido

que cuando él fraguaba su mal combinado parricidio, ya el culpable habia renunciado á sus adulterinos deseos, y trataba de casarlo con su amada; García, que ha vuelto en sí de su alucinamiento, defiende las prerogativas del trono. La madre entonces, convencida de que todo ha sido tiempo perdido, echa mano de un puñal que trae siempre consigo, para su uso particular, y acaba por matarse, que es en nuestro sentir por donde debiera haber principiado.

Sea tragedia el García de Castilla, sea drama, pertenece indudablemente á la historia: permítanos el autor pues que le digamos que la principal condicion de los asuntos históricos es la de llevar en sí el sello de la época á que pertenecen; y cuando los personages son de algun bulto, el poeta se compromete á darnos su retrato *su fac símile* moral, digámoslo asi. El rey que nos pinta, bien puede ser un Alfonso; pero el autor convendrá con nosotros en que puede ser cualquiera de los muchos Alfonsos que en Castilla han reinado; puede tambien no ser un Alfonso, sino un rey cualquiera: todo su carácter histórico se reduce á reinar; y esta seña es ciertamente tan vaga, que solo puede bastar para un carácter ideal de comedia. Igual observacion puede aplicarse á los demas personages é incidentes del drama.

No resultando pues histórico el drama despues de acabado, no resulta de él tampoco admonicion ninguna para el porvenir, hija de la esperiencia, fin evidente de los dramas históricos, de la tragedia y de la histoira misma.

Sobre tres pasiones ha fundado su armazon el poeta. El *amor*, los *zelos* y el *amor filial*. Cualquiera de ellas bastara para llenar cumplidamente una composicion dramática; ¿por qué, pues, habiendo tres, no resulta el interes, el alma que debe animar este cuerpo? Por eso mismo, toda pasion vehemente escluye en el teatro otra pasion: todo sentimiento exagerado tiende á avasallar, á dominar, á reinar solo. Enredado el ingenio en la multitud de recursos de que echa mano, no usa bien de ninguno, asi como un soldado cargado de toda clase de armas haria menos daño al enemigo que otro provisto de un solo buen fusil.

El amor en don Alfonso es singular; ni una escena de arrebato, ni un momento de ternura, ni un verso de fuego. Bien hace la niña Elvira en no dar oidos á galan tan necio. Sin embargo, la cosa es de mas consecuencia de lo que pa-

rece; porque ¿cómo quiere el poeta que creamos que un hombre, en quien no nos pintó el arrebato de la pasion, echa del tálamo á su anterior muger, con la misma indiferencia que pasa una abeja de una flor á otra flor? Supuesto que el teatro se ha de alimentar de crímenes, es preciso que estos sean forzosos, obligados, ampliamente motivados. El poeta no puede suponer que el crimen existe y se produce naturalmente en el mundo, como un junco en un pantano; es preciso que lo dé como efecto de una causa estraordinaria.

Si los zelos en la reina estan mas justificados, en cambio adolecen de otro defecto, y es de no estar sentidos; pudiérale bastar al historiador decir: *la reina anduvo zelosa.* El poeta no debe decirlo, sino hacerlo ver. Si estos zelos por otra parte parte no son de amor, sino de orgullo, fuerza era haber empezado por pintar el carácter de la reina capaz de intentar las mayores atrocidades por amor propio.

No sabemos tampoco si está en la naturaleza que una muger por amor propio ponga en lucha á su hijo con su esposo, y esponga la vida del objeto mas caro á una madre.. ¡y esto sin ocurrirle siquiera la idea del inminente peligro en que lo pone!!! El tipo de este caracter no existe en la naturaleza; es un monstruo. Y no se nos diga que la moderna escuela ha adoptado y producido en el teatro semejantes monstruos. No. *Clásicos y románticos* han convenido igualmente en que el ser mas odioso que puede presentarse en la escena ha menester alguna virtud para interesar, alguna afeccion tierna que sirva de contraste á sus errores. El Neron de Racine aparece dominado del amor; la Lucrecia Borgia de Victor Hugo halla disculpa ante el espectador por el amor á su hijo; la despreciable Marion de Lorme se purifica en las tablas por medio de una pasion verdadera; el bufon Triboulet desaparece delante del padre tierno; no hay corazon en la naturaleza, por pervertido que sea, que no abrigue algun sentimiento humano.

En cuanto al amor filial, cuyo triunfo se ha propuesto pintar el poeta, no está mejor desempeñado que las dos ya examinadas pasiones: puesto que no es el amor filial, no el remordimiento quien triunfa; quien triunfa es la circunstancia de estar despierto el rey, sin la cual pereciera sin duda; digamos pues que es el *triunfo de la casualidad*, el *triunfo de la vigilia.*

Doloroso es tambien que el poeta que parece querer sacudir, segun su anuncio, antiguas preocupaciones literarias, haya admitido como adorno dramático la tempestad Convenimos en que no repugna á la razon creer que al mismo tiempo que un hijo asesina á su padre, empiece á relampaguear, y mas si es verano; pero no es razon suficiente el que una cosa pueda suceder para que el poeta la coloque al lado de otra que realmente sucede. No está probado todavia que los crímenes sean conductores de la electricidad, y bueno seria dejar semejantes máquinas dramáticas para los pueblos que creian la participacion inmediata del cielo en los delitos de la tierra. El poeta sobre todo debe desecharlas, cuando como en el Garcia ningun resultado le han de producir. Si tal dootrina pudiera admitirse, á un autor le pareceria muy bien una tempestad, á otro un terremoto, á otro una avenida, á otro en fin un incendio ó el hundimiento de la casa, cosas todas tan naturales como la tormenta, pero que no tienen mas relacion con Garcia de Castilla, asesinando á su padre, las unas que las otras.

TERESA.

Drama en cinco actos, de Mr. Alejandro Dumas.

Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el mas conocedor del teatro, y de sus efectos, incluso el mismo Victor Hugo.

Nos permitirá un periódico de esta corte que no dejemos pasar una proposicion poco meditada que en él hemos visto: nos permitirá que la creamos hija de la precipitacion con que se trabajan los escritos destinados á los periódicos.

El drama moderno, ha dicho el autor de un juicio crítico de Teresa, el de Dumas, Hugo, Ducange y aun de Casimiro Delavigne, es el corazon humano, &c. &c. Forzoso es confesar que es disonante la reunion de los nombres de Dumas, Hugo, Ducange y Casimiro Delavigne en una mis-

ma línea. El que esos renglones escribió manifiesta en el resto de su artículo demasiado talento y suficientes conocimientos, para que se pueda creer que ignora la distancia que separa á aquellos escritores. No insistiremos por lo tanto en una acusacion de esta especie; solo anunciaremos algunas ideas generales que nos parecen indispensables en este artículo. Victor Hugo, mas osado, mas colosal que Dumas, impone á sus dramas el sello del genio innovador, y de una imaginacion ardiente, á veces estraviada por la grandiosidad de su concepcion.

Dumas tiene menos imaginacion, en nuestro entender, pero mas corazon; y cuando Victor Hugo asombra, él conmueve: menos brillantez por tanto, y estilo menos poético y florido; pero en cambio menos redundancia, menos episodios, menos estravagancia; las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas, y hábilmente manejadas, forman siempre la armazon de sus dramas; mas conocedor del corazon humano que poeta, tiene situaciones mas dramáticas, porque son generalmente mas justificadas; mas motivadas, mas naturales, menos ahogadas por el pampanoso lujo del estilo. En una palabra, hay mas verdad y mas pasion en Dumas, mas drama. Mas novedad y mas imaginacion en Victor Hugo, mas poesía. Victor Hugo esplota casi siempre una situacion verosimil ó posible: Dumas una pasion verdadera.

Casimiro Delavigne no puede ponerse en parangon con los dos anteriores, porque estos al fin pueden presentarse como cabezas de un partido, y sosten de la innovacion; enlazados por afecto y principios con la revolucion de las ideas y nuevo gusto del siglo, sus escritos tienden á un fin moral, por mas que echen mano de recursos, no siempre morales; pero á un fin moral, osado, nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir; destructor de preocupaciones y trabas políticas, religiosas y sociales. Pero Casimiro Delavigne no es mas que un sectario, un discípulo de las antiguas creencias literarias, y lo mas que se le concederá es haber cedido algunas veces al torrente de la innovacion: una prueba de esta verdad es su drama de los Hijos de Eduardo, y aun mas su última produccion don Juan de Austria. Queriendo escribir en la primera una tragedia clásica, ha echado mano de resortes dramáticos, acaso demasiado atrevidos para los *aristotélicos*

puros; y en la segunda no ha hecho sino una comedia heróica, en gran manera parecida á las de nuestro teatro antiguo, como el Rico Hombre y el García del Castañar, mas sin haber pedido igualarlas en mérito. Pero Casimiro Delavigne nunca podrá citarse como fundador. *Moliérista* puro en la Escuela de los Viejos y en sus Cómicos, y *Volteriano* en sus tragedias de Paria y las Vísperas Sicilianas, es comedido en sus resortes dramáticos, parco y hasta parsimonioso; poco original, poco nuevo; templada su imaginacion por la influencia de las reglas y su amor al orden, no es brillante ni arrebatado; en cambio es puro, correcto y moral, como sus antecesores, cuanto el teatro permite serlo. Es un rio manso y sereno, puro y cristalino, que corriendo por un antiguo cauce beneficia el terreno á fuerza de regarle; Victor Hugo y demas pudieran compararse mejor con el torrente que suele destruir al paso que riega, ó con la inundacion periódica del *Nilo* que fecunda el Egipto, anegándole y trastornando su superficie; y como de esas veces no son sino la catarata del *Niagara*, que solo sirve de mostrar en toda su pompa el poder de la naturaleza, y de asombrar y atronar al curioso viajero.

En cuanto á Ducange, por mucho mérito que se le quiera suponer, concediéndole el de conocer el teatro y el corazon humano, colocarle al lado de Victor Hugo es poner al lado de Calderon á don Ramon de la Cruz. Victor Ducange es un dramaturgo de Voulevard; pero no es un escritor de primer orden, ni por la esencia de sus obras, ni por su estilo. Victor Ducange es á Victor Hugo lo que un pintor de alcobas y de coches á Salvator Rosa y á Rivera. Su pluma no es pincel, es brocha, Su color es almazarron. No es el poeta del siglo, es el abastecedor de las provisiones dramáticas del populacho.

En una palabra, Victor Hugo, Dumas, Casimiro Delavigne y Ducange solo se parecen en ser franceses. Cualquiera nos confesará que es la mas pequeña semejanza que puede existir entre cuatro hombres, y que no son esos títulos suficientes á la comparacion.

Pasando ahora á la Teresa, el autor se ha propuesto desenvolver una verdad moral: ha querido probar, como Delavigne en su *Escuela de los Viejos*, las funestas consecuencias de la desigualdad de la edad en los consortes.

Un baron francés, en la edad ya de la madurez y de la

ausencia de las pasiones, casa con una jóven italiana en quien no es menor la influencia del clima que la de los pocos años: enamorada ademas de un joven llamado *Arturo*, cuya pobreza fue un obstáculo á la boda de entrambos, pero que por las vicisitudes de la vida trata de casarse con una hija del baron, en razon que este presenta en su casa á su esposa. *Teresa* y *Arturo* conocen su posicion crítica, y para evitar los riesgos de ella atropellan y concluyen la boda de *Arturo* con la jóven *Amelia*; pero ni esta precaucion, ni los proyectos del viaje y de separacion bastan á apagar el volcan que arde en los pechos de *Arturo* y de *Teresa*. Cuando la pasion habla, enmudecen los deberes. La situacion dramática del baron, que descubre por fin el amor criminal de su muger y su yerno, es escelente y brillantemente desenvuelta.

El caracter de la joven *Amelia*, cuya imprudencia descubre inocentemente al baron su desgracia, es todo candor y sencillez, y solo asi puede ser verosimil su indiscrecion. La situacion mas dramática y de mas efecto del drama es la del baron cuando consiente en renunciar al duelo con su yerno, y darle una pública satisfaccion escrita, ahogando su rencor y sacrificándolo al porvenir de su hija, cuya felicidad pende de *Arturo*. El carácter del baron es por lo tanto el único que ofrecia dificultad, porque en él hay una verdadera lucha. El de *Teresa* y los demas del drama no necesitaban mas que ser consecuentes consigo mismo, lo que en el teatro equivale á insistir en la pasion. *Pablo*, gondolero de Nápoles, que enamorado de *Teresa* entró en su servicio, y que la sigue á todas partes en calidad de criado particular, pero sin esperanzas, sin premio, y condenado á ser testigo del amor que su ídolo tiene á *Arturo*, *Pablo*, satélite obligado de *Teresa*, amante á sabiendas de esta, *Pablo*, que se mata despues de haber proporcionado á su ama un veneno, que ella necesita, y que parece ser la personificacion de la luz que concluye cuando el sol desaparece, *Pablo*, consecuencia mas que persona, es un carácter un poco fantástico, y que el autor no ha admitido probablemente sino como recurso dramático.

Añadiremos antes de concluir que *Teresa* no es ni con mucho la mejor obra de Dumas; que las costumbres francesas son distintas de las nuestras; que en *Teresa* la accion, algun tanto distraida por los caracteres episódicos de un

amigo del baron, y de una amiga de *Amelia*, poco enlazados con el argumento, y por el amor de *Pablo*, marcha lentamente; y que hallándose desleida la pasion en largos diálogos, que exigen de parte de los actores mucha maestría, no es estraño que no haya hecho en Madrid todo el efecto que hubiera sido de esperar.

CARTA DE FÍGARO

á don Pedro Pascual Oliver, gobernador civil interino de la provincia de Zamora.

Muy señor mio: En la Revista del 20 del que espira he leido un comunicado de usted fecha en Zamora, en que trata de la *real orden*, *relativa á correos*, *tan amargamente criticada por mi en mi reciente carta*, *titulada Buenas noches*.

¿Con que es usted, señor don Pedro Pascual Oliver, el responsable de los defectos de aquel corto escrito? ¿Con que usted era oficial de la secretaría de la Gobernacion del Reino y encargado en ella del negocio de correos? Doy á usted, señor don Pedro, dóime á mí, y doy á la secretaría de la Gobernacion del Reino, la mas completa enhorabuena.

Dice usted que no puedo *menos de conocer que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare á corregir el estilo del crecido número de reales órdenes que firma cada dia*.

Asi es la verdad, señor don Pedro. Ya se me alcanza que es *imposible que el señor secretario del Despacho se pare, ni á corregir* ni á nada, y mas con ese *crecido número* de reales órdenes, y de reformas, y de disposiciones luminosas que nos está dando todos los dias, y que han de ser la base de la futura felicidad de la patria. Y por eso decia yo en mi folleto: *¿No seria bueno que se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?*

Y cierto que esto, señor don Pedro, nunca lo pude decir por usted, de quien es notorio que sabe por lo menos escribir; de cuya existencia confieso que no tuve jamas, hasta la publicacion de su carta, la menor sospecha, y de quien por lo tanto difícil me hubiera sido hablar en ninguna de mis cartas.

¡Asi supiera usted leer, señor don Pedro, como sabe usted escribir! que en ese caso hubiera leido como debia mi folleto, porque quiero mejor pensar que no sabe leer, que no que tiene *mala fé*. Vea usted si me inclino á todo lo que es favorecer á usted, ó mas bien á hacerle justicia.

Dice usted hablando de mí: *Figaro hace anónimos los sustantivos* RIESGO y PELIGRO. Entendámonos, si podemos, señor don Pedro Pascual de Oliver. Esa palabra *anónimos* que veo estampada en la Revista, ¿es usted tambien el solo responsable de ella, ó es cosa de la imprenta de *don Emilio Fernandez de Angulo, á cargo de don M. Macias*? Soy tan su amigo de usted, que doy de barato que es yerro de imprenta, y que usted quiso decir *sinónimos*. De acuerdo sobre esto, le responderé francamente que yo no necesitaba, como usted, recurrir al diccionario de la lengua para no hacer *sinónimos* los vocablos *riesgo* y *peligro*, y esto es tan cierto, que precisamente porque no lo son, critiqué en esta parte la real orden de que *es usted autor ó escritor, ó como quieran llamarle á usted los señores redactores de la* Revista-Mensagero, segun usted dice en su carta; á propósito de lo cual, puedo asegurar á usted que los señores redactores de la Revista-Mensagero no querrán llamarle á usted ni *autor*, ni *escritor*; porque el autor es el que inventa, y seguramente, sea dicho en honor de usted, usted no ha inventado la real orden, ni ninguna otra cosa, la pólvora inclusive; por tanto no es tal autor de la dicha orden; y eso, lo repito, le hace á usted mucho honor; el *escritor* es el que escribe ideas suyas, y como usted no escribió en la tal real orden ninguna idea suya, dirán los señores redactores de la Revista que usted no hizo mas que *redactarla*, y si tal dicen, como presumo, por mi vida que aciertan.

Y aqui no vendria mal advertir á usted de paso que en punto á responsabilidad es solo responsable de toda cosa escrita quien la firma; y por eso habrá usted oido decir tal vez, *no bebas agua que no veas, ni firmes carta que no*

leus; lo cual digo ahora, no para usted, señor de Oliver, que no ha firmado nada, sino para el señor secretario del Despacho, que lo firma todo. Esto prueba que la supuesta responsabilidad con que tan caballerescamente sale á defender á su gefe, hace honor al carácter de usted, si no á su estilo; pero de ninguna manera á dicho señor secretario del Despacho. Mas claro; de la redaccion de la real orden, usted era responsable al ministro, y este lo es al público. ¡Buena escusa estaria la de un señor secretario del Despacho que se nos viniese contando los disparates que hubiese firmado, dado caso que un ministro los pudiese firmar, y se escusase despues con sus subalternos!

Pero volvamos, si usted gusta, á nuestro *riesgo* y *peligro.* Decia, señor don Pedro, mi amigo, que ya se me alcanzaba á mí, antes de leer su apreciable carta, que no son *sinónimas* esas voces: la diferencia, que tengo ha tiempo establecida para uso particular en un trabajo inédito, que sobre sinónimos de la lengua castellana en ratos perdidos me ha ocupado, consiste en esto: *que el peligro es inminente; en el riesgo hay mas contingencia.* Y aclarando las definiciones, no muy buenas, del diccionario (permítanme él y usted esta proposicion) con un ejemplo, diremos perfectamente: «Un general corre *riesgo* de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el *peligro.*» El riesgo es dudoso; el peligro es cierto: este es mas *próximo;* aquel mas *lejano.* El jugador arriesga su dinero, cuando juega, sin que por eso haya *proximidad* de perderlo. Se puede decir, y estará muy bien dicho, *que el soldado arriesga ó pone á riesgo su vida.* Sin embargo, segun la definicion de la academia (que me perdone y á quien Dios perdone) no estaria esa frase bien dicha si *el riesgo fuera la proximidad de algun daño leve,* pues que ni el perder la vida es daño leve, ni hay proximidad de perderla en arriesgarla, sino solo *posibilidad;* por donde puede usted inferir que no siempre es juez suficiente el diccionario de nuestra lengua, por mas que usted y que todos le debamos respetar, cuando acierta; es decir, que el diccionario de la lengua tiene la misma autoridad que todo el que tiene razon, cuando él la tiene. Y de la diferencia de *riesgo* y *peligro*, para que no le quede duda de que tengo hecho algun estudio sobre estas cosas, pondré á usted ejemplos que dan peso á lo que llevo dicho.

Dice Solís en el capítulo 48, libro 5.º de la Conquista de Méjico, hablando de Hernan Cortés: «Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo; y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse &c.

Y Mariana al capítulo 13 del libro 17 de la Historia de España:

«Don Pedro... se resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla... teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo.»

Ya ve usted que aqui don Pedro iba á ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla, la cual podia ganar, y en cuyo hecho no habia *proximidad de un leve daño*, como dice la academia.

Y Cervantes en Persiles y Segismunda: «Este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto &c.

Queda, pues, probado que con tan buenas razones no pude nunca tener por sinónimas esas voces; y por lo mismo, y aun adoptando la base de la real orden, usted, señor don Pedro, debia haber conocido que si habia cesado el *riesgo* en la carretera de Aragon, no podia haber *peligro*. De suerte, que si alguno de nosotros dos no ha dado á esas voces su verdadero valor, seguramente, señor don Pedro, no he sido yo.

Esto con respecto al uso de las voces riesgo y peligro. Porque con respecto al resto de la redaccion de la real orden, usted asegura en su carta á la Revista que *podia haberse estendido con mayor claridad y mejor gusto*; estoy perfectamente de acuerdo con usted. Añade usted que *no está enamorado de su obra*; efectivamente, no hay motivo. No quiero contradecir á usted; soy enteramente de su opinion, y es lástima que nos pongamos en *trance* y *riesgo* de reñir dos personas entre quienes existe tan rara simpatía y tal acuerdo de pareceres.

Con respecto á la voz *temporal*, no quise criticar su uso, sino que, como usted dice muy bien *cediendo á la pasion que me domina* traté de juzgar del vocablo para disparar al redactor de la real orden una saetilla mas, no sospechando que fuese usted; pues á haberlo sabido, mucho me hubiera guardado de hacer tal cosa, y de *criticarlo* á usted *á toda costa*, como suelo, cediendo á aquella maldi-

ta pasion que me domina, y que ha de ser, por fin, mi perdicion.

Convengo tambien con usted en que es mas facil *buscar* y aun hallar *defectos*, donde hay tantos sobre todo, que poner reales órdenes, y mas si estas son, como usted dice, *sobre asuntos dados*, porque si no son *sobre asuntos dados*, ya es otra cosa. Y la prueba de la proposicion de usted está en lo raro que es ver reales órdenes que tengan sentido comun; argumento grande en apoyo de su dificultad, á cuyo propósito citaré á usted lo que escribia cierto crítico francés hablando de un antagonista suyo: *El señor es un necio*, decia; *yo soy quien lo digo, y él es quien lo prueba.*

Es pues visto, señor don Pascual, usando de una alocucion de usted, que convenimos en todo, y que mas nacimos para amigos uno de otro, que para andarnos tiroteando en papeles públicos y folletos. Y esto es tanto mas cierto cuanto que no ha mucho ví cierta alocucion de usted al pueblo zamorano, y animada como está de sentimientos patrióticos de que yo participo en gran manera, parece mal que personas de iguales opiniones den que decir á los mismos de su partido con desavenencias gramaticales: ni el que usted haya podido redactar mal una real orden prueba nada contra su aptitud para cargos públicos; pues ni yo consideré aquello nunca sino como un descuido, ni yo lo llamé delito ni traicion, ni cosa que se le parezca; soy ademas tan enemigo de cuestiones personales, que critiqué la real orden en cuanto á real orden, es decir, en cuanto á acto público del gobierno, de donde infiero que usted anduvo lijero en descubrirse, pues ninguna importancia tiene á los ojos del público el redactor de una real orden, sino únicamente el gobierno que la adopta, firma y publica.

Añadiré solo antes de concluir esta carta que mucho tiempo pensé en no darle contestacion, pero cuando supe que desempeñaba usted, señor don Pascual, un cargo público, uno de los primeros destinos del orden civil, parecióme ya que la categoría de usted merecia siquiera por cortesanía una respuesta, no se dijera que yo habia podido despreciar á una persona tan condecorada.

Por lo demas y dejando á un lado disputas filológicas de poco momento, tengo el honor, señor don Pedro Pascual de Oliver, de repetirme su muy afecto Q. S. M. B.—*Figaro.*

TEATROS.

Visto el estado de decadencia en que se hallan de algun tiempo á esta parte los teatros de esta capital, no nos parece fuera del caso echar una rápida ojeada sobre las causas de su lastimoso abandono, y aun poner en conocimiento de nuestros lectores algunas de las consideraciones que nos sugieren los datos que acerca de su porvenir poseemos.

Pocos paises de los que se hallan á la altura del nuestro en la escala de la civilizacion pueden citarse donde se encuentre el teatro mas atrasado que en España. Falto siempre de proteccion, considerado la mayor parte del tiempo como un mal inevitable por el mismo gobierno que le toleraba, no es mucho que no se hayan dado en ese ramo pasos agigantados. No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido, hacer creer que el teatro corrija las costumbres, ni destierre vicios: llevamos mas adelante todavía nuestra opinion: nos inclinamos á pensar que del teatro sale el hombre poco mas ó menos tal como entra. El hombre es animal de poco escarmiento; y si lo fuera, seguramente que el colorido de sublimidad y pasion que en el teatro suele revestir los vicios y los crímenes no sería el mejor medio de hacerle escarmentar. Los zelos que en el Otelo del mundo no son sino reprensibles, estan por lo menos disculpados en el del teatro con el esceso de la pasion. El teatro, pues, rara vez corrige, así como tambien rara vez pervierte. Ni es tan bueno como sus amigos le han pintado, ni tan perjudicial como sus enemigos le han supuesto. Por lo menos, es desde luego una diversion pública, y en esta sola calidad encierra ya una no mediana recomendacion: es ademas de todas las diversiones públicas la mas culta, y si no corrige las costumbres, puede al menos suavizarlas; puede ser una escuela de buenos modales, y debe serlo constantemente de buen lenguaje y de estilo. A estas circunstancias, que recomiendan positivamente el teatro, ha podido agregarse en muchas épocas la idea generalmente admitida de que todo espectáculo público es favorable al legislador y gobernan-

te, porque distrayendo al pueblo de los intereses políticos, le aparta de la rebelion. Pero esta razon, que tiene un gran peso en favor del teatro en los gobiernos monárquicos, y que todos los tiranos han comprendido perfectamente; esta razon, que fue ocasion de los juegos griegos, de las luchas romanas, del esplendor del siglo de Luis XIV, y hasta de la elevacion del teatro francés durante el imperio, se vuelve contra él en épocas de libertad. Cuando los hombres reconociendo sus derechos y ocupándose en adelantarlos, pueden discutirlos en alta voz en paseos, casas y cafés, la realidad no tarda en ocupar el lugar de la ficcion: la escena verdadera del mundo real en que cada uno es llamado á ser actor, y á hacer tarde ó temprano un papel, debe interesarnos mucho mas que la representacion en cabeza agena de las virtudes y los vicios, cuadros entonces muy secundarios en la galería de la vida. Por el contrario, cuando el legislador se reserva y reasume en sí todos los derechos, cuando él obliga á cada uno confiarle de grado ó por fuerza la parte que debe tener en los asuntos públicos el ánimo encogido y atemorizado, busca en la ficcion un desahogo de la triste realidad. El despotismo, por lo tanto ha solido ser favorable al teatro; y dueño de la hacienda pública, ha destinado en todas partes fondos supletorios á la prosperidad de una diversion de que tanto se prometia. Pero en España ni aun eso ha sabido hacer; en España donde sin duda consideraba la funcion de los toros como mas popular, no le ha sido deudor el teatro de proteccion alguna: por el contrario, en él persiguió las luces, en él trató de ahogar una manera de espresion de la opinion pública; y si lo consintió, podemos atribuirlo á que toda la reprension del gobierno mas despótico no basta á contrarestar la fuerza de la opinion; el espíritu de cada época se hace respetar hasta de sus enemigos; pero ya que no podia derribarlo, hízole todo el daño que podia hacerle: lo consintió, sí; pero como una mera indemnizacion; lo consintió cargándole con la obligacion de resarcir con sus productos los males que le achacaba. Maquiavélica idea por cierto, pues si el teatro era perjudicial en sentir del legislador, no podia haber resultado bueno que lo abonase. El teatro es malo, decia el gobierno; pero haga daño en buenhora, siempre que me sufrague con que desahogar-

me de las obligaciones que como administrador de la sociedad tengo contraidas con los establecimientos de beneficencia; es decir, consiento al ladron, con tal que me rinda por tributo parte de sus robos. Esta ha sido la lógica, y lo que es peor, la moral del gobierno nuestro con respecto al teatro. Y su torpeza tal, que una vez admitido tan escandaloso principio, no supo siquiera volverle completamente en provecho suyo facilitando su prosperidad. Falto de ingenios por la persecucion, agobiado por las cargas civiles, el teatro ha vivido entre nosotros manteniendo obligaciones del Estado; y es lo peor, que habiendo entrado en una era de progreso y de luces, no se trasluce aun la aurora del dia en que deba mejorarse su suerte.

Sin que queramos entrometernos en los antecedentes políticos, ni en la administracion de ningun mandarin, diremos solo que el señor de Burgos, durante su corto ministerio, pareció volver los ojos al teatro, por lo menos con cierta conmiseracion. Hasta él, entregado el teatro unas veces en manos de los actores mismos, administrado otras por la villa, adjudicado algunas á empresas particulares, nunca habia podido desahogarse de la confusion en que nuestra informe legislacion lo tuvo siempre sumido. Para que alguien tomase por él el mas pequeño interes, fue preciso que se viese elevado al mando un ministro que presumia al mismo tiempo de poeta dramático. Pero este vislumbre de esperanza que brilló á nuestros ojos un momento, no tardó en disiparse. El señor Burgos llamó á sí una comision juzgada de personas inteligentes, y les encargó la redaccion de un reglamento de teatro que pusiese término á la penosa situacion del teatro, que deslindase su pertenencia y los derechos de las diversas industrias que concurren á su prosperidad. Esta comision hubo sin duda de informar; y aunque segun las noticias que á nuestros oidos llegaron de su informe, tenemos motivos para creer que no se consultó siempre el derecho, sin embargo, nos atrevemos á asegurar que ese mismo reglamento imperfecto llevado á ejecucion hubiera mejorado la suerte del teatro. Pero para eso hubiera sido preciso que hubiese durado el mismo poeta. Desgraciadamente se acabó el ministro antes que el reglamento, y el sucesor hubo de decir, sin duda, para su sayo: *A mí, que no sé hacer comedias, ¿qué se me da del teatro?* y antes de nacer murió el re-

glamento. De entonces acá si algun ministro del Fomento, ó de lo Interior, ó de la Gobernacion, ha vuelto á ocuparse en el teatro, lo ha hecho tan secretamente, que nada hemos traslucido nunca de su proteccion.

Cuando se estableció el Conservatorio de música, cierto escrúpulo de conciencia, cierto pudor saludable hizo comprender que sería vergonzoso fundar en la capital del reino una escuela donde se formasen cantones para el teatro, y donde no se pensase siquiera en el pobre verso. Movidos los que lo dirigieron de este pudor, se dignaron conceder hospitalidad á la declamacion española en un nicho de su establecimiento: se crearon dos cátedras de declamacion; se asignaron á cada una hasta seis mil reales, ó cosa semejante, por via de honorarios; se nombraron dos catedráticos, individuos de las compañías de Madrid; se les dio *don* en los oficios de nombramiento, y muchachos en los bancos de la escuela, y se les dijo: *Enseñad ahí cuanto sepais, si algo sabeis; ya teneis casa, uniforme, don, y seis mil reales; ya está el teatro protegido; ya verán ustedes los actores que salen.* Y ya lo hemos visto por cierto.

En la contrata sin embargo, que existe todavia, se dió alguna proteccion mas al teatro; pero seamos justos; esa proteccion, que consistió en algunas condiciones mas ventajosas hechas por la villa á la empresa entrante, en la cesion del local y en una asignacion anual de los fondos públicos, no fue efecto de buena voluntad, sino arrancada por la imposibilidad de sostener los teatros con sus cargas, imposibilidad que hizo presente con energía y teson la empresa que iba á tomarlos; y, digámoslo francamente, hasta esas ventajas hechas en tiempo de transicion, en que no se hallaban aun deslindados los derechos de la villa á disponer de los fondos públicos, ni los del gobierno mismo á hacer concesiones sobre fondos de que solo es administrador, y no dueño, si pudieron constituir un contrato legítimo, no bastaron á quitarle la tacha de ilegal.

No es nuestro ánimo en este artículo entrar en el examen del uso que de sus contratas y de sus ventajas ó desventajas ha hecho la empresa; queremos solo dar noticia del estado de las cosas en el dia, despues de haber hecho una ligera reseña de la conducta del gobierno respecto al teatro. Este ha podido protegerlo hasta el dia, y sobre sí tiene el cargo de no haberlo hecho.

Sabemos, pues, que la empresa ha solicitado la rescision de su contrata: tenemos datos para creer que la autoridad civil se halla dispuesta á ese paso; y verdaderamente, si asi no fuese, trabajaríamos nosotros por convencerla, puesto que no puede convenirle ni á la empresa, ni al gobierno, ni al público, una contrata, en contradiccion en la mayor parte de sus cláusulas con el nuevo orden de cosas; y quisiéramos que ya que se nos presenta por sí sola la ocasion, antes de proceder á nuevos compromisos ni adjudicaciones, se pesase maduramente la cuestion, si es que el gobierno cree que es de importancia, porque si no, lo mas barato es cerrar el teatro; y antes deseamos esto nosotros, apasionados de él, que verle sucumbir de nuevo á providencias provisionales.

Acabe de una vez el legislador de pesar si debe ó no de haber teatro; y en el caso de decidir la cuestion favorablemente, deslíndese á quién pertenece, sepamos la parte que un gobierno puede tomar en una diversion pública; la influencia que la autoridad puede lícitamente reservarse en ella; la clase de proteccion que debe dispensarle, lo que de ella puede esperar en remuneracion de sus auxilios, y el derecho que tiene á cargarle impuestos y distraer sus productos. Sepamos de paso si hay una propiedad en la literatura dramática, hasta dónde puede la ley protegerla como á toda propiedad, y hasta qué punto puede entrometerse en las condiciones que cada cual quiere imponer á la suerte de sus producciones.

Encargados como estamos en este periódico de hablar de teatros, por hoy nos contentamos con lo dicho. Logremos ó no llamar la atencion del gobierno sobre determinaciones que en nuestro entender deben meditarse antes de adoptarse, no renunciamos á escribir algun otro artículo, manifestando nuestro sentir en la materia, por mas que no nos consideremos con gran fuerza moral para inclinar la balanza en favor de nuestras opiniones; solo sí declararemos antes de concluir este, que queremos mas bien contribuir con nuestras pocas luces al mejor arreglo posible, que usar despues del triste derecho de criticar determinaciones ya tomadas. Asi lo haremos; y si algun dia nos vemos en la dura precision de maldecir, caiga la culpa sobre quien puede á tiempo remediarlo y dar vida al teatro español, tan vergonzosamente descuidado.

DE LA SÁTIRA

Y DE LOS SATÍRICOS.

Tiempo hacia que deseábamos una ocasion de decir algo acerca de la mala interpretacion que se da generalmente al carácter y á la condicion de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que solo un principio de envidia, y la impotencia de crear, un gérmen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organizacion, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesamos ingénuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvanecer semejante prevencion: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del don de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; ¿pero de qué don de la naturaleza no ha abusado el hombre, y quién será el que se atreva á sacar deducciones generales de meras escepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos calidades eminentemente generosas: en cuanto á las dotes que de la naturaleza debe de haber recibido el que cultiva con buen éxito tan difícil género, ha de poseer suma perspicacia y penetracion para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean; y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamas en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes mas recónditos del corazon humano. Esto puede dárselo la naturaleza; pero es forzoso ademas que las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posicion aislada é independiente; porque de otra suerte, y desde el momento en que se interese mas en unas cosas que en otras, dificilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que

censura las acciones y opiniones de los demas es el que naturalmente debe encontrar mas dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no menos importante de decir, lo uno porque no hay verdad que mal, ó inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira; lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad que no nos halaga; y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras ademas las verdades que la naturaleza nos presenta claras por sí solas, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no solo permitidas, sino lícitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razon por que el satírico debe comprender perfectamente el espíritu del siglo á que pertenece; y esta es la gran diferencia que entre los satíricos de las literaturas antigua y moderna choca al estudioso. El primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Arístófanes, que en sus *Nubes*, sátira dialogada é informe, mas bien que comedia, se propuso ridiculizár nada menos que á uno de los primeros filósofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella produccion nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rápidamente la vista sobre el modo de decir de los escritores del siglo cultísimo (con relacion sin duda á los anteriores) de Augusto; y dígasenos francamente si el oscuro Persio, si el acre Juneval, usando de giros mas cínicos que los mismos personages imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de mas hipócritas modales, amigo de giros mas mogigatos. Y no hablemos de la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial; contraigámonos al severo Ciceron, al dulcísimo y ameno Virgilio, al cortesano Horacio. Mas de un pasage de la *Catilinaria* ó de la *oracion* contra *Verres*, la *égloga* entera de *Alexis y Coridon*, la oda burlesca á Príapo, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano hubieran provocado gestos de astío y de indignacion, no precisamente en nuestra moderna sociedad, pero aun en el siglo de Luis XIV, mas aproximado á ellos que nosotros. Y descendiendo á este, el mismo Boileau tan

mirado tropezaria con mas de un improbador: es rara la comedia de Regnard y de Moliere en que no resaltan trozos, escenas enteras que ruborizan en el dia cuando se repiten al *parterre* francés del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro, y que nuestras costumbres sean preferibles á aquellas, por mas que nos fuese facil hallar razones en apoyo de esta opinion; pero como quiera que no nos sea posible entrar simultáneamente en dos cuestiones diversas, nos contentaremos con decir lo que únicamente hace á nuestro propósito; que las costumbres varían; que el pudor va á mas en las sociedades con su edad, asi como en los individuos; y que solamente se halla oculto aun, ó perdido ya en la infancia y en la vejez. Aristófanes y la antigua Grecia carecen de él, porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entonces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana; y si en el siglo de Luis XV vuelve á ser completamente echado en olvido, si multitud de escritos de la revolucion francesa le ahogan miserablemente, si los Pigault-Lebrun destrozan su modesto velo por algun tiempo, á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera, es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneracion, pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, ó por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente, marchan constantemente á un fin, á la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por mas lentamente que se verifique; sus muertes aparentes no son sino crisis; son solo en nuestro entender sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura, y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfeccion en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocresía, y si esta es como se ha dicho *un homenage que el vicio rinde á la virtud*, no nos podrán negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la cree buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indisputable que los satíricos

bien recibidos en una época, serian silbados en otra. Y esto no solo aumenta las dificultades en nuestros dias para los escritores satíricos, sino que á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, traslucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdiccion de la crítica. Esta es la razon por que ya en el dia no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de Aristófanes y de Juvenal. Quédese en buen hora para adornar las tablas del estante estudioso; pero en el siglo de buena educacion, de miramientos sociales, de mútuas consideraciones que alcanzamos, necesita mas que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: concedámosle causticidad, si se quiere, cuando le sea mas fácil enseñarnos una verdad útil, poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad, si solo sus acciones públicas, si solo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interés general, quitémosle á la sátira toda alusion privada, arrebatémosle la ponzoña que la degrada y la vuelve venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser mas perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distingamos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el dia vencer aquellas dificultades, añadamos para acabar de desvanecer la general prevencion algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran estos sus laureles. No reflexionan que el que carga con la responsabilidad de la pública censura ha menester de algun valor; no meditan que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algun disgusto, ora público, ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin granjearse enemigos; porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos resentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquellos estan por sí solos vencidos, se deducirá facilmente que el

satírico no solo ha de arrostrar enemigos, sino enemigos poderosos. Las comunidades, los cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razon, que todo se le debe: de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensacion. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerzo que en favor de los escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruman? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condicion maligna, y como de esas veces intencion personal ó defecto de organizacion. Esto solo bastaria á disgustar el alma mas generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuese las mas veces la mejor recompensa de una intencion pura.

Y si con respecto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeon suyo, arrostrando tantos peligros, hallásemos impugnaciones, no necesitariamos por cierto ir muy lejos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el carácter privado de los escritores satíricos mas conocidos, y dígasenos si la *noble indignacion* de Juvenal contra el vicio está desmentida en su vida: si no se reconoce en la de Boileau; si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso Moliere ó la del adusto Adisson; si la filantropía y la beneficencia con que ilustró su vida el filósofo de Ferney pueden ponerse en duda; y viniendo á nosotros, donde este argumento fuera mas fácil de contradecirse, sino fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los Góngoras, de Cervantes, de Quevedo, (por mas que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas), en la del virtuoso Jovellanos, en la de Forner, en la de Moratin, en la de cuantos han cultivado con mas ó menos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condicion que debia hacer para ellos de la sátira una pasion dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinion general tan injusta es otra dificultad que arrostra el satírico, y que, si la calumnia se adhiere con prediléccion á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con menos encarnizamiento, para valernos de la espresion de un poeta.

La otra consideracion que nos queda que hacer es en verdad mas personal á los escritores satíricos, pero una vez meditada no es por eso menos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza á la alegría, y que su corazon es un foco inestinguible de esa misma jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que estos no saben siempre, no es asi. El escritor satírico es por lo comun como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razon se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámanle la atencion en el sol mas sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demas sino la proporcion de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detras de la accion aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan amenudo el contento de los demas, es en él la fria impasibilidad del espejo que reproduce las figuras no solo sin gozar, sino á veces empañándose.

Moliere era el hombre mas triste de su siglo, y entre nosotros dificilmente pudiéramos citar á Moratin como un modelo de alegría. Apelamos, sino, á cuantos le hayan conocido.

Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesariamos ingenuamente que solo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demas.

Pero nuestros lectores perdonarán facilmente este atrevimiento, si antes de concluir este artículo les confesamos que solo ha podido dar lugar á él una inculpacion que nos

ha sido hecha recientemente: hay quien supone que solo una *pasion dominante* de criticar guia nuestra pluma. No como escritores de mérito, que envidiamos á cuantos le tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos, ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condicion. Ignoramos si lo habremos logrado, pero nunca creeremos inútil hacer nuevas profesiones de fé, por mas que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfeccion posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una pasion dominante de criticarlo todo cón razon ó sin ella: somos sumamente celosos de la opinion buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter; y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligacion que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restriccion, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y sátiras; ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aqui lo hicimos, toda cuestion personal, toda alusion impropia del decoro del escritor público y del respeto debido á los demas hombres, toda invasion en la vida privada, todo cuanto no tenga relacion con el interes general. Júzgennos ahora nuestros lectores, y zumben en buen hora enderredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad mas malignos que nosotros.

EL TROVADOR,

drama caballeresco, en cinco jornadas, en prosa y verso. Su autor don Antonio García Gutierrez.

Con placer cogemos la pluma para analizar esta produccion dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Síganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasion dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos agenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del Trovador se ha presentado en la arena, nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos: solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas *¿quién es el nuevo, quién es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores.—Soy *hijo del genio, y pertenezco á la aristocracia del talento.* ¡Origen por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demas!!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y ha escogido por vivienda á su invencion el siglo XV; hálo colocado en Aragon, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido, y atinadamente desenvuelto. La accion encierra mucho interes, y este crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo, no es la pasion dominante del drama el amor; otra pasion, si menos tierna, no menos terrible y po-

derosa, oscurece aquella. La venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasion de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulacion de tantos medios de mover; en el Trovador constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Asi es que hay dos esposiciones: una enterándonos del lance concerniente á la Gitana, que constituye ella por sí sola una accion dramática; y otra poniéndonos al corriente del amor de Manrique, contrarestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces; uno que termina con la muerte de Leonor la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la Gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no menos interesantes, no menos terribles una que otra, se hallan, á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera dificil separarlas sin recíproco perjuicio; y en el teatro solo asi daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aqui resultan necesariamente tres caractéres igualmente principales, y en resúmen ningun verdadero protagonista, por mas que refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda este abrogarse el título de la obra esclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caractéres elegimos como mas importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor cuanto la pasion mas frenética puede inspirar á una muger; el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aqui parece dificil que otro carácter pueda ser el principal: sin embargo, la Gitana movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el mas espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasion, por el amor filial y por el interes de su causa política, no puede ser mas colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atencion del público.

¿Diremos al llegar aqui lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo al Trovador nacen de la poca esperiencia dramática del autor: esto no es hacerle una reconvencion, porque pedirle

en la primera obra lo que solo el tiempo y el uso pueden dar, seria una injusticia. Ha imaginado un plan vasto, un plan mas bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela, pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepcion demasiado ámplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aqui el que muchas entradas y salidas esten poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda; su introduccion en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto dificil en todos tiempos, para que no mereciera una esplicacion. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una muger, que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y mas cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesion lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creido necesarias hasta el dia son ridículas en el teatro, donde ningun efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razon de los sucesos el tiempo que deberia atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La esposicion es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama; es mas bien un prólogo; citaremos por último en apoyo de la opinion que hemos emitido acerca de la inesperiencia dramática los diálogos mismos; por mas bien escritos que esten, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado mas campo, y los en verso tienen un sabor en general mas lírico que dramático: el diálogo es poco cortado é interrumpido, como convendria á la rapidez, al delirio de la pasion, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán solo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra el Trovador? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no

quisiéramos ver el *don* prodigado en el siglo XV. Los caracteres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inesperiencia que hemos reprochado al autor: citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada; la cual reune al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concision, un sabor caballeresco y calderoniano dificil de igualar.

De mucho mas efecto aun es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparicion del Trovador á la vuelta de las religiosas: su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es menos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado mas arriba; y en todos estos pasages reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternuras y de dulcísima y fácil versificacion, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la dificil facilidad de que habla Moratin? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta ademas pinta con maestria la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer; y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sesta de la cuarta, si bien tiene mas de lírico que de dramático.

Diremos en conclusion que el autor al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es mas dificil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene tambien su armonia peculiar; las escenas en prosa tenian el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algun tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar algun tino en la determinacion de las que habia de escribir en prosa y las que habia de versificar, pues que se entiende que no habia de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningun poeta, siempre que sean, como en el Trovador, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Solo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaria.

En cuanto á la reparticion, hála trastrocado toda en nuestro entender una antigua preocupacion de bastidores; se cree que el primer galan debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupacion que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galan, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atras comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del *Trovador* al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenia, como casi ningun papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caracteres duros y enérgicos: por tanto le hubiera convenido mas bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el *Trovador*.

Por la misma razon el papel de la Gitana ha estado mal dado. Esta era la creacion mas original, mas nueva del drama, el carácter mas dificil tambien, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodriguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodriguez puede parecer nunca fea ni vieja. El caracter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay mas que decirlo: una actriz como la señora Rodriguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitamos, en fin, de nuevo al autor, y solo nos resta hacer mencion de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantóse el telon, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobacion.

En un pais donde la literatura apenas tiene mas premio que la gloria, sea ese siquiera lo mas lato posible; acostumbrémonos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera proteccion que puede dispensarle un pueblo, y esa la única tambien que no pueden los gobiernos arrebatarle.

LAS FRONTERAS DE SABOYA,

Ó EL MARIDO DE TRES MUGERES.

EL ULTIMO BUFON.

Comedias nuevas traducidas.

Tenemos motivos para creer que no nos han de faltar en lo que de temporada nos falta novedades dramáticas. Asustados nosotros con esa perspectiva, queremos reunir varias en un solo artículo. Temerosos de que nuestros artículos no sean mejores que las comedias, no queremos que salga el público á artículo por comedia.

Desde luego el traductor de *Las Fronteras de Saboya* ha tenido brava eleccion; si es del ingenioso y fecundo Scribe, tanto peor para Scribe. ¡Qué títulos y que analogía entre los dos títulos! *Las Fronteras de Saboya, ó el marido de tres mugeres*, vale tanto como si dijéramos: *El Peñon de Gibraltar, ó el buey suelto bien se lame.* Vamos á ver: ¿qué han hecho *Las Fronteras de Saboya?* ¿Qué pasion dramática las acucia, ó á qué esceso reprensible se han propasado? ¿Qué leccion útil de moral van á sacar las demas fronteras de los otros paises del chasco que sus vicios ó sus ridiculeces han acarreado á las de Saboya?

Nada de eso; la comedia se titula *Las Fronteras de Saboya*, porque en ella se habla de pasar las susodichas y cada vez mas inocentes fronteras; de suerte que á cualquier otra frontera le está sucediendo todos los dias multitud de chascos por ese estilo.

El marido de tres mugeres, ó un buen especiero que ha tomado su pasaporte para pasar la frontera, una señora, á cuyo marido andan buscando para prenderle, hurta el pasaporte al especiero, dándole en cambio el de su marido, de donde resulta que prenden al especiero y le quieren hacer creer que es marido de la señora; él está ademas casado

con su muger, como suele suceder á todo marido, y por un *quid pro quo* inverosimil, otro personage de la comedia, tan preciso como las fronteras, cree que el especiero está casado en secreto con su novia. Pero era preciso que fuese el marido de tres mugeres, porque con una muger ó una frontera menos, ya el título no llamaba bastante gente. Adornan la piececita multitud de sandeces acerca de los especieros, que en el original son gracias, porque la clase de los especieros en Francia hace el mismo papel que en Grecia hacian los Beocios; es decir, que tienen una fama que les es peculiar, y que da motivo á alusiones locales.

En conclusion, *Las Fronteras de Saboya*, ó no debian haberse traducido, ó debian haberse traducido bien, ó debian haberse silbado. Desgraciadamente ni se han silbado, ni se han dejado de traducir, ni se han traducido bien. Siempre se deduce de la comedia una importante verdad, á saber: que en *Las Fronteras de Saboya* no se debe ser especiero, porque allí siempre hay un marido á quien quieren prender, y que le hurta á uno el pasaporte, de resultas de lo cual queda uno casado con tres mugeres; escarmiento el mas atroz que puede ofrecer una comedia, puesto que aun el hallarse casado con una seria castigo muy suficiente para la imprudencia de ser especiero. Todo lo cual no sucede en ninguna otra frontera del mundo.

El último Bufon es muy superior á *Las Fronteras*. Véase sino. Todo el mundo sabe que una de las cosas mas degradantes para la humanidad, despues de los príncipes que tenian asalariados bufones, eran los bufones asalariados de los príncipes. Rigoleti es el último bufon, sin contar con el autor y el traductor de la piececilla, que son posteriores á él. Parece que un gran duque de Baden quiso resucitar la loable costumbre de mantener un bufon, y tiene al efecto en su corte á Rigoleti, que es por lo tanto su privado. Rigoleti tiene un protegido, joven barbilampiño y capitan. El gran duque quiere hacerlo coronel, con tal que se case con una baronesa de quien S. A. está ya cansado, y quiere casarse él mismo con la condesa Laura, huérfana y pupila suya, á pesar de las intrigas del embajador de Hesse-Cassel, que quiere casarlo con la hija de su rey. Pero el capitan Alfonso está enamorado y es correspondido de Laura. Se va á dar un baile de corte en los salones de palacio, donde hacen la guardia unos soldados de no sé qué regimiento de in-

fanteria con el fusil al hombro, que debe de ser costumbre alli en Baden. A este tiempo se entra con franqueza en el cuarto del soberano un famoso ladron, amigo antiguo de Rigoleti, el cual se viene al baile, porque si anduviera por la calle le prenderian. Rigoleti para que no le vean, le encierra en una cámara del gran duque. El soberano se lo encuentra, y en vez de mandarlo á la horca, le da la delicada comision de sacar de los bolsillos de todos los concurrentes al baile cuanto traigan. El soberano es una alhaja. El ladron lo hace como se lo encargan: el gran duque averigua por ese medio ingenioso los amores de su rival, y se queda con las alhajas de sus convidados: parece que en Baden los reyes no son tan ricos como en España, y se industrian para vivir. S. A. quiere perder á su rival, pero á este tiempo Rigoleti descubre que antes de ser bufon era hombre, y por lo tanto podia tener hijos: ahora bien, uno de esos hijos que podia tener es Alfonso, y lo tuvo fuera de legítimo matrimonio en la hermana del gran duque. Parece que en Baden no tiene el diablo por donde desechar á la familia real; de consiguiente si Rigoleti no es precisamente cuñado del gran duque, Alfonso es indudablemente su sobrino: el soberano en vista de eso,

y por temor de alguna carambola
tapa sus indecencias con la cola,

calla, casa á Laura con Alfonso, y se casa él generosamente con la princesa de Hesse-Cassel, lo cual dice en voz alta á los señores comparsas, que son la corte, y que en el vaudeville original son el coro; porque los traductores ni siquiera han caido en la cuenta de que esas comparsas numerosas del original son una exigencia forzada del canto; lo cual no existiendo en la traduccion, y siendo casi siempre de muy mal efecto aquella aglomeracion de personages mudos y ridículamente ataviados, puede y debe las mas veces suprimirse.

En fin, *El último Bufon* es el vaudeville traducido por el último traductor.

DE LAS TRADUCCIONES.

De la introduccion del vaudeville frances *en el teatro español.* — La Viuda y el Seminarista. — Los guantes amarillos: *piezas nuevas en un acto.*

Varias cosas se necesitan para traducir del frances al castellano una comedia. Primera, saber lo que son comedias; segunda, conocer el teatro y el público francés; tercera, conocer el teatro y el público español; cuarta, saber leer el francés; y quinta, saber escribir el castellano. Todo eso se necesita, y algo mas, para traducir una comedia, se entiende, bien; porque para traducirla mal, no se necesita mas que atrevimiento y diccionario: por lo regular el que tiene que servirse del segundo, no anda escaso del primero.

Sabiendo todas estas cosas, no se ignora que el gusto en teatros es variable; que en tanto hay efectos teatrales, en cuanto se establece entre el autor y el espectador una comunidad de afectos y de sensaciones; que de diversidad de costumbres nace la diferente espresion de las ideas; que lo que en un pais y en una lengua es una chanza llena de sal ática, puede llegar á ser en otros una necedad vacía de sentido; que un caracter nuevo en Francia puede ser viejo en España: no se ignora en fin que el traducir en materias de teatro casi nunca es interpretar; es buscar el equivalente, no de las palabras, sino de las situaciones. Traducir bien una comedia es adoptar una idea y un plan agenos que esten en relacion con las costumbres del pais á que se traduce, y espresarlos y dialogarlos como si se escribiera originalmente: de donde se infiere que por lo regular no puede traducir bien comedias quien no es capaz de escribirlas originales. Lo demas es ser un truchiman, sentarse en el agujero del apuntador, y decirle al público español: *Dice Mr. Scribe*, &c. &c.

Esto con respecto á la comedia; por lo que hace al drama histórico, á la tragedia, ó cualquiera otra composicion

dramática cuya base sea un hecho heróico, ó una pasion, ó un carácter célebre conocido, estos ya son cuadros igualmente presentables en todos los paises. La historia es del dominio de todas las lenguas; en ese caso basta tener una alma bien templada y gusto literario ejercitado para comprender las bellezas del original; no se necesita ser Victor Hugo para comprender á Victor Hugo, pero es preciso ser poeta para traducir bien á un poeta.

La tarea, pues, del traductor no es tan facil como á todos les parece, y por eso es tan dificil hallar buenos traductores; porque cuando un hombre se halla con los elementos para serlo bueno, es raro que quiera invertir tanto trabajo solo en hacer resaltar la gloria de otro. Entonces es preciso que sea muy perezoso para no inventar, ó que su pais tenga establecida muy poca diferencia entre el premio de una obra original y el de una traduccion, que es precisamente lo que entre nosotros sucede.

Nuestro teatro moderno no carece de buenos traductores. Entre todos se distingue Moratin: nótese como en el Médico á palos españoliza una comedia, produccion no solo de otro pais, pero hasta de una época muy anterior: hace con ella el mismo trabajo que Moliere habia hecho con Terencio y Plauto, y que Plauto y Terencio habian hecho sobre Menandro. No era Marchena tan superior en este trabajo, porque no era Marchena poeta cómico, pero merece un lugar distinguido entre los traductores. Gorostiza fue menos delicado, si tan buen traductor, porque alcanzó un tiempo en que era mas facil revestirse de galas agenas; y asi, sin que queramos decir que siempre fue plagiario, muchas veces no vaciló en titular originales sus piraterías.

Posteriormente la traduccion fue entre nosotros una necesidad: careciendo de suficiente número de composiciones originales, hubo de abrirse la puerta al mercado estrangero, y multitud de truchimanes con el Taboada en la mano y valor en el corazon se lanzaron á la escena española.

El vaudeville, género de composicion dramática puramente francés, fue una mina inagotable: género complexo, verdadero *melodrama* en miniatura, asi participa de la ópera como de la comedia: hijo de las costumbres francesas, bástale su diálogo diestramente manejado y erizado de puntas epigramáticas; esto, y algunos casos monó-

tonos que giran casi siempre sobre temas semejantes, bástan á adornar una idea estéril que pocas veces produce mas de una ó dos escenas medianamente cómicas. El pueblo francés, tan cantor como mal músico, se paga de eso, y tiene razon, porque no le da mas importancia que la que tiene, y porque rico el teatro de cómicos escelentes, el juego mímico y la perfeccion del arte prestan interes del otro lado de los Pirineos á la composicion mas desnuda de mérito y originalidad.

Pero aqui donde el vaudeville empieza por perder la mitad de su ser, es decir, la parte música, aqui donde no es la espresion de las costumbres, aqui donde el público ha menester de composiciones mas llenas, de mas ingenio y enredo, su introduccion debia de ser muy arriesgada, y solo se le podia admitir en cuanto á comedia, y á cuenta de comedias. Son solo admisibles, pues en la escena española aquellos vaudevilles que giran sobre un argumento y un enredo cómico de algun bulto, y aquellos en que queda material para llenar una pieza en un acto aun despues de suprimida la música, y eso sin darle grande importancia, sin tratar de llenar con ellos una funcion entera. La empresa que todavía tiene los teatros emprendió esto, y trató de sustituirles á nuestros sainetes piezas verdaderamente cómicas nacionales y populares, pero cuya muerte era próxima desde que los ingenios se desdeñaban de componerlas, y que por lo repetidos y sabidos que estan ya del público, apenas podian ser ya de utilidad. Otra mira se llevó en esto: los sainetes tienen el inconveniente de halagar casi siempre las costumbres de nuestro pueblo bajo, por los términos en que estan escritos, en vez de tender á corregirlas y suavizarlas, poniéndolas en ridículo; todo lo que fuese proponerse ese fin sustituyendo á los palos, á las alcaldadas y á las sandeces de los payos, rasgos agudos y delicados de ingenio, era laudable.

Pero esto no podia conseguirse sin revestir los *vaudevilles* de la misma nacionalidad y popularidad de que aquellos gozaban: solo asi se podia introducir un género nuevo, y eso fue lo que se descuidó. De aqui que todo el triunfo que han podido conseguir los vaudevilles ha sido pasagero y efímero, y son muy pocos los que han quedado en el caudal, y no han pasado rápidamente despues de unas cuantas noches de representacion.

¿Y cuáles son los que han quedado? Aquellos que tenían mas analogía con nuestras costumbres, ó aquellos en que una idea verdaderamente cómica y original se hallaba bien adoptada y desarrollada por un traductor hábil.

Ocasion es esta de hacer justicia á quien la merece: uno de los que mejor han traducido *vaudevilles*, uno de los que hubieran podido españolizar el género nuevo, es don Manuel Breton de los Herreros. Seguramente, si todos los vaudevilles que se han adoptado hubiesen sido y se hubiesen traducido como *La familia del boticario*, como *No mas muchachos*, y otro del mismo traductor, verdaderos modelos de esa clase de trabajo, solo elogios tendrian que salir de nuestra pluma. Son solo comparables con las traducciones del señor Breton algunas de otro jóven bien conocido: ya nuestros lectores habrán adivinado que hablamos del señor de Vega; y decimos algunas, porque no las ha cuidado todas igualmente; pero siempre le harán honor *El Gastrónomo sin dinero*, *El Cambio de diligencias*, *Quiero ser cómico*, y otras, en algunas de las cuales, sobre todo, está tan bien hecha la traduccion, que puede llamarlas casi originales.

Tanto nos hemos remontado, que apenas sabemos ahora pasar de los señores Breton y Vega á los traductores ó truchimanes de *La Viuda y el Seminarista* y de *Los guantes amarillos*.

Parece que de las dos cosas que hemos dicho ser necesarias para traducir mal una comedia, los traductores de estas dos novedades no han tenido mas que una, esto es, el atrevimiento, porque á haber tenido tambien diccionario, imposible es que hubiesen hecho tan mezquinos truchimanes.

La Viuda y el Seminarista es una comedia (algun nombre le hemos de dar) de pobrísima intriga, y donde solo campea una escena medianamente cómica, producida por la situacion del *Seminarista*, mozalvete sin esperiencia, de quien la viuda y su amante se valen para anudar sus rotas relaciones. No merece una analisis, y nos contentaremos con decir que reprobamos altamente la especie de compromiso que se impone de algun tiempo á esta parte al público con la coplita final: bueno que el traductor pida perdon cuando lo hace tan mal; pero malo es, y malísimo que el público le conceda. La desaprobacion del público

es el mejor correctivo de la abyeccion en que vemos caer de dia en dia al teatro, y la indulgencia mal entendida es la muerte del arte.

Aconsejaremos al señor Lombía que se vista mejor, y que tenga mas calor, que finja el amor en papeles de enamorado, para lo cual no sería inútil que se enamorara, si fuese posible; con eso formaria él una idea y nos la podria dar á los demas: otrosí, le aconsejamos que pregunte al señor Latorre, ó á cualquiera otro de los actores que lo saben, qué uso se debe hacer de los guantes, los cuales sirven generalmente para ponérselos en las manos, y al mismo tiempo sabria cómo se deben tener cuando no se llevan puestos: no los reuniria en forma de hacecillo, ni los agarraria á dos manos: hay actores á quienes parece que estorban los guantes; cualquiera tendria tentaciones de deducir que no estan acostumbrados á ellos.

Los guantes amarillos que hemos visto estrenar en el teatro del *Vaudeville* de París al inimitable Arnal, para quien se escribieron, es uno de los mas ingeniosos juguetes que pueden presentarse en la escena, y ha gustado en cuantos teatros de Italia y de Inglaterra se ha traducido. La prueba de su mérito es el éxito mismo que ha tenido en Madrid, donde no se nos ha dado ni una sombra del original: repetimos que estas piezas necesitan una traduccion atinada. Necesitan ademas tales composiciones dramáticas muchos ensayos, y suma viveza en la representacion. El papel del maestro de baile debiera haberse reservado á toda costa para el señor Guzman: el señor Lombía entiende tanto de representar á un maestro de baile como de fingir el amor: ni agilidad en sus movimientos, ni gracia, ni una ligera muestra de que es maestro de baile. ¿Dónde ha visto el señor Lombía maestro de baile que se vistan de luto riguroso á las ocho de la mañana, sin habérsele muerto padre ni madre; y de frac y pantalon colan, como si fuera á asistir á un baile de corte? ¿Dónde ha visto pantalon colan negro con carreras de botones de metal, á manera de botin manchego? En una palabra, el teatro español es una confusion; algun autor, algun actor, algun traductor; fuera de esas escepciones todo es caos, y un completo olvido, por mejor decir una ignorancia completa del arte, del teatro y de la declamacion.

Diga usted esto sin embargo, y verá usted levantarse en contra de la crítica autores, actores y traductores en masa: y en realidad ¿quién tiene razon? ¿De parte de quien está el público? Lo ignoramos: el público pasa por todo, ni silba un autor, ni un actor, ni una traduccion: ¡es posible que haya teatros en semejante apatía, con tan lastimosa indiferencia! No. Si ha de seguirse nuestra opinion, ciérrense los teatros; porque no hay reforma ni mejora posible donde no hay por parte de nadie amor al arte.

CATALINA HOWARD,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

Catalina Howard es una creacion singular. Su objeto es pintar una pasion, pasion terrible cuando se arraiga, sobre todo en una muger, y doblemente terrible si los principios religiosos y morales han sido descuidados en ella por la educacion. Alejandro Dumas ha creido buenos todos los medios para llegar á su fin, y se ha valido en esta composicion de algunos tan originales, tan nuevos y tan verdaderos, que ha impreso á su obra el sello del genio.

La vida de Enrique VIII de Inglaterra, hombre estraordinario por la influencia que sus ardientes é indómitas pasiones estaban destinadas á ejercer en aquella nacion preponderante, ha sido una mina inagotable para el teatro. Hombre mas sensual y orgulloso que enamorado y justo, convirtió su tálamo real en potro de sus mugeres, é hizo cuestiones políticas y religiosas, cuestiones nacionales, sus pasageros y funestos amores. Buscando inútilmente en el vicario de Cristo una sancion imposible á sus desórdenes, no vaciló en segregarse á sí y á su pueblo de la iglesia católica, y declararse gefe de la comunion anglicana.

No es nuestro ánimo entrar en un exámen histórico, sino literario, y cesaremos de hablar de Enrique VIII:

ocupémonos solo del cuadro diestramente coloreado de Dumas.

Catalina Howard es una jóven de estraordinaria belleza, de baja estraccion, ligera y superficial, mal educada, y cuya imaginacion mal dirigida se alimenta de sueños dorados y de ilusiones de grandeza y poder superiores á su esfera. La ambicion es su pasion dominante, las demas no deben ser en ella sino instrumentos, medios de triunfo. Un amante misterioso es el alimento de semejantes mugeres novelescas, y en ese concepto se halla secretamente casada con Ethelwood, duque de Dierham, par del reino, y favorito de Enrique, pero sin saber la alta categoría de su esposo.

El rey la ha visto, y trata de dar en ella una sucesora á su última esposa. Ethelwood, encargado de llevar á palacio su propia muger, no halla mas arbitrio, conocido el carácter del rey, que fingir la muerte de Catalina, asfixiándola por medio de una bebida narcótica, y vivir despues con ella encerrado en su castillo. Inútil precaucion. Catalina vuelta á la vida, esposa de un duque, y sabedora de la pasion del rey, se aviene mal con su posicion. La oferta de la mano de la hermana de Enrique, hecha al duque, y rehusada por él, causa la desgracia de Ethelwod, que fecundo en arbitrios, y queriendo evitar la cólera del rey, lo sacrifica todo el amor, é imagina para sí una muerte fingida, semejante á la que ha dado anteriormente á su querida. Pero Catalina, puesta en la alternativa de sacar del sepulcro á su esposo para vivir oscuramente con él, mudando nombre y pais, ó de dejarlo para siempre en su tumba y subir al trono, arroja la llave del sepulcro, y da la mano á Enrique.

Ethelwood, sin embargo, se salva merced á la princesa Margarita, de él enamorada, y oculto en el mismo palacio se convierte en el remordimiento personificado de Catalina, á quien se presenta como un espectro para acibarar su mal lograda dicha. Su venganza se estiende hasta dar zelos al rey, haciendo aparecer culpable á Catalina, y esta, acusada por el regio esposo ante la cámara alta, es condenada al suplicio. Catalina consigue apartar de Londres al ejecutor, sin el cual deberia demorarse la ejecucion á no presentarse un hombre enmascarado pronto á servir de verdugo. Este es Ethelwood mismo, que decapita á su es-

posa, y que no habiendo vivido sino para vengarse, declara en seguida su complicidad en la deshonra del rey, arrancándose la máscara.

Si se busca moral en este drama, repetiremos que Ethelwood evocado del sepulcro, para morir al coronar su obra y espirar con Catalina, es la personificacion moral del remordimiento que acaba con el culpable y solo muere con él: invisible para los demas, oculto á los ojos del mundo y solo palpable para el criminal. Moral por cierto algo mas poderosa que una máxima final, ó una árida sentencia. En las comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En Catalina Howard ve la moral en accion. Tendencia irresistible del siglo, en que no hay mas verdades que los hechos, en que la moral se presenta al hombre no como dogma, sino como interés.

Considerando bajo este punto de vista esta creacion, desaparecen las acusaciones hechas por algunos á Dumas acerca de la estremada venganza de Ethelwood; estos críticos no consideran que el objeto del poeta no es pintar á una muger ambiciosa, á un rey déspota, á un marido ofendido. El objeto del poeta es pintar la ambicion en la muger: Catalina es su protagonista. Enrique VIII, Ethelwood, la princesa, son solo medios muy secundarios para él, que le llevan á su fin.

Para pintar toda la fuerza de la ambicion era preciso colocarla en contraste con los mayores sacrificios; eso ha hecho el autor poniendo en Ethelwood cuanto pudiera haber retraido á Catalina de su crímen; pero tal es la pasion dominante, que solo permite pequeños intervalos de ternura. Catalina es muger, y á la vuelta del dolor natural en su sexo, pero momentáneo, de ver perecer por ella á su esposo, y de la sensacion generosa inevitable que siente al verle ponerse en sus manos, no puede menos de volver á su idea fija, á la ambicion, al verle sin sentido, y le arranca la sortija que el rey le pusiera á ella en la mano en la tumba; rasgo que pinta todo un caracter, que descubre en el poeta el gran conocedor del corazon humano.

Es tan cierta esta observacion, que nosotros no dudamos en apelar á las mugeres culpables. Díganos si al engañar á sus amantes ó sus esposos no han tenido momentos de ternura hácia su víctima, si un sentimiento interno de justicia y de generosidad no las ha obligado, á su pesar, á

indemnizar con una caricia mas tierna, con protestas sinceras de buena fé, al mismo esposo á quien engañaban, acaso momentos despues de acabarle de faltar. Tal es el corazon humano, en que lucha siempre el bien con el mal, aun al mismo tiempo de ser vencido aquel por este. El favor que nos hace á veces un enemigo, y que se llama comunmente perfidia, suele no ser otra cosa que un resto de generosidad y de bondad moribunda que lucha por vencer, suele no ser otra cosa que un homenage que á nuestro pesar rinde en nuestro propio corazon el mal al bien, el vicio á la virtud.

El que sabe estas verdades como Dumas es gran poeta; nadie en el teatro fancés moderno las sabe como él, y nadie es por tanto mas dramático que él, incluso Victor Hugo, de quien ya en otras ocasiones hemos dicho ser mas lírico que dramático, mas brillante que profundo.

Otro rasgo no menos superior es el de no advertirse nunca en Catalina un solo momento de arrepentimiento: esa es la verdad; cuando una pasion domina el corazon, por mas que le lleve al precipicio, el culpable no se arrepiente nunca; cree que ha tenido desgracia, cree que ha empleado malos medios, siente no haber triunfado, y las lágrimas se las arranca el castigo, no el arrepentimiento: bájese de la horca al que la pasion del robo domina, y póngasele en situacion de volver á robar: pondrá otros medios, será mas cauto; toda la diferencia consistirá en ser mejor ladron. Puédese prescindir de las acciones, variar la eleccion de ellas; de las pasiones nunca, porque son nuestra organizacion; porque la pasion es el hombre mismo; porque la pasion es semejante al agua que comprimida por un lado, no vuelve escarmentada al manantial de que partió, sino que trata de seguir su curso buscando otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que sale. Fundados en estas verdades dijimos no hace mucho tiempo que el teatro rara vez corrige al hombre, porque el hombre es animal de poco escarmiento.

En cuanto á los medios y las formas dramáticas, á los crímenes, á los horrores que han sucedido en el teatro moderno, á la fria combinacion de las comedias del siglo XVIII oponerse á ellos es oponerse á la diferencia de las épocas y de las circunstancias, con las cuales varía el gusto. *Al teatro vamos á divertirnos*, dicen algunos candorosamente. No; al

teatro vamos á ver reproducidas las sensaciones que mas nos afectan en la vida; y en la vida actual ni el poeta, ni el actor, ni el espectador tienen gana de reirse; los cuadros que llenan nuestra época nos afectan seriamente, y los acontecimientos en que somos parte tan interesada no pueden predisponernos para otra clase de teatro: de aqui que no se darán comedias de Moliere y Moratin, intérpretes de épocas mas tranquilas y sensaciones mas dulces, y si fuera posible que se hicieran, no nos divertirían; y en eso nuestra época se parece al borracho, á quien de resultas del vino atormenta la sed, y que no puede apagarla sino con vino, porque el agua le parece insípida cuando el deseo engañador le conduce á gustarla.

Fuerza es confesar sin embargo que en España la transicion es un poco fuerte y rápida. La Francia puede contar medio siglo de revolucion, cuando nuestras revueltas no tienen siquiera la mitad de esa fecha, y aun nuestros sacudimientos pueden apenas compararse con los de la vecina nacion. Ella sin embargo ha tardado medio siglo en hacer su revolucion literaria, y la ha hecho gradualmente; las licencias poéticas han tenido que ganar el terreno á palmos empezando por los teatros de Boulevard y por el melodrama de la Porte St. Martin hasta conquistar el teatro francés; y entre nosotros en un año solo hemos pasado en política de Fernando VII á las próximas constituyentes, y en literatura de Moratin á Alejandro Dumas; y es de tener en consideracion que el clasicismo aristotélico y horaciano habian tenido tiempo de cansar al público francés desde el siglo de Luis XIV hasta Napoleon, y que nosotros no hemos apurado el género clásico, puesto que desde Comella hasta nosotros ni han transcurrido mas que veinte y tantos años, ni en esos hemos disfrutado mas que tres comedias y media de Moratin, otras tantas de Gorostiza, alguna de algun otro, y varias traducciones, no todas buenas, de Racine, de Moliere y de autores franceses de segundo orden. En una palabra, que estamos tomando el café despues de la sopa.

Hé aqui una de las causas de la oposicion que asi en política como en literatura hallamos en nuestro pueblo á las innovaciones. Que en vez de andar y de caminar por grados, procedemos por brincos, dejando lagunas y repitiendo solo la última palabra del vecino. Queremos el fin sin el medio, y esta es la razon de la poca solidez de las innovaciones.

La traduccion es mala, y ha sido mal puesta en escena, por lo que hace al ornato.

En cuanto á la representacion háse conocido que habia empeño particular en que Catalina Howard saliese bien representada: argumento terrible para nosotros. Si la señora beneficiada, si Latorre, si Romea, si todos en general nos han probado que cuando quieren saben representar, ¿no tendremos un derecho para reconvenirles agriamente cuando representan mal?

La señora Rodriguez nos ha convencido de que nadie puede reemplazarla en su buena diccion, y en la verdad sorprendente con que ha hecho varias escenas; su resurreccion sobre todo nos ha parecido escelente, y el sueño delante del rey. Latorre ha estado admirable en la escena de la tumba, y Romea no ha dejado nada que desear en la del Parlamento.

Á BENEFICIO DEL SEÑOR LOPEZ.

Jornada segunda del Trovador; acto tercero de la Conjuracion de Venecia; Riego en las Cabezas de San Juan, ó el dia 1.º de enero de 1820; acto tercero del Diablo predicador.

No habiendo en la funcion á beneficio del señor Lopez ninguna verdadera novedad, no era nuestro objeto dedicarle un artículo; pero por una rara casualidad ha venido á parar á nuestras manos la siguiente carta, que sin duda un forastero recien-venido escribe á algun punto de provincia á su familia.

«Querida esposa:

»Con esta fecha he llegado bueno á Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro; no lo estrañarás si recuerdas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del intendente, y el hambre que de un teatro regular tiene uno de esos pueblos de provincia.

»Como era ya de noche, ni pude ver el cartel, ni me

enteré de anuncio alguno; pero ¿qué impórta? dije yo. Veamos la funcion, que mas me ha de enterar ella que el anuncio.

»La cosa segun conté tenia cinco actos.

»Primer acto. Comienza la funcion con un tal don Nuño, que se queja de una herida que recibió hace un año, pero la cual no le molesta para casarse, por lo que sin duda pide la mano de una tal doña Leonor; esta no quiere dársela; y habiendo muerto un querido que tenia, llamado el Trovador, prefiere meterse monja (ahora precisamente que se van á cerrar los conventos); pero el conde don Nuño trata de robarla, á tiempo que sabe que ha entrado el enemigo en Zaragoza.

»Segundo acto. Doña Leonor va á tomar el velo en el convento: tocan el órgano; viene el muerto, que no habia muerto, y los criados del conde don Nuño: sále Leonor ya monja, da un grito, se escapan los criados, y el Trovador se queda parado.

»Tercer acto. De resultas de todo eso la muchacha Laura gime y se desespera en Venecia; y no pudiendo aguantar mas, le cuenta á su papá como ella tenia un querido, y se casó con él de secreto, y como estando juntos de noche en un ameno cementerio donde se veian, vinieron unos enmascarados y le robaron al querido, prendiéndole como reo de estado. Papá se enternece, y abogando por la muchacha, le dice á su hermano el presidente Morosini que no le va á comprender porque no tiene hijos: el otro le contesta que hable sin embargo; el senador entonces le cuenta el caso, pero sucede lo que habia previsto, que como no tiene hijos, todo es griego para él. En vista de eso se separan, y en eso hacen bien, si no ha de entenderle hasta que tenga hijos, tanto mas, cuanto que ya es viejo el que no entiende; el papá senador de Venecia queda lamentándose, y le cuenta su desventura al que murió por redimirnos en la cruz, el cual no sé yo si le entenderia, porque tampoco tuvo hijos.

»Acto cuarto. De alli á poco dos cuadrilleros de la santa inquisicion andan buscando á don Justo para prenderle: viene un sargento del regimiento de Asturías, deja la mochila y se va: en seguida viene un sacristan, y un administrador de un grande y dos del resguardo: el buen don Justo no los entiende, y eso que tiene una hija; pero no le prenden, porque entonces Riego levanta en las Cabezas de San Juan el estandarte de la libertad.

»Acto quinto. Fray Antolin, cansado de ver todo lo que pasa, tiene hambre, y se esconde entre las piernas un cesto con un pollo; pero fray Forzado tiene un grande interes en que fray Antolin no coma; por lo cual don Feliciano no quiere dar limosna á San Francisco: entonces fray Antolin le echa un largo sermon, del que se queda el otro en ayunas, tal vez por no tener hijos. Acabado el sermon, la tierra se traga á don Feliciano, y viene el Arcángel San qué sé yo cuantos, y habla con el diablo vestido de fraile: aparece Astarot en figura de don Feliciano, da limosna á San Francisco, y el guardian es un escelente sugeto.

»Esa es la comedia, de la cual francamente me resultó tal confusion en la cabeza que no te lo puedo ponderar: envíotelo á contar, porque yo no he entendido una palabra, de donde infiero que desde que falto de esa deben de haberse muerto mis hijos, porque á tenerlos todavía, yo debia de haberlo entendido todo.

»Sácame por Dios de tan horrible duda, si bien temo que me vengas diciendo que no han muerto, casi tanto como la infausta noticia; porque si llegas á escribirme que viven, habré de inferir que no son mios, y ya ves si esto es cosa de afligir á un buen padre de familias; casi quisiera mejor que me dijeras que viven, pero que tú tampoco has entendido la comedia, porque entonces sacaria la consecuencia de que ni son tuyos ni mios, en cuyo caso nos echaremos á discurrir cómo han venido á casa esos angelitos.

»Quedo en la mayor ansiedad, esperando tu respuesta y renegando del viaje á Madrid, que en tan graves confusiones me pone.

Queda tuyo &c.»

Esta es la carta que hemos encontrado, y que no queremos ocultar á nuestros lectores, los cuales, si tienen hijos, ya nos habrán entendido.

LOS BARATEROS,

ó

el Desafio y la pena de Muerte.

Debiendo sufrir en este dia... la pena de muerte en garrote vil.... Ignacio Argumañes, por la muerte violenta dada el 7 de marzo último á Gregorio Cané.. (DIARIO DE MADRID DEL 15 DE ABRIL.)

La sociedad se ve forzada á defenderse, ni mas ni menos que el individuo, cuando se ve acometida: en esta verdad se funda la definicion del delito y del crimen; en ella tambien el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad al reconocer en una accion el delito ó el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar: no se propone por fin destruir al criminal, sino el crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desparecer la posibilidad de nuevas agresiones: su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del mas fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza antes de aplicarle la pena verificar su agresion, convencerse á sí misma, y convencerle á él. Para esto comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detencion previa es una contribucion corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligacion de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque pasados estos comienza la detencion á ser un castigo, y lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio

y de una condenacion; en el intervalo que transcurre desde la acusacion ó sospecha hasta la aseveracion del delito, la sociedad tiene, no derechos, pero necesidad de tener al acusado; y supuesto que impone esta contribucion corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la carcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable: la carcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privacion que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinion del detenido.

De aqui la sagrada obligacion que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detencion bien montadas y bien cuidadas, y la mas sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la carcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los dias del mes de marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la carcel se devolvian las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de accion, devoraba la existencia de los corrillos: el juego, nutricion de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, mas que en ninguna parte, en la carcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solucion misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos dias existian en esa carcel dos hombres: Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecian parece segregarlos de sí, ellos se forman otra facilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del mas fuerte sobre la frente del mas débil. Hé aqui lo que sucede en la

carcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la proteccion que les debe, los deja al arbitrio de un comitre despótico; desde el momento en que el preso al sentar el pie en el patio de la carcel se ve insultado, acometido, robado por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido esclama: «Estoy fuera de »la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza, ó la que yo »me forje aquí.»* Hé aqui el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su proteccion? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existian alli; dos barateros; dos seres que se creían con derechos á imponer leyes á los demas, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fue metido en un calabozo por el alcaide, dey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesion; este defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿quieres parte?* le dice, *pues gánala.* Hé aqui al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confia su derecho á su brazo.

El dia va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la Madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debia oir acabar la salve: un segundo transcurre apenas, y con el último acento del cántico llega á los pies del Altísimo el alma del un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa carcel inmunda que te doy; ahí

tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño, pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiera dirimir, y me vienen á dispertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo de que en vida yo no hice mas caso que de tí, puede contagiarme con su putrefaccion; y por ende mando que el cuerpo se encierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando á otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegian. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la proteccion. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para tí; porque yo tengo jueces para tí, y tú no los tienes para mí: yo tengo alguaciles para tí, y tú no los tienes para mí: yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para tí, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasion.

Y el baratero: ¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mia; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mia, y por la religion no puedo disponer de ella; pero si no es mia siquiera, ¿cómo será tuya? Y si es mas mia que tuya, ¿en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de comun acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra comun cuestion?

Y la sociedad: Algun dia, baratero, tendrás razon; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese dia en que tendrás razon, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdiccion; en el dia la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente; ¿por qué no has aguardado para batirte en duelo á que la ley estuviese derogada? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

Una luna no ha transcurrido todavia que ha visto sofocado por mi mano á otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba á vengar....

Y el baratero: ¿Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo....

Y la sociedad: Eso te enseñará que ya que no pudieses

aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporacion, debiste aguardar á lo menos á ser opulento, ó siquiera caballero... ó aprender en tanto á eludir mi ley.

Y el baratero: ¿Y la igualdad ante la ley sociedad....?

Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquisteis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y éntre en mi composicion el elemento popular; llámaame ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿no ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿no ves que me falta el alma, que es la inteligencia del ser, y que solo puede resultar del completo y armonia de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿no lo autorizas todo sufriéndolo todo?

Y el baratero: Porque no sé todavía que hago parte de tí, ó sociedad; porque no comprendo....

Y la sociedad: Pues date prisa á comprender, y á saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi dia llegará, ó falsa sociedad, ó sociedad incompleta y usurpadora, y llegará mas pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los mios, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderlo, aprenderán á leer. ¡Hágase en el interin la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten en duelo, y en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!

Y el baratero debia morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se bàten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley, merece la pena; ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su dia no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad, y la so-

ciedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la carcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

FÍGARO

AL DIRECTOR DE EL ESPAÑOL.

Figaro. Sr. Director de *El Español*, pido la palabra.

Director. ¿Para qué?

Figaro. Para rectificar un hecho y hacer una interpelacion.

Director. El Sr. Fígaro tiene la palabra para rectificar un hecho y hacer una interpelacion.

Señor director de *El Español:* En la primera carta que á mi vuelta del estrangero publiqué, dí los motivos por qué me decidia entonces á escribir en el periódico que usted dirige.

Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer á ningun partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un ministerio ni de otro ninguna especie de destino, no tratando de figurar por ningun estilo, estoy escribiendo hace años, y no tuve nunca mas objeto que el de contribuir en lo poco que pudiese al bien de mi pais, tratando de agradar al mayor número posible de lectores: para conseguirlo creí que no debia defender mas que la verdad y la razon, creí que debia combatir con las armas que me siento aficionado á manejar cuanto en mi conciencia, fuese incompleto, malo, injusto ó ridículo.

Esta es la razon por que constantemente he formado en las filas de la oposicion; no habiendo habido hasta el dia un solo ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creido obligado á decírselo asi claramente á todos. Si yo

tuviera alguna importancia política ó literaria, tal vez sentaria en este lugar doctrinas ó acumularia profesiones de fé. Felizmente no tengo ninguna importancia, y solo reclamo el derecho que tengo de no hacer cuerpo comun con nadie; por eso firmo constantemente mis artículos. Siguiendo este sistema, he remitido á usted estos dias un artículo riéndome de lo que en el dia me parece risible, sin cuidarme de si estaba ó no en el sentido de su periódico, sea este el que fuere. Este artículo me ha sido devuelto por usted por no hallarse de acuerdo sin duda con sus opiniones; no pudiendo esponerme á escribir otros que tengan igual resultado, usted me permitirá que le interpele, segun el uso del dia, y le pregunte sencillamente en qué sentido habré de escribir para verme impreso: bastante censura nos ponen los gobiernos á los escritores, sin que se nos añada otra doméstica en nuestro mismo periódico.

Si *El Español* es ministerial, usted me permitirá que sin que se altere en nada el aprecio que le profeso, sacuda desde este momento toda mancomunidad de responsabilidad política; y si no lo es, espero que esplícitamente me lo manifestará, seguro de que pocas cosas serian para mí mas dolorosas que haber de renunciar á las ventajas que su amistad y su periódico me han ofrecido hasta el dia.

Además de cuanto llevo espuesto, me permitirá usted, señor director, que para facilitar su respuesta, añada que asi rehuso pertenecer á un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaria hacer parte de un periódico de ciega oposicion, *quand même;* y para que no se pueda dar á este paso mas motivo que el que yo mismo le doy, concluiré diciendo que para mí asi el ministerio Isturiz como el ministerio Mendizabal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen mas importancia que la del bien ó del mal que puedan hacer á mi patria.

En el ministerio Mendizabal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto, cualquiera que sea el partido ó la popularidad que pueda tener en su favor, y los medios que ponga en práctica en el dia para hacer la oposicion; lo mismo pienso hacer ahora con el actual, cualquiera que sea la fuerza que como gobierno tenga en su favor; porque si hay quien puede tener miedo á los alborotos, á las multas ó á la cárcel, yo no me siento con miedo á nadie. Y lo mismo pienso hacer con cuantos mi-

nistros vengan detrás, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al pais las instituciones que en mi sentir reclama: el acierto es, pues, el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto á alabar, no es mi mision; ni creo que merece alabanza el que hace su deber. Por ahí inferirá usted que tengo oficio para rato.

Espero, pues, su respuesta para saber el partido que debo tomar, y solo me queda que hacer presente á usted que cualquiera que ella sea, tolerante como yo soy con las opiniones de los demas, ni dejaré de respetar las suyas, ni trato con este paso de aventajar mi posicion á costa de su periódico.

En el interin queda su atento amigo y servidor. — *Figaro.*

ABEN-HUMEYA,

drama histórico en tres actos, nuevo en estos teatros. Su autor don Francisco Martinez de la Rosa.

No hace muchos dias que anunciamos la próxima representacion de esta obra de un ingenio distinguido ciertamente en nuestra literatura moderna, por sus obras anteriores, en las cuales ha adquirido lauros muy lisonjeros, como erudito, como escritor didáctico, como hablista, y aun como poeta: al anunciarla no quisimos en manera alguna prevenir el juicio del público, y solo nos ceñimos á esponer que se habia representado ya en Paris, y la especie de éxito de urbanidad y galanteria que en aquella capital habia logrado.

Parece sin embargo que nosotros no estábamos bien informados; posteriormente hemos visto y aun leido en el anuncio que del *Aben-Humeya* ha hecho la empresa de estos teatros, que *en los de Paris fue recibido con entusiásticos aplausos, y coronado con los honores del mas positivo triun-*

fo. Asi seria, y nosotros nos apresuramos á dar la enhorabuena al autor y al drama; no se la hemos dado antes, porque no sabíamos lo que en Paris habia ocurrido. Pero despues de leido el cartel, el cual debe saberlo como saben los carteles esas cosas, seria imperdonable en nosotros el menor asomo de duda: apreciando como apreciamos el autor, es para nosotros un alegron el haber rectificado por esta vez nuestros erróneos datos; en lo sucesivo no nos volverá á suceder decir que no gustó en Paris; quedamos plenamente convencidos de que *Aben-Humeya* ha llegado á *nosotros precedido de una gran reputacion adquirida dentro y fuera de España*, es decir, europea.

Es verdad que en Paris no se ha representado demasiado el *Aben-Humeya*; y esto es claro; era preciso hacer de él, en atencion á su mucho mérito, una gran distincion que lo diferenciase esencialmente de las demas cosas que gustan en aquel Paris; y como á cualquier drama que gusta le sude representarse mucho, no quedaba mas medio de distinguirlo que representarlo poco.

Y en Madrid ¿qué ha sucedido? Lo mismo que en Paris.

Ya muchas veces nos hemos quejado de la posicion difícil en que se encuentra el periodista que tiene que juzgar á un hombre de mérito generalmente reconocido: bien se puede dar el caso que un hombre de un gran talento haga un drama de muy poco valor: esas cosas se ven todos los dias; pero siempre corre el riesgo de parecer arrogante ó envidioso el que acomete con un juicio crítico de un ingenio como el autor de *Aben-Humeya*, no estando como no estamos nosotros precedidos, ni aun seguidos, de ninguna especie de reputacion adquirida dentro ni fuera de España.

Por esta vez, y bien considerado el *Aben-Humeya*, no corremos riesgo maldito de parecer envidiosos, por mas que haya gustos que requieran palos. Pero en trueque tenemos otro tropiezo que nos detiene muy mucho. Cuando ademas de ser el autor hombre de pro en literatura, ha sido hombre de valía, políticamente hablando, es decir, cuando es ex-ministro, es fuerza andarse con mucho tiento para decirle la verdad, si esta es amarga. Siempre puede llevar visos la crítica de parcialidad. Por eso si nosotros fuésemos capaces de desear que volviese á ser ministro el señor Martinez de la Rosa, seria en esta ocasion, en que quisiéramos poder aparecer independientes, y decir franca-

mente lo que de *Aben-Humeya* pensamos. El autor nos pone en el mas duro compromiso. Cuando era ministro popular daba al teatro sus mejores dramas; y obligándonos á alabárselos, nos ponia en el aprieto de parecer aduladores; y ahora que no es ministro empieza á dar los peores, poniéndonos igualmente en el amargo trance de parecer enemigos suyos. Esto es por su parte poco generoso.

Resignémonos, sin embargo, con nuestra suerte, y evitemos con nuestra indulgencia toda murmuracion y todo juicio temerario. Cuando escribimos *indulgencia* no queremos decir que daremos torcedor á nuestra conciencia, no; la crítica debe ser muy severa con los que se presentan y pasan en el mundo por modelos, para evitar que los que empiezan imiten sus defectos; sino es nuestro propósito advertir que será mas lo que de nuestra opinion callemos, que lo que digamos.

Conocido es el asunto histórico escogido por el autor, y tanto que fuera ridícula ostentacion de eruditos disertar largamente sobre él; nosotros no estamos encargados de juzgar la historia, sino el drama. Desde luego confesamos la predileccion con que miramos siempre ese género. En otra ocasion hemos probado, y hablando, si mal no se nos acuerda, del mismo autor, que el drama histórico es la única tragedia moderna posible, y que lo que han llamado los preceptistas tragedia clásica, no es sino el drama histórico de los antiguos.

Dos géneros de composicion pondriamos al frente de la literatura dramática: 1.° los hechos gloriosos ó los funestos resultados de los estravíos de las pasiones, fundados en la verdad, que los hace ejemplos irrecusables, presentados á los hombres ó para su imitacion ó para su escarmiento; este es el drama histórico, ó la tragedia antigua, no variando en las formas por caprichos de escuelas, sino por la variacion que la diferencia de creencias y preocupaciones de costumbres y de leyes hace imperiosa en la literatura: 2.° los vicios ó ridiculeces personificados y fundados en la verosimilitud que les sirve de verdad, presentados para leccion ó deleite; esta es la comedia dicha clásica, y caida en desuso por las formas estrechas y lánguidas en que la han querido encerrar los preceptistas; pero susceptible en nuestro entender de nuevo interes, y de ninguna manera agotada como se dice vulgarmente.

El cuento fantástico, hijo de la imaginacion del autor, y en que no se deducen los hechos imperiosa y precisamente de los datos admitidos en la base del argumento, ese hecho inventado y vestido en forma de drama, en el cual el espectador puede concebir á cada accion otra consecuencia que la que le atribuye el ingenio, ese que no tiene verdad histórica en su favor que convenza, ni mas verosimilitud que una concesion gratuita, ese es el verdadero género bastardo.

Y en cuanto á las disputas de las escuelas y pandillas, como las vemos estribar, mas que en el fondo, en las formas, no será permitido reirnos de ellas, en atencion á que creemos que las formas son variables hasta el infinito, porque siempre habrán de seguir la indicacion del espíritu de la época. El poeta escribe para ser entendido, y mal pudiera serlo el que no se sujetase al lenguaje, al modo que tienen de revestir sus ideas aquellos que han de aplaudirlo ó censurarlo.

Suele tener el drama histórico el inconveniente de dar destruido el interes al espectador que conoce ya el desenlace de antemano, y el no menor de hacer hablar personages de quien ya la imaginacion se ha formado una idea, difícil de superar por el poeta; solo el artificio y el gran talento del autor y la eleccion de un hecho, aunque histórico, algo oscuro, pueden hacer triunfar el ingenio. En el argumento de *Aben-Hameya* el autor ha huido perfectamente de esas dificultades. Pero en cuanto al artificio, poco feliz nos parece haber estado, y de esto se convencerá cualquiera por poco que medite el plan.

Los moriscos de las Alpujarras se rebelan en el reinado de Felipe II, y eligen por gefe á Aben-Humeya, último vástago de la antigua dinastia; degüellan á los cristianos que alcanzan en un limitado espacio de terreno, y se constituyen independientes. Muley-Carime, suegro de Aben-Humeya, reprende y ataca los escesos; dos de los principales rebeldes desaprueban la precipitacion con que se eligen rey antes de tener reino, y la arrogancia con que el elegido acepta el prestigio y la autoridad real. Aprovéchanse de la blandura de su suegro para desacreditarle y tildarle de traidor á los ojos del vulgo, facil de fascinar, envolviendo á Aben-Humeya en la ruina de su deudo.

El capitan general de Granada envia á Lara á intimar la

rendicion á los rebeldes: Lara es asesinado, y sobre él se encuentran pruebas de las relaciones que conserva Muley-Carime con los castellanos. Aben-Humeya en la alternativa de castigar á su suegro ó perderse con él, le envenena, pero tarde: la faccion contraria se ha apoderado ya de su palacio, y Aben-Humeya perece víctima de la sedicion.

Pobrísimo es el artificio, ningun interes presenta, ningun resorte dramático, ni nuevo ni viejo. Una sola escena hay en él, aquella en que Aben-Humeya echa en cara á Muley su delito: ninguna pasion domina, ningun carácter preponderá, ningun hecho importante se desenvuelve; el estilo mismo es generalmente inferior á otras obras del autor: ¿dónde está el fuego de la creacion?

Y vamos á lo mas importante. Un personage histórico oscuro no puede ser digno del teatro sino cuando sus hechos llevan envueltos en sí el éxito ó la ruina de la causa pública. Pero ¿cuál es aquí la causa pública? ¿cuál es la leccion moral ó política que ha querido darnos el autor con la muerte de Aben-Humeya? Si hubiera probado que los moros rebeldes perdieron su causa por la desunion que dejaron introducirse entre ellos, grande objeto era este, y aun oportuno; pero para eso era preciso haber continuado el drama, era preciso habernos dado el resultado de la tal desunion. Porque habiéndolo dejado en la muerte de Aben-Humeya, la leccion que resulta es que cuando uno quiere ser rey no debe tener por suegro á un moro que escriba á un cristiano. ¡Profunda leccion por cierto! Por tanto *Aben-Humeya* no es un drama hecho, sino una esposicion de un drama por hacer. Si hubiera empezado por donde acaba, el autor hubiera tal vez llegado á hacer un drama. ¿Por qué se acaba en el tercer acto y no continúa? Si el objeto es Aben-Humeya, represente una pasion, un carácter, una situacion; si no, ¿quién es él, y qué significa su muerte para ocuparnos una noche entera? Si es la rebelion morisca, ¿qué importa que muera Aben-Humeya?

En la manera de buscar los efectos teatrales nótanse medios ya esplotados por el autor y por otros. En el primer acto varios conjurados se quejan diciendo cada uno una frase á su vez, como en la *Conjuracion de Venecia*. La eleccion de *Aben-Humeya* nos recuerda el *Pelayo* de Quintana; la degollacion de los cristianos en el templo y una conjuracion estallando en medio de una diversion popular, entre

gente sencilla, agena de que la muerte está tan cerca de la vida, y el dolor del placer, es contraste ya presentado en *la Conjuracion*. En el diálogo igual afectacion de sensibilidad y ternura, igual afectacion de sencillez que degenera á veces en trivialidad, como el *déjame*, que en tono de marido dice á su cansada muger Aben-Humeya, y que arrancó risas. No pasaremos sin embargo en silencio el elogio debido á un efecto teatral bien entendido, como es el sonido de la campana de los cristianos, aprovechado para inflamar los ánimos por Aben-Humeya en la cueva. Empero ¡bueno fuera que autor de tanto ingenio no hubiera acertado á producir en todo un largo drama cosa alguna que de alabar fuese!

Despues de lo que llevamos espuesto fácil es conocer que no creemos que *Aben-Humeya* dé gloria alguna á su autor. Felizmente tiene obras que le han colocado ya en un puesto muy distinguido; y nosotros, por su gloria misma, no quisiéramos que le hubiese dado la importancia de escribirlo de nuevo en castellano, una vez que ya en francés habia salido flojillo, como el santo de Zamora, cuya historia tenemos contada en uno de nuestros antiguos artículos. Porque no faltará malicioso que á propósito de eso recuerde el soneto célebre contra una composicion escrita por Lope en cuatro lenguas, que empieza:

Hermano Lope, bórrame el sone-
de versos de Ariosto y Garcila...

y concluye:

Y en cuatro lenguas no me escribas co-
que supuesto que dices boberi-
te vendrán á entender cuatro nacio-

No seremos nosotros los que hagamos tal aplicacion, si bien por otra parte, ¿quién pudiera darse por ofendido de participar de las vicisitudes de Lope?

Háse puesto en escena *Aben-Humeya* con un esmero digno de mejor drama, y no han contribuido poco á entretener á los espectadores el pais nevado, el órgano, los villancicos, la cueva, los muchos moros que andaban por aquellas sierras, el palacio y el negro, improvisados de Aben-Humeya, y el nuevo telon de intermedios, presentado con tanta coquetería, y tan buenos efectos de luz.

Por esta vez la empresa merece los mayores elogios, y

no se los queremos escasear. No ha sido tan buena la representacion, si se esceptúa al señor Latorre. Romea mayor no ha entendido el papel, y le ha hecho sin dignidad ni color; mucho sentimos dar este disgusto á un actor que tan frecuentemente se hace acreedor á nuestros elogios. Y reasumiendo nuestra opinion, concluiremos diciendo, que al acabarse la funcion sale uno todavía con deseos de drama, á cuyo propósito contaremos al autor, si nos lo permite, una anécdota que nos hizo reir la primera vez que la oimos.

Un periodista francés, hombre de mérito y buen gusto, andaba perseguido por un conocido suyo, que estaba empeñado en llevarlo á comer á su casa. Era el periodista gastrónomo ademas, y no hubo de parecérselo tanto el obsequioso Anfitrion. Rehuía pues cuanto le era posible prestarse al ofrecimiento; escapósele empero un dia decir que se iba á comer á la fonda delante del otro que andaba acechando siempre una ocasion semejante. Fue forzoso pagar la imprudencia, y condescender aquel dia. No se habia engañado el periodista, y la comida fue reducida como las esperanzas. Toda ella se volvió platos de adorno, mudanzas de cubiertos, entremeses y ramilletes. Acabada que fue, quiso el Anfitrion dar á su huesped una prueba de su buena voluntad, y dijóle levantándose: «*Ya sabe usted la hora á que se come en casa, y lo que se come; cuando usted guste podemos repetir este buen rato.*» A lo cual respondió sentándose de nuevo el desgraciado que se sentia vacío: «*¡Oh! amigo mio, pues entonces, si á usted le parece, puede usted disponer que se repita ahora mismo.*»

PANORAMA MATRITENSE,

cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante.

ARTÍCULO PRIMERO.

Consideraciones generales acerca del origen y condiciones de los artículos de costumbres.—Escritores franceses modernos que mas se distinguen en este ramo de literatura.

Este género, tal cual le cultiva tan felizmente entre nosotros el Curioso Parlante, es enteramente moderno, y fue desconocido á la antigüedad. Muchos escritores moralistas habian estudiado ya al hombre y la sociedad de su tiempo; esta especie de filosofía práctica encontró siempre numerosos sectarios bajo la diversidad de formas que adoptó para producirse: el teatro en todas partes se apoderó de las costumbres para retratarlas desde Aristófanes hasta nuestros dias: algunos no queriendo disfrazar tanto sus lecciones, dieron desde Teofrasto hasta la Bruyere los resultados de su observacion del corazon humano en caractéres ligeramente bosquejados, pero desembarazados de toda intriga que pudiese desleir en tintas degradadas y acumuladas su colorido principal. Otros sentenciosos y lacónicos, como Larochefocault y Vauvenargues, se limitaron á colecciones de aforismos morales. Prefirieron muchos la sátira, verdadera composicion poética de costumbres. Algunos, en fin, idearon el medio de urdir un cuento, una fábula mas ó menos intrincada para desenvolver una leccion moral, como lo hicieron Esopo, Fedro, Lafontaine y Samaniego, Marmontel, madame Genlis, madame Cotin, Fieldin y otros creando el apólogo, el cuento moral y la novela de costumbres. Conocidos ya y gastada la novedad de estos diversos géneros, pensó

Montesquieu escitar nuevamente la curiosidad con una idea peregrina, lo que logró completamente adoptando la forma epistolar en sus *cartas persas*, seguidas de numerosas imitaciones, de las cuales solo las *cartas peruanas* lograron sobrevivir, y que lograron tal éxito, que segun cuenta él mismo, llegó el caso de que los libreros no abrian la boca hablando con literatos, sino para decirles: *Hágame usted cartas persas*. Pero en cuanto á estos diversos géneros enunciados, nada tenia que envidiar la literatura española á las estrangeras: nuestro teatro, tan pródigo de fábulas estériles, encontró á veces en Calderon mismo, en Lope, y sobre todo en Alarcon, Tirso, Moreto, y los que los siguieron, escritores escelentes de costumbres. En la sátira, ni nos faltaron Juvenales, ni Boileaus. En la novela, en el cuento, en la fábula, la nacion que puede citar á Cervantes, á Quevedo, á Mateo Aleman, á Luis Velez de Guevara, al autor de la Celestina, del Gil Blas, sea quien fuere, á Samaniego, á Iriarte, á Isla, Iglesias, no puede ser tildada de pobre; y por no faltarnos, hasta imitador tuvimos, si débil, justamente apreciado con todo, del Espíritu de las leyes en el coronel don José Cadalso.

Empero cuantos autores hemos citado habian considerado al hombre en general tal cual le da la naturaleza: pintores, habian retratado el mar, con su bonanza y sus tormentas, cual en todas las zonas se ve, pero no le habian pintado tal cual está ó aquella marina lo ofrecen y le modifican. Escritores cosmopolitas, filósofos universales habian escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres. Esto era natural. Hasta que equilibrados los elementos diversos que habian reconstituido el mundo, hubiesen empezado á tomar las sociedades caractéres especiales que las distinguiesen, no era facil retratar caras, sino especies. La religion cristiana, que vino á infundir en los pueblos el dogma de la igualdad y del equilibrio social, comenzó á darles nuevo aspecto, creando individuos donde antes no habia sino muchedumbres mas ó menos sujetas á la tiranía y al monopolio del poder y del mando. Los progresos mismos y las comunicaciones, creando el comercio y la industria, haciendo mas necesarios los unos hombres á los otros, comenzaron á nivelarlo todo y á imprimir en los pueblos mayor movimiento, mayor cambio recíproco; entonces empezó á ser sociedad lo

que hasta entonces no habia sido sino reunion, y cada sociedad entonces tomó caractéres diferentes, segun la altura á que se encontró en la escala de la gran reforma: cesó la uniformidad, que solo podia hallarse en el principio, y que solo la llegada al mismo punto puede volver á traer. Viajeros los hombres de distintas fuerzas á la caida del vasto imperio romano que habia abarcado el mundo, se separaron para hacer el viaje cada cual por el camino mas en armonía con sus fuerzas y su inteligencia, dándose cita para el dia de la nueva nivelacion, de la igualdad completa; á ella caminamos y á la nueva uniformidad que en un escalon mas alto de la civilizacion humana nos ha de volver á reunir algun dia como nos tenia reunidos á la caida del imperio.

Unos empezaron mas pronto á tener caractéres distintivos de los demas. En ellos forzosamente despuntaron escritores filósofos, que no consideraron ya al hombre en general como anteriormente se lo habian dejado otros descrito, y como ya era de todos conocido, sino al hombre en combinacion, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban. El primero que en Inglaterra dió el ejemplo con admirable profundidad y perspicacia fue Adisson en el *Espectador*, y si ninguno logró superarle, no dejó con todo de tener felices imitadores. Posteriormente en Francia, pais que siguió en el orden del gran viaje que todos hacemos las huellas de la Inglaterra, asi que los trastornos políticos parciales acabaron de emancipar el pueblo, y que la sociedad moderna se constituyó con las formas que por largo tiempo habian de destinguirla, asi que empezaron á fijarse las nuevas costumbres, y á suceder á la antigua Francia los modernos franceses, nacieron tambien escritores destinados á pintar las faces que empezaba la sociedad á presentar. Pintores de la sociedad francesa. Pero cualquiera conoce que semejantes bosquejos parciales estriban mas que en el fondo de las cosas en las formas que revisten, y en los matices que el punto de vista les presenta, que son por tanto variables, pasageros, y no de una verdad absoluta. No hubiera pues llegado nunca el género á entronizarse sino ayudado del gran movimiento literario que la perfeccion de las artes traia consigo: tales producciones no hubieran tenido oportunidad ni verdad, no contando con el ausilio de la rapidez

de la publicacion. Los periódicos fueron pues los que dieron la mano á los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres, cuyo mérito principal debia de consistir en la gracia del estilo.

Mercier hizo un cuadro picante de París. Jouy, bajó el pseudónimo de L'Hermite de la Chausseé d'Antin, planteó un verdadero cuerpo de obra, y abarcando un plan mas vasto lo llevó á cabo, á poder de artículos semanales.

Acumulado el movimiento social en las capitales, pudo existir entre la fisonomía de una provincia y de aquella la misma diferencia que entre una y otra nacion, y otros escritores se dedicaron á publicar cuadros de las costumbres de las provincias; pero sometida esta idea, como toda idea humana, á la exageracion, y á ser desmenuzada hasta lo infinito, las naciones mas adelantadas no se contentaron ya con observarse á sí propias y bosquejarse, sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre paises remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de *viajes*, *paseos*, *ojeadas*, *novelas*, *cartas* &c. Pero si hasta para observarse á sí propio es fuerza estar dotado de singular penetracion, ¿qué podrá suceder á los que guiados solos de un interés de especulacion, osan á la primera ojeada darse por pintores de los demas? Dos males han procedido de aqui: como todo el que mirno ve, la mayor parte de estas obras despues de haber esa citado la curiosidad momentáneamente por su novedad ó su estravagancia, han vuelto á la nada, de que no debieron salir, destituidas como están del principal mérito, de la verdad del pincel. El segundo mal ha sido desvirtuar el género mismo, llevando la observacion hasta un punto que torna imperceptibles las tintas, é inapreciables por diminutas. Hay libro en este género que pecando por esto, no es verdad mas que el dia que ve la luz: fundado sobre esa parte de los usos y costumbres condenada como el mar á un contínuo flujo y reflujo, muere la obra con la costumbre que ha pintado, y la reputacion con ella del autor. De aqui tanta reputacion pasagera, que no teniendo existencia propia vive como la oruga, lo que dura la hoja de que se mantiene.

Es pues necesario que el escritor de costumbres no solo tenga vista perspicaz y grande uso del mundo, sino que sepa distinguir ademas cuáles son los verdaderos trazos

que bastan á dar la fisonomía: descender á los demas, no es retratar una cara, sino asir de un microscopio y querer pintar los poros.

Pero al lado de estos escritores mirmidones ha visto la Francia, donde mas cultivado es este género, gran número de reputaciones formarse, crecer, estenderse, y venir á ser europeas. El libro famoso de los *Ciento y uno*, en que se propuso la literatura francesa, agradecida al arruinado librero Lavocat, crearle un nuevo capital, dándole cada cual gratuitamente un artículo de costumbres, cuya reunion pudiese publicarse bajo el título general de *Paris*, es el cuadro mas vasto, el monumento mas singular, ¿lo diremos de una vez? y la obra mas grande que á cosas pequeñas han levantado los hombres.

Comparable á las pirámides de Egipto, colosales sepulcros, erigidos por un gran pueblo, y ¡ para qué ! para enterrar á un rey: salvo la duracion, pues las arenas literarias no dejarán mas que alguna piedra de la obra de los *Ciento y uno*, al paso que las del Nilo respetan todavia las de los Faraones.

Imposible era que ciento y un hombres escribiesen todos igualmente bien; pero era difícil presumir que fuesen tantos los que escribiesen mal. No podremos menos sin embargo de citar los artículos de Alejandro Dumas, de Chateaubriand, el del duelo de Ducange, y sobre todo los encantadores trozos titulados *Les Beotiens de Paris* de Louis Desnoyers, á quien pueden bastar para su gloria.

Pero el genio infatigable que como escritor de costumbres, no dudaremos en poner á la cabeza de los demas es Balzac, despues de admirado el cual, pues no puede ser leido sin ser admirado, puede decir el lector que conoce la Francia y su sociedad moderna, árida, desnuda de preocupaciones, pero tambien de ilusiones verdaderas, y por consiguiente desdichada, asquerosa á veces y despreciable, y por desgracia ¡cuán pocas veces ridícula!

Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme, apartando la maleza que le impedia el paso, arañándose á veces para abrir camino, y ha llegado á su confin, para ver asomado alli ¿qué? un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada.

No citaremos ni á Eugene Sue, ni á Alfres de Vigny, ni á Jeorges Sand, ni á otros que parecen rozarse con el

fin moral de Balzac, porque aunque pertenecientes á una misma escuela social, ni los creemos animados de buena fé, ni son realmente escritores de costumbres; y porque el examinar la tendencia espantosa de sus escritos y la funesta consecuencia que de ellos se deduce puede ser objeto de un artículo mas importante de lo que parece en el dia para nuestro pais.

Solo concluiremos esta reseña citando á Paul de Koc para rebatir una opinion demasiado estendida en España por libreros ambiciosos ó por lectores de poco criterio; careciendo de estilo y de verdadero genio Paul de Koc, repetido en sus planes, sin objeto moral de ninguna especie, inmoral en sus formas, es en París el escritor de las modistillas; ni goza de otra consideracion que la de un emborronador de papel, con cierto chiste, y ese no todos los dias.

Despues de haber dado una idea del origen de este género de literatura que empieza á cultivarse ahora entre nosotros, de sus progresos, de su importancia indígenas, que solo puede existir en el pais para el cual sus artículos de costumbres se escriben, circunstancia que hace casi siempre estéril, y aun á veces imposible su version á otras lenguas, y despues de haber espuesto su dificultad y su mérito, y de haber pasado ligeramente la vista sobre los escritos que descuellan en él en otros paises, pasemos á examinar las dotes que entre nosotros necesita el escritor de costumbres, y á formar un juicio crítico del *Curioso Parlante*, que tanto y tan justo aplauso ha merecido.

PANORAMA MATRITENSE,

Cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un curioso parlante.

ARTICULO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

Por lo que del género hemos apuntado en general, puédese deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de la literatura en que es indispensable hermanar la mas profunda y filosófica observacion con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes á todas ellas, y dónde empieza la línea que la educacion establece entre unas y otros; que tenga, ademas de un instinto de observacion certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas, cuyo velo no debe descorrer jamas la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo; ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educacion; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

Pero la principal dificultad que para hacer efecto le encontramos, es la precision en que de decir las cosas claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. Géneros enteros de la literatura han debido á la tiranía y á la dificultad de espresar los escritores sus sentimientos francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido. La alegoría, por ejemplo, sobre cuya base se

han fundado tantas obras eminentes, y acaso en las que mas han brillado los esfuerzos del ingenio, la alegoría espira ya en el dia á manos de la libertad de imprenta. La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece á este ocasiones sin fin de rehuir la ley, y eludirla ingeniosamente; y sobre vencerse tal dificultad, no contribuye poco á dar sumo realce á esas obras el peligro en que de ser perseguido se pone el autor una vez adivinado. Pero desde el momento en que no haya idea, por atrevida que sea, que no pueda clara y despejadamente decirse y publicarse; desde el punto en que no haya lucha, que no haya queja; desde el momento en que los demas sean los mas fuertes, en dejando de haber verdad que decir y riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula y la alegoría entera viénese al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua y sin uso ni aplicacion posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo ha olvidado un momento el célebre Fenimore Cooper, el autor del *Espía* y del *Bravo*; el rival vencedor á veces de Walter Scott, en su última y deplorable novela titulada The Monikins, escribe para un pais completamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro tomos rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo, en decir las cuales solo el riesgo de fastidiar corria. Mezquino imitador de una idea ya desempeñada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viajes de Gulliver, de Wanton *al pais de las monas* y otras alegorias semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado.

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y como todo el que escribe en pais libre de trabas para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta que dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicacion de esta serie de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año 1832

y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitacion. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro pais alimentan los estrangeros, y el plan de darnos despues del Madrid físico, que en su escelente Manual habia diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podia menos de ser de grande utilidad y deleitacion. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfeccion progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del Panorama ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede tocarse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observacion con singular tino y gracejo, y esponer á nuestra vista el estado de nuestras costumbres; aqui no olvidaremos otra dificultad que se ofrecia: la España está hace algunos años en un momento de transicion; influida ya por el ejemplo estrangero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organizacion social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratin, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba pues en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continúan variando despues que el pincel ha dejado de seguirlas: desventaja grande para la duracion de la obra; y en cuanto á los medios de hacerse dueño de su objeto tan movedizo, el Curioso Parlante se podrá comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el mas hábil.

Hálo conseguido sin embargo, porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: «*La calle de Toledo*, *La comedia casera*, *Las visitas de dias*, *Los cómicos en cuaresma*, *Las ferias*, *La capa vieja*, *La casa á la antigua*, *La procesion del Corpus*.» Si se quiere estudiar esta influencia estrangera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: «*Las costumbres de Madrid*, *El dia 30 del mes*, *Las tiendas*, *Riqueza y miseria*, *La politico-mania*, *Las tres tertulias*, *Las niñas del dia*, *Las casas de baños*.»

Se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: «1802 y 1832, el ingeniosísimo de *El aguinaldo, El estrangero en su patria, El sombrerito y la mantilla, La vuelta de Paris.*»

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las mas ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y mas lindamente escritos, titulados: «*El retrato, El amante corto de vista, Tomar aires en un lugar, El barbero de Madrid, Pretender por alto, Los paletos en Madrid, El patio de Correos*, &c.»

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? recórranse *La casa de Cervantes* y *El campo santo.*

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su pais: imitador felicísimo de Jouy, hasta en su mesura, si menos erudito, mas pensador y menos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de dificil ejecucion.

Un mérito mas tiene, que no queremos pasar en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos: culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre fluido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy á menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditacion, ó del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva á sus cuadros á veces de una animacion tambien necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata mas que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no solo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura, ha hecho tambien algunos á su pais. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinion pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se halla el monumento y la leyenda dedicados á Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama.*

Escritores nosotros tambien de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que el *Curioso Parlante*, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfeccion tenemos sí la persuasion de poder mejor que otros

apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles agenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera. ¿Cómo pudiera ser de otra suerte? El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustracion de nuestro pais, nos mueve mas á escribir que la sed de una gloria que tan dificil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideracion general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento, y démonos el parabien por haber tenido una ocasion mas, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la pena satírica, que por lo regular manejamos con mas dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precision de lastimar.

ANTONY,

Drama nuevo en cinco actos, de Alejandro Dumas.

ARTICULO PRIMERO.

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa.—Estado de la España.—Inoportunidad de estos dramas entre nosotros.

Por hoy y hasta mañana seremos graves: la primera impresion de este drama, mas importante de lo que á pri-

mera vista parece, no nos deja disposicion alguna para la risa con que suele *Figaro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena; no renunciamos sin embargo á ese derecho; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas: ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirábamos con horror en España toda innovacion: encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al genio su antigua é indispensable libertad: dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso: nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaria de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que mas en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.

Pero mil veces lo hemos dicho: hace mucho tiempo que la España no es una nacion compacta, impulsada de un mismo movimiento: hay en ella tres pueblos distintos: 1.º, una multitud indiferente á todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos, porque acostumbrada á sucumbir siglos enteros á influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla no estan siempre en nuestro sentido: 2.º, una clase media que se ilustra lentamente, que empieza á tener necesidades, que desde este momento comienza á conocer que ha estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando, solo puede ganar. Clase que ve la luz, que gusta ya de ella, pero que como un niño no calcula la distancia á que la ve: cree mas cerca los objetos porque los desea: alarga la mano para co-

gerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de luz, ni qué la luz quema cogida á puñados: 3.º, y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada ó deslumbrada en el estrangero, víctima ó hija de las emigraciones, que se cree ella sola en España, y que se asombra á cada paso de verse sola cien varas delante de las demas: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo.

Ahora bien, pretender gustar escribiendo á un público de tal manera compuesto, es empresa en que quisiéramos ver enredados por algunos años á esos fanales del saber estrangero, asi como quisiéramos ver á los mas célebres estadistas ensayar sus fuerzas en este escollo de reputaciones de todos géneros. Darnos una literatura hermana del antiguo régimen, y fuera ya del círculo de la revolucion social en que empezamos á interesarnos, es tiempo perdido, pues solo podria satisfacer ya á la última clase, y esa no es la que se alimenta de literatura.

Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilizacion humana, que en cada estacion ha ido dejando una creencia, una ilusion, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fe antigua, necesita crearse una fé nueva; y darnos la literatura espresion de esa situacion á nosotros, que no somos aun una sociedad siquiera, sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España, no es escribir para el público.

La vida es un viaje: el que lo hace no sabe adónde va, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando, y dícele: «Adónde vas? ¿por qué andas? Yo he llegado adonde se puede llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenia un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? nada.»

El hombre entonces que viajaba ¿qué responderá?—«Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando.» Y sin embargo es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada,

tambien es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se da está todo lo mas allá posible. En tal caso, el que vino y dijo al que viajaba «al fin no hay nada,» ¿no merece su execracion?

Rara lógica: ¡enseñarle á un hombre un cadáver para animarle á vivir!

Hé aqui lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caducada de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad; y háceanos mas daño aun, porque ellos al menos para llegar allá disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza; déjenos al menos la diversion del viaje, y no nos desengañen antes: si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito; si no hay un vergel al fin, gocemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla.

¡Desorden sacrílego! ¡inversion de las leyes de la naturaleza! En política don Cárlos fuerte en el tercio de España, y el Estatuto en lo demas; y en literatura, Alejandro Dumas, Victor Hugo, Eugene Sue y Balzaz.

Con indignacion lo decimos; sepamos primeramente adónde vamos; busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado; no quieran haber llegado los unos, cuando estan los otros todavía en la posada; porque si hay algun obstáculo en el tránsito, unidos los venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados.

La Mennais lo da dicho antes y mejor que nosotros.

«Una roca obstruye la via pública que recorremos: ningun hombre solo puede remover la roca; pero Dios ha calculado su peso de suerte que no pueda detener jamas á los que transitan juntos.»

Antony, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperacion, al encontrar el caos y la nada al fin del viaje. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice: «Destruyamos todo, y veamos lo que sale; ya sabemos lo pasado, hasta el presente es pasado ya para nosotros: lancémonos en el porvenir á ojos cerrados; si todo es viejo aqui, abajo todo, y reorganicémoslo.»

Pero ¿y nosotros hemos tenido pasado? ¿tenemos presente? ¿Qué nos importa el porvenir? ¿Qué nos importa

mañana, si tratamos de existir hoy? Libertad en política sí, libertad en literatura, libertad por todas partes: si el destino de la humanidad es llegar á la nada por entre rios de sangre, si está escrito que ha de caminar con la antorcha en la mano quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad: libertad para recorrer ese camino que no conduce á ninguna parte; pero consista esa libertad en tener los pies destrabados y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan. Porque asirnos de los cabellos, y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos tambien la libertad, y asi es esclavo el que pasear no puede, como aquel á quien fuerzan á caminar cien leguas en un dia.

Habiamos pensado dar desde luego un analisis del *Antony*, y entregarlo palpitante todavía á la risa y al escarnio de nuestros lectores; pero la disposicion de nuestro ánimo, que no sabemos dominar, nos ha sugerido estas tristes reflexiones, que como preliminares queremos echarle por delante. En el siguiente artículo examinaremos la *desorganizacion social*, personificada en *Antony*, literaria y filosóficamente.

ANTONY,

Drama nuevo en cinco actos, de Alejandro Dumas.

ARTICULO SEGUNDO.

En nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la espresion de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo pais indistintamente: reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nues-

tras costumbres, solo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprensible nos haya de ser impuesta por una fraccion poco nacional y menos pensadora. Pasemos á axaminar á *Antony*, ser moral, falsa alegoría que no ha tenido nunca existencia sino en una imaginacion exasperada, cuanto fogosa y entusiasta.

El autor empieza por presentarnos una muger jóven y casada. En la literatura antigua era principio admitido que todo padre era un tirano de su hija, que esta y aquel nunca tenian en punto á amores el mismo gusto. De aqui pasaba el poeta á pintar la tiranía de la familia, imagen y origen de la del gobierno: cada hijo puesto en escena desde Menandro acá en las comedias clásicas, es una viva alusion al pueblo. En la literatura moderna ya no se dan padres ni hijos: apenas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales que se incomodan mutuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestion en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios: es principio irrecusable, segun parece, que una muger casada debe estar mal casada, y que no se da muger que quiera á su marido. El marido es en el dia el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor á quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos estan de parte de la triste esposa. ¡Infelice! ¿Hay suerte mas desgraciada que la de una muger casada? ¡Vea usted, estar casada! ¡es como estar emigrada, ó cesante, ó tener lepra! La muger casada en la literatura moderna es la víctima inocente aunque se case á gusto. El marido es un tirano. Claro está: se ha casado con ella; ¡habrá bribon! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! pícaro. ¡Luego el mirado pretende que su muger sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la muger, porque el poeta tiene la alta mision de reformar la sociedad. La institucion del matrimonio es absurda segun la literatura moderna, porque el corazon, dice ella, no puede amar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos: la perfeccion á que camina el género humano consiste en que una vez llegado el hombre á la edad de multiplicarse, se una á la muger que mas le guste, dé nuevos individuos á la sociedad; y separado despues de su pasagera consorte, uno y otra dejen los frutos de su amor en medio del arroyo, y pro-

cedan á formar, segun las leyes de mas reciente capricho, nuevos seres, que tornar á dejar en la calle, abandonados á sus propias fuerzas, y de los cuales cuide la sociedad misma, es decir, nadie. Porque si la literatura moderna no quiere cuidar de sus hijos, ¿por dónde pretende que quieran tomarse ese cuidado los demas? *¡Hé aquí*, dicen, *la naturaleza!* Mentira. En el aire, en la tierra, en el agua, todo ser viviente necesita padres hasta su completa emancipacion; y los animales todos se reunen en matrimonios hasta la crianza de sus hijos.

Adela sin embargo, individuo del nuevo orden de cosas, no puede amar á su marido; confianza que hace desde luego á su hermana, en cuya compañía vive. ¿Por qué? No sabemos. Pero motivos tendrá; asuntos son esos de familia en que nadie debe meterse.

Pero no se da corazon que no ame, y en el dia con violencia inaudita; las pasiones se han avivado con el transcurso de los tiempos, y en el siglo de las luces una pasion amorosa es siempre un volcan, que se consume á sí propio abrasando á los demas.

¿Y quién es el hombre que hubiera hecho la felicidad de Adela, se entiende no casándose con ella? Antony: ¿quién podia ser sino Antony? ¿Y quién es Antony? Antony es un ejemplo de lo que debian ser todos los hombres. Es el ser mas perfecto que puede darse. Empiece usted por considerar que Antony no tiene padre ni madre. ¡Facilillo es llegar á ese grado de perfeccion! Hijo de sus obras, vulgo inclusero, es la personificacion del hombre de la sociedad, como la hemos de arreglar algun dia. Los que hemos tenido la desgracia de conocer padre y madre no servimos ya para el paso; somos elementos viejos, de quienes nada se puede esperar para el porvenir. El que quiera pues corresponder á la era nueva vea cómo se compone para no nacer de nadie. Lo demas es anularse, es en grande para la sociedad, lo que es en pequeño entre nosotros haber admitido empleo de Calomarde.

Antony ha recibido sin embargo de los padres, que no tiene, una figura privilegiada: ha entrado en el mundo con gran talento, porque todo hombre en la nueva escuela nace hombre grande. Ha recibido una educacion esmerada: ¿quién se la ha dado? El autor del drama sin duda. Todo lo ha estudiado, todo lo ha aprendido, todo lo sabe, y ama

mucho como hombre que sabe mucho; pero este ser, tipo de perfecciones, está en lucha con la sociedad vieja que encuentra establecida á su advenimiento al mundo. Quiere ser abogado, quiere ser médico, quiere ser militar, y no puede. ¿*Por qué*? preguntarán ustedes. ¿Quién se lo impide? Las preocupaciones de esta sociedad injusta y opresora que halla establecida, sin que se haya contado con él: para que estuviese el mundo bien organizado era preciso que nada antes de Antony se hubiese arreglado de ninguna manera, y que el mundo hubiese esperado para organizarse á que las generaciones futuras viniesen á dar su voto sobre el modo mas justo de disponer de los bienes de la sociedad. Antony encuentra todos los puestos ocupados por hombres que han tenido padres, y segun el autor, está todo tan mal arreglado, que un inclusero no puede ser nada. Mentira, pero mentira de mala fé. Desde que hay mundo, en toda sociedad el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento: en la antigüedad, de la plebe han salido hombres á mandar á los demas: en los tiempos feudales, en los del despotismo mas injusto, un soldado oscuro, un intrigante plebeyo han salido, siempre que han sabido, de la turba popular para empuñar el cetro del mando. Han alcanzado la corona con el sable y títulos de nobleza con la inteligencia. En los siglos de mas desigualdad, un porquero ha cogido las llaves de San Pedro, y ha dominado á la sociedad. La teocracia, la aristocracia la mas injusta, ha sacado siempre sus pro-hombres del lodo. ¿Quién eran al nacer, Richelieu, Mazarin, el cardenal Cisneros? Y si la cuna ha bastado á familias enteras de reyes, el talento ha sobrepuesto á la cuna millares de plebeyos. La inteligencia ha sido en todos tiempos la reina del mundo, y ha vencido las preocupaciones. Pero si acudimos á la sociedad moderna, de quien se queja todavia Dumas, ¿dónde cabrán los ejemplos? ¡Dumas se atreve á sentar que el hombre de nada, no puede ser nada, á causa de las preocupaciones sociales! Hable Napoleon, Bernardotte, Itúrbide, los mariscales de Francia, la revolucion de 91, la revolucion de julio, el ministerio frances, el ministerio español, la Europa en fin entera, donde los periódicos y la pluma llevan al poder; hablen por ella Talleyrand, Chateaubriand, Lamartine, Thiers; hable el Asia, donde no hay gerarquías; hable la América entera. Hable, en fin, el autor mismo del drama, el mulato Dumas, que ocupa uno

de los primeros puestos en la consideracion pública. ¿Quién le ha colocado á esa altura? ¿Qué preocupacion le ha impedido usufructuar su industria, y sobreponerse á los demas? ¿La literatura, la sociedad le han desechado de su seno por mulato? ¿Quién le ha preguntado su color? ¿Pretendia por ventura, que solo por ser mulato, y antes de saber si era útil ó no, le festejase la sociedad? Esa sociedad, sin embargo, de quien se queja, recompensa sus injustas invectivas con aplausos, é hinche de oro sus gabetas. ¿Y por qué? porque tiene talento, porque acata en él la inteligencia. ¡Y esa inteligencia se queja, y quiere invertir el orden establecido! Decirnos que un inclusero no puede ser nada en la sociedad moderna, la cual no le pregunta á nadie *¿quién es su padre*, sino *cuáles son sus obras?* que no pregunta *¿tienes apellido*, sino *tienes frac? ¿cuál es tu alcurnia*, sino *cuál es tu educacion*? es el colmo de la mala fé.

Una vez espuesta la posicion de Antony y de Adela, sigamos el análisis de este diálogo amoroso en cinco actos. Antony se hace anunciar á Adela, quien luchando con su deber le cierra la puerta; pero al salir de su casa sus caballos se desbocan, Antony se arroja á contenerlos, y la lanza del coche, encontrándose con su pecho, le arroja sin sentido en el suelo. Si Adela acierta á no ser persona de coche, ó si los coches no tienen lanza, se queda el drama en esposicion. En el teatro los acontecimientos deben ser deduccion forzosa de algo: la accion ha de ser precisa; lo demas no es convencer, pintando lo que sucede, sino hacer suceder para pintar lo que se quiere convencer. Adela da asilo en su casa al herido, y una escena amorosa pone de manifiesto los sentimientos de estos dos héroes. Pero Adela, siguiendo los caprichos de esta injusta sociedad, dice á Antony ya vendado, que un hombre enamorado de una muger casada no puede vivir en su casa á mesa y mantel. Preocupacion: ¡cuánto mejor y mas natural es vivir en casa de su querida, que con una patrona ó en una casa de huéspedes! Antony se desespera; pero para vencer á esa sociedad injusta, cuyas leyes despóticas no nos dejan vivir con nuestra Adela aunque sea muger de otro, se arranca el vendaje esclamando: *¿Con que estando bueno me tengo que marchar á mi casa? Pues bien; ¿y ahora me quedaré?*

Ya tenemos aqui un medio ingenioso de permanecer en donde nos vaya bien. Efectivamente, ¡ingeniosa alegoría

en que no ha pensado el autor! En quitándonos la venda social, en rompiendo la máscara del honor, podemos hacer nuestro gusto.

Antony permanece en la casa del hombre que quiere deshonrar: huésped de su enemigo, le hace la guerra en su terreno: la naturaleza lo manda así, porque la delicadeza es otra preocupacion social. Pero Adela, sin duda para manifestarnos lo interesante y lo digna de lástima que es una muger que resiste á una pasion, trata de salvarse del peligro, corriendo á reunirse con su esposo, plan que lleva á cabo con resolucion.

Pero la naturaleza, dios protector de Antony, lo tiene todo previsto, y el camino de Strasburgo felizmente no se hizo solo para las mugeres que huyen de sus amantes. Tambien los amantes pueden ir á Strasburgo. Antony toma caballos de posta, llega antes á una posada, la toma entera: para una pasion todo es poco; y cuando llega Adela, ni hay caballos para ella, ni cuarto: el viajero que ha madrugado mas, le cede uno, y cuando Adela va á recojerse, éntrasele el amante por la ventana, y el telon, mas delicado que el autor, tiene la buena crianza de correrse á ocultar un cuadro que representaria sino probablemente *una vista interior de una pasion*, *tomada desde la alcoba*, cuadro tanto mas inútil, cuanto que será raro el espectador que necesite de semejantes indirectas para formar de los transportes de Adela y de Antony una idea bastante aproximada. Pero ¿qué importa? ¿No sucede eso en el mundo? ¿No es natural? ¿Pues por qué se ha de andar el autor con escrúpulos de monja en punto tan esencial? Ya sabemos lo que son viajes, lo que son posadas, y lo que es traginar en este mundo. Siempre deduciremos que estas pasiones fuertes no son plato de pobre. Si esa sociedad tan mal organizada no hubiera procurado á Antony dinero suficiente para tomar la posada y la posta, y todo lo que toma en este acto, se hubiera tenido que quedar en Paris haciendo endechas clásicas. El romanticismo y las pasiones sublimes son bocado de gente rica y ociosa, y asi es que bien podemos esclamar al llegar aqui: ¡pobres clásicos!

En el cuarto acto Adela ha sucumbido, y de vuelta á Paris asiste á una sociedad, donde las injustas preocupaciones del mundo le preparan amargas críticas; y á este acto en realidad, sin meternos á escudriñar la intencion del au-

tor al escribirlo, le concederemos la cualidad de ser tan moral en su resultado, como es en los medios inmoral el anterior. Las que el autor llama preocupaciones son mas fuertes que él en este acto, y las humillaciones que sufre Adela responden victoriosamente al drama entero.

En el quinto, el marido, avisado sin duda de la pasion de su muger, debe llegar de un momento á otro: Antony sin embargo, en vez de hacer lo que á todo amante delicado inspira en tal circunstancia el amor mismo, en vez de ocultar su desgraciada pasion con una prudencia suficiente, se encierra con Adela; de suerte, que pueda el marido venir á llamar él mismo á la puerta de su deshonra; y asiendo de un puñal, que lleva siempre consigo, sin duda porque el andar desarmado es otra preocupacion de esta sociedad tan mal organizada, clávasele en el pecho á su amada, esclamando á la viste del marido: *¡la amé, me resistia y la he asesinado!*

Ridícula, inverosímil exageracion de un honor mal entendido. ¿Qué ha pretendido el autor? Probar que mientras la preocupacion social llama virtud la resistencia de una muger, y haga depender de la conducta de esta el honor de un hombre, ¿una catástrofe se seguirá á un amor indispensable y natural? Pues ha probado lo contrario. Ha probado que cuando un hombre y una muger se ponen en lucha con las leyes recibidas en la sociedad, perece el mas débil, es decir, el hombre y la muger, no la sociedad.

Pero la sociedad no se pone en ridículo; la sociedad existe, porque no puede dejar de existir; no siendo leyes sus caprichos, sino necesidades motivadas, hasta sus preocupaciones son justas; y examinadas filosóficamente, tienen una plausible esplicacion: son consecuencia de su organizacion y de su modo de ser; es preciso que haya pasado y pase aun por las que realmente lo son para llegar á ideas mas fijas y justas; porque toda cosa precisa y que no puede menos de existir es una especie de fuerza, y la fuerza es la única cosa que no da campo al ridículo. Y si preocupaciones existen y han existido, si está escrito que usos en el dia adoptados y respetados han de transformarse ó caer, ha de ser el tiempo solo quien los destruya gastándolos, pero no está reservado á un drama el estirparlos violentamente.

Nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones: desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo: con-

cebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho de una muger, aun faltando á su deber: convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasion que no comprende, suele no ser capaz del mérito que granjea una muger aun sucumbiendo despues de una resistencia no menos honrosa por inútil: establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso escepcional de una muger que se halla realmente bajo el influjo de una pasion cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer sublime hasta en el crímen mismo, y el caso de multitud de mugeres que no siguen al atropellar sus deberes mas inspiracion que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos: ¿quiere mas concesiones el autor? Pero semejantes casos son para juzgados en el foro interior de cada uno: quedan sepultados en el secreto del amor ó de la familia. Porque desde el momento en que erija usted ese caso posible, solamente posible, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una muger faltando plausiblemente á su deber, y apoyándose en la naturaleza, se espone usted á que toda muger, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante: desde ese momento la muger mas despreciable se creerá autorizada á romper los vinculos sociales, á desatar los nudos de familia, y entonces á Dios últimas ilusiones que nos quedan, á Dios amor, á Dios resistencia, á Dios lucha entre el placer y el deber, á Dios diferencia entre mugeres virtuosas, criminales, y mugeres despreciables. Y lo que es peor, á Dios sociedad, porque si toda muger se creerá Adela, todo hombre se creerá Antony, achacará á injusticia de la sociedad cuanto se oponga á sus apetitos brutales, que encontrará naturales; en gustando de una muger, dirá: *yo tengo una pasion irresistible que es mas fuerte que yo;* y convencido de antemano de que no puedo vencerla, no la vencerá, porque no pondrá siquiera los medios, creido de que la sociedad es injusta, y de que cierra la puerta á la industria, y al talento que no nace ya algo, no será nunca nada, porque desistirá de poner los medios para serlo.

Hé aqui la grande inmoralidad de un drama escrito por desgracia con verdad en muchos detalles y con fuego, pero por fortuna no con bastante maldad para convencer, si bien

con demasiados atractivos para persuadir. Y no solo es execrable este drama en España, sino que hasta en Francia, hasta en esa sociedad con que tiene mas puntos de contacto, Antony ha sido rechazado por clásicos y románticos como un contrasentido, como un insultante sofisma.

HERNANI,

Ó EL HONOR CASTELLANO,

drama en cinco actos.

No dejaba de ser aventurada la presentacion de *Hernani* en la escena española: *Hernani*, obra de uno de los mayores poetas que han visto los tiempos, abrió magestuosamente la marcha de la nueva escuela moderna francesa. Pero si en ella Victor Hugo osa separarse ya á cara descubierta de los antiguos preceptos, no tuvo, sin embargo, por conveniente atropellar todas las convenciones establecidas de muy antiguo en el arte, ni arrojó en ella á manos llenas como en obras posteriores los raros atrevimientos á que solo puede entregarse con buen éxito el talento superior.

Ya hemos dicho repetidas veces que Victor Hugo es mas poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginacion ahoga casi siempre en él la voz del corazon, y en este sentido le hemos marcado en el teatro un puesto inferior al que nos parece ocupar Alejandro Dumas. *Hernani* hubo de arrebatar al público francés, amigo de declamaciones, y de pinceladas históricas; la novedad, la nueva bandera bajo la cual representaba el proscripto de Aragon, le aseguraron un triunfo, que todavía no podia atribuirse á un partido literario, á cuya formacion iba á contribuir.

Pero en la escena española todos esos motivos de buen éxito no existian: tomando aqui las producciones estrange-

ras no en el orden en que ven la luz, sino buenamente cuando y como podemos, *Hernani*, primer paso de la escuela moderna, ha venido á presentarse á nuestra vista despues de haber apurado nosotros hasta los escesos de esa escuela. La parsimonia misma de efectos sorprendentes que ha usado el autor nos lo debia hacer parecer pálido y descolorido despues de *Lucrecia Borgia* y de *Catalina Howard;* y si se hallaba rescatado este inconveniente con el interes que debia escitar en España un asunto español, tambien se ocurria la nueva dificultad de ser mas necesaria á *Hernani* que á ningun otro drama una buena traduccion.

En esto, por fortuna, asi Victor Hugo como el público español han sido felices. Y la traduccion que de este célebre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Victor Hugo ha tratado á *Hernani* con rara predileccion, con cariño: un lenguaje purísimo, un saber castellano, una versificacion cuidada, armoniosa, rica, poética, la colocan en el número de las obras literarias de mas dificultad y de mas mérito. Por las alabanzas justísimas que al señor de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comezon de satirizar la que nos anima cuando condenamos sin piedad las traducciones comunes que diariamente se nos dan. Es justicia. Traduzcan los demas como el señor de Ochoa, y nuestra pluma, constantemente imparcial, correrá sobre el papel para el elogio con mas placer que para la amarga crítica. Bien hubiéramos querido que el traductor en vez de esplayar mas y desleir algunas escenas, hubiera tratado de reducirlas á los menos límites posibles, sin alterar el sentido; pero conocemos que el respeto debido al grave poeta le habrá contenido, y realmente esto no nos sorprende en un traductor tambien poeta. Es difícil, traduciendo á Victor Hugo, tomarse libertades. Por lo demas, concluiremos el elogio de esta traduccion diciendo que escenas enteras hay escritas de tal modo, que no las desdeñaria Calderon mismo. Hace muchos años que no habiamos visto ninguna que tanto nos satisfaciese, si se esceptúa la de *los Hijos de Eduardo*, hecha por don Manuel Breton de los Herreros tambien con esmero y tino sigulares.

No describiremos el argumento de *Hernani*. Los dramas vulgares, cuyo mérito existe en la intriga, los cuentecitos caseros que suelen darnos á cuenta de comedias en nuestro

teatro, consienten esa costumbre periodística. Haciéndolo tambien con *Hernani*, hariamos una injusticia al autor y á la obra; porque su mérito principal no estriba en que se case la dama con el galan, ni en que se presenten á la boda mas ó menos obstáculos dramáticos. El mérito de *Hernani* está en la concepcion misma de la obra; en la pintura de Cárlos I de España, mozalvete seductor de doncellas, rey galante en sus primeros años, y de Cárlos V de Alemania, emperador ya de romanos, y desalojando del pecho intereses mezquinos y amorcillos de calavera, para dejar lugar en él á toda la ambicion humana, á la grandeza de la mision que la Providencia le destina á llenar en el mundo. Todos los demas son medios que contribuyen á este grande efecto, que es el que mas resalta y ocupa, á despecho del título, de los sermones nestorianos del viejo don Rui-Gomez, de la posicion violenta de Hernani y de su desdichado amor con doña Sol.

El verdadero drama parece concluirse con el cuarto acto, donde don Cárlos V, ya emperador, renuncia á la hermosa doña Sol, y la da por esposa al rebelde Hernani, devolviéndole sus títulos y honores. El poeta sin embargo, dominado de la primitiva idea de su obra, y preocupado del deseo de pintar su *honor castellano*, fantástico y exagerado como él lo entiende, se lanza á dar un 5.º acto, fundado en la venganza del viejo don Rui-Gomez, quien dueño por un juramento de la vida de Hernani, viene á turbar la alegría del sarao y la felicidad de los novios, tañendo una bocina, á cuyo sonido le juró Hernani poner su vida á su disposicion en cualquier situacion en que viniese á reclamarla. El viejo inexorable y zeloso tañe cada vez mas fuerte, y consigue matar á trompetazos el amor mas puro y el porvenir mas lisonjero de dos amantes felices. Ideas son estas y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras.

En el siglo en que Chateaubriand ha escrito: «Comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leur ramures, on peut compter les places d'un homme par le nombre de ses serments,» en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa realmente que hace morir de risa al espectador mas grave. Hernani pudiera haber alegado las circunstancias, ó cualquiera otra razon de la misma especie; pero Hernani se contenta con echarse á pechos un frasquete del mas rico veneno conoci-

do, con lo cual el honor castellano, antiguo, queda en su punto, el público afligido, y el viejo contento, y repitiendo al ver los dos cadáveres: *muerto*, *muerta*.

Este final desgraciado, que no podia presumirse en el transcurso del drama, poco preparado, y fundado en una cosa tal como cumplir un juramento, ha sido la causa de que no fuese coronado *Hernani* de aplausos, como parecia hacerlo esperar el placer con que los actos anteriores habian sido oidos.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

ARTÍCULO PRIMERO.

En los tiempos antiguos y antes de la invencion de la imprenta, la historia, viviendo á la ventura de rebuscos ó de eventuales hallazgos, mas se podia considerar como un espejo mal azogado que solo representaba á trozos objetos informes, que como un intérprete fiel y un juez severo de los hechos pasados. Apoyada en la tradicion, las mas veces fabulosa ó exagerada, prestábase fácilmente á la falsedad y á la adulteracion á que la quisiesen sujetar las pasiones de los pocos que en recoger y trasmitir anales se ocupaban.

Posteriormente el orgullo de las testas coronadas hubo de conocer la importancia de la pluma para conservar á la posteridad sus grandes hechos ó sus intrigas políticas, y cada rey mantuvo cronistas con el objeto de clasificar y glosar su reinado; pero fácil es conocer la poca confianza que á los pueblos debian merecer tales compilaciones, hechas á espensas de un rey, por personas allegadas ó agradecidas, y á quienes solo podia el elogio ser lícito. Con pocas escepciones, la historia vino á ser no un cuadro fiel de las costumbres, de las necesidades, de las revoluciones de los pue-

blos, sino un retrato, favorecido como todo retrato, y de tamaño colosal, de cada príncipe ó magnate, que reasumía en sí propio la importancia toda de sus gobernados. De tal suerte llegó á adquirir este carácter, que aun en tiempos modernos en que la tendencia de las ideas es muy otra, y en que han variado esencialmente los principios, en que se ha reconocido por fin que los reyes no son delegados de la divinidad, sino apoderados del pueblo, todavía conserva la historia sus regios atavíos, y su especialidad insultante para la generalidad de los hombres. Aun en manos muy hábiles la historia es apenas todavia la cronista de los pueblos: primero cortesana en los palacios, y la última por lo visto que los ha de abandonar, tarda en comprender su verdadera mision, y cree haber trasmitido á la posteridad los hechos y las costumbres de una nacion cuando ha referido los caprichos ó los usos de un príncipe.

Pero los tiempos han corrido, y la invencion de la imprenta á la disposicion de todo el mundo ha sido un puerto contra un naufragio para clases y generaciones enteras: hecha industria lucrativa, todo el que no ha tenido otro oficio, todo el que se ha creido con ojos para ver, con oidos para oir, todo el que se ha figurado tener las cualidades de testigo (cualidades mas dificiles de poseer de lo que parece para no ser testigo á la manera de las paredes, dentro de las cuales pasan los acontecimientos), todo el que ha sentido dentro de sí ó la pereza de obrar, ó la insuficiencia de producir cosas dignas de ser por otros escritas, ha asido de una pluma, y ha esclamado: *Yo, que no hago nada, escribiré lo que hacen los demas; escribiré lo que sobre ellos pienso, y hasta escribiré lo que yo hago, cuando no hago nada.* De aqui multitud de libros, de novelas históricas, de historias novelescas, de viajes impresionales y de impresiones viajeras que atormentan al mundo moderno y le ahogan y le sofocan, como las demasiadas mantas que se echan sobre un constipado; de aqui la multitud de *observaciones*, *relaciones*, *reflexiones y ojeadas*, sin contar con el sinnúmero de anuncios que empiezan con *De*, como: De *los acontecimientos de la guerra de tal*, de *la conjuracion de cual*, de *la oportunidad*, &c., &c.; de aqui ese torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la muger, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y

de los amigos y de los enemigos del hombre que ha hecho, que ha sonado, que ha intrigado, que ha mandado algo: memorias de su cocinero, de su repostero, de su querida y de su viuda, acerca de la manera que tienen los hombres grandes de ponerse la corbata, de salir á paseo, de dormir, de estar despiertos; memorias de los que le han visto á todas horas, y de los que no le han visto á ninguna. De aqui, en fin, para la pobre historia otro escollo, no menos peligroso que el que en el principio de este artículo le hemos encontrado en los tiempos antiguos.

Entonces necesitaba de la linterna de Diógenes para buscar un hombre y un dato, y ahora necesita de todas las linternas del buen gusto y del sano criterio para desechar hombres y datos. Voces por un lado con una relacion, voces por otro con la contraria: multitud de folletos y memorias, supuestos materiales para la historia, y en realidad verdaderos albañales que corren hácia un rio para perderse en él, ensuciándole y entrabando su curso; y solo por azar algun limpio manantial que le tributa su pura y cristalina corriente.

Si hemos comparado á la historia antigua con un espejo mal azogado, que solo á trozos representa objetos informes, ahora podemos comparar á la historia moderna con una inmensa luna colocada en un salon de máscaras, y donde mezclados rebullen y se codean, se obstruyen y confunden en un disparatado conjunto de colores chocantes y chillones, sin juego ni armonía, reyes y vasallos, ricos y pobres, víctimas y verdugos, tiranos y tiranizados: ruido horrible y desapacible en que se aunan y mueren la verdad y la mentira, la calumnia y la reparacion, la algazara del orgullo, y el sollozo del pobre, el piano del magnate y el rabel del pastor, la gira del fastuoso convite y el gemido del hambre, el ahullido de la envidia, el grito de la ambicion, y el desesperado lamento del virtuoso aborrecido, ó del mérito sofocado.

Hé aqui el sonido de la celebrada trompa de la historia, encargada de trasmitir la verdad á la posteridad, de quien se dice que aquella es luz y ejemplo, norte y guia.

Asi ofusca para ver la demasiada como la poca luz, y la verdad entre tal multitud de datos contradictorios no hallará menos obstáculos para establecerse que en las épocas en que no tenia á su disposicion una sola trompa por donde resonar. La mentira á la orden del dia y al alcance de todos

desde la vulgarizacion de la imprenta tiene las pasiones en su favor, y la haría de los partidos interesados en ataviarla y lanzarla rica de argumentos y sofismas á la cabeza del vulgo crédulo y poco perspicaz.

Traslúcense sin embargo á los ojos de los mas estas triviales reflexiones, y la duda de lo cierto y de lo incierto mina por el pie multitud de libros escritos para hacer fortuna á costa del escándalo, envolviendo desgraciadamente en el comun desprecio hasta la razon y la justicia, cuando entre el clamor general de mentidos testimonios vienen á presentar á la severa opinion pública sus contradichos alegatos.

Una de las pocas obras sin embargo que habrán de merecer una honrosa escepcion, y que deben al menos ser detenidamente examinadas, es la que anunciamos en el epígrafe de este artículo. Don Manuel Godoy, de quien se puede decir lo que de don Alvaro de Luna dice su cronista; don Manuel Godoy, grande ejemplo y escarmiento de privados, es un personage histórico harto importante en los fastos modernos de España para que su voz pueda pasar oscuramente confundida en el ruido general del siglo vocinglero en que vivimos.

Su portentosa cuanto rápida elevacion, la colosal influencia que en la suerte de nuestra patria ha ejercido durante muchos años, y las gravísimas inculpaciones de que ha sido objeto, hacian desear que rompiese un silencio, con el cual autorizaba tácitamente cuanto de su administracion se ha dicho.

Y cuando se medita que aquel magnate que llegó á absorver en sí mismo el poder de un rey, que vió bullir en rededor de sus pórticos y antecámaras una corte compuesta de lo mejor de España, que el hombre que salió de un cuartel para hollar con sus botas de montar las regias alfombras que entapizaban los escalones del trono, cuando se reflexiona que aquel guardia á quien ascendió á su lecho una nieta de Luis XIV á la faz de una corte aristocrática, que aquel subalterno, á quien el genio del siglo pensó en colocar en un trono, es el mismo que en el dia, apeado de sus brillantes trenes, lanzado de su propio palacio, desnudado de sus galas y veneras, arrojado por la fuerza de la opinion á las márgenes de un rio estrangero, se presenta á las puertas de la patria en modesto trage, con un humilde sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas ducales, y con

unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas, sino para reconquistar el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno, para demandar justicia, para hacerse simplemente escuchar; cuando se reflexiona en tan espantosa peripecia, es imposible negarse al deseo, á la curiosidad de oir, y solo entonces se concibe el interes estraordinario que deben inspirar al público las Memorias de ese hombre todavía mas estraordinario, asi por su elevacion como por su caida.

Y decimos estraordinario por su caida, porque conocido el corazon humano, es preciso confesar que don Alvaro de Luna perdiendo en uno vida y privanza es menos digno de lástima que aquel que fue condenado por el destino á sobrevivir á su desgracia y á verse privado de todo despues de haberlo gozado todo. Mero canal por donde las grandezas y los tesoros han pasado sin dejar en sus paredes mas que el desengaño; desengaño semejante al cieno que posa el agua al recorrer el cauce que su corriente socaba. El antiguo príncipe de la Paz, árbitro de España, y don Manuel Godoy, estrangero y particular en París, es la personificacion del alma destinada á ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar á su apogeo, y sucumbir á la ley comun de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado á ser espectador del príncipe de la Paz caido, es el hombre á quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse á sí mismo despues de muerto.

Horrendo castigo por cierto, si fue delincuente, y ante el cual debe espirar todo rencor, ante el cual la justicia misma de los hombres debe velarse el rostro, contemplando el alcance de su severidad. Y horrible ejemplo tambien si no fue delincuente, y si la alta posicion en que se encontró, suscitando enemigos que mejor perdonan el crimen que la fortuna, pudo ser la causa principal de su desgracia.

No nos toca á nosotros decidir tan importante cuestion; la lectura de las Memorias del príncipe y los demas datos que la opinion pública tiene á la vista son los autos de este gran pleito entre el favorito y la sociedad. La opinion pública quien debe hacer recaer su fallo. A nosotros, meros articulistas de de un periódico, solo nos toca dar cuenta á nuestros lectores del objeto de la obra, de la posicion del que la presenta á aquel supremo tribunal, de los puntos principales que abra-

za, de los documentos en que se apoya, y del poco ó mucho mérito literario que puede encerrar; tarea que hubiéramos llevado á cabo en un artículo solo, si las reflexiones que la publicacion de estas Memorias nos ha sugerido no nos hubieran obligado ya á traspasar los límites consentidos á semejante objeto por un diario como el nuestro. En otro número trataremos de dar cima á la labor que nos hemos impuesto lo mejor que los pocos conocimientos que nos adornan nos den á entender.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

ARTÍCULO SEGUNDO.

En nuestro artículo anterior hemos indicado que los hombres perdonan mas fácilmente el crimen que la fortuna. No somos nosotros quien lo decimos: verdad es harto conocida. La rápida elevacion del príncipe de la Paz debió granjearle, pues, muchos y poderosos enemigos: la marcha de los acontecimientos del siglo contribuyó no poco á envolverle en la ruina de las viejas creencias; pero es fuerza ser imparcial, y no pedir á la débil humanidad mas de lo que buenamente pueda dar de sí: la posicion de un ministro de Cárlos IV, á fines del siglo pasado, y en la España de entonces, no era seguramente la de un gefe popular de revolucion. Hacer por tanto un crímen al príncipe de la Paz de haber sido ministro de un déspota, y de haberse opuesto á la propaganda de la revolucion francesa, es juzgar al hombre de entonces segun las ideas del dia. El grito de la revolucion lanzado á orillas del Sena y eco del norte de América, no tuvo ni podia tener en las demas naciones de Europa la mejor acogida: no hallándose los demas pueblos en la situacion peculiar de la Francia, manifestóse en todos, mas ó menos, una oposicion no tanto debida á los naturales esfuerzos de sus gobier-

nos, como á las costumbres mismas de los gobernados. Prúebanlo asi entre nosotros los donativos verdaderamente voluntarios con que se anticipó la España á los deseos del gobierno de Cárlos IV, y que escedieron con mucho á los que produjo en Francia misma el entusiasmo revolucionario. Espérese ademas en buen hora de los filósofos y de los escritores, de los tribunos de los pueblos, el empuje reformador; exigir empero de los reyes y de sus ministros que se derriben á sí mismos en favor de principios innovadores, es desconocer completamente la naturaleza de las cosas. Cuando aun en el dia, y despues del vuelo que han tomado las ideas de reforma, se ve constantemente á esos mismos tribunos del pueblo plantear, una vez llegados al poder, sistemas de resistencia contra los propios principios populares que los han elevado, querer que el favorito de Cárlos IV se hubiera constituido en la España de 1790 agente de la revolucion francesa, es querer imposibles. La libertad no se da, se toma. Todo gobierno encierra por otra parte en sí un principio de *statu quo*, sin el cual dejaria de ser gobierno, pues le faltaria el principio de la propia conservacion. Ni la naturaleza de las cosas, ni el corazon humano, ni la política podian prestarse á semejantes exigencias; por tanto, solo queda una manera racional de juzgar al príncipe de la Paz: es fuerza trasladarse á los tiempos en que ejerció su influencia, considerarle únicamente ministro de un gobierno monárquico absoluto, pues que este es un hecho innegable, y en tal concepto examinar si en calidad de tal su administracion fue acertada ó desacertada, ominosa para el pais, tiránica ó benéfica, estéril ó productiva. Y descendiendo despues del ministro al hombre, considerar si los actos públicos de su vida, si su manera de existir y de usar de su favor y de su riqueza fue criminal y de escándalo para el pais, por su influencia en las públicas costumbres.

Cuantos escritores españoles y estrangeros han hablado del príncipe de la Paz, copiándose unos á otros, han tratado de presentarle bajo una luz poco favorable; quién le presenta como un coplero, una especie de bardo ó trovador que conquistó el favor de una corte muelle con indignos manejos y serviles bajezas. Achácanle los desastres de la guerra con la Francia de 1793 á 1795, y los de la posterior con la Inglaterra en los años siguientes. Designado por Napoleon para una especie de trono improvisado sobre

las ruinas del Portugal, ofrécenle á sus lectores como habiendo tenido gran parte en el viaje de Bayona y en la abdicacion forzada de la familia real de España. Achacóle la voz pública proyectos de mas temeraria ambicion; díjose que habia aspirado al trono español, y que para ello habia malquistado, educado mal y aun calumniado al príncipe heredero, Fernando VII despues, que entonces era el objeto de los deseos de la nacion, porque asi las naciones como los individuos estan á veces sujetas á no saber lo que se desean.

El abate Prad, el general Foy, el biógrafo Arnault, Jouy, el canónigo Escoiquiz, y el mismo Muriel, de quienes aquellos se hicieron eco, han adoptado esas ideas y las han propalado. El silencio de don Manuel Godoy no hizo mas que corroborarlas. Asi que, don Manuel Godoy debia comenzar por esplicar la causa de tan singular silencio. Parécenos que lo hace en sus Memorias con tino y gran color de verdad. Ya hemos dicho que no nos erigimos en jueces; no nos creemos competentes para ello; solo somos espositores de hechos. A la generacion presente, á la juventud del dia ya separada de los acontecimientos, y menos interesada en ellos que nuestros padres, toca pesar las razones del proscripto.

Despues de esplicada la causa de su silencio, el príncipe pasa á dar la clave de su elevacion. Seguramente este era en sus Memorias el punto mas delicado, y que mas ansiará la espectacion pública ver aclarado; pero don Manuel Godoy con una delicadeza estremada y propia de un español de los tiempos de Calderon, pasa rápidamente sobre esta circunstancia, y despues de haber dado una esplicacion por lo menos verosímil, y de todo punto decorosa, se apresura á entrar en el descargo de sus actos administrativos.

Sea cual fuere la verdad, preguntaremos al lector si puestos en iguales circunstancias que el antiguo guardia de la real persona, ¿hubiera habido muchos que hubieran hecho voluntaria dimision de la carrera que la fortuna les abria? Despues de hecha esta pregunta, y de convenir en que el número de los héroes y de los santos es infinitamente pequeño en este miserable mundo, pasaremos á otra cosa.

Su posicion para con la revolucion francesa, en su

apogeo cuando don Manuel Godoy obtuvo el ministerio, era harto dificil.

Sin embargo, en los dos primeros tomos que anunciamos de sus Memorias, don Manuel Godoy trata de probar que la conducta que observó fue la que debió, la que no pudo menos de observar. Que ni precipitó la guerra, ni la esquivó; que en ella, á pesar del mal estado en que encontró al pais, laureles y glorias se adquirieron que sostuvieron el buen nombre español; que esa guerra no costó esfuerzos gravosos á la nacion; que conoció la hora y el momento en que ademas de ser inútil y funesta aquella lucha, torcia su objeto, y que trató la paz no el primero, ni paz vergonzosa para nosotros, pues que la primera voz de paz vino de la república francesa, y pues que no nos costó ni una aldea, habiendo sido la España el único pueblo de Europa que al ajustar sus paces con la Francia no sufrió ningun desfalco en sus fronteras.

Que posteriormente no quiso ser agente de las miras de la Gran Bretaña, y habiendo de luchar con esta ó con la Francia, prefirió la amistad de la república, salvando nuestro suelo de las desgracias sobrenidas á los estados de Italia por su ciega obediencia á la Inglaterra; que nunca tomó sobre sí la responsabilidad de actos tan graves, sino que consultó el voto de los pueblos y el exámen de los consejos del monarca.

Que el crédito en ambas guerras fue realzado y mantenido por la sencillez y la lealtad de sus operaciones y promesas.

Que no hubo durante su administracion, ni persecuciones ni grandes castigos; que trató de reprimir el primero en España el colosal poder de la inquisicion, como lo logró; que amigo de las luces, de la ciencia y de las artes, les dispensó proteccion; y en realidad, al llegar aqui no podemos menos de llamar la atencion de nuestros lectores para recordarles un punto importante. Don Manuel Godoy encontró estos ramos en la mayor decadencia, y si protegió ó no su renacimiento, díganlo por nosotros cien nombres ilustres que en ellos se distinguieron y lograron en su tiempo mercedes y distinciones.

Sabida es la proteccion que dispensó á Moratin; sabido es que á su época van unidos los nombres de Melendez y Jovellanos, y otros infinitos que en ramos diversos presentaron un verdadero renacimiento en España: y seamos im-

parciales, recorramos las obras de los escritores de su tiempo, y será forzoso confesar que reinaba una amplitud para la imprenta, con que en tiempos muy posteriores nos hubiéramos contentado aun los mas descontentadizos.

No es menos interesante para lectores españoles la copia de documentos importantes y fidedignos con que don Manuel Godoy autoriza sus Memorias.

En cuanto al estilo, confesaremos que tienen el mérito de descubrir al hombre: desigual en gran manera, y viciado en general por la larga espatriacion, hemos notado con todo que siempre que habla el corazon, que siempre que el autor, inspirado de la amargura de su situacion, vuelve los ojos á esta patria que tan tristemente lo ha juzgado, corren de su pluma páginas tiernísimas, elocuentes, ciceronianas; en vano se buscarian ya en ellas galicismos ni defectos gramaticales; evidente prueba de que el entusiasmo es la gran regla del escritor, y el único maestro de lo bello y de lo sublime.

Esa misma desigualdad constituye la originalidad de las Memorias. Es imposible, leyéndolas, no dudar muchas veces, no juzgar algunas en favor del proscripto, no asustarse del poder de la opinion y de las consecuencias de esta, si una vez se ha torcido ó maleado; es dificil no derramar algunas lágrimas sobre la suerte de un hombre que si hubiese sido calumniado como pretende probar, nadie despues de él tendria derecho á creerse desgraciado.

Nosotros ansiamos la conclusion de la publicacion de estas interesantes Memorias que tanta luz van á dar á la historia del reinado de Cárlos IV, poco conocido y mal apreciado: y en el interin, sin prejuzgar nada acerca de la culpabilidad del acusado, sin negar la perniciosa influencia que semejantes elevaciones colosales tienen en la moral de un pueblo, sin decir que el príncipe de la Paz fuese un grande hombre, antes creyéndole inferior á las dificiles circunstancias al frente de las cuales se halló, nosotros, sin embargo, aconsejamos á nuestros lectores que lean las memorias antes de confirmar ó de alterar sus juicios. El derecho de ser oido lo tiene todo el mundo; acordémonos generosamente de que ese es el único de que la suerte no ha podido despojarle. Triste resto de la grandeza pasada; miserable derecho, cuando no hay otro, y terrible ejemplo á la par de las vicisitudes humanas.

MARGARITA DE BORGOÑA.

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

La última vez que tuvimos que hablar del célebre autor de esta composicion dramática insistimos en la ventaja que á sus contemporáneos y rivales lleva en el artificio de sus comedias, en el interés que sabe darles, en el profundo conocimiento que tiene del corazon humano y de los efectos teatrales.

Si á alguno pudiera haberle quedado duda acerca de tales calificaciones, la representacion de *La Tour de Nesle*, vertida al castellano con algunas alteraciones del original y bajo el título de *Margarita de Borgoña*, las podria desvanecer completamente, porque esa es la obra donde Alejandro Dumas hace mas gala y ostentacion de aquellas dotes.

Asunto medio histórico, medio fantástico, enlazado con las costumbres de una época fecunda de argumentos de gusto moderno, el autor le ha combinado á su manera, mas bien á nuestro corto entender con la idea de producir efecto en el teatro, que con la de pintar carácter ni pasion alguna. Menos aun se podria inferir que tuviese un objeto moral. Una intriga fuertemente trabada, efectos prodigiosos artificiosamente preparados, novedad en algunos resortes dramáticos, osadía en las formas, sacudidas violentas y dolorosas para el espectador; hé aquí la idea del autor en *La Tour de Nesle*. Idea llevada á cabo de una manera admirable, y que no permite al auditorio salir un momento de la sala mientras no ve concluida la accion y satisfecha su curiosidad; pero idea al mismo tiempo que constituye la inferioridad de esta obra con respecto á las demas del autor. Es lo que llaman los franceses un *tour de force*, una muestra del poder del ingenio, un ejemplo de lo que se puede imaginar y hacer en el teatro, pero sin resultado, sin consecuencia, como el salto mortal de un atleta, que una vez visto y admirado, nada deja en el fondo del alma, sino el cansancio angustioso que se tiene despues de ver un gran

peligro eludido. En *Enrique III y su corte*, del mismo autor, predomina un objeto histórico; en *Antony* una intencion política casi, y por lo menos se revela allí un sistema social nuevo; es un ariete dirigido contra la actual organizacion de la sociedad, contra las ideas viejas; es una invasion en el porvenir, mas ó menos verdadera y exagerada como analizándolo tuvimos ocasion de decir; pero en fin, tiene una importancia muy trascendental. En *Catherina Howard* reina el deseo de pintar una pasion, la ambicion, que como toda pasion cuando se halla elevada al grado de vehemencia posible absorve todas las facultades del ser, y crece en el corazon á costa de todas las demas.

Pero en *La Tour de Nesle*, lo repetimos, no hay mas importancia, ni mas mira profunda que la de desenvolver una intriga aterradora, por medios aun mas aterradores. Supone mas ingenio, pero menos talento; mas conocimiento del hombre que concurre al teatro, que del hombre que vive en el mundo. Por eso nosotros sentimos que los traductores, pues parece que han sido dos, hayan creido poder alterar el título, porque siendo este tan vago é indeterminado como su autor se lo ha puesto, á nada le comprometia; al paso que trasladar toda la importancia del drama y hacerla recaer sobre un personage histórico como *Margarita de Borgoña*, es comprometer á Alejandro Dumas á deberes que él mismo no se ha impuesto.

Los demas cortes y las otras alteraciones que han sido hechas en *La Tour de Nesle* al trasladarla á la escena española, parecen haber sido concesiones hechas á nuestras costumbres y á la delicadeza de nuestro público. Si esto resulta en disfavor del drama y del autor que necesita un público hecho á su manera y educado espresamente para él, ó en disfavor del público español, esto solo los traductores que se han erigido jueces, prejuzgando la cuestion, se atreverán á decirlo. Nosotros permanecemos en la mayor duda, y no quisiéramos ofender ni á nuestro público, ni al célebre Dumas.

Dificil, pesado, inútil nos parece presentar en fila las escenas de *La Tour de Nesle*, ni detallar su argumento. Suponiendo, pues, que el que nos lea ha visto ó leido, el drama, y que el que no lo ha visto ni leido no ha de leer nuestro artículo, nos ahorraremos esa labor insípida, y que nunca favorece á la composicion en cues-

tion, porque tales analisis periodísticos nos producen el mismo efecto que produciria un amante ó un enemigo de una muger que para hacer formar una idea de su belleza ó de sus defectos enseñase á las gentes su esqueleto.

Vamos á combatir de paso algunas de las inculpaciones hechas á estos dramas y al género á que pertenecen, lo cual no haremos sin decir antes que el hombre es esclusivo, generalmente hablando, en sus aficiones, de donde resulta que todo lo exagera; y que rara vez se coloca en el punto crítico y circunscrito de la verdad. Inferir de la languidez de las comedias clásicas de la escuela antigua que es forzoso para animar una comedia ponerle un asesinato en cada escena, es un estremo de horrores prodigados en *La Tour de Nesle:* inferir que solo son buenas las comedias que pintan lenta y friamente las pequeñeces de un enamorado ó de un pródigo, es otro estremo. Tan mal nos parece á nosotros una comedia lánguida, á causa de los escrúpulos de una escuela, como un tejido de horrores, no menos inverosímil, hijo de una completa despreocupacion. Porque al fin, ¿cuál es el objeto del arte? ¡Retratar á la naturaleza! Pues bien, ni la naturaleza es tan comedida y corta de genio y de recursos, tan moderada y encajonada en reglas como la vistieron los clásicos, ni es tan desordenada y violenta como los románticos la disfrazan. Pero si la avaricia, considerada bajo su aspecto mas sutil y de menos trascendencia, puede hacer reir, y si la pintura de un avaro puesto en ridículo por sus mezquindades puede ser la verdad, y corregir avergonzando, hágase en buen hora de ese asunto una comedia. Verdad será, y será la naturaleza; y cumplirá con un objeto, el de retratar á los hombres. Mas si al propio tiempo esa misma avaricia desarrollada y puesta en situaciones particulares deja de ser ridícula, y mirado bajo otro aspecto pasa á ser violenta, y arma la mano del hombre con un puñal, y pintada asi puede conmover, y presenta al hombre los riesgos de sucumbir á semejante pasion, y puede ser tambien la verdad y corregir horrorizando, hágase en buen hora un drama fúnebre y lacrimoso. Verdad será, y será la naturaleza, y cumplirá con el propio objeto de retratar á los hombres.

Porque, tengamos lógica y seamos consecuentes: si la pintura de un avaro que hace reir corrige segun los clási-

cos á los avaros, ¿por qué la pintura de un asesino que hace temblar no ha de corregir á los asesinos? ¿No es inmoral retratar á un jugador? ¡Y es inmoral retratar á un homicida!

Tales inculpaciones son hijas de la rutina. La naturaleza es el objeto del arte, lo repetimos; si es tan cierto que el hombre mata y que juega, no vemos una razon para que el homicidio salga de la jurisdiccion del teatro. El deber, pues, del poeta no es de separar estos ó aquellos asuntos, sino escoger el que mejor le parezca, y ese presentarle con verdad. Los medios, los verosímiles, y nosotros solo recusamos la inverosimilitud: en la inverosimilitud entra la eterna conversacion, el sonsonete de máximas y sentencias de la antigua comedia clásica, en la cual nadie se propasa, en la que nadie siente fuertemente y con vehemencia, porque eso es mentira; y entra tambien la acumulacion de crímenes, la dureza y la calma de un criminal, porque eso tambien es mentira, y no hay ser, por feroz que sea, que no tenga un rincon en su existencia reservado para un sentimiento dulce.

Tal es la mezcla de la naturaleza, tal debe ser la mezcla del arte que tiende á representarla. Los ascos que muchas gentes hacen á los horrores del teatro semejan á los que hacen á los toros multitud de personas que vemos sin embargo en ellos. La prueba es que los señores clásicos que reconvienen á los románticos de amigos de crímenes, no se acuerdan de que su teatro clásico es un puro crimen, porque al fin, ¿quién es Medea, y quién Edipo? ¿Qué gente es toda la familia de Atreo? ¿Dónde se pueden encontrar criminales mas feroces, dónde los envenenadores y los asesinos con mas frecuencia que en las familias de reyes y príncipes, monopolizadoras esclusivas de la tragedia clásica?

¡Oh! No se puede venir al teatro. ¡La Tour de Nesle! ¡El incesto, el adulterio, el parricidio!!! ¿Y qué es Edipo, y Jocarda? ¿Qué es Fedra? ¿Qué es Neron sino un envenenador, sino la Lucrecia Borgia de Racine y del teatro clásico?

Parcialidad nada mas y miseria en los juicios de los hombres. Cuando esos horrores no son verdad, entonces los recusaremos; cuando esten mal manejados, mal presentados, entonces daremos la razon á los enemigos del

género: entre tanto nosotros admitimos los géneros todos y todas las escuelas.

Por otra parte, hemos dicho algunas veces dos verdades que repetiremos. Primera, que la literatura no puede ser nunca sino la espresion de la época: volvamos la vista á la época, y abracemos la historia de Europa de cuarenta años á esta parte. ¿Ha sido el género romántico y sangriento el que ha hecho las revoluciones, ó las revoluciones las que han traido el género romántico y sangriento? Que españoles nos digan en el dia que los horrores, que la sangre no está en la naturaleza, que nos añadan que el teatro nos puede desmoralizar, eso causa risa; pero aquella risa homérica, aquella risa interminable de los dioses de la Iliada. Segunda verdad. Que el hombre no es animal de escarmiento, y por tanto, que el teatro tiene poquísima influencia en la moral pública; no solo no la forma, sino que sigue él paso á paso su impulso. Lo que llaman moral pública tiene mas hondas causas: decir que el teatro forma la moral pública, y no esta el teatro, es invertir las cosas, es entenderlas al reves, es lo mismo que decir que un hombre cavila mucho porque es calvo, en vez de decir que es calvo porque cavila mucho. Cuando nos enseñen una persona que se haya vuelto santa de resultas de una comedia de Moratin, nosotros enseñaremos un hombre que haya dejado de ser asesino por haber asistido á un drama romántico. ¿Pervierte la moral pública representar á un particular que asesina llevado de una pasion en un drama, y no pervierte la moral pública un rey asesinando á su hermano en una tragedia? El hijo de Lucrecia es inmoral; pero es muy moral Orestes, y mas moral todavía Agamenon matando á su hija, los hijos de Edipo matándose uno á otro &c. &c. ¿Y en la comedia clásica misma, en Moliere, en Moratin, hay otra cosa que hijos que se burlan, que se mofan de sus padres, mugeres que buscan las vueltas á sus maridos puestos en ridículo porque quieran conservar la virtud de sus mugeres, tramposos entronizados, y acreedores escarnecidos? Todo eso es muy moral.

Seríamos injustos si antes de dar fin á este artículo no dijéramos que la representacion de *La Tour de Nesle* que tales reflexiones nos ha sugerido ha sido de las mejores que en Madrid hemos visto.

EL DIA DE DIFUNTOS DE 1836.

FÍGARO

en el cementerio.

Beati qui moriuntur in Domino.

En atencion á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribia) que vivia en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder tambien que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte; cuestion en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy dia de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto,.., como dice alguien en el Califa. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y asi es que al amanecer un dia de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan; sucédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el dia de los Santos, y fundado en el antiguo refran que dice *fiate en la Virgen y no corras* (refran cuyo origen no se concibe en un pais tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que solo un liberal español en estas circunstancias puede formar una

idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inesperto que se ha enamorado de una muger, un heredero, cuyo tio indiano muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pension sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fue liberal se ha quedado solo liberal por ser procer, y que un general constitucional que persigue á Gomez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la carcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey en fin constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimia y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvia en un sillon de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal, mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase mas esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso mas, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Dia de difuntos! esclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecia vibrar mas lúgubre que ningun año, como si presagiase su propia muerte. Ellas tambien, las campanas han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo: ellas tambien van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reaccion natural cuando se ha agotado una situacion, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa mas alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversion.... fuera, esclamé, fuera, como si estu-

viera viendo representar á un actor español, fuera, como si oyese hablar á un orador en las cortes, y arrojéme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gómez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesion, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio!! ¡Y para eso salian de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazon la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudian á la mansion que presumen de los muertos, yo comencé á pasear con toda la devocion y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

Necios, decia á los transeuntes, ¿os moveis para ver muertos? ¿no teneis espejos por ventura? ¿ha acabado tambien Gomez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, á vosotros mismos, y en vuestra frente vereis vuestro propio epitafio! ¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdiccion del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta, y que ningun jurado se atreveria á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen mas que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿Qué monumento es este? esclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es él mismo, un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos? *¡Palacio!* Por un lado mira á Madrid, es decir, á las demas tumbas; por otro mira á Estremadura, esa provincia virgen.... como se ha lla-

mado hasta ahora. Al llegar aqui me acordé del verso de Quevedo

Y ni los v... ni los diablos veo.

En el frontispicio decia: «*Aqui yace el trono;* nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.» En el basamento se veian cetro y corona, y demas ornamentos de la dignidad real. La *Legitimidad*, figura colosal, de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habian divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

Y este mausoleo á la izquierda. *La armería.* Leamos.

Aqui yace el valor castellano, con todos sus pertrechos. R. I. P.

Los ministerios. Aqui yace media España: murió de la otra media.

Doña María Aragon. Aqui yacen los tres años.

Y podia haberse añadido: aqui callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pie decia:

El cuerpo del santo se trasladó á Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar.

Y otra añadia, mas moderna sin duda: *Y resucitó al tercero dia.*

Mas allá: ¡Santo Dios! *Aqui yace la inquisicion, hija de la fé y del fanatismo: murió de vejez.* Con todo anduve buscando alguna nota de resurreccion: ó todavia no la habian puesto, ó no se debia de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes habia escrito sin embargo con yeso en un esquina, que no parecia sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: *Gobernacion.* ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes! Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? *¡La carcel! Aqui reposa la libertad del pensamiento.* ¡Dios mio, en España, en el pais ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente

Aqui el pensamiento reposa,
En su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veian en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la carcel todo puede ser.

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos duermen el comercio, la industria, la buena fé, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. *¡Aqui yace la subordinacion militar!*

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponia el dedo en la boca; en la otra mano una especie de geroglífico hablaba por ella. Una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: esta no es sepulcro sino de mentiras.

La Bolsa. *Aqui yace el crédito español.* Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¿es posible que se haya erigido este edificio solo para enterrar en él una cosa tan pequeña!

La Imprenta Nacional. Al reves que la puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Unica tumba de nuestro pais, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

La Victoria. *Esa yace para nosotros en toda España.* Alli no habia epitafio, no habia monumento. Un pequeño letrero que el mas ciego podia leer decia solo: *¡Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenacion de conventos!*

¡Mis carnes se estremecieron!! Lo que va de ayer á hoy. ¿Irá otro tanto de hoy á mañana?

Los Teatros. *Aqui reposan los ingenios españoles.* Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripcion.

El Salon de Cortes. Fue casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aqui yace el Estatuto.
Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadi, que sí será: este debió de ser raquítico, segun lo poco que vivió.

El Estamento de Próceres. Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un ministerio que dirija las cosas del mun-

do, no hay una inteligencia provisora, inesplicable!! Los próceres, y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincon.

Pero ya anochecia, y tambien era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía á muerte próxima. Los perros ladraban con aquel ahullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removía como un moribundo que tantea la ropa: entonces no vi mas que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía á cubrirle como una ancha tumba.

No habia *aquí yace* todavía; el escultor no queria mentir: pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡Fuera, esclamé, la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitucion! ¡Tres veces! ¡Opinion nacional! ¡Emigracion! ¡Vergüenza! ¡Discordia! Todas estas palabras parecian repetirme á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del dia de difuntos de 1836.

Una nube sombria lo envolvió todo. Era la noche. El frio de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazon, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! Tambien otro cementerio. Mi corazon no es mas que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *¡Aquí yace la esperanza!!*

¡Silencio, silencio!!!

EL PILLUELO DE PARIS,

comedia nueva en dos actos.

En todo este mes no nos habia ofrecido la direccion del teatro del Príncipe mas que una novedad, titulada *una causa criminal*, la cual reputamos en nuestro corto entender tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio

que de ella pudiera hacerse. Una intriga mas embrollada que el mismo pais, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolucion sin hombres, formaban su tejido. Por tanto la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, adonde sin duda ha vuelto silbada y cavizbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no escede la corta vida del cartel que los anuncia.

Pero *Le Gamin de Paris* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el pais para que ha sido escrita, y su traduccion, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado mas de lo que suelen esas composiciones que no estan en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los franceses llaman *Le Gamin de Paris* es un tipo original que en ningun otro pueblo del mundo tiene su semejante; producto de la confusion y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del pueblo que vive, mas que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardías ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podia decir de los chicos de la candela, sino que vagamundea, travesea, alborota y crece solo por su propia fuerza sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda entera que le cobija y da lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. El *Gamin de Paris* no es por consiguiente el Pilluelo, como el traductor ha creido; y mas que lo diga Taboada, porque la voz pilluelo siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado, que el *Gamin de Paris* puede no tener.

Si el traductor conociese el *Libro de los ciento y uno*, esa coleccion de buenos y malos cuadros de costumbres parisienses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

La intriga de esta es facil de esponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio, y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de Paris*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posicion del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa

medios de hallar satisfaccion; se avista con el general, y ayudado de una penetracion que en nuestras costumbres españolas parece inverosimil á su edad, llega á poner las cosas, en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosura, á pesàr del orgullo y de las preocupaciones de clase que parecian separar para siempre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la nobleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien llaman del siglo, porque sujetó al siglo, pero lucha que revivió mas viva con la revolucion del año 30.

La revolucion francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones: 1.ª Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblage de tal, es decir, con palaciegos. 2.ª Porque si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; estan en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos rios, dos árboles, dos hojas de un arbol iguales; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera: monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna, por la cual un hombre da ideas, cuando otro no da sino sandeces, por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros: ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, despues como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fue precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas, cuyos pergaminos habia ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya, artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada, que representa el abuso y la tiranía.

Grave cuestion podriamos mover aqui sobre este contraste, base de tan larga lucha: nosotros la decidiríamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podrian saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Diríamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas; á la altura de la civilizacion á que el siglo se encuentra, añadiriamos que todo abuso fundado en la supremacía del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas mas perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el contínuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza; el talento un camino ancho á todos para el poder. Y despues, descendiendo al objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el mas envidiable, asi como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre: si el aristócrata es ambicioso, intrigante y seductor de mugeres, el pobre suele ser ladron, bajo y embustero; todo está, pues, compensado, y ya seria tiempo, si viviésemos en un siglo de ilustracion, como tan petulantemente se pretende, que comenzasen los hombres á ser justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, segun la situacion en que se encuentra.

Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el si-

glo de la ilustracion, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos, decia en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado.*

Bien es verdad que Cervantes en el dia con toda su profundidad filosófica acabaria probablemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desafecto*, en atencion á que, si mal no nos acordamos, decia tambien en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á gatas*, frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales aficiones.

FÍGARO DADO AL MUNDO.

Et resurrexit tertio die.
Pasion segun los Evangelistas.

En punto á pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es, los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Cortes y aprobar las medidas desmedidas, si no me dan cuantos me lean la razon.

Recorramos las demas pasiones. Si la ambicion es algo, es en gracia de suponerse que el que llega á mandar á sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasion de ricos. ¿Qué mas quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémonos despacio unos á otros. ¿A quién tener envidia? ¿Qué es ganga aqui? ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo mas de domingo á jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña á orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual teniendo casa en Ca-

narias... ¿Ser ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que raton.

En una palabra, es preciso no tener sentido comun para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero esta no es pasion, que es tonteria, y si fuera pasion, seria la que mas se pareciera á la de nuestro Señor Jesucristo.

Dejemos en paz las demas pasiones que no hacen á nuestro propósito; yo dóy la preferencia á esta última, porque de las demas he oido decir que han llevado á muchos al sepulcro, y si bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al menos la ventaja de ser la única, de la cual, una vez muerto se resucita al tercero dia.

Estoy decididamente por aquel género de muerte de que se resucita; para no resucitar no vale la pena de morirse; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso que aquel de quien se cuenta que reconvenido porque oia con raras muestras de alegria un sermon de Pasion, respondió: *Es que estoy en el secreto.—¿Qué secreto?—Toma,* repuso, *en que ha de resucitar al tercer dia.*

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabia tambien que habia de volver, como mi Divino Maestro, á juzgar á los vivos y á los muertos.

Héme aqui de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernacion; impalpable, imprendible, inconfinable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; vacia debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté; y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los mas de los oradores del dia; páseseme el sustantivo por adjetivo en la actual confusion de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en pais donde se juega á la bolsa y á las conspiraciones descubiertas.

Regañon y mal humorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; despues de mi salida del cementerio, héme ya otro hombre, determinado en lo suce-

sivo á darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja á la tumba; el cementerio me ha abierto los mios: convencido de esa verdad, juro á Dios, á fé de Fígaro, que no les deseo á los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan mas de lo que saben, y ruego á su Divina Magestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres ademas tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demas, como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizage, si es verdad, como comunmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas, á ningun mundo viene mas de molde esa lacrimosa y romántica calificacion que á este donde voy á hacer mi entrada; mundo de dolor y de amargura, de fisonomías de Cortes y de comunicados, no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque ¿qué verdad mas triste que un periódico de la oposicion?

Segun ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que á los redactores de este periódico? Si á nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposicion, sin duda quisieron decir que estábamos de paso para Canarias. El P. Almeida asegura que en el mundo no hacemos mas que una peregrinacion: ¡oh padre perspicaz! Peregrinamos sin duda alguna á las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada dia nos dan algun nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza; ni ¿cómo pudiera faltarnos en pais donde cada hombre que sale y sube, y se da á luz, sale calabaza? ni las reliquias en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de qué parte de la peregrinacion se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, mientras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio ó en el ageno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir ¿pies para que os quiero, sino para estos zapatos? Verdadera peregrinacion, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y aun en caso de no tomarnos

la noche, todas las demas cosas nos tomarán inclusas las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el P. Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el P. Almeida á quien tiene ojos en la cara; á la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos tener presente que los antiguos llamaban á estas islas las islas fortunadas, es decir, la mansion de la felicidad: asi sea, que pronto lo hemos de ver.

Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecucion y de justicia, mundo de desengaños y de fiscales de imprentas, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignacion el sacramento no menos serio de la penitencia que á vuelta de hoja nos espera. Váyase porque tampoco hay otros sacramentos; el de las órdenes no debe dar cuidado á quien como nosotros está dispuesto á no obedecerlas; el de la comunion lo dejamos para otros fieles, en tiempos como estos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; en cuanto al del matrimonio bastante infierno tenemos con el señor juez y el fiscal de imprentas, con quienes parece que estamos casados, segun lo mal que nos llevamos. Nosotros no nos casamos con nadie, y solo nos parecemos á las demas gentes del mundo en estar casados con nuestra opinion, bien diferentes en eso de las gentes que gobiernan, que cada dia tienen una, verdaderos sectarios en ese punto de la poligamia, y de las costumbres de Oriente, por mas que á primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino á un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos á nuestra entrada á los que en él nos han precedido, y preparados á la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano, en el cual vamos á luchar con las fieras; no nos parece necesario indicar quiénes son las fieras y quiénes somos nosotros; y vueltos al César, al tirano, es decir, al gobierno, pronunciamos, como los atletas que van á morir, la antigua fórmula de costumbre:

Cesar, morituri te salutant, es decir, *ministerio,*

Calatrava, los escritores que vas á desterrar te saludan.

Despues de tomada la venia de la autoridad, solo nos resta quitarnos la montera con desenfado, y ofrecer la primera fiera que caiga á la salud del presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al menos como hombres de mundo, moriremos cantando como *canarios*, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores.

FELIPE II,

drama nuevo en cinco actos y siete cuadros.

El teatro envejece diariamente y caduca, no en España solo, donde la existencia parásita que arrastra hace años le hace infinitamente subalterno, sino en la Europa entera, á cuya civilizacion moderna ha debido una vida brillante por largos siglos. Verdad es que esta diversion se remonta en la antigüedad á los tiempos oscuros de la tradicion; verdad es que su existencia, mas ó menos perfeccionada, en diversos paises y en distintos tiempos parece probar que es inherente á la naturaleza humana. Vestigios de representaciones informes se han encontrado en regiones que no podian haber recibido influencia ninguna de la Europa; sabido es que en la China, en ese trozo aislado del mundo, cuya civilizacion ha seguido un rumbo enteramente diverso, las tradiciones religiosas y los hechos heróicos llenan tres y cuatro dias, semanas enteras á veces, con una representacion dramática de solemnidad sin igual, puesto que conserva alli constantemente el caracter de una fiesta nacional, y dispensada al pueblo por el legislador. Esto no obstante, insistimos en la idea enunciada de que el teatro caduca, y acaso no será necesario que pasen siglos para verle desaparecer completa-

mente del mundo. La larga lucha de principios que se debate hace años en Europa, escogiendo hoy un palenque para la pelea, mañana otro, puede ser considerada por los políticos como una cuestion de forma de gobierno pasagera, y como efecto de esa rotacion periódica á que los sucesos del mundo estan sujetos. Pero á los ojos del filósofo observador es mas honda la esplicacion de los fenómenos políticos; no son meras cuestiones de derecho natural y de gentes; son las convulsiones de la agonía de una civilizacion usada y espirante, que debe desaparecer como las que le han precedido. Es la resistencia de los intereses y las costumbres de un gran período defendiendo el terreno que poseyeron, contra la grande innovacion, contra la invasion de un progreso inmenso, de un trastorno radical. La Europa representante y defensora de esa civilizacion vieja está destinada á perecer con ella, y á ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto á un mundo nuevo, sacado de las aguas por una mano atrevida hace tres siglos, y cuya mision es reemplazar un gran principio con otro gran principio; á un nuevo mundo que aparece tambien agitado por convulsiones, pero en el cual no son estas los síntomas del anonadamiento, sino los peligros y la inquietud de la infancia. La Europa se presenta en la lucha como un guerrero cansado guardando la defensiva contra el principio invasor, vestida de harapos de distintas épocas, guarnecida de armas melladas, coronada con las antiguas y medio derruidas almenas feudales, protegiendo despojos y tesoros adquiridos, ante un adversario, desnudo, pero ambicioso, sin tradicion, sin pasado, pero con porvenir, que no cuenta glorias, sino que tiene que adquirirlas; y en esta lucha, la ley de la naturaleza tiene dispuesto que el viejo ceda ante el jóven, que el dia de hoy muera á los primeros albores del dia de mañana, sin mas intérvalo que el de una noche, oscura, tempestuosa, en la cual estamos en la actualidad luchando en vano con la deshecha borrasca que irá dando al viento vela tras vela, y desmantelando la barca combatida palo por palo.

La transicion es violenta, y las sacudidas que esperimentamos no son otra cosa que su espresion; de ellas participa el teatro, intérprete de una organizacion social que se desmorona, y en la cual hechos y creencias, leyes y costumbres, intereses y diversiones, todo está dicho, todo está esperimentado, todo está usado. La gran disputa del clasicis-

mo y del romanticismo no es otra cosa que el resultado de ese desasosiego mortal que fatiga el mundo antiguo. Estúdiese un momento la marcha del teatro, desde la carreta informe de Esquilo hasta las representaciones magníficas de Mr. Veron, desde las sátiras dialogadas de Aristófanes hasta las concepciones complicadas de Victor Hugo, y es imposible negarse al convencimiento de que el teatro no ha hecho nunca mas que seguir, y por lo regular de lejos, las huellas de la civilizacion. Los artificios de un esclavo y las disputas de los filósofos en Grecia, los lances de las cortesanas en Roma, las ridiculeces de las marisabidillas, y de los marqueses en el siglo de Luis XIV, las aventuras de capa y espada en nuestro siglo de oro, las fantásticas melancolías de Alemania, las comedias de circunstancias y los dramas políticos en la moderna Francia, los horrores y los crímenes poetizados en nuestra época de crímenes y de horrores, lo prueban hasta la evidencia; y la pretension de los clásicos que quieren detener y estancar el teatro cuando las revoluciones marchan, es un delirio que solo podria verificarse si se diera en la naturaleza el desnivel. Pero una unidad admirable lo encadena todo, y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no solo no han dado ningun impulso nuevo, sino que le han recibido acaso sin saberlo. Victor Hugo y Dumas han querido y creido ser originales, cuando no eran mas que unos plagiarios de la política, porque la literatura es y será siempre no una causa, sino un efecto. La literatura no puede ser el bautista; harto hará con ser el apóstol.

Hechas estas reflexiones, confesamos que participamos de la indiferencia con que el público mira al teatro; como un niño vuelve de vez en cuando á ocuparse, aunque de mala gana, de un juguete, ya roto y gastado, ínterin se le presenta otro nuevo que absorva toda su curiosidad, el público vuelve de vez en cuando al teatro, pero á confirmarse siempre en su desengaño. El público al levantarse el telon está ya como el autor en el secreto de lo que le van á decir, y la vida del teatro es mas bien que vida un movimiento galvánico comunicado á un cadáver.

Hé aqui la razon por que la ópera ha invadido el teatro cómico, y le ha vencido en todas partes; porque hasta en el

baile se ha buscado una importancia dramatizándolo; hé aqui la razon por que no hay teatro que se sostenga sin el aparato y el lujo de las decoraciones; porque no se concurre á él con la fé y el entusiasmo que lo suplian todo en los tiempos de su apogeo. Los sentidos quieren llenar un vacío que la imaginacion no alcanza á llenar, y no teniendo el espectáculo nada que decirle ya al entendimiento que este no sepa, trata de sorprender á los ojos y á los oidos, para embotar el pensamiento.

Despues de esta meditacion ¿qué diremos de Felipe II? Que es una astilla mas, arrojada en la hoguera que se apaga, y por desgracia no es mas que una astilla, no porque le neguemos mérito. Felipe II es obra de un jóven que ya se ha dado á conocer con un ensayo menos feliz; y la distancia que entre la primera y la segunda obra existe es tal, que realmente se puede decir que hasta la representacion de Felipe II el poeta no ha debido llamarse autor dramático.

Una accion sencilla y un argumento facil y descargado de episodios prueban buen gusto y juicio exacto. Pero si no hay episodios que embaracen la accion, háilos en el diálogo; superabundancias verdaderas, en que el autor ha creido deber ostentar el estudio que de la época ha hecho.

Pero aqui le daremos un consejo, que creerá tanto mas imparcial cuanto que empezaremos por confesarle que nosotros le recibimos en cierta ocasion de uno de nuestros primeros literatos, á propósito de una mala oda que el diablo nos tentó á publícar. A saber, que el saber mucho no ha de ser para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir. Descargado el drama de multitud de alusiones históricas, minuciosas é inútiles, la accion hubiera caminado mas desembarazada, y el drama hubiera parecido mas lleno de vida.

Los caractéres estan bien sostenidos, y si no estan dibujados con gran profundidad, hay por lo menos rasgos muy felices y contrastes bien entendidos. Hubiéramos deseado que el final hubiese sido mas cuidado, porque siendo una idea delicada, es lástima que su misma sutileza y la poca preparacion hayan desvirtuado su mérito, y dejado al espectador en la duda del efecto que debia producirle. Donde hay efecto verdadero, el espectador cede sin consultarse á él, y prorrumpe en manifestaciones ésteriores. Para que la confesion del amor de la reina hubiese sido natural á la vista de su marido, era preciso que hubiese sido provocada por la exalta-

cion hija de un peligro mas inminente que aquel en que se halla el príncipe don Cárlos. Porque no basta que el espectador sepa que va á morir; es preciso que los sentidos se lo prueben algun tanto.

El estilo es la parte mejor del drama, y su versificacion facil y armoniosa anuncian un poeta, al cual no arredrará nunca la dificultad de espresar, y espresar bien sus sentimientos.

HORAS DE INVIERNO.

El editor de esta coleccion, que bastan á recomendar los autores de cuyas obras se echa mano para ella, tiene harto acreditado su buen gusto para que su publicacion pudiera confundirse en el sinnúmero de otras del mismo género, y que con títulos semejantes duermen en nuestras librerías. Conocido por producciones originales y artículos muy recomendables insertos en el Artista, se ha lanzado cuerpo y alma en la traduccion. Esto es un efecto natural de nuestra decadencia, del poco premio, del ningun estímulo, del peligro, del escalon que ocupa, en fin, en las gerarquías europeas la sociedad española. Nada nos queda nuestro sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha adonde quiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor á un pueblo; pero asi tropezamos con ellas como tropieza el imbécil moscardon con el diáfano cristal, que no acierta á distinguir de la atmósfera que le rodea. Es demasiado cierto que solo el orgullo nacional hace emprender y llevar á cabo cosas grandes á las naciones, y ese orgullo ha debido morir en nuestros pechos. Juguete hace años de la intriga estrangera, nuestro suelo en el campo de batalla de los demas pueblos; aqui vienen los principios encontrados á darse el combate; desde Bonaparte, desde Trafalgar, la España es el *Bois de Boulogne* de los desafios europeos. La Inglaterra, el

gran cetáceo, el coloso de la mar, necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra, y uno y otro esclamaron: *Nos falta terreno, ¿dónde reñiremos?* Y se citaron para España. Ventilada la cuestion, aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor y reclamáron la parte en el despojo. El huésped que habia prestado su casa para la acerva entrevista reclamó siquiera el premio de su cooperacion; y ¿qué le quedó? Lo que puede quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letrero encima: *Aqui fue la riña.*

La América devolvió á su conquistadora con creces y con usura el principio democrático cuyo germen le habia lanzado imprudentemente la Europa de Luis XVI y Cárlos IV. El grito resonó desde las columnas de Hércules hasta las orillas del Rhin; los pueblos solevantaron sus cabezas é hicieron vacilar los tronos que pesaban sobre ellos: la degradada Italia intentó dar de mano aqui y alli á sus muelles ocupaciones artísticas, y espasmos políticos se hicieron sentir hasta en el Etna, que pareció querer vomitar otra cosa que llamas fátuas y tibias cenizas. El Norte hubo de desenvainar la espada de Warteloo, y lanzó contra el principio democrático el credo de la Santa Alianza. ¿Pero dónde pelearemos? se dijeron. Nuestras campiñas son fértiles, nuestros pueblos estan llenos; ¿dónde hay un palenque vacío para la disputa? Y tambien se citaron en España. Pero esta vez no hubo necesidad de combate; los buitres citados por el rumor de la próxima pelea vinieron, y no pudiendo repartirse los muertos, se repartieron los vivos.

Mas tarde el derecho divino, y la legitimidad por la gracia de Dios, han necesitado reunir sus últimas fuerzas para dar combate al derecho del hombre, y la legitimidad por la gracia del pueblo, y esta última vez no ha sido necesario ya traer los principios al palenque; ellos han nacido en su terreno: el Norte y los Torys, el Mediodia y los Whigs han acudido al primer silbido de Watman, del hombre de la noche, y las provincias vírgenes de España han visto su velo desgarrado, y profanado su seno que habian respetado los romanos y los godos, los hijos de Cárlos Martel y los nietos de Omar, por las sangrientas manos de los liberales y de los carlistas. De tradicion antigua es la España el palenque de las disputas agenas: la España no ha visto limpio su suelo de las armas estrangeras sino cuando ha empuñado el tizon

de la discordia y cuando le ha lanzado con la atrevida mano de Cárlos I en los demas pueblos, porque antes de ese corto período de conquista, ¿dónde sino en España ventilaron sus cuestiones Roma y Cartago, la cruz y la media luna, la Europa y el Asia?

Es una verdad eterna: las naciones tienen en sí un principio de vida que creciendo en su seno se acumula y necesita desparramarse á lo esterior: las naciones como los individuos, sujetos á la gran ley del egoismo, viven mas que de su vida propia de la vida agena que consumen, y ¡ay del pueblo que no desgasta diariamente con su roce superior y violento los pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! Ó atraer, ó ser atraido. Ley implacable de la naturaleza: ó devorar, ó ser devorado. Pueblos é individuos, ó víctimas ó verdugos. Y hasta en la paz, quimérica utopia, no realizada todavía en la contínua lucha de los seres, hasta en la paz devoran los pueblos, como el agua mansa socava su cauce, con mas seguridad, si no con tanto estruendo como el torrente.

El pueblo, que no tiene vida sino para sí, el pueblo, que no abruma con el escedente de la suya á los pueblos vecinos, está condenado á la oscuridad; y donde no llegan sus armas, no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rasgo de sangre, no imprimirá tampoco su pluma ni un carácter solo, ni una frase, ni una letra.

Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas á tremolar sobre las torres de Amberes, y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominara de nuevo el pabellon español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los españoles á dar leyes, á hacer papas, á componer comedias y á encontrar traductores. Con los Fernandez de Córdoba, con los Espínolas, los Albas y los Toledos, tornáran los Lopes, los Ercillas y los Calderones.

Entre tanto (si tal vuelta pudiese estarnos reservada en el porvenir, y si un pueblo estuviese destinado á tener dos épocas viriles en una sola vida) renunciemos á crear, y despojémonos de las glorias literarias como de la preponderancia política y militar nos ha desnudado la sucesion de los tiempos.

Ni ¿de qué suerte crear entre nosotros? ¿Cómo? ¿Y para qué? El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se háce fuerte á los embates de la tempes-

tad: no en los bajos ni en la confusion de las vertientes cenagosas que se desprenden á inundarlos de la montaña. El genio ha menester del laurel para coronarse; y ¿dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.

Escribir y crear en el centro de la civilizacion y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confin de la superficie; necesita irradiarse, como la luz, del centro á la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oida. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntacion, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¡Quiénes son los suyos! ¿Quién oye aqui? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones espedicionarias, son las pandillas de Gomez, son los que despojan, ó son los despojados?

¿Será el teatro el refugio de nuestra gloria? ¿El teatro, sin actores y sin público, el teatro nacional, que por último insulto, para mengua eterna y degradacion sin fin del pais, es ya una sucursal de la ópera, y un llena-huecos para las noches en que está ronca la primera dama? Porque es preciso imprimirlo; habrá quien no lo sepa: el teatro nacional no tiene ya empresa y direccion propia: el teatro nacional ha sido confiado á la direccion misma de la ópera, que ha tenido la bondad de recogerlo moribundo de manos de los actores que no pueden soportar en él

¡la dura carga que en sus hombros pesa!!!

¡Caso no ocurrido hasta la presente en pais alguno, escándalo de qué la desdichada patria de Moreto y de Alarcon estaba reservada á dar ejemplo!

Y despues de estas reflexiones ¿querremos violentar las

leyes de la naturaleza, y pedir escritores á la España? Hay una armonía en las cosas del mundo que no consiente el desnivel; cuando en política tenga Taylleranes ó Periers, cuando en armas tenga Soults, cuando en su cámara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Aragós, entonces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzacs.

Lloremos, pues, y traduzcamos, y en ese sentido demos todavía las gracias á quien se tome la molestia de ponernos en castellano, y en buen castellano, lo que otros escriben en las lenguas de Europa: á los que, ya que no pueden tener eco, se hacen eco de los demas: no estrañemos que jóvenes de mérito como el traductor de las Horas de Invierno rompan su lira y su pluma y su esperanza. ¿Qué haria con crear y con inventar? Dos amigos dirian al verle pasar por el Prado *¡tiene chispa!* Muchos no lo dirian por no hacer esa triste confesion. Los mas no lo sabrian; las bellas creerian hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico;* algunos esclamarian: *es buen muchacho, ¡pero es poeta!* Otra parte, y no la menor, le calumniaria, le llamaria inmoral y mala cabeza, ¡infernaria su existencia y la llenaria de amargura!

El gobierno le enviaria en premio á las Baleares, llamándole revolucionario, y el resto del público le preguntaria en la calle de la Montera el dia que saliese á ver el efecto que hubiese hecho su última obra:

¡Hola! poeta, ¿qué hay de Gomez?

LA NOCHE BUENA DE 1836.

YO Y MI CRIADO (1),

DELIRIO FILOSÓFICO.

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diria que en dia 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo mas que mi criado: si así no fuese le serviria yo á él. En esto soy al reves del divino orador que dice *Cuadra y Yo.*

dia 24: soy supersticioso, porque el corazon del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razon creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un dia 24 bueno. El dia 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitacion de aquel gefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, asi yo desde el 23 me prevengo para el siguiente dia de sufrimiento y de resignacion, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á muger porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra supersticion; imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una muger le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la muger dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad!

El último dia 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Asi pasé las horas de la noche, mas largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervencion, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El dia anterior habia sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazon que el dia 24 habia de ser *dia de agua*. Fué peor todavia; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frias, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha mas de seis meses sobre mi mesa, y de que solo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan mas que el cadáver; comparacion exacta, porque en cada artículo entierro una

esperanza ó una ilusion. Ora volvia los ojos á los cristales de mi balcon; veíalos empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; asi se empaña la vida, pensaba; asi el frio esterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, asi caen gota á gota las lágrimas sobre el corazon. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven solo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced á mis lectores de las mas de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al menos no está obligado á pensar, puede fumar, puede leer la gaceta!!

¡Las cuatro! ¡La comida! me dijo una voz de criado, una voz de entonacion servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor é involuntariamente iba á esclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos!!! Una idea mas luminosa me ocurrió: era dia de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podian decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gabeta unas monedas; tenian el busto de los monarcas de España, cualquiera diria que son retratos; sin embargo eran artículos de periódico. Las miré con orgullo: come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: solo en esa forma, solo por medio de ese estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes. Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocia su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco

dias ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: hoy es un aniversario: y el pueblo ha respondido: pues si es un aniversario; comamos, y comamos doble. ¿Por qué come hoy mas que ayer? O ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestion. Miserable humanidad destinada siempre á quedarse mas acá ó á ir mas allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio; y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos, dice el hombre; no dice: reflexionemos. El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegria. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao; figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y estenuada: una mano seca y roida llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigia á los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencion y la culpa; aquella agria y severa, esta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aqui traidos de distintas provincias para la colacion cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demas.

¡Las cinco! hora del teatro: el telon se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representacion en que los hombres son mugeres y las mugeres hombres. Hé aqui nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mugeres, en congresos y en corrillos. Y las mugeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia; un novio que no ve el logro de su esperanza: ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al dia siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgias llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enagenacion en el aire, y que en estar todavia en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él mas contratiempo que mi mal humor de todos los dias? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirian con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitacion de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; tambien tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavia seria dificil reconocerlo entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edicion hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos mas humildes, me reservaba en él mi mal rato del dia 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil, esclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venia sobre mí. ¡Oiga! está ébrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondon á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitacion, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquella en figura de hombre beodo arrimado á los pies de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inutilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente voz y palabras, y habló y raciocinó: misterios mas raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algun tiempo no hubiera hecho yo una pintura mas favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado: yo no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará tal vez de fastidio: pero una voz salió de mi criado y entre ella y la mia se estableció el siguiente diálogo.

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa esclamacion. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á tí, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí? pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre: yo estoy mas alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumina con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distraccion constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los dias fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te envuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino á los peque-

ños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la muger casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oido, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasion que su verdugo le ha propinado. Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador. Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazon. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de tí, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oir al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la muger que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Mas de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasion y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazon humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos. Preciado de gracioso, harias reir á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillacion, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¡A mí quién me calumnia! ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á tí te paga el mundo como paga á los demas que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado,

y el dia que te apoderes del látigo, azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamais hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiais de opinion, apostatais de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulacion: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres tambien despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo en fin no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragais oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tóstigo. Tú lees dia y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mugeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por mas de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazon, y vas, y lo arrojas á los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confias tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladron al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¿Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á tí mismo. Ténme lástima, literato. Yo estoy ébrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia.....!!!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo cansado del esfuerzo habia caido al suelo; el órgano de la Providen-

cia habia callado; y el asturiano roncaba. ¡Ahora te conozco, esclamó, dia 24!

Una lágrima preñada de horror y descesperacion surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. A la mañana amo y criado yacian, aquel en el lecho este en el suelo. El primero tenia todavia abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leia *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *Nochebuena* era pasada y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella la seguia llamando *Nochebuena*.

FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO,

EN EL MUNDO MISMO, Ó DONDE PAREN.

Madrid, primer mes del primer año del reinado del Sr. Calatrava I.

Muy señores mios: Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios queria, alimentaba con mi corresponsal de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacia cuesta arriba escribir cartas, ó que les perdí por acaso la aficion. Es todo lo contrario; precisamente es mi comidilla, y me chupo los dedos tras una carta puesta á tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada; en cuanto á las cartas de terneza y cumplimiento, esas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo, ó por no ser menos que los demas en finura y correspondencia; sabido es que esas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando: *Idolo*, *ú ángel mio;* si son de conquista, *Mi querido Fulano;* si son de amistad, ó *Muy señor mio y mi dueño;* si versan sobre interés ó negocios, y rematando con

aquello de *Tuyo hasta la muerte, Tu constante amigo, ó Su seguro servidor que Q. S. M. B.*: mentiras tan mentiras, que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas, y risa al que las recibe antes de leerlas.

Dejando á un lado estas últimas, que se parece á las del juego en los pases y codillos que con ellas se dan, repito que son las cartas mi comidilla, y que el dia que no escribo alguna á alguien, sea quien fuere, esclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio: *¡Hoy he perdido el dia!* De donde vengo á sacar en conclusion, con harto dolor, que durante los seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente mas que la friolera de 182 dias y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al Mundo, y devuelto á mis antiguos y saludables hábitos de reirme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que habia de volver con mis demas costumbres la aficion á mis cartas de mi vida; en cuanto abrí los ojos esta mañana fue mi primera idea escribir una á mis dignos amigos y compañeros, como diria un diputado, y mas, que habia por qué. El ignorar dónde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto mas práctica que un cartero; tanto que no haria nada de mas el gobierno, ó como se llame, en darme la direccion de Correos; aunque no fuese mucho hacer dirigirlas mejor y mas pronto que suele este establecimiento, con todo tengo para mí que todavía me habia de lucir, y ni habia de haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leida, una vez escrita, ni menos que fuese devuelta á la lista de los atrasos del mes ó de la semana, para yacer olvidada en un poste, como un bando ó como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de *Boerhaave*, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia; le puso el sobre: *Al doctor Boerhaave en Europa;* y la carta llegó como si la hubiera traido él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí: en el Mundo estamos todos, y en él nos encontraremos; por tanto, no hay como ponerle la direccion *En el mundo*; ademas de que si he de juzgar del corazon de ustedes por el mio, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos dias cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mismo que á Cervantes con el lugar de Argamasilla, segun los mas sabios comentadores, echaba en cara á los redactores del *Mundo* que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picóme esto en estremo, y no quiero dejar pasar la indirectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que haco pocos dias que soy redactor y que me tengo por tal cual hombre de mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que mas á sus fines convino, y asi sería injusto que me pareciesen mal sus determinaciones, como lo sería que á ustedes no les pareciese bien la que acabo yo de tomar. Porque, ó somos ó no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga esperiencia de haberme parecido en este pícaro mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré pues en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe ¿de qué se trata? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir á los demas lo que uno piensa, ó por lo menos lo que quiere este uno que los demas crean que piensa. En dando pues el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta mas sino que lo crean á uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podria reducirse un periódico á una coleccion de retratos; esto tendria varios inconvenientes. 1.º Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podria tener muy mal rato viendo ciertas caras. 2.º Que una vez dada la coleccion de las caras de los que escribiesen en el periódico, ó seria cosa de andar mudando todos los dias de redactores solo para que el público viese caras diferentes, ó de volver á empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadas que tuviésemos las caras los redactores del *Mundo*, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escritor público. Hay otra prueba mas fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese mas que en el artículo en el nombre del autor, haria mas efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo

quedaria muy convencido, y eso mas pareceria una lista de proscripcion que un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos generalmente no se escriben ellos á sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige á declararme en estado completo de insubordinacion contra lo determinado por mis compañeros, porque sería un dolor que nosotros fuésemos á dar un ejemplo de armonía en un pais donde no hay ninguna, ó de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, *verbi gratia*, unos galones, ó que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en *Junta*, y hago manifestacion de hallarme con respecto á ustedes en circunstancias estraordinarias, como el gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don á la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenon. Yo soy *Figaro:* todo el mundo sabe quién es *Figaro*, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que *Figaro* y *Mariano José de Larra* son tan uña y carne como el diputado Argüelles y la Constitucion del año 12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos, y juntos nos reimos de ustedes, de los demas y de nosotros mismos.

Daremos mas señas: escribimos en el *Mundo* cuatro parrafillos mensuales, donde á fuer de barberos podemos hacer la barba á cuatro parroquianos al mes; escribimos en el *Redactor General*, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayer; y todavía nos queda tiempo para redactar en el *Español* la seccion de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sueldos y *porqués*, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos á mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio aun nos ha de quedar vagar para dar al teatro muy en breve algun drama espantable ó alguna comedia risible, hijos de *ratos perdidos*, algun folletito de circunstancias, y cualquiera otra tonte-

ría que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiendo que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aqui, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, ó del que se ha de prender.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportacion que ocurra, y pedidas cartas de recomendacion para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos, y por otras razones. En cuanto á papeles, como el gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los habia de registrar no hemos dejado mas que las cartas amorosas, que habian de ser buen rato para el señor gefe político y para los testigos. Los demas los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente, no nos fiamos), aunque nada tenian de particular; pero como trataban de literatura, y no tenemos á los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntacion en griego por signos masónicos, ó de sociedad secreta, algunos sonetos que teniamos hechos á *Filis* por adulaciones á la república, ú otro bicho semejante, ó alguna elegía á la muerte de un amigo por un sermon de difuntos al Estatuto.

Item mas, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana desde las nueve en adelante; y en fin adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Figaro* y dicho *Larra*, *bras dessus*, *bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y asi como los anuncios de los carruages que salen suelen añadir: *Se admiten arrobas*, declaramos que tanto en aquella casa, que está á la disposicion de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que á los otros no recibimos, aunque en el dia todos prenden) y demas, con equidad y á gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razon *Figaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo mas por hoy, y teniendo que ir á dar una vuelta al Prado á coquetear, ó á la calle de la Montera á mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda

muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo—*Fígaro, ó por otro nombre Mariano José de Larra.*

FÍGARO

AL ESTUDIANTE.

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni menos ser postrero en cortesanía, me apresuro á contestarle; sea empero la última, si usted es de mi parecer, ó la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque si es usted tan galan como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mia que me ruborizo. Yo por el contrario no pudiera, alabándole, decirle lisonjas; mis encomios no serian mas que justicia, y paréceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimiento, y de fineza en alabanza, vendriamos á enternecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Ademas no somos diputados, y no habemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algun dia, entonces podriamos á mansalva decir usted de mí, *mi digno amigo*, y yo de usted, *mi tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolucion primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á fé mia. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenia mas alto concepto formado de su buen juicio. Aqui no se trata de saber, sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, par diez que me asombra la determinacion. ¿Pues tiene usted mas que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse luego á la guerra, que es donde en el dia se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gomez, le abonan á

usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ú abogado, ó lo que á usted mas le agrade, y mata usted asi dos pájaros de una pedrada? ¿Ni qué carrera quiere usted mas lucida, ni que mas se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan buenos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Qué otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arrellanarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apéese usted, santo varon, de esa luna, donde lo ve todo efectivamente al reves, y vea las cosas y los libros en este pais, claras aquellas como yo se las refiero, y claros estos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando con raro candor que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aqui, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el dia ocupada en convencer á la otra media. Sin ir mas lejos, ahi tiene usted al gobierno, que son seis nada menos, empeñado en convencernos á todos de que ellos son los únicos que saben mandar, y á los periodistas, que somos mas de seiscientos, empeñados en convencerles de que cualquiera de nosotros lo haria mejor; y ni ellos convencen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y asi es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo sería preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan á menudo á silletazos. Vea usted, pues, lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hoy una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia que harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado y le cuenta á su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nacion que quiere tiranizarla, ¿le parece á usted, señor Estudiante, que llegará jamas por ese sistema á tener ni muger que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le

elija, ni secretaría que despachar? ¿A sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía que para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra despues? Pues dígame, ¿por dónde han logrado los que en el dia tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá cómo le va.

Si usted no sabe mas, señor Estudiante, bueno será que siga estudiando, pues sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oirle á usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demas á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mio, que probablemente querrá á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeñito prometia ser un zote, y le da por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que le crio.

Y con esto queda de usted su afectísimo.—*Figaro.*

CRONOLOGIA.

Exequias del Conde de Campo-Alanje. Domingo 15 de enero.

Vive el malvado atormentado, y vive,
y un siglo entero de maldad completa;
y el honrado mortal.....
nace y deja de ser.....
Cienfuegos.

Ya hace dias que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temiamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenage que la vanidad humana rinde despues de muerto al mérito, que en vida suele para oprobio suyo desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan; empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aqui abajo sino caos y mentira, agotó en su corazon la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte, y hay infierno en cuanto le rodea No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religion eleva al Criador en preces por el que fue, el melancólico son del instrumento de cien voces que atruena el templo llenándole de santo terror, el angustioso y sublime *de profundis*, agonizante clamor del ser que se refugió al seno de la creacion, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdon pedido, la deprecacion de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oido del desgraciado, cuando devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazon, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caido, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. A los pies del Altísimo no es ya á la opinion de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinion de los hombres premia al mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecucion, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

El conde de Campo-Alange ha muerto: una corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido mas fecunda de gloria y de merecimiento que los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricacion. Su biografía es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve; ¡pero ni una mancha en ellas! En la actual confusion que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua, en la prodigalidad de epitetos que tan facilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él y el sentimiento de lo justo; tributo el mas noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿qué mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende. ¿Qué llamaremos un dia al que nos salve, si alguien nos salva?

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menguados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeriamos ofenderle ó escarnecerle mas que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni habia menester serlo para dejar muy atras al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un joven que hizo por principios y por aficion, por virtud y por nobleza de carácter, algo mas que su deber; dió su vida y su hacienda por aquello porque otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creía de buena fé que eran todos iguales á él. Inclinado desde su mas tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por aficion, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educacion y de tolerancia que solo se adquiere en los paises adelantados, donde la civilizacion ha venido á convencer á la sociedad de que para ella solo las cosas, solo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demas en las estrangeras, su aficion á la carrera militar le llevó

á asistir al famoso sitio de Amberes, donde empezó al lado de esperimentados generales á ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su pais sus afectos personales, su posicion independiente, su mucha hacienda le convidaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemia despedazada por dos bandos contrarios que algun dia acaso se harán mútuamente justicia. El corazon generoso del jóven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodia de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir, todo lo arrojó en la sima de la guerra civil, monstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin aquella existencia, bien como ha devorado y devora diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con esponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió mas de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fue ascendido al grado de coronel sobre el campo de batalla, y entre los cadáveres mismos que no hacian mas que precederle algunos meses. Hizo mas: cuando una revolucion no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibió muchos pechos que creyeron deber distinguir el interes de la patria del interes de un gobierno que le habia sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al estremo su generosidad, y creyó que no era su mision defender el Estatuto ó la Constitucion; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguia siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada mas, y no envainó la espada. No queremos ofender á nadie; pero si los demas que como él pensaban habian ofrecido hasta entonces su vida á la patria, él ofreció mas, ofreció su opinion. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacia no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedia al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna habia encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun despues de su muerte, la mo-

destia de nuestro amigo. Esa sencilla relacion es el mayor elogio, es el epíteto mas glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aun mas cobarde, esa vida llena de desinteres y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensacion el haber espirado en Bilbao, y el haber oido el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que habia sido inútil tanto sacrificio.

El conde de Campo-Alange espiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él, y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuía.

Pero era justo; Campo-Alange debia morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante; escritor, la razon y la imparcialidad presidian á sus escritos. ¡Qué papel podia haber hecho en tal caos y degradacion!

Ha muerto el jóven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por este que por aquella, que esos viven muertos y le envidian!

Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo mas tierna, mas justa, mas gloriosa!

LOS AMANTES DE TERUEL,

drama en cinco actos, en prosa y verso,

POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre mas donde hay tantos hombres, oir decir de sí: es un *tal fulano*, es ser un árbol mas en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazon, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oir al dia siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado, *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros dias por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: *me has creido tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiracion; de hoy mas no estará en tu mano despreciarme, mediania; calumniame, aborréceme, si quieres, pero alaba.* Y conseguir esto en veinte y cuatro horas, y tener mañana un nombre, una posicion, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenia ayer donde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento. Esta aristocracia es por lo menos tan buena como las demas, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen tambien entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza, y aqui citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho,

á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de *Los amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detras de él, sin alta posicion que le abone; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces* y *satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *Los amantes de Teruel*. Si la indignacion afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel mas feliz y mas ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tenga la curiosidad de verlo, ¿qué interes puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradicion á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro pais; á mas de una persona hemos oido deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinion, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oidas, sino en eternizar, en formular las verdades mas sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageracion ó los escesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalban que trata la misma tradicion hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y esta es un destello de pasion y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mugeres, como mil se han presentado en el teatro antes y despues de *El convidado de Piedra*? Sin embargo, ¿por qué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y solo *El convidado de Piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un zeloso, sino un ser comun de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Por qué Otelo solo, por qué solo el zelo-

so de Shakespeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos estan de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Moliere cuando el *Bourgeois Gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, mas que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porcion de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con *La Peau de Chagrin*?

El huevo de Colon es la parábola mas significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad solo decide, y la sucesion de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Solo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los amantes de Teruel estan escritos en general con pasion, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecia el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginacion y la tradicion abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la *Amante de Teruel* podia dar su mano á quien no fuese dueño de su corazon? Era preciso sin embargo, y no habia mas medio para eso que poner á Isabel en posicion tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasion, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues solo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfeccion misma de su protagonista,

inventando un episodio bellísimo en la pasion criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discrecion que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace mas sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfeccion sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creida de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seduccion ó á la inconstancia, sino al deber; pero el marido que asi abusa de la posicion de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creible para el espectador, que ya ha hecho la concesion del amor estraordinario de Isabel y Marsilla. En la escelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasion violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fria y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con mas razon

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos!

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creacion llena de valor y de entereza. Pobre se enriquece; el amor de una muger se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento mas crítico de su

vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él mas que la vida; la venganza misma de esa muger le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oido el eco de la campana que se lo anuncia; el crimen es el único recurso, y le cometerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrilego*, responde, *es injusto.*

En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasion, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourut* de Corneille, porque para la pasion no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay mas Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el Ayax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personages, y esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el dia se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga espiacion lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y el amor es el sentimiento mas egoista. Si Isabel y Marsilla, solo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasion ante los ojos del espectador, el mismo derecho tiene Azagra y la mora, porque tambien aman: su pasion disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Sí, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han espresado su pasion: solo esta puede disculpar los escesos; un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la mora sienten no es mas que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben

la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrá creido acaso que es menos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecia la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasion: nos parece mas facil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una muger.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representacion; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baus ha descubierto un celo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependia enteramente de la ejecucion: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que despues de haberse oido de cerca la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible ademas que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos el autor y el drama.

La versificacion y el estilo nos han parecido escelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representacion y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oido culpar de largas y lánguidas varias escenas, confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto; ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer mas largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimension, sino la falta de interes; y tanto vale que no le haya, como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada

idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien asi como un cuarto de hora pasado en compañia de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un dia entero transcurrido al lado de su amada, ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiese creido necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las esclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio* mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazon del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de mas efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace mas efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algun otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oidos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambicion y la envidia; que mas de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se esplican; los sentimientos se sienten.

FÍGARO

Á LOS REDACTORES DEL MUNDO.

Señores redactores. En este momento recibo esta carta que adjunta remito á ustedes para su publicacion y contestacion, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice asi la carta.

«*Señor Figaro.* Muy señor mio y mi dueño. (Esto estaba de mas, porque en el dia ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada: solo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no estrañe usted este principio estravagante, ni me llame loco todavía; á causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy ademas habanero; esto no es tan raro: y me sucede un caso que para mi tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Fígaro, que en agosto pasado se juró la Constitucion de 1812 en esta monarquía; y de que por tercera vez dijimos todos *Constitucion ó muerte.* Recuerdo este hecho, porque como casi nadie la ha observado, pudiera habérsele olvidado á usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues á la sazon en que por unanimidad se estaba poniendo el Código en España, me hallaba yo en Paris, y me venia á Madrid; francamente me faltaba tiempo para venir á gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo que la llega á obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares, que ninguna tengo; si no es en la conciencia en que como he dicho á usted abundo, la cual aunque es seña mucho mas particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte; ni menos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir á España. Ocurrióseme si seria carruage, y dije que ya tenia el asiento tomado, y que si aludian á dineros y camisas, que era lo que el ventero recomendaba á don Quijote para andar por el mundo, dineros y camisas tenia; pero no era eso; dijéronme que

era preciso mas que camisas y dineros, mas todavia que carruage, *jurar allí la Constitucion*. Nunca he entendido lo que es jurar un Código; por ahí conocerá usted si soy corto: alegué que yo era muy afecto á la Constitucion desde que habia visto el mucho provecho que traia á mi pais; que en cuanto á jurar, no tenia costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos; añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creia yo que debia eso de tener gran fuerza; por fin, que yo era hombre de bien, como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debia bastar, y que por lo tanto yo no juraria la Constitucion, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecia hacerle tanta falta, con que yo le diese *palabra de Constitucion*.

Contestóseme que no estaba la España para pagarse de palabras; que ya muchos la habian engañado con buenas palabras, que aun en lo de los juramentos solia haber sapos y culebras, cuanto mas en las palabras; que estas se las lleva el viento, y que los juramentos es cosa mas pesada; que en cuanto á lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez habia de empezar; que no era libre el hombre de tener mas hábitos que los que tienen los demas con quienes vive, y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mia, y en ello el dia de mañana podria yo hacer como otros lo que mas me conviniese. Juré pues en vista de esto, y víneme á España mas contento, como quien habia hecho una buena accion y habia sacado de un apuro á un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo estrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traía.

Pero es el caso, señor Fígaro, que en el dia me encuentro con que en la Habana no solo no se ha jurado la Constitucion, sino que no se ha debido jurar; que el gobierno, á quien yo tanto respeto, ha mandado que no se jure, y que los habitantes de la Isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la Constitucion no es género ultramarino, ni menos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien mas que á la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto solo en la Península puede convenir; que es como si dijeramos: *tal para cual*. No me asombra esto, sabiendo que hay vinos que yendo hácia el Mediodia pierden, y vicever-

sa. Asi comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Isturiz emigrado en París por haberse opuesto á la Constitucion, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados-Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Fígaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la Constitucion, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted: *dejarse enterrar*. Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente. ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿dónde lo echo? ¿Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, ó tengo que ir á Roma por dispensa?

¿Y no sabia el señor ministro que los habaneros somos á los españoles lo que los escuderos á los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la orden de caballeria ni nos alcanzan ni atañen; que para ellos estan reservadas las hijas de los alcaides, las princesas y las Constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

Sáqueme usted, señor Fígaro, cuanto antes de estas dudas; cuente que le deberé mas que la vida, pues le deberé el honor y mi salvacion, y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmente rige y gobierna el señor Calatrava Q. D. G. (como oro en paño), y que tan anchamente recauda el señor Mendizabal (Q. D. H.), si algo le queda por haber.»

Suyo afectísimo.—*El Habanero.*

Esa es la carta. Ustedes harán lo que les parezca.—*Fígaro.*

TODO POR MI PADRE,

ESCÁNDALO EN TRES ACTOS.

LA POSADERA RUSA,

sandez dramática en uno solo; novedades representadas noches pasadas en perjuicio de la señora Baus y del público ilustrado de esta capital.

Dícese comunmente que las mugeres tienen un cuarto de hora en gran manera útil de adivinar, lo cual es compararlas con los leones que tienen tambien todos los dias su rato de calentura: nosotros las respetamos demasiado para adoptar semejantes vulgaridades, y siempre las preferiremos á los mismos leones, aunque se diga de estos que son los reyes de los animales, pues nosotros creemos que son mas bien los animales de los reyes. Son bichos caros para bolsillos comunes, y asi solo las testas coronadas los pueden mantener, único punto en que á nuestro entender se parecen á las mugeres.

Nosotros tambien tenemos nuestro cuarto de hora; solo que nuestro cuarto de hora no es de calentura cómo el del leon, sino de verdad como el de la muger, y en él estamos hoy cuando tomamos la pluma para juzgar las últimas representaciones nuevas dadas en el teatro de la Cruz.

Todo por mi padre es una trama ingeniosa que en pocas palabras esplicaremos. Hay en París una muchacha linda como un sol, y que vive como este en la region mas elevada, es decir, en una guardilla. Linda por supuesto. Disputan mucho los aficionados é inteligentes acerca de los paises mas fértiles en bellezas. Quién da la palma á la Georgia ó á la Mingrelia; quién está por la Italia; quién aboga por Valencia, quién por Málaga; este dice que en ninguna parte se dan mugeres como en Bilbao; aquel de mas allá disputa que para ver caras lindas no hay como ir á casa de Mr. Willers; nada de eso; el pais mas abundante de her-

mosas es el teatro; todavia no hemos encontrado una fea en las tablas; la muchacha en cuestion es una de esas bellezas de comedia, que nunca desmerecen, ni encanecen ni envejecen, ni son jamas desamadas, gracias sin duda al telon que se cruza entre ellas y la vejez. La tal muchacha, que se llama Adela, tiene su papá, el cual está como todos los padres de comedia lleno de achaques y de inconvenientes. Dinero, Dios lo dé; no hay un cuarto en la casa: de suerte que el viejo moribundo está muy espuesto á curarse en atencion á que no tiene ni para médico ni para botica. En tanto peligro atisba á la muchacha Adela un mancebito, rico como un ministro de Hacienda, y mas seductor que un pastel de *Perigord*. Súbese con franqueza á la guardilla, y gran conocedor del corazon humano, le enseña á la muchacha virtuosa un bolson de dinero. Adela empieza por hacer ascos y acaba por... la heroina de la comedia en fin... ¿qué tal será lo que hace Adela, cuando no sabemos de qué suerte decírselo al público? En una palabra, virtudes de ese temple y dramas por este estilo los encontrará el curioso lector todos los dias al volver de una esquina. Pero cuenta con que la muchacha Adela es virtuosa; es verdad que cede es verdad que.... pero todo por papá. Otro tanto habia hecho papá por ella con su mamá, y esto no es mas que recompensar un sacrificio con otro, y pagar en la misma moneda. ¡Las muchachas son tan agradecidas!

Adela tiene sin embargo un novio á quien quiere mucho como se ha visto, el cual viene á reclamar su mano y su virtud; la mano alli se la encuentra pegada al brazo; pero la otra quisicosa pára donde paran en el mundo las virtudes de los pobres, tan encomiadas por los filósofos modernos. La heroina con todo le cuenta al bueno del novio el lance tal cual ha pasado, mutatis mutandis; en esa franqueza, y en contar de tal suerte con su paciencia, se conoce que lo tiene escogido hace años para marido, ó que sabe que está de ella enamorado. Y es verdad porque el novio sigue creyendo que adela es virtuosa, y se va á casa del seductor á pedirle lo que Quevedo no habia visto jamás. Pero este tambien está enamorado y quiere casarse, ni mas ni menos que el novio: tiene tanta mas confianza en la virtud de Adela, cuanto que le ha costado su dinero. Sobre esto disputan y se diparan un par de tiros; pero los tiros de comedia son como los autores de comedia; rara vez

aciertan; no se dan. Adela llega á los postres del desaño y se casa, ¿con quién dirán ustedes? ¿Con su novio? ¿Con el hombre á quien quiere? No, sino con el rico. ¡Oh! sacrificio noble y sublime de la virtud pobre y menesterosa. ¡Todo por papá! ¡Por papá toma dinero, por papá se entrega Adela á un muchacho rico y galan, por papá se casa con un señor la pobre y virtuosa modistilla! Dichosos padres los que alcanzan tales hijas; una hija de ese temple es una viña, es un coche parado, es un consuelo. La desgraciada Adela mira al cielo y derrama una lágrima de dolor y del romanticismo, en tanto que el bueno del novio se recomienda al caer el telon á la memoria de los recien casados, que probablemente no le olvidarán en sus ratos perdidos.

Consecuencia moral de esta comedia: que el cielo recompensa en esta vida con dinero al que lo gana, como Adela con el sudor de su frente, y á las muchachas que se entregan al amor por su padre, casándolas con muchachos ricos.

El público no silbó esta comedia; consecuencia positiva; que se le pueden dar impunemente comedias malas y de escandaloso ejemplo.

La Posadera rusa es otra cosa ya. Se reduce á una princesa mal casada con un hermano de cierto emperador de Rusia, la cual gustando mas de un oficial estrangero que de su marido se hace la muerta, y se escapa, seguida siempre por su amante. Es verdad que no hay quien aguante esos maridos rusos y seis grados bajo cero que la maltratan á una y quieren todavia que sea una buena, y... La princesa se escapa y pasa á Polonia. Lo demas no lo dice el autor, y no sabemos en qué para. Porque lo que hace Adela por su padre en la primer comedia, bien lo podia hacer la princesa por su marido en la segunda. O ¿lo merece menos un marido que un padre?

No conocemos á los traductores de estas comedias; pero si lo que hace un mal traductor con un autor es maltratarle, los traductores no tienen por qué picarse con nosotros: estamos todos de acuerdo. *Todo por mi Padre y la Posadera rusa* prueban que tambien en Francia hay autores necios: ambas merecian un castigo en este mundo. Los traductores se han erigido á sí mismos en instrumentos de la Providencia.

DE 1830 A 1836,

ó

La España desde Fernando VII hasta Mendizabal.

PRIMERA PARTE.

ADVERTENCIA. *Este opúsculo político, escrito por un hombre que ha sido testigo de la mayor parte de los hechos que en él se encierran, y que, dotado de toda la imparcialidad del que nada aventuraba en ellos, de un criterio exacto, podía juzgarlos desapasionadamente, nos ha parecido de bastante importancia para darle á luz. Como reseña histórica, su verdad le hace acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los documentos de que la historia se servirá un dia para redactar la crónica de nuestra gloriosa revolucion; como escrito filosófico-político, las justas reflexiones de su autor Cárlos Didier, y la interesante galería de personages públicos que traza, le colocan en primer rango entre las producciones de esa especie que la Europa ve diariamente aparecer acerca de las cosas de España.*

En posesion la España hace mas de dos años de dar hondas lecciones de política, ofrece al mundo el espectáculo de un parto laborioso y difícil. ¿Cuál será el fruto de sus padecimientos? ¿Cuál el término de la prueba á que la somete la Providencia? ¡Hé aquí las preguntas que se hacen unos á otros los testigos de su largo alumbramiento! La Europa clavada la vista en la procelosa Península, estudia sus tormentos con ansiedad, deseosa de sorprender en medio de este gran desorden de todos los elementos sociales el velado secreto del porvenir: secreto difícil por cierto de penetrar, porque ni el drama deja de ser complicado, ni es la España un pais como otro cualquiera: no es posible sentar un pie firme en esa tierra de misterio, mas temible mientras mas conocida. Otros mas hábiles han salido burlados, y para no

citar mas que un ejemplo, pero memorable, ¿quién espió mas amargamente que Napoleon su temeraria ignorancia?

Aqui mas que en otra parte es la circunspeccion indispensable: fuerza es ser sóbrio de profecías, porque gusta la España de burlar los profetas y las profecías. Por lo tanto, simples cronistas vamos á relatar los hechos: libre es el lector de sacar de ellos las consecuencias: una vez sentado un hecho, ¿no encierra en sí mismo sus premisas y sus resultados? La causa española pende todavía del tribunal supremo de la opinion: depongamos pues lo que sabemos, y acaso sea nuestro testimonio una prueba añadida á la instruccion del gran proceso. ¡Ojalá que pueda proyectar alguna luz sobre su fondo oscuro y nebuloso!

Pero antes de entrar en el examen de los hechos recientes, indispensable nos ha parecido volver algunos años atras para tomar los acontecimientos en su orígen, y establecer su generacion de una manera clara y positiva. La España de 1835 se encierra toda en la España de 1830: remontémonos pues á 1830, época no menos memorable en la historia de España que en la de nuestra vecina nacion, y marcada en los anales de un pueblo por medio de una revolucion popular, y en los del otro por medio de una revolucion palaciega.

Fernando VII acababa de sentar en el trono de España á María Cristina de Borbon, princesa de las dos Sicilias: el año se abrió con públicos regocijos; la corte desconfiada de Madrid habia roto su fúnebre silencio; el palacio habia abierto sus puertas á disposiciones mundanas; y el nuevo ídolo coronado de flores habia lanzado de él las sombras aun palpitantes de los Riegos, los Lacys y los Porlieres. ¿Qué profeta hubiera entonces osado predecir los resultados, tan próximos sin embargo, de aquel brillante himeneo? Creíamos inaugurar una reina, y realmente inaugurábamos una revolucion.

Fuerza es decirlo sin embargo: mas de un fraile prespicaz, sino profeta, tuvo un presentimiento sordo de que amanecia para España una era nueva; y la pública alegria que siguió al anuncio de hallarse la reina en cinta, las fiestas que sucedieron á la anterior suspicaz tirania, que habia visto en toda reunion hasta privada un amago de seduccion, fueron una terrible espresion del espíritu público.

Sin ir mas lejos, el palacio mismo encerraba bajo el dorado arteson una especie de fraile de sangre real, que participó poco ó nada del mundano alborozo. Absorto en sus hipócritas ejercicios, contemplaba con zelos y con inquietud á la jóven estrangera que acababa de lanzar la corte apostólica en tan osadas innovaciones. Observaba la tormenta que se amontonaba sobre su cabeza, y presagiaba que ese enlace mismo, objeto de tantas esperanzas, le habia de costar un trono: este hipócrita personage era el hermano del rey, el infante don Cárlos.

La monarquia tiene sus niveladores, asi como la democracia; en todas las clases hay hombres partidarios de los estrêmos, que comprometen los principios exagerándolos; si Cayo Graco tenia detras de sí á Livio Druso, Fernando VII tenia á don Cárlos. Estraño parecerá que el mismo Fernando VII pudiese ser juzgado demasiado liberal y moderado por un partido. Este partido existia sin embargo; reclutaba en los conventos, reconocia por cabecillas algunos frailes furiosos, algunos absolutistas encarnizados, y como todos los partidos, ambiciones personales que estrañadas de los negocios aspiraban á esquilmar sus beneficios; no eran estos los menos celosos. Este partido apostólico trataba á Fernando de revolucionario. ¿No habia aceptado la Constitucion de 1812? ¿No la habia jurado en 1820? Verdad es que habia sido violada, y que la sangre de Riego habia borrado el juramento; pero al fin el crimen habia sido cometido, y los frailes no perdonan. Temian para el porvenir nuevas tergiversaciones, y fuerza es conocer que la debilidad de Fernando justificaba sus temores.

Este partido necesitaba un nombre, y habia escogido por enseña y gefe supremo á don Cárlos: no carecia el príncipe devoto de ambicion, y no tardó en embriagarle el esplendor del trono. Ya anteriormente habia prestado su nombre á varias conspiraciones contra su hermano; y si en la de 1827, que tan sangrientos resultados tuvo, no dió precisamente su nombre á la faccion, dejóselo tomar, lo cual era mas bajo y mas cobarde. No hubiera desenvainado entonces la espada; pero, nuevo Cain, resignado de antemano, consentia que la de los demas le allanase el camino del trono, al cual se hubiera dignado subir, aunque hubiera sido sobre el cadáver de su hermano mismo. En lo cual pecaba ciertamente solo de impaciencia, porque no teniendo enton-

ces herederos directos la corona, él venia á serlo forzosamente; pero temian los apostólicos que viviese Fernando demasiado, y sobre todo que pensase en contraer nuevos lazos para hacer la última tentativa de sucesion directa.

Los resultados legitimaron sus temores: sus esperanzas se anonadaban en aquel enlace, y asi fue que acogieron á la nueva reina con un odio que solo esperaba para declararse una ocasion favorable. En tal estado la preñez de la reina era para ellos un rayo, era la señal de una revolucion. Solo la esperanza les quedaba de que naciese una princesa. Pero Fernando amaba mas á su jóven esposa que á su hermano, queria alejar á este del trono á toda costa; la reina por otra parte, cuya ruina era evidente con el advenimiento al trono de su irreconciliable rival, no estaba en ello menos interesada. De aqui la famosa *pragmática sancion* del 29 de marzo, que abolió la ley sálica, momentáneamente introducida por Felipe V.

Grande fue la alarma del partido monacal, y vivísimas las reclamaciones de don Cárlos contra golpe tan imprevisto. Pero en esta ocasion el clero estaba en contradiccion flagrante consigo mismo; depositario, cual se jactaba, de las antiguas tradiciones de la monarquía española, hubiera debido para ser consecuente asociarse á la pragmática sancion, pues que esta no era en efecto sino la rehabilitacion del antiguo derecho español, en vigor desde el tiempo de los godos, y constantemente practicado sin reclamacion y sin interrupcion por espacio de mil años, y hasta principio del siglo XVIII. A él debia la España el beneficio de la unidad, y la verdadera fundacion de la monarquía en la inseparable reunion de las coronas hasta entonces divididas y rivales de Castilla y Aragon. Por él habia entrado á reinar el mismo Felipe V; y bueno es notar que este mismo no habia instalado la ley sálica pura, pues que su pragmática no escluía absolutamente á las mugeres: á falta de varones eran llamadas al trono. Pero ningun ejemplo habia vigorizado esa pragmática, y de todas suertes á los ojos de esos mismos absolutistas, lo que un Borbon habia deshecho, un Borbon debia tener el derecho de rehacerlo; nada pues impedia á Fernando VII reedificar el edificio demolido por su abuelo; y á los ojos de los que no eran absolutistas, la cooperacion de unas cortes sancionó la pragmática sancion, apoyada en la voluntad de dos reyes, Cárlos IV y su hijo.

Bien se hubiera podido apelar á una autoridad pública y legal de mas fuerza todavía, oponiendo á las ilegales cortes de 1713, convocadas por Felipe V, las nacionales de 1812, pues que el derecho de sucesion se hallaba incontestablemente fijado por el decreto de la representacion nacional en la Constitucion de 1812; pero se tuvo miedo de despertar recuerdos eléctricos: querian, es verdad, escluir de la sucesion á don Cárlos, queríase asegurar la regencia á Cristina; pero al convertir en beneficio de la jóven reina la línea de sucesion, de ninguna manera se transigia con la idea de variar la línea política, y se esperaba continuar la tradicion de 1823 bajo los auspicios del nombre de una reina de España, á falta de príncipe de Asturias. Verdad es que la fuerza de las cosas ha alterado despues tan bellos propósitos; pero dado el primer paso era imposible retroceder. Nunca dió la Providencia leccion mas fuerte á los príncipes y á sus pobres proyectos, porque nunca ha vuelto la Providencia mas visiblemente contra ellos mismos sus planes de egoismo y ambicion. Pero no nos adelantemos á los acontecimientos; aqui la leccion nace de su natural sucesion.

La cuestion de sucesion á la corona es por otra parte tanto mas inútil, cuanto que la humanidad civilizada, al rechazar el dogma sacrílego de la legitimidad, entendida como el acto de reinar solo por derecho divino, le ha proscrito en nombre del progreso, enemigo de la teocracia, de que aquella emana, en nombre de la inteligencia que la teocracia esclaviza. El dogma de la soberania popular no es solo inalterable como principio abstracto, sino que es tambien necesario como garantia social, porque él es, y solo él, quien fija las verdaderas relaciones posibles entre el pueblo y el magistrado supremo, llámese príncipe ó no á quien está cometida la direccion de la cosa pública. Fuera de él no puede haber sino monopolio y violencia.

La publicacion de la pragmática sancion produjo una sensacion profunda, no tanto por lo que era en sí como por sus evidentes resultados. Fernando VII no prometia larga vida, y la regencia asegurada ya á una princesa jóven, dulce, afable, era para la España una fortuna tan grande, que se asió de este consuelo con un ardor que debió lisonjear en estremo á la futura regenta, estrella amiga que despuntaba en el horizonte, y en la cual se clavaron con ávida impaciencia las miradas de todos. Anunciaba por otra

parte un cambio; y en el estado á que el gobierno de Fernando habia reducido el pais, todo cambio debia ser esperado como una mejora. La pragmática de 1830 ademas no tiene únicamente un interes de circunstancia, es una de las fases mas importantes de la monarquia: hace época en la historia de la Península, porque ha sido la ocasion, sino la causa, de una revolucion radical en la forma y en el principio del gobierno. La pragmática de Fernando no entroniza por sí sola, es verdad, la democracia española; la democracia española se entronizó ella misma por derecho propio en Sevilla en 1808; pero despues de haber salvado á la España de la eterna humillacion de la conquista, habia sido espulsada del suelo cuya independencia guareció, y habia ido á espiar su noble culpa en el destierro y en los presidios: 1820 fue una tormenta que la violencia conjuró en beneficio del perjurio: 1830 volvió á colocar gradualmente la democracia al pie del trono. La cuestion es saber si ha de volver á ocuparle, y está ya medio decidida.

Los apostólicos entre tanto no descansaron; agitáronse á la sombra de sus monasterios, urdieron ocultas tramas, y declararon, aunque en voz baja, contra la atrevida estrangera que tenia supeditado al rey; en la edad media hubieran dicho hechizado; pero todos esos murmullos se perdieron ante el gran rumor de la revolucion de julio. Al llegar aqui cambia la escena, complícase el drama, y principia otro acto.

La nueva de la insurreccion de Paris produjo en Madrid una conmocion igual á la que habia producido en Europa. Alarmóse el rey Fernando, no sin motivo, porque los desterrados de Querburgo éranle bien allegados como deudos y como restauradores de su corona: en su naufragio perecia el principio de su existencia, y dificil era prever entonces dónde pararia la ola popular tan imprevistamente sublevada. La corte de España vaciló entre pareceres encontrados; los sucesos por fin vinieron á sacarla de incertidumbres.

A la sazon que estalló la revolucion, la Francia y la Inglaterra se hallaban pobladas de proscritos españoles, lastimosos restos de las catástrofes anteriores: el movimiento de París les volvió la esperanza. Súpose en Madrid que los refugiados reunidos en juntas revolucionarias en Londres y en París se aprestaban á probar una intentona, y á traspasar la

frontera. El gobierno español, sacudido por un sentimiento natural de conservacion, dirigió vivas reclamaciones á los gabinetes de aquellas dos naciones: el primero atajó los preparativos con solo suspender alguna de las disposiciones del *alien bill*. El francés hizo del sordo, mas animó á los emigrados y les facilitó fondos; pero despues, cuando estuvieron comprometidos, los abandonó y negó, como el apostol á los suyos. Esta página de la vida de Mr. Guizot será un borron eterno en la historia del pais que debia haberse apresurado á lavar el error de 1823 y proclamarse hermano de los liberales de España.

Nadie ha olvidado el resultado de la triste espedicion de 1830: un puñado de proscritos, privados de recursos, se lanzó llevado de su heroismo en la garganta de los Pirineos. Valdés y Mina fueron rechazados por Santos Ladron, feroz absolutista, que se hizo fusilar mas tarde en las filas carlistas, y por Llauder, que juzgó mas prudente hacerse liberal. Llauder era entonces capitan general de Aragon, alto puesto que debia á sus ciegas deferencias por Fernando VII. Empleó en la persecucion de ese Mina, de quien habia de ser poco despues el colega y el adulador, un encarnizamiento, de que conservarán los habitantes de la frontera largos recuerdos. ¡Qué gloria para Llauder si hubiera podido añadir á su blason de moderna fecha la cabeza de Mina al lado de la cabeza de Lacy, y encima el sombrero de la grandeza! Pero esta doble gloria no le fue dada, y hubo de contentarse con su primer hazaña de Cataluña, y la simple corona de marqués (1).

Asi acabó un año comenzado bajo tan brillantes auspicios: entre tanto la reina habia dado á luz una princesa el

(1) ¿Quién no recuerda con dolor el éxito de la triste tentativa del general Lacy (que tanto se distinguió en la gloriosa guerra de la independencia) para levantar en Cataluña el estandarte de la Constitucion? El general Castaños mandaba en Barcelona: queria salvar á Lacy, y con esa intencion envió contra él á Llauder, que habia sido protegido de Lacy, y que le debia su suerte; pero Llauder, en vez de secundar las miras de Castaños, arrestó en persona á su protector, y llevó la ingratitud hasta la brutalidad. Lacy fue fusilado á pesar de las representaciones que al rey dirigió el general Castaños, y Llauder fué sucesivamente promovido á los primeros grados de la carrera militar. El cadáver de su intrépido y generoso protector fue el primer escalon de su fortuna.

diez de octubre, y al mismo tiempo que la causa constitucional era vencida en la frontera, triunfaba en la capital, puesto que el nacimiento de la heredera, obligando al partido carlista á desplegar la enseña de la rebelion, habia de forzar á la reina á buscar su salvacion y la de la monarquía en el apoyo de esos mismos hombres que á la sazon se estaban fusilando en los Pirineos.

El nacimiento de un príncipe hubiera tapado la boca á los apostólicos; hubieran podido todo lo mas disputar la regencia á Cristina, y turbar la minoría; pero ¿qué diferencia entre esa lucha parcial y la lucha de principios de que la pragmática ha sido ocasion, lucha que ha abierto sucesivamente á los emigrados sus casas primero, las cortes despues, y por fin los ministerios? ¡Y todo por haber nacido en vez de un príncipe una princesa! Niéguese despues de eso que la Providencia, que ha sabido hacer emanar de tan ténue circunstancia tan grandes acontecimientos, niéguese que protege la democracia. Quiere su triunfo, le ha resuelto; y los reyes mismos no son en su mano mas que un instrumento para coronar su obra. Estas peripecias constituyen la alta parte cómica de la historia.

El drama entre tanto se complica: contémplase Fernando entre dos enemigos, el partido constitucional, representado entonces por Mina, y el partido apostólico, representado por don Cárlos. Este permaneció casi tranquilo el año 1831; la revolucion de julio no le habia espantado ménos que á Fernando, porque en eso eran comunes sus intereses, y entrambos se veian amagados. Lo contrario le avino al partido liberal; lo que era para sus enemigos ocasion de espanto, éralo de esperanza para él; y el año entero no fue por tanto mas que una continuada insurreccion; cambióse solo de campo de batalla, y se probó la suerte en el Mediodia. Desde el mes de enero el general Torrijos, refugiado en Gibraltar, habia intentado una espedicion, que por entonces no habia cuajado. Casi al mismo tiempo el desgraciado Manzanares se estrelló en las sierras de Andalucía. En la Isla de Leon hubo otra insurreccion abortada. El general Quesada, capitan general á la sazon de Andalucía, reprimió esos diversos movimientos; y aunque se le puede hacer la inculpacion de haberse constituido voluntaria y libremente instrumento de la tiranía, fuerza es hacerle la justicia de haber desempeñado su triste mision con una mesura y una

humanidad de que Llauder, su colega de Aragon, no habia creido oportuno usar en circunstancias semejantes.

Todos estos movimientos empero, aunque sofocados, asombraron al gobierno de Fernando; cobró miedo, y el error le restituyó á sus naturales inclinaciones, es decir, á la ferocidad. Instaláronse nuevamente las inexorables comisiones militares; las reacciones fueron atroces, y el reinado del terror volvió á empezar. ¿Qué sangre vertida bastará para lavar la de tantas víctimas bárbaramente sacrificadas? La última escena de tan sangrienta tragedia fue sin embargo la mas abominable. El inmortal Torrijos permanecia en Gibraltar, y clavada desde allí la vista en el sombrío horizonte español, acechaba con impaciencia sus primeros resplandores. Su presencia, su inmediacion imponian pavor, y se decidió desembarazarse de él á toda costa. El gobernador de Málaga, Moreno, especie de yema con semblante humano, el infame Moreno tendió el lazo mas execrable de que hay memoria en la historia de las naciones, y al cual vino generosamente á caer la noble víctima destinada al inmundo cuchillo. Embarcóse el ilustre proscrito, atraido por engañosas sugestiones, y con él cincuenta y dos compañeros que habian de tener la gloria de participar de su patriótico martirio. Poco despues fue nombrado capitan general el verdugo de Granada.

Veamos nuestro rostro de dolor y de indignacion. ¿Y se quiere todavía que no gritemos *venganza y esterminio* sobre su partido, cómplice todo él del mas espantoso crimen? ¿Y es á nosotros á quien se pide todavía generosidad?

El mes de diciembre recordará todavía por muchos años con caracteres de sangre tan cobarde carnicería. ¡El cerró dignamente ese año de reaccion y de matanza! ¡El le reasume todo entero y lo bautiza! ¡Esos fueron los tristes resultados de la desgracia de Mina en los Pirineos; esos los frutos de la horrible victoria de Llauder, de ese mismo Llauder que estaba reservado todavía á dejar las huellas de sus sangrientas manos en las sillas ministeriales, en que habia de sentarse al lado de sus propias víctimas!!!

La historia de España desde 1820 es un perpetuo vaiven; 1831 habia pertenecido á los liberales, 1832 perteneció á los apostólicos; las bajas intrigas de los últimos ocuparon ese año, como las heróicas conjuraciones de los primeros habian ocupado el anterior.

La guerra civil devoraba á la sazon el Portugal; tratóse un momento en Madrid de intervenir en favor de don Miguel: esta ligereza no tuvo consecuencia, pero sirve de clave á las disposiciones de la corte de Madrid en aquella época. Debia volverse despues á la idea de intervencion; pero ya entonces se habia vuelto la rueda de la fortuna, y la intervencion debia ser en favor de don Pedro.

¿Qué hacian entre tanto don Cárlos y su partido? Reanimados por los sangrientos triunfos del gobierno de Fernando, que trabajando para sí trabajaba tambien para ellos, pues aunque divididos, tenian igual interes en la destruccion del enemigo comun, los apostólicos cobraron valor, y practicaron sus minas con tal destreza, que estuvieron casi á punto de quedar dueños del campo de batalla. Su único objeto era ya la revocacion de la pragmática, que alejaba del trono á su cliente: maniobraron tan habilmente, que la pragmática fue revocada; pero desgraciadamente para ellos y felizmente para la España, no fue por mucho tiempo. Este pequeño entremes político constituye una verdadera escena de comedia. No hay mas que copiar: el drama está hecho. Cuando la historia se mete á poeta, los hace buenos.

No es facil olvidar el mes de setiembre: la corte estaba en la Granja, y Fernando á las puertas del sepulcro. Habia entonces en España un hombre que habia sido criado, cortesano, empleado de un ministerio despues, y por fin ministro. A la sazon era mas que ministro: empuñándose del nombre de Fernando, era rey de España é Indias. Gente versada en esta especie de misterios aseguran que habia debido su encumbramiento á una obscena bufonada. ¡Hijos felices de las monarquías, todas las carreras os estan abiertas! Pero el favor de Calomarde tenia á la sazon mas sólida base en su ciega adhesion á los intereses y á las pasiones de la monarquía absoluta. Llamado al ministerio en 1824 bajo los auspicios de la invasion estrangera, su administracion no habia sido sino un tejido de errores. Calomarde fue el prototipo del sistema que podriamos llamar de los apagadores políticos, pues que solo tendia á sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. El cerró las universidades, y abrió en cambio una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza él solo todo su sistema. Calomarde veia con celos el ascendiente que sobre el ánimo

del monarca tomaba diariamente su jóven esposa; pero no solo no osó contrarestarlo, sino que se asoció á la pragmática sancion, cooperando á la redaccion del testamento que habia de asegurar la regencia á la augusta viuda, y que designaba los miembros de su consejo. ¡Estraña circunstancia, que solo se comprende poseyendo la clave del carácter de Fernando! Casi todos los miembros de ese consejo de regencia eran enemigos personales de Calomarde, y algunos de ellos, como el marqués de las Amarillas, se hallaban en un desfavor equivalente á un destierro. El mismo ministro habia firmado su mistificacion. Hay quien añade que el rey ténia un maligno placer en hacer leer á su favorito el testamento que en tan falsa posicion lo ponia.

Todo esto no debia adherir mucho á Calomarde en favor de la reina: rancio absolutista, tomia tanto mas las innovaciones, cuanto que no se le podia ocultar que la primera reforma habia infaliblemente de empezar por él: su interes, asi como sus principios, si es que semejantes hombres tienen principios, le inclinaban á don Cárlos y al partido apostólico, quien supo sacar partido de la posicion falsa del ministro: hiciéronsele proposiciones, y la semilla echada en tan buena tierra no tardó en germinar. La muerte inminente del rey, que de un momento á otro se esperaba, activó la intriga. Calomarde, para quien la menor tardanza era peligrosa, vió pues de bordo, y aprovechándose del estado del rey, no tuvo dificultad en abusar de él para hacerle firmar á su mano moribunda la revocacion de la pragmática de 1830. No bien se hubo dado este paso tan agigantado, cuando se esparció la voz de la muerte del rey, y corrió en instantes de San Ildefonso á Madrid, y de aqui á las provincias y al estrangero.

Gran júbilo en los conventos; el clienta monacal era rey, y con él iba á ocupar el trono el absolutismo apostólico; pero el triunfo fue de corta duracion; el rey resucita, y don Cárlos baja del trono. Nunca peripecia fue mas repentina; los vencidos la víspera se apoderaron otra vez del campo de batalla, y los vencedores tocan retirada. Tuvieron lugar entonces en palacio escenas que la historia dirá algun dia con escándalo: entre tanto la augusta infanta doña Luisa Carlota, acudiendo al rumor desde un rincon de Andalucía, llegó en el momento crítico de inclinar para siempre la balanza; y Calomarde sucumbió, yendo á buscar en el

destierro la única salvacion posible para él. Cea Bermudez, ministro á la sazon en Lóndres, fue llamado al ministerio el 1.º de octubre: la victoria de la reina era brillante, y fue completa. El 6 vió la luz un decreto que le confiaba el timon de los negocios durante la convalecencia de S. M. Era una regencia anticipada.

El primer acto de la regenta justificaba las esperanzas que en ella fundara el partido liberal de 1830. El 15 se publicó una amnistía política, no absoluta, pues que fue seguida sucesivamente de otras tres, pero capital en el sentido de que descifraba claramente la posicion, y destrozaba el pacto impío de 1823. La monarquía acababa de empeñar un pie en la revolucion: solo habia dado un paso, es verdad; pero ¡cuán lejos se estaba ya de las comisiones militares del año anterior, y de la espantosa carnicería de Málaga!

Sucediéronse las reformas rápidamente, sino de hecho, al menos el principio se proclamó: abriéronse las universidades, mejoróse la hacienda, y se creó un ministerio nuevo con el nombre de *Fomento*. El pueblo no fue ingrato, y la popularidad de la reina llegó á su apogeo. En el interin los absolutistas no cesaban de bullir y remover sordamente ya un punto, ya otro de la península. La revocacion arrancada por Calomarde existia todavía, y no fue anulada hasta el 31 de diciembre. Este dia se publicó un decreto en que el rey declaraba espontáneamente que habia sido sorprendido, retractaba una firma arrancada con tan indignos medios, y restablecia en todo su vigor la pragmática sancion.

Una nube se presentó sin embargo á oscurecer tan brillante horizonte. Cea acababa de llegar de Lóndres, y habia tomado posesion del ministerio: la reina no habia esperado su llegada para imprimir el movimiento á la máquina: estaba ya lanzada, lo cual no hubo de agradar á Cea. Apenas en camino éste, quiso ya cejar, y publicó un manifiesto anfibológico en que aceptaba por lo menos la herencia de Calomarde, anunciaba en verdad reformas, pero usaba de tales restricciones, que á fuerza de atenuar la esperanza, la mataba. Amargo desengaño para el partido liberal; fiaba con todo en la reina, y podias acaso que la ambigüedad de Cea era una concesion hecha al rey; una vez muerto el rey, decíamos, el iría: su entrada en el ministerio no era menos por eso una victoria y un progreso.

Pero no solo no moria el rey, sino que totalmente restablecido volvió á tomar las riendas del Estado el 4 de enero de 1832, si bien asociando á la reina al consejo. Esta encontró en Cea mas bien un rival que un auxiliar, y si algo podia sostener entonces al ministro, era que de paso que hacia una guerra oculta á las reformas, hacíala abierta y franca al partido apostólico, entronizando en la Península ese sistema de balancin, que debia transformarse poco despues en verdadero justo-medio.

El paso mas atrevido de Cea fué el destierro de don Cárlos. Su presencia era para los frailes un eterno motivo de esperanzas, un foco inestinguible de hostilidades é intrigas incesantes. El 18 de marzo salió el pretendiente de Madrid para nunca mas volver á entrar en él. Y para que no faltase circunstancia ninguna á su triunfo, y dar un principio de ejecucion á la pragmática, se convocaron en 7 de abril las antiguas cortes del reino para prestar juramento de fidelidad á la heredera.

El rey con ese motivo escribió á don Cárlos una carta hábilmente redactada, en que le hacia dueño de tomar parte ó no en la ceremonia, no queriendo, decia, forzar las inclinaciones de su caro hermano. Don Cárlos respondió protestando públicamente, y por el pronto todo el mundo se contentó con este pacífico trueque de frases mas ó menos fraternales.

Mas eminentemente político hubiera sido aprovechar aquella ocasion de reunir en vez de las antiguas cortes del reino, unas verdaderas cortes nacionales; pero esas eran premisas, cuyas consecuencias sentenian, y habiéndose manifestado Cea hostil á toda idea de instituciones políticas, no era seguramente Fernando VII de quien se debia esperar que le obligase.

Verificóse el 20 de junio la solemne jura, que se celebró con las fiestas mas ostentosas y mas verdaderamente populares que en siglos enteros se hubiesen visto. Y de allí á dos meses ocurrió por fin un acontecimiento previsto ya de muy atras. Fernando VII murió el 29 de setiembre. ¡Qué descanse en paz! fue todo lo que pudieron decir los menos rencorosos. Muerto el rey, abrióse el famoso testamento, cuyo contenido era ya de antemano conocido, instalóse la regencia, y Cristina, asistida del consejo de gobierno, tomó las riendas del Estado en nombre de Isabel II. La primera

medida de la regencia fue una medida de conservacion; mantuvo á Cea en el ministerio: el primer paso de este fue tambien conservador; su manifiesto despues de la muerte del rey es el desengaño mas solemne que podia llevar un pueblo. Todo el mundo comprendió que Fernando vivia todavía en su ministro; el odioso programa no era mas que una esplanacion del que á su entrada en el ministerio habia dado el político estacionario; pero entonces ya no vivia Fernando VII para tomar sobre sus regios hombros la responsabilidad de las malas intenciones de un ministro; húbola él de llevar entera, y lo abrumó.

Mal principio era por cierto parapetarse en la negativa á los principios de una revolucion. Cea padeció un grave error; se empeñó en no ver mas que una cuestion de sucesion donde no habia mas que una cuestion de principios: creyó que Isabel sentada en el trono, y apoyada en la legitimidad, tenia en sí sola su propia fuerza, y que no necesitaba ni del apoyo ni del concurso de la España liberal; de aquí su obstinacion en negarse á transigir con ella, por mas que quiso darle una dedada de miel ampliando la amnistía. Pero eso era tener un concepto harto ventajoso de sí mismo. La nacion no participó de ese concepto, y Cea vino abajo con el *despotismo ilustrado* que queria entronizar; y que para ningun partido era bastante. Para los absolutistas sobraba el *ilustrado*, para los liberales sobra el *despotismo*.

El error de Cea era tanto mas grave cuanto que aislaba al trono, y le entregaba indefenso á los golpes de sus enemigos. Sin estar ligados precisamente como la causa lo está al efecto, la pragmática sancion y la rehabilitacion del partido democrático eran ya dos hechos para siempre travados é inseparables. Por mas legítimo que fuese el derecho de Isabel, no necesitaba menos por eso el apoyo de la España liberal. Puédese en buen hora combatir un partido oponiéndole otro partido; pero pretender como Cea combatirlos á entrambos á la vez, eso supone la intervencion de otro tercer partido que no existe felizmente en España.

Y la falsa posicion de Cea era tanto mas difícil de conservar cuanto que acababan de romperse las hostilidades en las provincias. El partido apostólico se constituyó agresor, y levantó en nombre del pretendiente el estandarte de la rebelion. El primer general enviado por Cea, Saarfield, fue á

cruzarse de brazos tranquilamente en Burgos, y fue reemplazado por Valdés, que lo fue él mismo por otros tan inhábiles como sus antecesores. El movimiento de las provincias exaltó á los liberales de Madrid, y produjo una reaccion, por desgracia demasiado poco violenta; los liberales se contentaron con desarmar el 27 de octubre á los realistas.

La impopularidad de Cea crecia á medida que se amontonaban los acontecimientos: en vano trató de desplegar una ridícula energía, decretando destierros arbitrarios, y suprimiendo periódicos; solo consiguió poner de manifiesto su impotencia. Sitiado y estrechado cada vez mas por dos enemigos igualmente exasperados, atado de pies y manos, y condenado á la inmovilidad, se vió aislado, y el consejo de regencia mismo acabó por soltarle de su mano, uniéndose al partido constitucional en reclamacion de garantías políticas. Los capitanes generales dieron el último golpe á la fortaleza desmantelada. El general Quesada lanzó desde Valladolid á fuer de perspicaz un manifiesto, mitad sumiso, mitad amenazador, en que pidió formalmente á la reina la destitucion de Cea. Tras Quesada vino Llauder: el protegido y verdugo de Lacy, capitan general de Cataluña, habia obrado su conversion: liberal ya entonces exagerado, ardía en amor de libertad; cubriendo una antigua enemistad personal con la máscara hipócrita de buen ciudadano, encarecia las exigencias de su colega, y poco le faltaba para pedir la cabeza de Cea.

Solo Cea, y aislado en medio de tan legítima inundacion, debia caer, y cayó. Cayó en nombre de esas instituciones que su terco sofisma rehusaba al público deseo, y que habian llegado á ser la única salvacion, la necesidad absoluta de la monarquía. Dejó pues el ministerio por segunda vez. La primera habíaselo quitado Fernando por demasiado liberal; Cristina le despedia mas tarde porque no lo era bastante. La primera vez tuvo por sucesor á uno de los mas furiosos absolutistas de España, á un enemigo irreconciliable de las libertades democráticas, al miembro mas intolerante del gobierno provisional de la fé en 1823, al duque del Infantado. ¿Y quién le sucede la segunda? Un ministro de la Constitucion, un antiguo diputado de las cortes de 1812, un hombre que habia espiado el doble crimen en los presidios de África y en la emigracion, Marti-

nez de la Rosa. El progreso iba envuelto ya en la sola antitesis de esos dos nombres.

La pragmática pues empezaba ya á dar sus frutos, y desde aqui puédese decir que se entra de lleno en la revolucion. El destierro de Calomarde y la entrada de Cea no eran en el fondo mas que una intriga palaciega. La destitucion de Cea y el advenimiento de Martinez de la Rosa eran la primera victoria de la democracia. Martinez de la Rosa en el ministerio era la doble rehabilitacion de 1812 y 1820, era la condenacion de 1823, era la convocacion de las cortes.

Ahora, si Martinez de la Rosa fue consecuente con sus antecedentes, y si correspondió á las esperanzas que legítimamente se fundaron entonces en él, eso es lo que los hechos van á probar ó á desmentir en el año siguiente.

DE 1830 Á 1836,

ó

La España desde Fernando VII hasta Mendizabal.

SEGUNDA PARTE.

Martinez de la Rosa abre el año de 1834. Sus antecedentes son demasiado públicos para que nos detengamos mucho en ellos. Conocido ya en 1820 entre los mas moderados, inspiró en 1822 bastante confianza al trono para verse encargado del timon de los negocios; pero poco feliz en su administracion, tuvo que retirarse despues de un ministerio de cinco meses, durante el cual el célebre 7 de Julio le manifestó inclinado á un golpe de Estado, que tendia á sustituir á la Constitucion de 1812, demasiado popular á sus ojos, una carta, y la instalacion de dos cámaras. Sus inclinaciones podíanse mirar desde entonces ya como poco revolucionarias; podíasele acusar de tibieza hácia las ideas democráticas.

La segunda restauracion fue mas clemente hácia él que habia sido la primera, porque ni aun fue desterrado. Voluntariamente pasó á Italia y á París, donde se entregó á las letras: durante su voluntario destierro Martinez de la Rosa permaneció estraño á todas las intentonas políticas de sus compatriotas. No tomó parte en la espedicion de 1830, y no siendo en realidad proscrito fue uno de los primeros que regresaron á sus hogares.

Tal era el hombre que la fuerza de las cosas llamaba al gobierno de la regenta. Su advenimiento al ministerio era efectivamente un gran paso. Pero apenas le fue entregada en tutela la revolucion naciente, todos echaron de ver que el ayo del nuevo Hércules era mas idóneo, y parecia mas dispuesto á enervar al robusto infante en mantillas, que á desarrollar sus fuerzas; fue en efecto el dragon mitológico enviado por la envidia para ahogar en su cuna al futuro vencedor de la hidra de las cien cabezas.

Cea habia caido por haberse negado al paso indispensable de la convocacion de las cortes: Martinez de la Rosa no ocupaba su puesto sino con la condicion, *sine qua non*, de convocarlas. Cualesquiera que fuesen sus secretas inclinaciones, no le era pues dado hacerlo ó dejarlo de hacer: la idea de convocacion preexistia en él; era solo admitido para llevarla á efecto; no era mas que el instrumento de una necesidad. Pero ¿qué via iba á escoger? ¿En qué términos iba á restaurar el antiguo derecho nacional? Esta era la cuestion.

Hombre contemporizador y de cuasi medidas, Martinez de la Rosa no podia proceder sino por compromiso, y por compromiso procedió. Profesando tan poco afecto á la Constitucion democrática de 1812, no era probable que fuese á desenterrarla por segunda vez: dejóla bajo su piedra sepulcral, donde yace todavía, segun parece para siempre. Si bien existen aun en la Península una nobleza, un clero independiente, privilegios de castas y desigualdades legales; con todo multitud de intereses se hallaban ya dislocados, cien prerogativas allanadas, y no pocas preocupaciones por tierra. La antigua forma de los tres brazos por tanto no era ya posible; ni hubiera contentado los intereses, ni las ideas, ni las pasiones: hubiérase debido empezar por desecharla completamente.

El público sin embargo esperaba la solucion del pro-

blema; tres meses la esperó. Por espacio de tres meses trabajó el ministerio Martinez en su grande obra política. Semejante á los antiguos sacerdotes de Egipto, el sanhedrin ministerial se recogió en el fondo del santuario, rodeóse de silencio y de soledad, reusando admitir á los profanos á la iniciacion de sus misterios antes del dia prefijado por su idea. Llegó por fin ese gran dia; una mañana de Abril el Monte Sinai hizo resonar sus trompetas, y las nuevas tablas cayeron de las nubes sobre la cabeza de Israel. El moderno decálogo hubo por nombre *Estatuto Real*.

Puesto que nos hemos tomado la libertad de hacer intervenir en este negocio al Monte Sinai, bien podremos sin inconvenientes seguir la metáfora, y añadir que nunca el antiguo apólogo del *Monte de parto* tuvo mas solemne aplicacion. El Estatuto fue el verdadero *ridiculus mus*. No valia por cierto la pena de colocarse á tal altura, ni de afectar tan solemne aparato la escuálida creacion. El Estatuto no fue mas que un mal remedo de la carta sacramental inglesa: esto es; de la famosa máquina de tres ruedas, sin contar con una norme heregía de mas en la composicion de la cámara alta, y muchas cosas buenas de menos en sus demas partes. La heregía política es patente: los próceres ó pares se dividen por él en dos clases, próceres natos y hereditarios, y próceres vitalicios por eleccion de la corona: ¡chocante anomalía! Se pretende formar un cuerpo que tenga unidad y armonía, y compónese de dos elementos rivales y heterogéneos; se crean en su seno dos intereses opuestos, y se instituye en él por consiguiente una anarquía permanente. Otra heregía no menos importante es la que priva á las dos Cámaras ó Estamentos del derecho de hacer ellas mismas su reglamento interior; la corona es quien se le impone. Mas como la iniciativa legislativa reside enteramente en el poder real, las cortes vienen á ser una especie de consejo de Estatuto, un cuerpo consultivo.

Otras imperfecciones no menos graves pudiéramos señalar en el engendro político del ministerio Martinez, pero sería tiempo perdido si recordamos que no es invulnerable, y que el primer paso que dé la revolucion lo derribará hecho polvo á sus pies.

No es esa sin embargo la opinion de su otorgante; com-

plácese, exáltase en la contemplacion de su obra; el Estatuto es para él una de aquellas concepciones gigantescas y definitivas que hacen época en la historia de las naciones, y despues de las cuales el género humano nada tiene que hacer sino cruzarse de brazos y dormirse á su sombra. Es la piedra filosofal de la ciencia del gobierno, y admírase su autor de que poseyendo tan raro tesoro, la España se atreva todavía á aspirar á cosas mejores. No duda un momento que ha tomado puesto entre los grandes legisladores de la antigüedad: Licurgo y Carondas, dioses caidos, han de postrarse ante él: nada les queda que hacer sino velarse la faz. ¡Lástima es solo que los colegas de su ministerio, ante los cuales se leyó y discutió en mas de treinta sesiones preliminares, puedan reclamar alguna parte de su gloria!

Tal cual es sin embargo, y aunque inferior con mucho á la Constitucion de 1812, por mas que esta esté lejos de ser perfecta, el Estatuto Real no dejó por eso de tener la gloria de romper el largo silencio impuesto á la España por la tiranía del perjurio y de la violencia: volvió á abrir el campo á los debates políticos; dió lugar á que los periódicos tomasen parte en las discusiones parlamentarias, y la opinion pública pudo pasar por un nuevo aprendizage. Todo eso existe al fin, y fuerza es aceptar esas primeras y tímidas conquistas como preludio y presagio de otras mas audaces y positivas. Solo como medida transitoria puede tener el Estatuto cierto valor; considerado en sí mismo carece totalmente de él, pues que ni emana de ningun principio, ni proclama principio alguno.

El mes de marzo se señaló con dos acontecimientos graves; primero con una tercera amnistía, no absoluta: no llegó la vez de Mina y de sus compañeros de 1830 hasta el mayo siguiente. El segundo fue la creacion de la Milicia Urbana: una chispa carlista se manifestó el 4 en Madrid, y aunque facilmente sofocada, bastó á convencer de la necesidad de armar á los liberales para un evento. El alistamiento empezó por ser voluntario, y no se tardó mucho en hacerlo obligatorio por medio de una ley calcada sobre la francesa. Pero apenas formada esta Milicia Nacional, empezó á ser un objeto de espanto para el ministerio Martinez, y durante toda su administracion solo se pensó en ponerle trabas.

El mismo mes que vió nacer el Estatuto Real dió vida á la deseada cuadruple alianza: el último cange de firmas es de 22 de Abril. Solo la Francia y la Inglaterra estaban á la sazon representadas en Madrid, porque eran las únicas entre las grandes potencias que habian reconocido á la reina Isabel. El Austria, la Rusia, la Prusia, Nápoles misma, á pesar de los vínculos de la sangre, habian retirado el año anterior sus ministros y embajadores. Esas cuatro cortes entonces, como ahora, no tenian mas que encargados de la correspondencia; algunos de estos agentes habian tenido la pretension, por lo menos incongruente, de hacerse centro de necias intrigas carlistas, y en eso habianles asistido cordialmente sus cofrades de la Haya y de Turin, cuyas simpatías no podian menos de adherirse á la causa del pretendiente. Esto era abusar de la inviolabilidad que el derecho de gentes les confiere; el único papel que le sea decente representar en tales casos á la hostilidad oficial es la neutralidad del silencio. Los corresponsales diplomáticos de Madrid lo han hecho conocer, y de entonces acá han permanecido tranquilos. Romano tenia tampoco agente alguno acreditado cerca de S. M. católica; el obispo de Nicea, antiguo nuncio, vivia retirado en calidad de simple particular.

En cuanto á Portugal, el viento habia cambiado: dos años antes se habia intentado intervenir en favor de don Miguel: á la sazon doña María habia sido reconocida, y Rodil habia pasado la frontera para sostener sus derechos. Ambas cortes parecian haber olvidado sus antiguas rencillas, y vivian al menos oficialmente en las mas estrechas relaciones de amistad.

Terminada la campaña pasó Rodil al ejército del Norte y tomó el mando, pero aconteciólo lo que á sus antecesores; no hizo mas que aparecer y desaparecer. Cedió el puesto á Mina. No tenia en su origen la guerra de Navarra la importancia que ha tomado despues; con determinacion y prudencia hubiérase apagado la naciente hoguera; pero era preciso á toda costa impedir la reunion de los dos intereses absolutista y municipal: la cosa era posible interesando á las provincias vascongadas en el orden de la sucesion; de esta suerte se les hubiera segregado de la causa del pretendiente. Pero se hizo todo lo contrario: «Sometámoslas, decia Martinez de la Rosa, y luego ha-

blaremos.» Tratóse de humillar á los insurreccionados, y ellos son los que con lucha tan larga nos han humillado.

El descuido, la inesperiencia del ministerio Martinez y su inaccion han puesto la lucha en el punto en que está: él es quien ha cavado, ó por lo menos visto cavar ante sus ojos tranquilamente la honda sima donde mira la España hundirse sus tesoros, desarmarse sus ejércitos y comprometerse su porvenir!

Un acontecimiento imprevisto vino á complicar el enredo: don Cárlos, despues de haber vagado por las fronteras de Portugal, habia abandonado la Península, y cuando todo el mundo creía en Madrid que resignado con su suerte yacía oscuro en un rincon de Inglaterra, apareció de nuevo en el corazon de la Navarra. La presencia del pretendiente vino á dar á la guerra un carácter imponente, que ha bastado desde entonces á fijar sobre ella las miradas inquietas de la Europa.

Pero volvamos las nuestras á Madrid, donde se presenta en escena un nuevo actor destinado á hacer un papel demasiado principal. El conde de Toreno, cuyos antecedentes no eran menos conocidos que los de Martinez, y que regresó á España á fines de 1833, presentóse para Martinez como un rival temible, pues que la opinion le designó desde luego por gefe del gobierno ó de la oposicion. Martinez hubiera intentado en vano luchar con tan terrible atleta: forzoso era pues hacer del ladron fiel, y declararse amigo del enemigo temible. El ministerio hizo lugar al recien venido: brindósele con el despacho de Hacienda, que fue aceptado.

No era acaso esa posicion delicada comprometida la que al conde convenia; acaso hubiera sido mas político darle el ministerio del *Fomento*, vacante por dimision de Burgos, derribado por la opinion pública, y que habia servido de guion entre el ministerio de Cea y el de Martinez. Hubiérase debido llamar francamente al ministerio al conde de Toreno desde el mes de enero, pero Martinez de la Rosa queria reservarse para sí solo la gloria de bautizar el Estatuto: esta mezquina envidia de literato esplica su tenaz oposicion cuando el nuevo candidato apoyado por la Francia, le fue designado por la opinion pública. Llegó hasta herir gravemente su amor propio prefiriéndole una nulidad, que era mas de su gusto, por-

que la temia menos: si consintió por fin en admitir á su rival por colega, fue á los últimos, y cuando debiendo abrirse las cortes comenzaba á organizarse la oposicion. El peligro era urgente, y el instinto de la propia conservacion venció los cálculos del amor propio.

Sabido es que la apertura de las cortes convocadas en virtud del Estatuto se verificó el 24 de Julio. El 17 habia sido testigo del sangriento desastre de los frailes; nueva ocasion de deplorar la ineptitud del ministerio Martinez, que no supo prevenir ni reprimir el desorden, y que creyó componerlo todo tomando una venganza bárbara y hasta inicua. La víctima espiatoria de aquella calamidad fue un mozo desdichado de diez y ocho años, cuyo crimen se reducia á haber sido sorprendido con unos arapos de fraile y unas estampas. Ningun cargo grave resultaba contra él, pero no por eso dejó de sufrir la pena capital cinco meses despues del suceso, es decir, cuando olvidado ya el atentado, perdia el escarmiento hasta su supuesta eficacia.

En cuanto al desastre de los frailes no pudo considerarse como un movimiento político: efecto de la exaltacion producida por la invasion del cólera, solo se puede sacar de él una profunda é inesperada leccion, á saber: que las sospechas del pueblo español y su ira cayeron sobre los frailes, y que estos fueron juzgados envenenadores; hecho importantísimo que proyectó una luz nueva sobre el estado de las creencias populares de la Península, y probó por lo menos que el antiguo prestigio habia cesado asi en la católica España como en los demas paises.

Abriéronse por fin las cortes: desgraciadamente produjeron pocos hombres nuevos: el cetro de la elocuencia quedó en las antiguas manos: nadie se le disputó; pero los usados campeones aparecieron mas bien como veteranos cansados ya de anteriores campañas, que como soldados de refresco. Faltó la juventud, y notóse el vacío. Hubieran sido de desear mas novedad, mas hombres de la época: echáronse de menos un sentimiento pronunciado de progreso, instintos mas democráticos, mayor inteligencia de las nuevas doctrinas sociales, mas saber, mayor conocimiento en fin de los males de la monarquía y de los remedios posibles: menos lujo de teorías estrangeras inaplicables al pais: en una palabra, las cortes primeras del Estatuto fueron la espresion de las rancias doctrinas del

siglo pasado, y una tercera edicion de las primeras y de las segundas, si bien con menos calor y menos fuego: faltas de luces y de patriotismo ardiente, no se hallaron bastante dotadas de instinto revolucionario, no comprendieron su mision. Las cuatro quintas partes de una sesion que duró diez meses se perdieron en debates ociosos, pueriles, episódicos. La España se presentaba alli como Job, esponiendo á la vista del mundo sus mil llagas abiertas, en tanto que los médicos disertaban eruditamente sobre Hipócrates y Galeno. El recuerdo urgente del enfermo solo se presentaba de cuando en cuando á alarmar momentáneamente con sus agudos quejidos á los ineptos doctores.

En cuanto á los clásicos oráculos de la Península, confesemos que el tiempo les arranca diariamente sus antiguos laureles: su fama es mas grande que ellos. Sin querer ofender al divino Argüelles, diremos que no nos ha parecido sino muy humano. Fuélo sin duda en los muros de Cádiz: la edad, el destierro, la persecucion, los desengaños tal vez le han arrrebatado su divina aureola. La autoridad de una vida sin mancha, el prestigio de una reputacion pura, no han podido devolverle su olimpo: dios caido, sus acentos son harto terrestres. ¿Podia encontrar Apolo en medio de los pastores de Tesalia los mismos acentos que en la mesa de los dioses?

Y en realidad fuera injusto pedir á hombres de otra edad las ideas y las pasiones de la juventud. Tuvieron sus dias, pero pasaron. Hé aqui cuanto de ellos hay que decir. De la ausencia del elemento jóven en las cortes ¿deduciremos que no le hay en España? No, sino que no ha sido llamado. El ministro del Estatuto Real, lejos de buscarle, le ha estrañado de sí porque ha temido su presencia. El hijo del hombre decia que no pueden zurcirse retazos flamantes en ropas viejas, y que mal se conserva vino nuevo en vasijas amohecidas. Martinez de la Rosa se ha hecho justicia á sí mismo sin saberlo: ha conocido que la Constitucion de antaño era caduca y usada, y ha temido que cayese hecha polvo á la impresion primera del aire fresco de la mañana.

Demos sin embargo una rápida ojeada á las cortes y á las primeras espadas que en ellas se han distinguido.

Martinez de la Rosa es hombre de tribuna; y su error radical y permanente, el que le ha hecho tenerse por hom-

re de estado, es haber tomado siempre la palabra por la accion. Este error mismo prueba hasta qué punto las pasiones del orador son en él superiores á cualquier otro interes. A sus ojos una arenga es un hecho material; y así como el verdadero hombre de estado vela durante la ejecucion sobre los detalles todos de una operacion del gobierno, así lleva hasta la mas estremada minuciosidad la atencion que presta á sus discursos. ¡Cuántas veces se le ha visto á ese primer ministro de una monarquía en revolucion encerrarse horas enteras en su gabinete! ¿Y para qué? para corregir las pruebas de sus discursos: no hubiera podido tolerar que la gaceta los publicase con una coma de mas ó de menos. Los negocios del Estado yacian entretanto paralizados; pero el orador estaba satisfecho, y el ministro no pedia otra cosa.

La pompa es el caracter de su elocuencia: para desarrollarse ha menester del estímulo de la tribuna; en un salon, en sociedad, no tiene conversacion. La desconfianza que forma la base de su carácter, parece entonces paralizar su lengua, se evade, elude, se parapeta detras de los monosílabos, y esta disposicion particular de su carácter llena de tropiezos su trato político; la mas sencilla negociacion viene á ser con él una pesada labor. Es quisquilloso ademas, y un tanto jesuítico: á esto se agrega que carece de memoria y que es obstinado, circunstancias ambas que contribuyen poco á facilitar los negocios.

Martinez de la Rosa es sumamente laborioso; pero si trabaja mucho, tambien trabaja generalmente mal. De resultas de su inveterada desconfianza de los demas, ó mejor de la presuncion que tiene de sí mismo, perdia un tiempo precioso en ocupaciones subalternas que hubiera debido dejar á sus dependientes. Su defecto capital es el de ahogarse en los detalles; fáltale ese golpe de vista general que procede en grande, virtud tan indispensable en el estadista como en el militar. No pudiendo remontarse nunca sobre su posicion, ésta le domina siempre, en vez de ser dominada por él. En vez de conducir los acontecimientos, le conducen ellos á él; y asi es que en cuanto á ministro vivia á la ventura, sin plan para el porvenir. Esto no obstante, su optimismo imperturbable venia á ser cómico á veces de puro candoroso: siempre tenia guardada una apoteosis para cada una de sus derrotas, y una esplicacion gloriosa de todas sus

vicisitudes ministeriales. En punto á reformas no podia ser mas curioso su modo de argüir. «Un abuso establecido, decia, tiene inconvenientes, verdad es; pero esos inconvenientes son conocidos, al paso que la reforma puede acarrear otros que no lo son, y dificiles por el contrario de prever; ahora bien, vale mas lo malo conocido que lo bueno por conocer; luego vale mas el abuso que la reforma.» Teorema brillante por cierto, y cuyos corolarios pueden llevarnos lejos: el ministro que de esa manera arguye, ya está juzgado; podrá ser un hombre de mundo, un orador elegante, un poeta distinguido, pero estará siempre dislocado á la cabeza de una revolucion.

El que en la tribuna podia aparecer como rival de Martinez de la Rosa era Alcalá Galiano, miembro de las antiguas cortes: pasó su emigracion en Inglaterra; de aqui su anglomanía declarada y su antipatía á la Francia. Devuelto al teatro de sus primeros triunfos, se encargó del papel de tribuno.

Es el hombre de España que habla mas, y oyéndole quisiéramos que hablara mas todavía; con todo sería dificil. Es un manantial inagotable, y que no se detiene en su curso hasta el mar. Pero Alcalá Galiano no necesita como Martinez de la Rosa del aparato animador de la tribuna; orador en particular como en público, siempre está pronto. La palabra es su elemento. Dificilmente pudiera ser la nobleza el carácter peculiar de una elocuencia tan contínua, y en este sentido es el orador gaditano el reverso de la medalla del granadino. Su elocuencia es mas familiar, á veces demasiado; nada le estorba, y de aqui que sus tiros sean por lo regular mas mortíferos; una vez hecho dueño de su adversario, dale mil vueltas, y no suelta la presa sino despues de haberle acribillado. No le remata de un solo golpe, pero le acosa á picaduras, que pondrian á un gigante en el mismo estado que el oso de la fábula perseguido por las abejas. Nunca hemos visto á Alcalá Galiano titubear un solo instante, ni andar buscando ni eligiendo las frases; improvisador incansable, su facilidad, su flexibilidad sobrepujan su afluencia. En una palabra, es el orador mas popular, pero escasamente le concederemos el don de gobernar; y el ministerio á que aspira le prepara en nuestro entender acerbos desengaños.

El orador de la oposicion pasada cuyo carácter de clo-

cuencia se asemeja mas á la de Martinez de la Rosa es Argüelles. Noble como él, severo y comedido; pero el escepticismo y la irresolucion le han arrebatado su antiguo prestigio; hombre de restricciones, no concluye jamás, y es muy comun en él que la segunda frase destruya la primera; ningun orador tiene en Europa mayor provision hecha de prudentes adverbios: *con todo*, *sin embargo*, *tal vez*, *permitasenos*, *si me es lícito*... Doctrinario por escelencia, ha perdido el privilegio de conmover aun á los hombres de su partido. Es anglomano como Galiano, y por las mismas causas; y en cuanto á principios, como muchos en España, liberal del siglo XVIII. Se plantó en 89, y por él no pasan dias.

En cuanto al conde de las Navas, cuyo nombre ha adquirido cierta celebridad, no se puede decir de él que sea un orador; ni posee el don de la palabra, ni el gesto; pero hállase dotado de singular aplomo, y de un espíritu de censura infatigable. Es el tipo perfecto de la oposicion sistemática; pendenciero, buscarruidos, martirizador, haria perder la paciencia á la paciencia misma, y si se sentasen ángeles en los bancos ministeriales, comprometerian su salvacion discutiendo con él. A pesar de esa especie de don quijotismo de oposicion, el papel que las Navas haga en cualquiera cámara es de la mayor utilidad. Necesítanse hombres de su temple, ojos de lince como los suyos, que todo lo escudriñan, lenguas indiscretas que no reconocen cortapisas; centinelas avanzadas, vigías perpetuas de la libertad; tales hombres son el mejor parapeto de los derechos públicos. Espónense á veces á algunos errores, á suposiciones exageradas hijas del celo mismo; pero el procomun compensa tan ligeros riesgos. Cualquiera que sea la opinion que del conde de las Navas se forme fuera del Estamento, una vez allí es fuerza oirle, porque nunca fastidia, y divierte á veces; tiene salidas felicísimas, y á cada instante vierten sus labios epigramas oportunos, agudos rasgos de ingenio. Antípoda del estilo académico, y diciendo cuanto le ocurre sin pararse, su improvisacion tiene todo el interes de la novedad y de cosa no esperada.

Bien quisiéramos hacer mérito de los pocos hombres nuevos que forzando la consigna del Estatuto Real, han sabido hacerse lugar en el Estamento estacionario, cuando no retrógrado, y mas desearíamos aun concederles la patente de oradores; pero en conciencia no es posible: los an-

tiguos han conservado hasta ahora la corona. Lopez se habia anunciado en un principio con esplendor; pero no se ha sostenido: el malogrado Trueba no correspondió á las esperanzas formadas. Gonzalez y Caballero pudieron pretender la palma del patriotismo, nunca empero la de la elocuencia.

Algunos se distinguieron por sus conocimientos, su solidez, su exacta y aun á veces elocuente diccion, como el marqués de Torremejía; y otros han callado ó han hablado poco, de cuyo saber sin embargo, y de cuya especialidad en algunos ramos no se puede dudar. Tales son Florez Estrada, reconocido ecónomo político; Montevirgen, Rivaherrera, &c. En cuanto al presidente Isturiz, es un verdadero radical; desplegó tino é imparcialidad superiores en su importante cargo; su elocuencia es enérgica, su palabra firme y decidida, y se le concede gran capacidad. Eso es lo que pronto hemos de ver. La hora de la accion ha sonado para él.

En cuanto al Estamento de próceres, esa aristocracia mista que empieza en Medinaceli y acaba en el poeta Quintana, si se admiten dos ó tres escepciones, el ilustre cuerpo ejecutaba con el mas solemne silencio y la mas religiosa puntualidad cada uno de los movimientos que le plugo al ministerio indicarle. Manequí dócil, nunca hizo sino marcar el paso. Esa cámara no tiene existencia propia, y su autoridad, su influencia son nulas: creacion abortada, rueda inútil que entorpece el movimiento, si la máquina se detiene, no tiene fuerza para hacerla andar; y una vez en movimiento, le es igualmente imposible detenerla, aunque se le pasase tal idea por la fantasía.

La España á pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática; el dogma de la igualdad cristiana ha pasado de la iglesia á las costumbres, y una vez ahí, no puede tardar en introducirse en la legislacion. Si en el destino de la familia aristocrática de los próceres hubiera estado el conquistar una importancia política, solo hubiera podido adquirirla á merced de las ilustraciones plebeyas cuya adopcion le fue impuesta; pero hasta eso le habia sido vedado: la medida careció de lógica y de eficacia. No estan la vida y el movimiento por esa parte. Ni un orador ha salido de entre aquellos venerables sepulcros, ni una voz se ha

echado á turbar el silencio de las catacumbas. Dejémosos dormir en paz.

Antes de cerrar la primera sesion echemos una ojeada al esterior: pocos acontecimientos llaman nuestra atencion; una vez convocadas las cortes, toda la vida política refluyó al centro del cuerpo social. El primer hecho extraparlamentario que merece mencion es la prision aventurada de Palafox. Aun no se habia abierto la sesion, y ya un movimiento radical, cuya bandera era la Constitucion de 1812, protestaba contra la obra incompleta del Estatuto; pero ni estalló nunca, ni aun el público tuvo datos suficientes para creerlo existente; el general Palafox impugnó su acusacion, y este acontecimiento solo pudo servir de prueba á un descontento sordo y precursor de mayores tormentas; probó que desde el principio de la campaña parlamentaria Martinez de la Rosa se veía entre dos fuegos.

El año 1835 se abrió con una insurreccion militar; este sangriento episodio costó la vida al general Canterac, que acababa de tomar el mando de Madrid, y la bolsa del despacho de Llauder, que dias antes se habia apoderado de ella. En esta ocasion dió muestras de una incapacidad imbécil dificil de creer. Falta la conspiracion del apoyo con que contaba, mal manejada, y no suficientemente divulgado su objeto entre los que pudieran haberla sostenido, forzoso fue capitular; pero es bueno advertir que quien capituló fue el gobierno: los valientes que se habian hecho dueños de Correos atravesaron Madrid arma al brazo y tambor batiendo al frente de la guarnicion con quien se habian tiroteado, y fueron á unirse al ejército del Norte, única gloriosa pena impuesta á su movimiento. El pueblo, que simpatiza siempre con el débil valiente, les dió comitiva, los dejó fuera de puertas, y los proclamó los héroes de aquella jornada, que anuló á Llauder. Interpelado en el Estamento, como ministro y como general, que ni habia previsto el movimiento, ni le habia sabido reprimir con las armas en la mano, y abandonado á su propia nulidad parlamentaria, corrió á refugiarse con toda la pompa de la ignominia á su capitanía general de Cataluña, que habia tenido la precaucion de reservarse, porque no era hombre como Cortés capaz de *quemar sus naves*. El pueblo catalan se encargó de quemárselas de allí á poco en el movimiento de las juntas.

Sucedióle en el ministerio el general Valdés, cuya crédula honradez no bastó á sostenerlo: su administracion fue pura, pero impotente. Llamado á reemplazar á Mina en el mando del ejército del Norte, fue á perderse en el propio abismo que á tantos habia tragado antes que á él.

Dos meses despues tuvo lugar en Málaga un movimiento mas sério; pero aislado ese movimiento, y sin bandera, la victoria fue inútil, y la autoridad militar recobró el puesto. Estos no eran mas que los primeros síntomas, las avanzadas de la gran insurreccion nacional, regularizada poco despues por las juntas.

Una conspiracion carlista marcó la clausura de las cortes; pero la intentona no podia tener mas que un resultado en Andalucia, teatro que escogió para darse á luz. Sorprendida cerca de Sevilla, su cabecilla fue fusilado con algunos de sus parciales, y el partido recibió la leccion con el silencio del vencido.

Cerráronse en fin las cortes, que murieron de consuncion y fatiga: desnudas ya de interes, es lícito creer que Martinez de la Rosa no las prolongó tanto tiempo sino para prolongar su propia existencia. Los debates parlamentarios fueron el aceite de la lámpara de este nuevo *hechizado por fuerza*. Conocia que descender de la tribuna era para él bajar del ministerio, y en realidad el efecto no se hizo esperar de la causa. Las cortes se cerraron en fines de mayo, y el 9 de junio Martinez de la Rosa habia cedido el puesto á Toreno.

El ministerio Martinez se reasume todo entero en el Estatuto Real; diez y seis meses ha vivido sobre ese fondo. Una vez concedido el Estatuto, su autor creyó haber concluido su mision: ese fué su error fundamental; apenas en camino, ya quiso poner la galga: harto pronto por cierto; empresa temeraria: su mano era demasiado débil para resistir la fuerza del impulso; la cuesta era pendiente, y el carruage le arrastró y lo echó á rodar. Martinez de la Rosa hubiera sido tal vez en tiempos pacíficos un buen ministro de bellas artes; pero no era el piloto que podia maniobrar en la tormenta.

La España está acribillada de abusos civiles, judiciales, burocráticos, de todas especies, en fin. O no supo verlos, ó no quiso aplicarles el escardillo. Ni se trataba de teorías sociales, ni de principios abstractos, sino solo de reformas ad-

ministrativas; pero una vez erigida en sistema la inmovilidad, no tocó á nada por temor de tener que tocar á todo. El reinado de Martinez de la Rosa no hizo sino poner la monarquía á la orilla del precipicio.

El hombre encargado de detenerla en su ruina se presentó tarde, y la primera falta del conde de Toreno fue no haber arrebatado antes las riendas de manos de su rival. Pudo, y debió hacerlo. Pero su error fecha de mucho antes: devuelto en un principio á la vida pública, dos papeles podia representar; podia ser gefe de la oposicion, y prefirió ser ministro; sacó la corta paja, y tomó una posicion falsa; entrar en un ministerio ya formado, y cuya direccion suprema no le era desde luego confiada, era comprometer doblemente su responsabilidad, pues que aceptaba por una parte el pasado, en que no habia tenido parte, y se asociaba por otra á un porvenir que no podia dirigir á su albedrio.

No se le ocultó enteramente esto al conde de Toreno, pues que repetidas veces afectó encerrarse en los límites de su especialidad; pero esa táctica era imposible; las cuestiones generales eran demasiado inminentes, y le forzaban á acudir á la brecha, al socorro de su rival, de quien habia tenido la torpeza de hacerse colega.

A pesar de lo dificultoso de posicion tan equívoca, conservó por largo tiempo su prestigio, y mas que colega de Martinez, fue reputado su sucesor; tuvo un momento, único acaso en la vida de un hombre de estado: aunque ministro, habia conservado un pie en la oposicion: reunió á un mismo tiempo las esperanzas de la corte, del Estamento y de la imprenta: el pais todo no tenia mas que una voz para encomiar su destreza y su capacidad: entonces debió realizar su 18 brumario: la ocasion era brillante, pero la desaprovechó: favorito mimado de la fortuna, se manifestó desdeñoso de sus favores, y ella le castigó quitándole su privanza.

Cuando en el mes de junio tomó las riendas del estado, la España no vió ya en él mas que un cambio de nombre, no un cambio de sistema; no la engañó su instinto. Campeon del Estatuto Real, el conde de Toreno se habia hecho por demasiado tiempo cómplice de la política estacionaria de su antecesor para no inspirar legítimas desconfianzas: el prestigio estaba ya destruido. Debiera haber roto todo vín-

culo con el anterior gabinete, y haber dado su programa; su silencio pareció sospechoso, y ya desde entonces el conde de Toreno no fue mas que el continuador de Martinez de la Rosa. Obligado á componer un ministerio, quiso ayuntar nombres heterogéneos; desde el marqués de las Amarillas, el hombre mas aristocrático y mas impopular de España, hasta Mendizabal: semejantes enlaces fueron estériles.

La fortuna con todo antes de volver enteramente las espaldas á su favorito, le dió la última prueba de ternura; apenas entronizado el nuevo ministerio, murió Zumalacárregui (25 de junio). Fuera injusticia negar á este suceso una importancia que solo la torpeza del gobierno de Madrid pudo arrebatarla. Zumalacárregui, regalo que hizo á la causa del pretendiente la poca perspicacia de Zarco del Valle, era el hombre de la faccion; y habiendo sabido aprovechar el momento de su muerte, la lucha estaba concluida.

A este acontecimiento, de que ningun partido se supo sacar, habia precedido la peticion de intervencion, que á semejanza de Martinez repitió Toreno: paso impopular para unos, única áncora de salvacion segun otros. El conde de Toreno no podia desconocer que era su único apoyo, y la denegacion, para él inesperada, del gobierno francés le irritó tanto mas, cuanto que sin intervencion su ministerio era imposible. Desamparado de su único arrimo se desanimó, y solo trató de prepararse una caida honrosa; pero esta es la ocasion de decir lo que pensamos. Aun en el caso de haber elegido el conde de Toreno el papel de tribuno, aun habiendo tomado antes la direccion del estado, aun habiendo roto con el ministerio Martinez, aun sostenido por una intervencion, su reinado hubiera sido corto. El conde de Toreno no es hombre de revolucion; sóbrale escepticismo, y fáltale ambicion; no la ambicion que quema el templo de Éfeso, sino la noble ambicion tan necesaria en el hombre de estado, virtud eminente en las altas posiciones sociales. La ambicion de Julio César, que rompe en los campos de Farsalia el patriciado romano; de Richelieu, que se lleva consigo al sepulcro la aristocracia francesa, y que muriendo deja al trono y al pueblo en lucha abierta; de Napoleon, en fin, que entroniza al pueblo, que inocula la democracia á la Europa entera. Ambicion que forma un plan vasto, que tiene un objeto grandioso, y que corona su obra

con la energía y la perseverancia: ambicion, foco inmenso de la vida, de que ni una sola chispa anima al conde de Toreno. Privado de toda conviccion fuerte, única fuente de las virtudes cívicas, ni se adhiere á principios fijos, ni tiene creencia alguna política. Las necesidades del hombre de mundo son mas imperiosas en él que los intereses políticos; y poco le importa el mando, con tal que de sus ruinas pueda salvar las comodidades de la vida, y el refinamiento sibarítico que preside á sus inclinaciones. Si bien superior á Martinez de la Rosa en capacidad, no es por eso mejor ministro de revolucion. Su indiferencia le hizo poco mirado en la eleccion de los funcionarios públicos, y como rentista, como administrador, como gobernante, su reinado fue igualmente incompleto. El conde de Toreno fue únicamente uno de los primeros oradores de la cámara: su elocuencia no se parece ni á la de Martinez de la Rosa, ni á la de Galiano; mas dialéctico que elocuente en la acepcion rigorosa de la palabra, discute mas que persuade; convence, sino arrastra; no sorprende, pero prueba; es elegante y conciso, ingenioso y afluente. Se posee, y nunca dice sino lo que quiere decir: una vez provocado, vuélvese acre y mordaz; exasperado, su lengua es un puñal. Nadie conoce mejor que él hasta dónde puede contar con la paciencia de un auditorio prevenido en contra suya, y en la última sesion ha sabido casar sus instintos sarcásticos con una afectada humildad y apocamiento capaces de desarmar á su mayor enemigo.

Inútiles le fueron empero todas esas calidades: no podian evitar su ruina, por mas que hubiesen acertado á retardarla. Ya llegamos al desenlace. La primera señal se dió en Zaragoza el 6 de julio: dirigióse el movimiento popular contra los conventos: á esta primera esplosion sucedió un pequeño intérvalo, pero el fuego se propagaba subterráneo, y no tardó en comunicarse á Cataluña: Reus, Tarragona, Barcelona, se apresuraron á seguir el ejemplo: tales escenas de incendio y carnicería podrán ser terribles, pero su esplicacion es justa y sencilla. Es fuerza no olvidar que los conventos no podian menos de ser mirados en España como otros tantos focos naturales de la guerra civil, y los frailes como sus tesoreros. La guerra civil es la llaga mas dolorosa de la Península, y la que está al alcance de todo el mundo; de aqui el desencadenamiento general del pais contra los conventos y sus habitantes; herirlos es herir á la faccion y

á don Cárlos, y por ahí se empieza, porque ahí está el peligro, y la sociedad acude siempre á lo mas urgente. Las consecuencias podrán ser sangrientas; pero confesemos al menos que siempre es consolador pensar que si se examinan las cosas á fondo, esas escenas mortíferas no son como se quiere suponer efectos de feroces caprichos, y de un instinto ciego y desordenado, sino la consecuencia llevada al estremo solamente del derecho de defensa que tiene toda sociedad al verse acometida, y la exageracion indispensable en tales momentos del sentimiento de conservacion de cada individuo que la compone.

Al llegar aqui empieza el importante papel que en esta revolucion estaban llamadas á representar las juntas, cuya instalacion se refiere al mismo derecho de defensa, al propio sentimiento de conservacion. «No sabeis protegernos, dijeron tácitamente al gobierno; os retiramos nuestros poderes, y vamos á protegernos á nosotros mismos. Los facciosos inundan nuestras campiñas, llaman á las puertas de nuestras ciudades: vamos á proveer nosotros mismos á nuestra seguridad.» Agregábase á tan justas exigencias la interminable lista de las vejaciones sufridas, vejaciones que acusaban altamente á la administracion de Martinez, y sobre todo al que debiendo haber conocido mas recientemente su gravedad, habia parecido burlar la pública espectacion, haciéndose continuador del derruido gabinete, y adoptando la responsabilidad de sus errores. ¿Qué derecho tenia á quejarse si la nacion pedia en él una víctima espiatoria? Las juntas todas reclamaron su destitucion.

Este episodio de 1835 es único en los fastos modernos, y ha venido á poner en evidencia dos hechos: primero, que no habiéndose separado en aquella crisis las provincias de la capital, el federalismo político no es ya de temer en un país donde entre tantos peligros ha sabido salvarse la unidad nacional: segundo, que ese gran movimiento no produjo ningun hombre nuevo, y que no ha salido del seno de esas borrascas anónimas un solo hombre capaz de bautizarlas. ¿Se deberá desesperar por eso de la revolucion española? Todo lo contrario: eso mismo prueba que no es patrimonio de nadie, es decir, que es patrimonio de todo el mundo. Es imposible matarla en un hombre. Está en el estado de instinto: esta es la primera faz de toda reforma social: antes es tener el sentimiento de los abusos, y luego combatirlos

la lucha empieza despues, pero sorda, incierta, sin plan, sin sistema; existen millares de soldados oscuros antes de que se alce un general y los domine á todos.

La revolucion española está en su primer grado; está en la atmósfera, digámoslo asi, la respiramos, la sentimos; pero es vaga todavia y no reviste forma alguna determinada; solicita por el contrario una que le convenga; es una alma que busca un cuerpo á quien animar. No le ha encontrado todavia, pero le encontrará. Los hombres del Estatuto Real, los de la oposicion, asi como los del poder, no son de ella hasta ahora sino una personificacion imperfecta; aspira á individualizarse de una manera mas decisiva y poderosa. Dificil es prever todas las vicisitudes que la esperan; las trasformaciones que está destinada á sufrir; pero puédese sí asegurar que ya es invencible. Su contemporizacion, su lentitud son señales de fuerza y de vitalidad. ¿Por qué, pues, alarmarnos? Démonos por el contrario el parabien. Las leyendas mitológicas hablan de una madre cuyo alumbramiento duró veinte dias y otras tantas noches; pero de tan largo parto nació un dios que tenia delante de sí mas siglos de vida que horas habia costado su nacimiento, porque tenia la eternidad.

Todo el mes de agosto tardaron las juntas en constituirse. El conde de Toreno trató de hacer frente á la borrasca, mas acaso por el buen parecer que con la esperanza de conjurarla. Una pequeña y efímera victoria en Madrid prolongó algunos dias su existencia ficticia; pero la rendicion de la Milicia Urbana de la capital, á que se siguió una reaccion contra los carlistas motivada por las locas esperanzas de estos, en nada alteró la situacion general de las cosas; las provincias se mantuvieron firmes: desde la Coruña á Cartagena, de Cádiz á Barcelona no faltaba un solo eslabon á la cadena popular. Las autoridades que no quisieron asociarse al movimiento magnánimo, fueron depuestas ó víctimas de su terquedad, y la monarquía desmembrada quedó reducida al suelo que la corte pisaba.

El conde de Toreno quiso responder á ese vasto concierto de hostilidades y de amenazas con un manifiesto, verdadero papel mojado que declaraba rebeldes á las juntas, y les intimaba su disolucion; manifiesto ridículo que en unas partes hizo reir, y en otras llevó á su colmo la indignacion. Las juntas insistieron con firmeza, y la Península estaba

entregada á este fuego graneado de manifiestos y contra manifiestos á la llegada de Mendizabal á Madrid. En sus manos abdicó Toreno el 14 de setiembre la presidencia del consejo, despues de un imperio que no habia durado siquiera cien dias.

Mendizabal tendió á reunir los ánimos divididos, primera atencion urgente en tan deshecho temporal. Todos sabemos cómo lo consiguió. Estableciose un pacto tácito entre el gobierno y el pueblo, merced al cual el primero siguió rigiendo, y el segundo depuso las armas. ¿Quereis acabar la faccion y constituiros?—Yo acabaré la faccion en seis meses y os constituiré.

Esto fue dicho en setiembre, y ya hemos pasado el 14 de marzo. En el primer punto no está el mal en no haber cumplido lo prometido, sino en haber prometido lo que no podia cumplirse. En el segundo ¿comprendió el ministerio Mendizabal su posicion, su mision? ¿Comprendió toda la responsabilidad que la dictadura que se le confiaba echaba sobre él? Cuestion es esta que muy pronto hemos de ver completamente solventada, porque pronto el ministerio Mendizabal pertenecerá solo á la historia como el ministerio Toreno y el ministerio Martinez.

Un descontento sordo y general vuelve á anunciar tormentas: la piedra de la revolucion girando sin cesar, gasta con una inconcebible rapidez los nombres que mas resistencia parecian ofrecerle. Y tiene razon la revolucion española en ser exigente. Observemos que á pesar de los obstáculos, á pesar de la impericia de los gefes y de sus faltas, desde que ha empezado á andar no ha dado un solo paso atras; háse desarrollado con método: hemos visto á los ministerios engendrarse sucesivamente y salir uno de otro con orden maravilloso y lógica inflexible. Ni un eslabon se ha roto en la cadena. Asi Cea, antiguo colega de Calomarde, se continúa por medio de Burgos en el ministerio Martinez, y Mendizabal sale de él en línea recta por medio del conde de Toreno, de quien fue colega antes de ser heredero.

La ciencia política tiene tambien su ley de generacion contínua, y esta ley se llama *progreso*. Un principio es un germen que una vez sembrado ha de producirse y desarrollarse al soplo de la Providencia. Hé aqui la historia.

Se puede trazar el arbol genealógico de las revoluciones

como el de las dinastías; la familia democrática no es una familia de incluseros; tiene su pasado tambien, sus tradiciones y su abolorio. En Europa no queda mas que un verdadero noble; ella. Despojada de su patrimonio le reclama; contestánsele sus títulos, y los discute, los justifica; opone á los sofismas de la usurpacion la elocuencia del derecho; úsase de violencia, usa ella de razon; ellos tienen la espada, ella tiene la inteligencia.

Esperemos, pues, y perseveremos: cualquiera que sea el nuevo giro que la revolucion va á tomar, marchemos siempre al fin, y si no podemos ir por el mejor camino, vayamos por cualquiera; pero vayamos. La lucha no puede ser eterna; el triunfo de la verdad no está lejos; el plomo vil va á convertirse en oro puro, y la nueva Jerusalen del poeta va á salir brillante de esplendor del fondo de los desiertos.

NI POR ESAS.

Verdadera contestacion de Andrés á Fígaro, publicada por este.

Yo rogaré á Santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria.

Andrés Niporesas.—Muerte del Pobrecito Hablador, folleto publicado por el autor en marzo de 1833 *bajo el ministerio Cea.*

Paris 10 *de mayo de* 1836.

Desde que en marzo de 1833 concluí mi corta vida de escritor público dando cuenta á mis buenos compatriotas de la muerte del Pobrecito Hablador, nunca volví ¡ó mi muy mordaz é independiente Fígaro! á tomar una pluma en la mano, y aun hice entonces firme y decidida resolucion de reducirme á mi rincon á reirme y desconfiar de todos á mis solas, tomando las cosas como viniesen, ya que no estaba en mi mano hacerlas venir como yo las hubiera querido to-

mar. Tú, mejor que nadie, sabes quien era el Pobrecito Hablador, y tú, mas que nadie, te acordarás de que el pobre diablo murió de hablar, bien distinto en eso de tantos y tantos como de entonces acá, y aun ahora mismo, solo de hablar y hablando por los codos han vivido, viven y vivirán.

Muerto, pues, ya mi amigo del último borboton de palabras que lo ahogó, y espresado lisa y llanamente mi último anhelo, que para que nadie dude de mis buenos deseos, es el mismo, mismísimo que me sigue animando en el dia, y que por epígrafe acabas de leer en el principio de esta mi primera contestacion á las tuyas, echéme á discurrir qué haria, cómo me valdria yo para medrar en adelante y ser por propios y estraños considerado y querido; entonces fue cuando por primera vez caí en la cuenta de que me faltaba para ser hombre de pro una circunstancia principal, sin la cual asi era pretender en España figurar como tratar de enderezar nuestra máquina, y era que yo ni el año 13, ni el 14, ni el 20, ni el 23, ni el 30, ni en año alguno de memoria de hombres habia nunca emigrado; ¿qué es emigrar? ni por acaso habia hecho viaje pequeño ni grande que á emigracion pudiese remotamente parecerse; ¿qué especie de hombre eras entonces, me preguntarás, y de dónde diablos habias salido? Ahí verás tú, y por ahí podrás juzgar; pero para que sepas dónde llegaba mi torpeza, solo te diré bajo la mas estrecha condicion de callarlo por honor mio, porque la cosa es harto fea para sabida, solo te diré que aun en el dia de hoy soy, Fígaro, un muchacho, sin pelo de barba, sin destino anterior ninguno, en una palabra, lo digo con las lágrimas en los ojos, lo digo con vergüenza, sin precedentes, ó como decimos nosotros los españoles, sin antecedentes, sin vida política alguna, y por tanto imposibilitado para siempre jamas de tener consiguientes, ni de inspirar confianza, sin tener en una palabra á que agarrarme en lo pasado para disculpar mi porvenir si alguna vez lo hubiese para mí, sin poder en fin tapar la boca á nadie diciendo á todo el mundo: *Ego ille qui quondam*, yo aquel que en otro tiempo.

¡Ah! amigo Fígaro, tú, á quien la suerte miró con ojos benévolos desde el columpio de la tierna cuna, tú, que viajando y para viajar naciste, tú, que tanto viajaste, que fuera imposible averiguar tu domicilio, tú, que por tanto donde quiera eres emigrado, con respecto al último punto que dejas,

tú de quien no se puede decir, ¿dónde pára ahora Fígaro? sino ¿dónde emigra ahora Figaro? tú no podrás jamás formar idea del dolor que embargó mis sentidos cuando caí en la cuenta de la miseria y nulidad de mi triste situacion. Mesábame el sitio donde me han de salir sin duda las barbas algun dia, y mesábamelo una y otra vez por via de interinidad y en tanto que aquellas me nacian: ¿qué no hubiera yo dado entonces por un antecedente político, tamaño como una cesantía? ¿Qué figura, esclama, voy á hacer en mi patria, sin conocer mas usos que los suyos, sin saber mas lengua que la castellana? ¿Qué será de mí español en España? ¿Quién me entenderá, y á quién entenderé yo? ¿Quién me elegirá para nada? Y si por equivocacion me eligen, ¿á quien, Dios mio, citaré? ¿No se reirán de mí cuando cite nuestros usos, que no se usan, y para nuestros males, remedios españoles? ¿Qué color político tendrán mis discursos si es que llego á discurrir, sin que entre en ellos para nada la Francia ni la Inglaterra, los Estados-Unidos y la Bélgica? ¿Yo mezquino de mí, que ni he comido el pan de la desgracia, sino el escogido de flor, ni lo regué nunca con lágrimas, sino con la trivial manteca de las montañas de Pas, ó con el tinto de Valdepeñas, ó cuando mas con algun trago de jerezano mosto?

Al llegar aqui no pude resistir, y fue mi primera fantasía ir á dar una vuelta al estrangero, sin salir de España, proporcion que tenemos felizmente, lo cual pensé llevar á cabo llegándome á pasar una cuaresma á Gibraltar, cuaresma que me sirviese para remision de mi enorme culpa, y para pascua de resurreccion volverme ya otro hombre, y un tanto cuanto emigrado: detuviéronme, empero, en lo mas fuerte de mis propósitos varias reflexiones que vine á hacer: primera, para no pasar de Gibraltar tanto valia casi emigrar á casa del ministro inglés en Madrid: segunda, que en Gibraltar no hay cámaras, ni comunes, ni mas pares que los años de la moneda; no hay un pedazo de camino de hierro, tamaño siquiera como una discusion sobre ley electoral, ¡cosa corta en verdad! ni mas canales que los que naturalmente forma la lluvia cuando llueve, que no es siempre; cosas todas de que me figuraba yo deber traer tan llena la cabeza que ninguna otra idea en ella me cupiese en lo sucesivo. ¿Qué iba yo, pues, á estudiar en Gibraltar? ¿Iba á estudair á los judíos? Esto hubiera sido en verdad mucho adivinar, y te juro que nunca en aquella época creí que pudiese ese es-

tudio serme de maldita la utilidad. Por ende te convencerás que los cálculos y la prevision humana siempre flaquean por alguna parte, y cuán cierto es el adagio vulgar que asegura que *el hombre pone y Dios dispone.*

Trájome tambien mi desconfianza á la memoria que para un hombre tan comprometido como yo pensaba llegar á serlo, no era Gibraltar el punto mas digno de inspirarme confianza; no se me podia olvidar que en punto á opiniones Gibraltar debia oler un sí es ó no es á Calomardino en la opinion de las gentes que recordasen el lance de Torrijos y compañeros mártires, y no le habia faltado á mi entender á Gibraltar para ser el Regato de los pueblos mas que la circunstancia de haber sido voluntario realista.

Mudé, pues, de propósito y quise alargar mi peregrinacion, no ya á Inglaterra, que se me representó siempre como pais demasiado aristocrático para las opiniones que empezaban á germinar en mi fantasía. Supongo que no olvidas un solo instante la época en que todo esto me iba sucediendo; y recordarás por tanto que el año 34 empezábamos ya á ser todos liberales. Ir á los Estados-Unidos fue idea que me ocurrió mas de una vez; pero tambien era fuerte cosa irse á un pueblo donde no hay ni ha habido nunca reyes. ¿Cómo diablos se componen, y viven, y prosperan? Deben ser unos brutos por lo menos.

Eso solo prueba que debe de ser gente de suyo demagójica, anarquista y desmoralizada; por lo menos es gente rara, y aun pensando como piensan ya en el dia los hombres que están á la altura del siglo, es fuerza confesar dos cosas: la una que es gente atrasada; esas ideas de república son ideas viejas é ideas del año 89, y ahora en el dia me parece que ya es tiempo de que sepamos algo mas; y la otra que yo tengo para mí, como ustedes en España tienen para sí, que los que quieren república no quieren mas que desorden y volvernos al tiempo del despotismo, que es á lo que tiran solapadamente las repúblicas: asi es que en España es cosa sabida que los que afectan deseos de república no son mas que agentes de don Cárlos; de donde se infiere claramente que en los Estados-Unidos son irrecusablemente carlistas, y si lo dudases todavía, al tiempo por testigo; algun dia se descubrirá la trama y verás la que se arma.

Y buscando ejemplos en la antigüedad yo te probaria si estuviese mas despacio que las repúblicas fueron siempre

carlistas y perecederas. Las de Grecia, por ejemplo, no duraron mas que lo que duró la Grecia; y la de los romanos mismos ¿qué duró sino setecientos años? ¿Qué son setecientos años para nosotros? Y eso que ni en Roma ni en Atenas no se publicó jamas ni Zurriago, ni Eco de Comercio, ni papel ninguno carlista, que eso hubiera sido otro cantar. Los que en contra de los gobiernos democráticos alzan la voz en el dia dan prueba de su mala condicion el no ser duraderos. Está probado que no es bueno mas que lo que dura: dos consecuencias te sacaré de aqui: 1.ª que como nada dura no hay cosa buena en el mundo: 2.ª que habiendo durado mas la inquisicion que los gobiernos populares, es mejor la inquisicion; cosas en que me parece que estan ustedes por ahí todos de acuerdo: en efecto, la mayor entre las desdichas públicas es habérselas con repúblicas.

Pero me he apartado de mi propósito, dando lugar, lo que es peor, á que me tengas por republicano; á eso te responderé que ya sé donde me aprieta el zapato, y las cosas en su tiempo. Tengamos la fiesta en paz: yo soy Andres Niporesas, y nada mas. Y volviendo á la historia de mi emigracion, no quise ir á los Estados-Unidos.

A fuerza de cavilar en ello parecióme que lo mejor seria irme á Francia, porque es lo que tenemos siempre mas á mano, y porque tratando de aprender las teorías adelantadas del dia y la práctica de los gobiernos representativos, ¿adónde mejor?

Lo primero que hice, pues, una vez convencido de que era preciso primero emigrar para saber, y luego estudiar las prácticas estrangeras para conocer las necesidades nacionales, fue tratar de convencerme á toda costa de cómo debia estar constituido un pueblo para ser feliz, y qué gobierno era el único verdadero. Asi, deseché toda idea de absolutismo como de república por igualmente nocivas; acordándome por un lado del pasado, meditando por otro en el porvenir; mi trabajo me costó quedarme en perfecto equilibrio en medio de la cuerda. ¿Cuál es el problema en el dia? dije yo aqui. En vez de un rey que reine sobre un pueblo, como se ha usado hasta ahora, ó de un pueblo que reine sobre sí, como se ha de usar con el tiempo, necesítase un pueblo que reine sobre un rey: un pueblo donde cada ciudadano sea un pedazo de rey, y donde el rey sea un pedazo de ciudadano: tate, dije yo, Francia para eso; donde treinta y cuatro mi-

llones menos uno, unidos en la manera posible con ese tal uno hagan de mancomun las leyes para todos; es decir, donde uno vale la mitad que todos los demas: ¡gran justo medio! porque en los gobiernos absolutos no vale por todos y en los democráticos uno vale por uno; error grave por ambas partes.

¡Qué mejor pais que aquel en que el rey, hijo del republicano Fulano *igualdad*, ha sido elegido por el voto popular despues de una revolucion arrolladora del trono; de aquel en que el rey á su advenimiento al solio se iba por las calles con el paraguas debajo del brazo dando *esos cinco* á todo le mundo, y clamando á voz y en grito *si quereis en mi una monarquía ha de ser una monarquía republicana, un trono popular rodeado de instituciones republicanas*; palabras memorables consignadas en el programa de la Municipalidad y anunciadas por el órgano de la libertad, por Lafayette, en Agosto del año 30!

Definitivamente resuelto quedó desde entonces que mi emigracion fuese á Francia; pero en lo que nunca consentí fue en irme á Francia por el camino natural de Francia; recordé el *por alli habeis de salir* de García del Castañar, que parece escrito para nosotros, porque en cuanto á los carlistas, como tú has dicho en algun artículo, esos no se van nunca por ninguna parte, sin duda porque siempre son de casa. Vistos los itinerarios de cuantos en semejantes aventuras me habian precedido, no quise ser menos, ni contravenir á la orden que profesamos, y desesperábame solo el que nadie me persiguiese, merced sin duda á lo poco que en tiempo del oscurantismo habia brillado; mil veces imaginé que topográficamente hablando debia estar la España colocada al revés, y que cuando el Supremo Hacedor la echó con el pie á este mundo, para usar de una espresion de Lamartine, no quiso tener presente que los depósitos habian de estar en Tour y en Bayona, y el derrotero en Andalucía.

Recogí con todo mis trebejos, y salíme de Madrid á pie y ocultamente, ni mas ni menos que si vinieran tras mí los héroes del Trocadero tomando para Francia por Oñate como quien va primero á Cádiz ó á Alicante. Esperemos, dije al llegar á la ciudad de Hércules con voz noble y entusiasta, esperemos aqui á pie firme el puñal de Caton, ó la cicuta de Séneca; y haciendo y esperando, tomé mi pasage en un buque que se hacia á la vela para Burdeos, concluyendo con

magestad y franqueza al ver henchir el viento las velas que me llevaban á mí y á mi fortuna á las playas inhospitalarias de Lafitte y Chateauchargot, marchemos francamente y *yo el último por la senda del estrangero.*

Hasta aqui las causas que influyeron en mi determinacion, y la clave esplicatoria de como resido ahora en París, despues de haber sido en las Batuecas corresponsal de nuestro comun amigo el Pobrecito Hablador.=*Andres Niporesas.*

EL DOGMA

DE LOS

HOMBRES LIBRES.

PALABRAS DE UN CREYENTE.

POR

M. F. LA MENNAIS.

CUATRO PALABRAS

DEL

TRADUCTOR.

En circunstancias como estas, en que se mezclan con los intereses generales intereses personales, en que la cuestion de los medios que se han de poner en práctica para conseguir el fin, suele adquirir mas importancia que el fin mismo, dividiendo, y subdividiendo hasta el infinito los partidos; en momentos en que es tan facil á los rencores personales dar torcida esplicacion á las menores acciones, presentando á una luz falsa las opiniones que los acontecimientos modifican de contínuo, sobre todo cuando la precipitacion con que estos se suceden viene á impedir muchas veces el completo desarrollo de aquellas, el traductor de esta obra ha creido de su deber entrar con sus lectores en una previa esplicacion tan necesaria como justa. No porque á la causa general pueda importarle la mayor ó menor rectitud de un individuo, sino porque importa mucho al individuo mismo que una accion incompleta y un silencio prolonga-

do no den lugar á falsas interpretaciones. El traductor de las PALABRAS ha creido indispensable poner al lado del pensamiento de LA MENNAIS, pensamientos suyos, por mas que los reconozca inferiores al que preside á la obra que ha tratado de vulgarizar en España.

Lástima grande por cierto que esta obra no sea una realidad todavía en el mundo. Clasificada hasta ahora por la imperiosa tardanza de los hechos entre el sin número de teorías que la imprenta arroja diariamente en el torbellino de sistemas que comparten el mundo moderno, apóyase sin embargo en dos grandes verdades.

Primera. La necesidad de una religion en todo estado social; necesidad innegable, pues que la esperiencia no nos presenta en el transcurso de los tiempos un solo caso de un pueblo ateo.

Segunda. El derecho comun de los hombres, por el cual ninguno de ellos puede adjudicarse mas predominio sobre los demas, que el que estos mismos quieran cederle, derecho tan innegable como la necesidad de una religion, pues como ella se funda en la naturaleza.

En esta existe la necesidad de la religion, puesto que todos al nacer entramos á ser parte de un orden de fenómenos, anterior al hombre mismo, indestructible, y superior, no solo á su fuerza, sino á su propia inteligencia; en una palabra, sobrehumano; orden inmutable que revela un poder mayor existente, y que á la par impone una ley universal, emanada de él, ley grabada en toda sociedad aun con anterioridad á su existencia, pues que lo está en el corazon de todo hombre; á saber, la JUSTICIA.

La RELIGION pues, como dogma de los deberes del hombre para con el Poder Superior preexistente á él en el mundo, y como fuente de la *moral;* y la JUSTICIA, como dogma de los deberes de los hombres entre sí, y como fuente del orden, son la base de todo estado social.

Aunarlas, y derivar sus consecuencias puras, sin tergiversacion, y sin mezcla de supersticiones; hé aqui lo que ha tratado de hacer el autor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Porque las supersticiones políticas han ahogado la justicia, como las supersticiones religiosas han ahogado la religion.

Que la sociedad por causas accidentales se haya apartado de fuente tan pura, es un hecho; que para traerla de nuevo

al punto de partida sea necesario luchar con los obstáculos que aquellas causas accidentales han creado y entronizado, es una verdad; que en esta lucha, el que proclama la verdad haya de sufrir el dictado de sedicioso y desorganizador, es natural. Pero estas cuestiones todas, cuando solo se trata de sentar los principios generales, sin aplicacion á circunstancias determinadas, sin incitacion á pais alguno, son realmente secundarias.

Porque los hombres hayan desconocido la verdad por un tiempo, ¿por eso no podrá enunciarse? Si se han apartado de su camino, condicion será de la débil humanidad; si la fragilidad de esta en fin fuese tal, que la verdad pura no pudiese verse completamente entronizada, si estuviese destinada á ahogarse entre humanas modificaciones, por eso solo ¿no podrá ser aclamada?

Por otra parte, los que niegan la perfectibilidad del género humano, los que concediendo la verdad del principio, niegan la posibilidad de establecerlo, blasfeman contra la Providencia, porque suponen que esta ha grabado en nuestro corazon el dogma de una justicia irrealizable, que nos ha dado un tipo para la teoría, y una ley en contraposicion para la práctica; suponen que ha puesto en lucha en nuestro corazon la creencia y la realidad. Criarnos para eso hubiera sido un sarcasmo.

Inferir tambien de que el mundo ha sucumbido hasta el dia á ciertas condiciones, que siempre ha de sucumbir á las mismas, es no haber estudiado la marcha de los tiempos. El que asi raciocina se parece al niño, que creyese imposible llegar á ser hombre solo por ser niño, cuando precisamente solo se puede llegar á ser hombre siendo niño; es negar el porvenir. Es ademas una ilusion del amor propio que limita á la existencia de una generacion la vida del mundo. ¿Qué importa para el orden establecido, para ese coloso que marcha, creciendo siempre, que una, diez, cien generaciones se hayan hundido sin tocar en la perfeccion? ¿Qué significa que no hayan servido sino de escalones á las que las han heredado? Lo que le importan, lo que le significan al hombre de treinta años el pelo que le han cortado en su niñez, y las vestiduras que por cortas ha ido desechando.

No diremos mas con respecto á LA MENNAIS. Si necesitase defensa ó apoyo, mejor le defendería su mismo libro, que cuanto en favor de sus doctrinas pudiera su traductor decir.

Pasemos á la traduccion. Si me preguntan por qué he traducido este libro, responderé: Hay dos cosas que considerar actualmente en el estado imperfecto de la sociedad, en este estado de transicion y de viaje en que se encuentra. Primera. La verdad última hácia que camina. Segunda. El medio de conseguir esa verdad. Hay por tanto que tener presentes los principios absolutos, y la oportunidad relativa de las circunstancias.

Con respecto á los principios, ahí va LA MENNAIS. Pero ¿para ahora? No nos toca á nosotros decidirlo. Los enunciamos y nada mas. Parte tan diminuta de la humanidad, arrojamos ante sus ojos unas doctrinas. Agregarnos despues á lo que ella adopte y decida por ahora es nuestro único deber.

Pero reconocido el imperio de las circunstancias, proclamar una verdad que no está de acuerdo todavía con esas circunstancias, es alterar lo existente, es ser subversivo.

No; porque si el mundo marcha, no puede ser subversivo quien le abre camino. Ni progreso quiere decir cosa cosa que contínua variacion. Por eso el que muere mártir hoy, es declarado santo mañana, asi que la práctica llega á realizar la teoría que proclamó. Ó por mejor decir: sí; tiende á alterar lo existente. No está el mal en eso, sino en haber dado una mala interpretacion á una palabra buena; alterar para progresar, no es crimen en lo presente para con la sociedad; es mérito al contrario para con ella en el porvenir.

No gira la cuestion sobre si se ha de alterar, sino sobre los medios que para ello han de emplearse. Violentar para alterar, forzar la voluntad existente, y dar á los hombres por la fuerza su felicidad misma, es un crimen. Predicar para convencerlos, sembrar hoy para coger mañana, no es alterar, no es ser malamente subversivo; es preparar lícitamente las alteraciones futuras.

Esto sentado, solo el sable es peligroso; la palabra nunca. Asi es que la palabra no ha trastornado jamas de la noche á la mañana con la publicacion de un libro la faz del mundo. Su enunciacion mientras mas prematura es en un estado, es tanto menos peligrosa, porque no encontrando simpatías bastantes en el momento, queda latente é infecunda por el pronto, como la semilla oculta y encerrada en la tierra hasta el tiempo de la germinacion y del desarrollo.

Mahoma pudo cambiar con la violencia en breve espacio la faz de gran parte del mundo. Pero el Cristo, que vino á predicar, y no á combatir, no logró variarla sino á fuerza de años y aun de siglos; y en vez de matar para consolidar su obra, tuvo él que morir con los suyos por ella.

La revolucion que se verifica por medio de la palabra es la mejor, y la que con preferencia admitimos; la que se hace por sí sola, porque es la estable, la indestructible. Por eso á nuestros ojos el mayor crimen de los tiranos es el de obligar frecuentemente á los pueblos á recurrir á la violencia contra ellos, y en tales casos solo sobre su cabeza recae la sangre derramada; ellos solo son los responsables del trastorno, y de las reacciones que siguen á los pronunciamientos prematuros. Sin ellos, la opinion sola derribaria; y cuando la opinion es la que derriba, derriba para siempre; la violencia deja tras sí al derribar, la probabilidad de la reaccion á la fuerza hoy vencida, y que puede ser vencedora mañana. El paganismo cayendo ante el poder de la opinion, y á la voz del Cristo, cayó para siempre, al paso que la fuerza colosal del imperio romano no consiguió ahogar la voz del Cristo en la apariencia mas débil, pero en realidad mas poderosa, porque se apoyaba en la conviccion. La inquisicion que nadie ha destruido violentamente en ninguna parte, y que ha muerto por sí sola á manos de la opinion, bien como el tormento, no volverá á aparecer jamas sobre la tierra. Por el contrario, hemos visto un ejemplo de la inutilidad de la fuerza en esa misma religion cristiana, que derribada por el torrente de los escesos de sus ministros y falsarios en un pais vecino, donde provocaron la violencia contra ella, volvió á aparecer casi por sí sola. La opinion no le habia abierto la huesa todavía. Tan liberales somos, tan allá llevamos el respeto debido á la mayoría, al voto nacional, á la soberanía del pueblo, que no reconocemos mas agente revolucionario que su propia voluntad.

En consecuencia he traducido este libro, porque sean cuales fueren sus doctrinas, pertenezcan al presente, ó al porvenir, creo que la palabra no puede ser jamás nociva. La mentira impresa y propalada cae por sí sola, y puede ser rebatida con la palabra misma. Por el contrario, la verdad impresa y propalada triunfa, pero triunfa á fuerza de convencer, triunfa sin violentar, y este es el mas bello triunfo posible.

En estos principios se apoya la libertad del pensamiento, y en este sentido no conocemos crimen mayor que el empeño que los gobiernos ponen en coartarla. No solo privan de un derecho á su generacion, sino que asesinan en su germen á su posteridad. En nuestra opinion los hombres todos deben saberlo todo. Solo asi podrán juzgar, solo asi podrán comparar y elegir.

He traducido ademas esta obra para luchar con un error de grave importancia.

La religion cristiana apareció en el mundo estableciendo la igualdad entre los hombres, y esta gran verdad en que se apoya, ha sido la base de su prosperidad. Los reyes, en cuyo interes no estaba interpretarla de esta suerte, esperimentaron el instinto de torcerla á sus fines, y muchos malos ministros de ella, que para consolidar su triunfo duradero deberian haberse puesto de parte de los pueblos, sacrificaron el porvenir á una brillante existencia precaria y á honores pasageros, prestándose á convertir esa misma religion tan pura en instrumento de tiranias. O estorbaron la vulgarizacion de las Sagradas Escrituras, ó las interpretaron á su manera, tornándolas palanca política; sustituyeron en provecho suyo, y en el de los gobiernos, á la religion la supersticion, á la creencia el fanatismo, artería á que desgraciadamente se prestaba demasiado la ignorancia de los siglos medios. De aqui resultó que cuando los filósofos del siglo pasado quisieron minar el edificio social, tan injustamente organizado, tuvieron que atacar la supersticion y el fanatismo; empero confundidos ya la supersticion y el fanatismo con la religion, apareció ésta atacada en sus escritos: los discípulos de los enciclopedistas exageraron, como en tales casos sucede, los principios de sus maestros, y asi como los pueblos, seducidos, habian pasado de la religion al fanatismo, asi, desengañados, pasaron del fanatismo á la impiedad.

Los liberales sin embargo y los reformadores hubieran triunfado hace mucho tiempo completamente y para siempre si en vez de envolver en la ruina de los tiranos la religion, necesaria á los pueblos, y de que ellos habian hecho un instrumento, se hubieran asido á esa misma religion, apoderándose de esta suerte de las armas mismas de sus enemigos para volverlas contra ellos. El protestantismo separando en los pueblos donde se introdujo la religion de la

política, el cielo de la tierra, y poniéndose de parte de los pueblos, obró con mejor instinto; se granjeó el respeto, y se consolidó renunciando á miras mundanas de ambicion; llegó á ejercer una verdadera influencia, tanto mas indestructible cuanto mejor era su fundamento; y aseguró la libertad arraigándola primero en las conciencias, en las costumbres despues. Hermanó la libertad con la religion. Aunque mas tarde, ¿por qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo?

En España la reaccion debia ser mas terrible, puesto que habian pesado mas sobre ella que sobre nacion alguna los escesos del fanatismo. No conteniéndose los partidos nunca en los justos límites, no consintiendo el calor de la lucha la reflexion, el traductor de esta obra, leido con ligereza, y sin esta previa esplicacion, estaba espuesto á un doble riesgo. Podia aparecer á los políticos modernos, preocupado en religion; epiteto poco envidiable en el dia, y á los religiosos fanáticos desorganizador en política. Sin embargo, no es ni uno ni otro. Si este libro puede conquistar á la causa liberal muchos de los fanáticos que creen que la religion se opone á las instituciones libres, si puede convencer á la multitud poco instruida de que la religion cristiana es una religion democrática y popular, si puede cimentar la libertad, destruyendo su mayor enemigo el fanatismo, el traductor corre con gusto el riesgo de aquella doble inculpacion; no, empero, sin declarar que ningun escritor ha escrito nunca para los que no saben leer.

Los autores mismos del código que en el dia nos rige, hubieron de conocer esta importante verdad; sin duda vieron claro que no habia llegado el término de la religion cristiana en España, que no llegaria jamas, cuando en vez de declararla imprudentemente la guerra, á imitacion de los filósofos franceses del siglo pasado, trataron de hacerla suya, y granjeársela, consignando en ese mismo código que la religion cristiana es la única verdadera y la del Estado. En eso dieron una gran prueba de su conocimiento del corazon humano y del mundo, ademas de una muestra importante de fé y de conviccion religiosas. Volvamos la vista á todas partes, á esa Francia que ha vuelto á su religion despues de tan violentas sacudidas, á esa Inglaterra tan adelantada, y tan religiosa, á esos estados del Norte de América tan citados. Donde quiera hallaremos una religion; donde quiera halla-

remos á Dios presidiendo á las acciones mas indiferentes de los hombres, por voluntad de esos hombres mismos, y de esos hombres libres.

Religion pura, fuente de toda moral, y religion, como únicamente puede existir, acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia; libertad civil; igualdad completa ante la ley, é igualdad que abra la puerta á los cargos públicos para los hombres todos, segun su idoneidad, y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito; y libertad absoluta del pensamiento escrito. Hé aqui la profesion de fé del traductor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Despues de esta declaracion de principios, por los cuales abogó constantemente en sus pobres escritos, el traductor cree que puede dormir tranquilo sin temor de la calumnia, si es que esta alguna vez pudiera atribuirle importancia bastante para asestar contra él sus flechas emponzoñadas.

AL PUEBLO.

Este libro ha sido especialmente compuesto para vosotros; á vosotros pues le ofrezco. En medio de los males que son vuestro lote, en medio de las congojas que sin descanso os aquejan, séale dado prestaros animacion y consuelo.

¡O vosotros! á quienes el dia es pesado, yo quisiera que pudiese ser para vuestra pobre alma fatigada, lo que es á medio dia en el campo la sombra de un árbol, por mezquino que sea, para aquel que ha trabajado toda la mañana á los ardientes rayos del sol.

Pésimos tiempos habeis alcanzado; pero esos tiempos pasarán.

En pos del rigor del invierno, nos vuelve la Providencia estacion menos áspera, y el pajarillo bendice en su canto la mano bienhechora que torna á darle calor y abundancia, y su compañera y su nido.

Esperad y amad. Todo lo endulza la esperanza, y todo lo hace el amor posible.

Hombres hay en este momento que sufren mucho, porque os han amado mucho. Yo, hermano suyo, he escrito el relato de lo que han hecho por vosotros, y de lo que por esta causa han hecho contra ellos; y cuando la violencia se haya usado ella misma, entonces lo publicaré, entonces lo leeréis con lágrimas menos amargas y amaréis tambien vosotros á esos hombres que tanto os han amado.

Si en el dia os hablase de su amor y de sus padecimientos, arrojarianme con ellos en los calabozos. Con gozo correría á ocuparlos, si con eso pudiese ser vuestra miseria aliviada; pero de ello no resultaria alivio alguno, y es fuerza por eso esperar y pedir á Dios que abrevie el tiempo de la prueba.

Ahora juzgan y condenan los hombres: en breve juzgará él. ¡Bienaventurados los que han de ser testigos de su justicia!

Ya soy viejo; escuchad las palabras de un anciano.

La tierra aparece triste y descalorida; pero ella reverdecerá. El aliento del malvado no ha de pasar eternamente sobre ella, como un soplo abrasador.

Cuanto sucede, quiere la Providencia que suceda para vuestra instruccion, á fin de que aprendais á ser buenos y justos cuando llegue vuestra hora.

Cuando los que abusan del poder hayan pasado delante de vosotros, como el cieno de los arroyos en un dia de tormenta, entonces comprendereis que solo el bien es duradero, y temeréis profanar el aire, purificado por las auras del cielo.

Preparad vuestras almas para ese tiempo, porque ese tiempo no está lejos, ese tiempo se acerca.

El Cristo, crucificado para vosotros, ha prometido redimiros.

Creed sus promesas, y para apresurar el término de su cumplimiento, reformad cuanto tenga en vosotros necesidad de reforma; ejercitaos en las virtudes todas, y amaos los unos á los otros, como el Salvador del género humano os ha amado, *hasta la muerte*.

I.

En nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntud.

El que tenga oidos, que oiga; el que tenga ojos, ábralos y mire, porque los tiempos se acercan.

El Padre ha engendrado á su Hijo, su palabra, su Verbo, y el Verbo se ha hecho carne, y ha habitado entre nosotros; ha venido al mundo, y el mundo no le ha conocido.

El Hijo ha prometido enviar el Espíritu consolador, el Espíritu que procede del Padre y de él, y que es su amor mútuo. Vendrá y renovará la faz de la tierra, y será una segunda creacion.

Hace diez y ocho siglos, el Verbo derramó la divina semilla, y el Espíritu Santo la fecundó. Los hombres la han visto florecer, han gustado sus frutos, los frutos del árbol de vida, plantado de nuevo en su pobre vivienda.

Yo os lo digo; hubo grande alegría entre ellos cuando vieron aparecer la luz, y todos se sintieron penetrados de un ardor divino.

Despues la tierra se ha tornado nuevamente tenebrosa y fria.

Nuestros padres han visto al sol declinar. Cuando se ocultó debajo del horizonte, todo el género humano se estremeció. Despues hubo, durante esta noche, no sé qué, que no tiene nombre. Hijos de la noche, el Poniente se ve negro, pero el Oriente comienza á blanquear.

II.

Aplicad el oido, y decidme, de dónde procede ese rumor confuso, vago, estraordinario, que por todas partes se escucha.

Aplicad la mano sobre la tierra, y decidme por qué se ha estremecido.

Algo que no sabemos se remueve en el mundo; obra hay sin duda de Dios.

Por ventura, ¿no está cada cual en espectativa? ¿Hay algun corazon que no palpite?

Hijo del hombre, sube sobre las alturas, y anuncia al mundo lo que ves.

Veo en el horizonte una nube cárdena, y en derredor un resplandor rojo, como el reflejo de un incendio.

Hijo del hombre, ¿qué otra cosa ves?

Veo al mar alzar sus olas, y á los montes agitar sus crestas.

Veo á los rios cambiar su curso, las colinas vacilar, y erraplenar los valles con su caida.

Todo se estremece, todo se mueve, todo toma nuevo aspecto.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

Veo torbellinos de polvo en lontananza, arrebatados en todas direcciones, que se chocan, se mezclan y confunden. Pasan sobre las ciudades, y despues que han pasado, solo se ven llanuras.

Veo á los pueblos alzarse tumultuosamente y empalidecer los reyes bajo sus diademas. Guerra se ha declarado entre ellos, guerra de muerte.

Veo un trono, dos tronos hechos pedazos y los pueblos que desparcen sus restos sobre la tierra.

Veo á un pueblo pelear como peleaba el arcángel Miguel con Satanás. Terribles son sus golpes, mas veóle desnudo, y cubierto su enemigo de doble armadura.

¡Y sucumbió, Señor! Llagado está de muerte. Mas no. Solo está herido. María, la Vírgen Madre, le cobija con su manto, le muestra faz de risa, y sácale por breve plazo del campo de batalla.

Veo á otro pueblo pelear sin descanso, y cobrar por momentos nuevas fuerzas en la lid. Este pueblo tiene el signo del Cristo sobre el corazon.

Veo á otro pueblo, sobre el cual han sentado seis reyes la planta, y cada vez que prueba á moverse, seis puñales entran en su garganta.

Veo sobre un edificio inmenso, á grande altura en los aires, una cruz que distingo apenas, porque la cubre un velo negro.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

Veo el Oriente turbado y removido; mira destruirse sus antiguos palacios, y caer sus viejos templos hechos polvo, y alza los ojos como buscando otras grandezas y solicitando otro Dios.

Veo á la parte del Occidente una figura de muger, de mirar altivo, de serena frente: traza con mano firme un ligero surco, y por donde pasa la reja, veo alzarse generaciones humanas que la invocan en sus oraciones, y la bendicen en sus cantos.

Veo á la parte del Septentrion hombres á quienes no queda mas que un resto de calor concentrado en la cabeza, que los embriaga; pero el Cristo los toca con su cruz y torna á latir el corazon.

Veo á la parte del Mediodia razas enteras sobre las cuales pesa no sé qué maldicion; ominoso yugo las agobia y caminan encorvadas; empero el Cristo las toca con su cruz, y se enderezan.

Hijo del hombre, ¿qué mas ves?

Nada responde: tornemos á gritar.

Hijo del hombre, ¿qué ves?

Veo á Satanás huyendo, y al Cristo rodeado de sus ángeles que viene para reinar.

III.

Y fui transportado en espíritu á los tiempos antiguos, y estaba la tierra hermosa, y rica y fecunda; y sus habitantes vivian felices, porque vivian como hermanos.

Y vi la serpiente que se deslizaba entre ellos: clavó en algunos su poderosa mirada, y su alma se conturbó; se acercaron y hablóles la serpiente al oido.

Y despues de haber escuchado las palabras de la serpiente, alzáronse y dijeron: Somos reyes.

El sol se oscureció y tomó la tierra un color fúnebre, cómo el de la mortaja que envuelve los muertos. Oyóse un sordo murmullo, un prolongado quejido, y tembló cada cual en el fondo de su corazon.

En verdad, yo os lo digo, fue como el dia que rompió sus diques el abismo, y en que salió de madre el diluvio de las aguas mayores.

El *miedo* se fue de choza en choza, porque entonces no

habia palacios todavía, y díjole á cada uno cosas secretas, que le estremecieron.

Y los que habian dicho: Somos reyes, asieron de una espada, y siguieron al *miedo* de choza en choza.

Y viéronse cumplidos allí raros misterios; hubo cadenas, llantos y sangre.

Los hombres, espantados, gritaron: El asesinato ha tornado al mundo. Y fue cuanto dijeron, porque el miedo habia entumecido su alma, y paralizado el movimiento de sus brazos.

Dejáronse cargar de cadenas, ellos y sus mugeres y sus hijos. Y los que habian dicho: Somos reyes, ahondaron una gran sima, y en ella encerraron á todo el género humano, bien como se encierran las bestias en un establo.

Y el huracan barria las nubes, y retumbaba el trueno, y yo escuché una voz que decia: La serpiente ha vencido por segunda vez; no, empero, para siempre.

Despues nada oí, sino confusas voces, carcajadas, sollozos y blasfemias.

Y comprendí que debia haber un reinado de Satanás antes del reinado de Dios. Y lloré y esperé.

Y la vision que tuve era verdadera, porque el reinado de Satanás se ha visto cumplido, y se verá tambien cumplido el reinado de Dios. Y los que han dicho: Somos reyes, se verán á su vez encerrados en la sima con la serpiente, y saldrá de ella el género humano: y será para él como otro nacimiento, como el tránsito de la muerte á la vida. Asi sea.

IV.

Hijos sois de un mismo padre, y la misma madre os ha amamantado. ¿Por qué, pues, no os amais los unos á los otros como hermanos? ¿Por qué os tratais mas bien como enemigos?

Aquel que no ama á su hermano, es siete veces maldecido; y aquel que se declara enemigo de su hermano, es maldecido setenta veces siete veces.

Por eso los tiranos de la tierra han sido maldecidos; no han amado á sus hermanos, y hánlos tratado como á enemigos.

Amaos los unos á los otros, y no tendrejs que temer á los tiranos de la tierra.

Son fuertes contra vosotros, porque no estais unidos, porque no os amais como hermanos los unos á los otros.

No digais: Ese hombre es de un pueblo, y yo soy de otro pueblo. Porque los pueblos todos han tenido en la tierra el mismo padre, que es Adan, y tienen en el cielo el mismo padre, que es Dios.

Si lastimais un miembro, el cuerpo todo se resiente. Vosotros sois todos un mismo cuerpo: no es posible oprimir á uno de vosotros, sin que en él sean todos oprimidos.

Si un lobo se arroja sobre un rebaño, no lo devora todo entero de una asentada: hace presa de una oveja y la come. Mas tarde, renaciendo su apetito, ase de otra y la devora tambien, y asi hasta la última; porque renace su apetito sin cesar.

No seais pues como las ovejas, las cuales, cuando el lobo ha arrebatado una, se espantan un momento y tornan de nuevo tranquilamente á pacer. Porque, presumen, acaso se contente con su primera ó con su segunda presa; y á mí, ¿qué se me puede dar de las que devore? Mas yerba tendré á mi disposicion.

En verdad, yo os lo digo: los que de ese modo piensan en el fondo de su alma, designados estan para ser pasto un dia de la bestia que vive de carne y de sangre.

V.

Cuando veis á un hombre conducido á la cárcel ó al suplicio, no os deis prisa á decir: Ese hombre es un malvado, que ha cometido un crímen contra los hombres.

Porque puede muy bien ser un hombre de bien, que ha querido servir á los hombres, y que se ve de ello castigado por sus opresores.

Cuando veis un pueblo cargado de cadenas y entregado al verdugo, no os deis prisa á decir: Ese pueblo es un pueblo violento que pretendia alterar la paz de la tierra.

Porque puede muy bien ser un pueblo mártir, que muere por la redencion del género humano.

Diez y ocho siglos hace, en una ciudad de Oriente, los pontífices y los reyes de aquel tiempo enclavaron sobre

una cruz, despues de haberlo azotado, á un sedicioso, á un blasfemo, como le llamaban.

El dia de su muerte hubo grande espanto en el infierno, y sumo gozo en el cielo.

Porque la sangre del Justo habia salvado el mundo.

VI.

¿Por qué encuentran los animales su alimento, cada uno segun su especie? Porque ninguno entre ellos se apodera del de otro, y porque cada cual se contenta con satisfacer sus necesidades.

Si en la colmena dijese una abeja: Toda la miel que hay aqui me pertenece, y dicho esto se pusiese á disponer á su antojo del fruto del comun trabajo, ¿qué sería de las demas abejas?

La tierra es como una gran colmena, y los hombres son como abejas.

Cada abeja tiene derecho á la porcion de miel necesaria á su subsistencia; y si los hay entre los hombres que carecen de lo necesario, consiste en que la justicia y la caridad han desaparecido de entre ellos.

La justicia es la vida, y la caridad es la vida tambien, y vida en verdad mas dulce y mas abundante.

Falsos profetas ha habido que han persuadido á algunos hombres que habian nacido los demas para ellos; y lo que estos han creido, hánlo creido tambien los demas sobre la palabra de los falsos profetas.

Cuando esta palabra de mentira hubo prevalecido, lloraron los ángeles en el cielo, porque previeron que iban á pesar sobre la tierra muchos males, grandes violencias y crímenes sin cuento.

Los hombres, iguales entre sí, han nacido para Dios solo, y quien quiera que diga otra cosa, dice una blasfemia.

El que quiera ser mas grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el servidor de todos.

La ley de Dios es ley de amor, y el amor no se alza y encarama sobre los demas, sino que se sacrifica á los demas.

El que dice en el fondo de su corazon: Yo no soy como los demas hombres, sino que los demas hombres me han sido dados para que los mande y disponga de ellos y de lo que es de ellos á mi albedrío, ese es hijo de Satanás.

Y Satanás es el rey de este mundo, porque es el rey de cuantos piensan asi y asi proceden; y los que tal piensan y asi proceden, han venido á ser por sus consejos los señores del mundo.

Mas su imperio no tendrá mas que un tiempo, y ya tocamos al término de ese tiempo.

Daráse una gran batalla, y el ángel de la justicia y el ángel del amor pelearán por los que hayan empuñado las armas para restablecer entre los hombres el reinado de la justicia y el reinado del amor.

Y muchos morirán en la batalla, y quedará su nombre sobre la tierra como un rayo de la gloria de Dios.

Por eso, vosotros que padeceis, animaos, confortad vuestro corazon, porque mañana será el dia de la prueba, el dia en que cada uno habrá de dar con regocijo la vida por sus hermanos, y el que amanecia al dia siguiente será el dia de la redencion.

VII.

Cuando un árbol está solo, báteule los vientos y desnúdanle de sus hojas; y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra.

Cuando una planta está sola, no hallando abrigo contra el ardor del sol, se seca, se marchita y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder le inclina hácia el suelo, y la ardiente codicia de los grandes de este mundo absorve la seva que le alimenta.

No imiteis pues á la planta ni al árbol que estan solos; empero unios los unos con los otros y allegaos y cobijaos mútuamente.

En tanto que viviéreis desunidos, y que no pensare cada cual sino en sí, nada podeis esperar sino sufrimiento y dolor, desdicha y opresion.

¿Hay cosa mas débil que el gorrion y mas inerme que la golondrina? Cuando aparece, sin embargo, el ave de rapiña, las golondrinas y los gorriones logran ahuyentarla

aunándose en derredor suyo y persiguiéndola de consuno.

Tomad ejemplo del gorrion y de la golondrina.

A aquel que se separa de sus hermanos, síguele el temor cuando anda, siéntase á su lado cuando descansa, y ni aun durante el sueño le abandona.

Si os preguntan pues: ¿Cuántos sois? Responded: Somos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros, y nosotros nuestros hermanos.

Dios no ha criado ni pequeños, ni grandes, ni amos, ni esclavos, ni reyes, ni vasallos; sino que ha hecho á todos los hombres iguales.

Empero entre los hombres, háilos que tienen mas fuerza ó de cuerpo, ó de ánimo, ó de voluntad; y esos son quienes tratan de avasallar á los demas, cuando el orgullo la codicia sofoca en ellos el amor de sus hermanos.

Y Dios sabia que habia de ser asi, y por eso mandó á los hombres que se amasen, á fin de que estuviesen unidos, y de que los débiles no cayesen jamas bajo la opresion de los fuertes.

Porque aquel que es mas fuerte que uno solo, será menos fuerte que dos; y aquel que es mas fuerte que dos, será menos fuerte que cuatro; y de esa suerte nada temerán los débiles, cuando amándose los unos á los otros, esten sinceramente unidos.

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó á un sitio en que un enorme peñasco, que se habia desgajado sobre el camino, le llenaba y obstruía, y fuera de aquel camino no habia otra salida, ni á derecha ni á izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podia proseguir el viaje comenzado, á causa del peñasco, probó á moverle para abrirse paso, y fatigóse mucho en aquel trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentóse agobiado de tristeza, y dijo: ¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan á buscar su presa?

Y estando embebido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual habiendo hecho lo que habia hecho el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentóse taciturno é inclinó la cabeza.

Y despues de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenian.

Por fin, uno de ellos dijo á los demas: Hermanos mios, enderecemos nuestros ruegos á nuestro Padre comun que está en el cielo: tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oraron de corazon al Padre comun que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que habia dicho: Oremos, dijo tambien: Hermanos mios, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si lo haremos todos juntos?

Y pusiéronse en pie, y todos á una empujaron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra á cada paso en su camino.

Ningun hombre podria remover solo ese peñasco; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamas á aquellos que viajan juntos.

VIII.

En el principio el trabajo no era necesario al hombre para vivir: la tierra proveia ella misma á sus necesidades todas.

Empero el hombre delinquió; y como se habia revelado contra Dios, revelóse la tierra contra él.

Aconteciòle lo que acontece al mancebo que se alza contra su padre; el padre le niega su amor y le abandona; y los familiares de su casa se niegan á servirle, y vase buscando de aqui para alli su pobre vida, y comiendo el pan ganado con el sudor de su rostro.

De entonces, pues, Dios ha condenado á todos los hombres al trabajo, y todos tienen su tarea de cuerpo ó de ánimo, y los que dicen: Yo no trabajaré, esos son los mas miserables.

Porque bien asi como dèvoran los gusanos un cadáver, los devoran los vicios á ellos, y sino los vicios el fastidio.

Y cuando Dios quiso que el hombre trabajase, ocultó un tesoro en el trabajo, porque es Padre, y el amor de un padre es infinito.

Y para aquel que hace buen uso de este tesoro y no le disipa insanamente, llega un tiempo de reposo, y entonces viene á estar como estaban los hombres en el principio.

Y dióles Dios tambien este precepto: Ayudaos los unos á los otros, porque entre vosotros los hay mas fuertes y mas débiles, sanos y enfermos; todos, empero, tienen que vivir.

Y si obrais asi, todos vivireis, porque yo premiaré la piedad que de vuestros hermanos hubiereis tenido, y yo fecundaré vuestro sudor.

Y lo que Dios ha prometido se ha visto siempre realizado, y nunca se ha visto faltar el pan al que ayudó á sus hermanos.

Hubo, empero, en otro tiempo un hombre malo y maldecido del cielo. Y este hombre era fuerte y aborrecia el trabajo; de suerte que dijo para sí: ¿Cómo me valdré? Si no trabajo habré de perecer, y me es sin embargo el trabajo insoportable.

Entróle entonces en el corazon un pensamiento del infierno. Fuése de noche, y asió de algunos de sus hermanos en tanto que dormian, y cargólos de cadenas.

Porque, decia él, yo los forzaré con el látigo y el azote á trabajar para mí, y yo comeré el fruto de su trabajo.

É hízolo como lo habia pensado; visto lo cual por otro, hicieron otro tanto, y de entonces mas dejó de haber hermanos: hubo amos y esclavos.

Ese dia fue dia de luto sobre toda la redondez de la tierra.

Muchó tiempo despues hubo otro hombre mas malo que el primero, y mas maldecido del cielo.

Viendo que los hombres se habian multiplicado por todas partes, y que era su muchedumbre innumerable, dijo para sí:

Acaso podré aherrojar á algunos y obligarlos á trabajar para mí: empero será fuerza alimentarlos, y esto aminorará mi ganancia. Hagámoslo mejor. ¡Que trabajen de balde! Morirán en verdad; pero como su número es grande, yo habré acumulado riquezas antes de que se hayan disminuido demasiado, y siempre quedarán bastantes.

Pero toda aquella muchedumbre vivia de lo que recibia en trueque de su trabajo.

Habiéndose hablado á sí mismo de aquella suerte, abocóse en particular con algunos, y díjoles: Vosotros trabajais seis horas, y os dan una moneda por vuestro trabajo.

Trabajad doce horas, y ganareis dos monedas, y vivireis mas anchos vosotros, vuestras mugeres y vuestros hijos.

Y ellos le creyeron.

Díjoles en seguida: Vosotros no trabajais mas que la mitad de los dias del año; trabajad todos los dias, y vuestra ganancia será doble.

Y creyéronle tambien.

Aconteció de aqui, que habiéndose aumentado en un duplo la cantidad de trabajo, sin que fuese mayor la necesidad de trabajo, la mitad de aquellos que vivian antes de su tarea, no hallaron quien los emplease.

Entonces el hombre malo á quien habian creido, les dijo Yo os daré trabajo á todos, con la condicion de que habreis de trabajar el mismo tiempo, y yo no os pagaré mas que la mitad de lo que antes os pagaba, porque quiero, sí, haceros favor mas no arruinarme.

Y como tenian hambre, ellos, sus mugeres y sus hijos, aceptaron la proposicion del hombre malo, y le bendijeron; porque, decian ellos, nos da la vida.

Y prosiguiendo en engañarlos de la misma suerte, el hombre malo aumentó de dia en dia su trabajo, y disminuyó cada vez mas su salario.

Y morianse de necesidad; mas otros se apresuraban á reemplazarlos, porque la indigencia habia llegado á ser tan grande en el pais, que se vendian las familias enteras por un pedazo de pan.

Y el hombre malo que habia mentido á sus hermanos, acumuló mas riquezas que el hombre malo que los habia encadenado.

Este tiene por nombre tirano: el otro no tiene nombre sino en el infierno.

IX.

Estais en este mundo como estrangeros.

Tomad hácia el Norte ó hácia el Mediodia, hácia el

Oriente ó hácia el Occidente; donde quiera que os detengais encontrareis alguien que os espulsará, diciendo: Este campo es mio.

Y despues de haber recorrido todos los paises, volvereis habiendo aprendido que no hay en parte alguna un rincon de tierra donde vuestra muger pueda dar á luz su primogénito, donde podais descansar, acabada vuestra tarea, y en el cual, llegada vuestra última hora, puedan vuestros hijos enterrar vuestros huesos, como en sitio que os pertenezca.

Gran miseria es esta en verdad.

Empero no debeis apocaros; porque está escrito de aquel que salvó al género humano:

El zorro tiene su guarida, las aves del aire tienen su nido, pero el hijo del Hombre no tiene donde apoyar su cabeza.

Háse hecho pobre, empero, para enseñaros á soportar la pobreza.

No que venga la pobreza de Dios, sino que antes es secuela de la corrupcion y de las malas codicias de los hombres; y hé aqui por qué habrá pobres eternamente.

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen está en cada hombre, y de la servidumbre, cuyo germen está en cada sociedad.

Pobres habrá siempre, porque el hombre no destruirá en sí jamás el pecado.

Pero cada vez habrá menos pobres, porque la servidumbre irá poco á poco desapareciendo de la sociedad.

¿Quereis destruir la pobreza? Procurad destruir el pecado, primeramente en vosotros mismos, en los otros despues, y la servidumbre en la sociedad.

No es tomando lo que á otro pertenece como se puede destruir la pobreza; porque ¿de qué suerte haciendo pobres podria disminuirse el número de los pobres?

Cada uno tiene el derecho de conservar lo que posee, y sin eso nadie poseeria nada.

Empero cada uno tiene tambien el derecho de adquirir con su trabajo lo que no tiene, y sin eso seria eterna la pobreza.

Emancipad, pues, vuestro trabajo, emancipad vuestros brazos, y no será de entonces mas la pobreza entre los hombres sino una escepcion permitida por Dios para recordarle

la fragilidad de su naturaleza, y el mútuo apoyo, y el amor que los unos se deben á los otros.

X.

Cuando gemia la tierra toda en la espectativa de su salvacion, alzóse una voz en la Judea, la voz de aquel que venia á padecer y á morir por sus hermanos, y de aquel á quien por desprecio llamaban algunos el Hijo del carpintero.

El Hijo, pues, del carpintero, pobre y abandonado en el mundo, decia:

«Venid á mí, vosotros todos los que gemis bajo el peso del trabajo, y yo os reanimaré.»

Y desde entonces hasta el dia ninguno de los que han creido en él ha dejado de encontrar alivio en su miseria.

Para curar los males que afligen á los hombres, predicábales á todos la justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad, que es la consumacion de la justicia.

Ahora bien, la justicia ordena respetar el derecho de otro, y algunas veces prescribe la caridad que ceda uno el suyo propio en beneficio de la paz, ó de otro cualquier bien.

¿Qué sería el mundo si cesase de reinar el derecho en él, si no gozase cada cual seguridad personal, y no disfrutase sin temor de lo que es suyo?

Mas valiera vivir en el fondo de los bosques, que en sociedad de tal suerte entregada al latrocinio.

Lo que tomeis hoy, otro os lo tomará mañana. Serán los hombres mas miserables que las aves del cielo, á quienes las otras aves de su especie no roban el alimento, ni arrebatan el nido.

¿Qué cosa es un pobre? Es aquel que no tiene todavía propiedad.

¿Qué anhela? Dejar de ser pobre, es decir, adquirir una propiedad.

Empero aquel que roba y que saques, ¿qué otra cosa hace sino anular, en cuanto de su parte puede, el derecho mismo de propiedad?

Robar, saquear es pues asi atacar al pobre como al rico: es trastornar el fundamento de toda sociedad entre los hombres.

Quien quiera que nada posee, no puede llegar á poseer sino en cuanto á que otros poseen ya; pues que estos solamente pueden darle algo en cambio de su trabajo.

El orden es bien, es interes de todos.

No llegueis vuestros labios á la copa del crimen: en el fondo está el amargo desengaño, y la agonía y la muerte.

XI.

Yo habia visto los males que pesan sobre la tierra, el débil oprimido, el justo mendigando su pan, ensalzado el malvado á los honores, y rebosando riquezas, condenado el inocente por jueces inicuos, y errantes sus hijos á la intemperie.

Y mi alma yacía triste, y derramábase de ella la esperanza como de vasija rompida.

Y envióme Dios profundo sueño.

En mi sueño vi una manera de forma luminosa, en pie delante de mí, un espíritu cuya mirada dulce y perspicaz penetraba hasta el fondo de mis mas secretos pensamientos.

Y estremecime, no de temor, ni de gozo, sino como de una sensacion, mezcla inesplicable y espresion de uno y de otro.

Y díjome el Espíritu: ¿Por qué estas triste?

Y respondí con lágrimas en los ojos: ¡Oh! mirad y ved los males que pesan sobre la tierra.

Y dióse á reir la figura celestial con inefable sonrisa, y llegaron estas palabras á mis oidos:

Tu vista nada distingue sino al través de ese prisma engañador que llaman las criaturas tiempo. El tiempo no existe sino para vosotros: para Dios no hay tiempo.

Y yo callaba, porque nada comprendia.

Y de repente el Espíritu: mira, me dijo.

Y no habiendo ya de entonces mas para mí ni antes, ni despues, en un punto mismo vi, y á la vez, lo que en su lengua mísera y mezquina designan los mortales con los nombres de pasado, presente y porvenir.

Y todo era uno, y para decir con todo lo que ví, fuerza me es descender de nuevo al seno del tiempo, fuerza me es hablar la lengua mísera y mezquina de los hombres.

Y todo el género humano me parecia como un solo hombre.

Y ese hombre habia hecho mucho mal, poco bien, habia esperimentado muchos dolores, pocas alegrías.

Y paraba allí, yaciendo en su miseria, sobre una tierra ora yerta, ora abrasada, flaco, hambriento, doliente, agobiado de una languidez interrumpida solo por convulsiones, abrumado de cadenas forjadas en la morada infernal.

Su diestra mano habia cargado con ellas su mano izquierda, y la izquierda habia cargado á la derecha, y en medio de sus malos ensueños, habiase de tal suerte rodeado en sus propios hierros que estaba de ellos y con ellos su cuerpo entero cubierto y aherrojado.

Porque en cuanto le tocaban solamente, pegábanse á su piel como plomo hirviente, entraban en las carnes y no salian mas de ellas.

Y aquel era el hombre: lo reconocí.

Y hé aqui que un rayo de luz emanaba del Oriente, y un rayo de amor del Mediodia, y un rayo de fuerza del Septentrion.

Y esos tres rayos confluyeron en el corazon de aque hombre.

Y cuando el rayo de luz partió, dijo una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, sepas lo que saber debes.

Y cuando partió el rayo de amor, otra voz dijo: Hijo de Dios, hermano del Cristo, ama lo que amar debes.

Y cuando el rayo de fuerza surgió, dijo tambien una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, haz lo que hacer se debe.

Y cuando se hubieron confundido en uno los tres rayos, uniéronse tambien las tres voces, y formóse de ellas una sola, que dijo:

Hijo de Dios, hermano del Cristo, sirve á Dios, y no sirvas mas que á él.

Y entonces, lo que hasta aquel punto no me habia parecido sino un solo hombre, apareció á mi vista como multitud de pueblos y de naciones.

Y no me habia engañado mi primera ojeada, ni menos me engañaba la segunda.

Y aquellos pueblos y naciones, despertando sobre su lecho de dolor, comenzaron á decirse:

¿De dónde proceden nuestros padecimientos y nuestra languidez, y el hambre y la sed que nos atormentan, y

las cadenas que nos encorvan hácia el suelo y entran en nuestras carnes?

Y despejóse su entendimiento, y comprendieron que los hijos de Dios, los hermanos del Cristo no habian sido condenados por su padre á la esclavitud, y que esta esclavitud era la fuente de todos sus males.

Cada cual pues probó á romper sus hierros, ninguno empero lo logró.

Y miráronse los unos á los otros con gran lástima, y obrando el amor en ellos, dijéronse: el mismo pensamiento tenemos todos; ¿por qué no hemos de tener el mismo ánimo? ¿No somos todos los hijos del mismo Dios y los hermanos del mismo Cristo? Salvémonos, ó muramos juntos.

Y habiendo dicho esto sintieron dentro de sí un vigor divino, y yo oí sus cadenas crujir, y pelearon seis dias contra los que los habian encadenado, y el sesto dia quedaron vencedores, y fue el séptimo su dia de descanso.

Y la tierra, que estaba seca ya, tornó á reverdecer y brotar, todos pudieron comer de sus frutos, é ir y venir sin que les dijese nadie: ¿Adónde vais? Por aqui no se pasa.

Y los pequeñuelos cogian flores y traíanlas á sus madres, quienes dulcemente les sonreian.

Y ya no habia ni pobres ni ricos, sino que en abundancia tenian todos las cosas necesarias, porque se amaban todos y ayudábanse como hermanos.

Y una voz como de ángel resonó en los cielos: ¡Gloria á Dios, diciendo, que ha dado la inteligencia, el amor, la fuerza á sus hijos! ¡Gloria al Cristo, que ha devuelto la libertad á sus hermanos!

XII.

Cuando alguno de vosotros padece una injusticia, cuando, en medio de su camino, le derriba el opresor, y le pone el pie encima, si se queja, nadie le oye.

El grito del pobre sube hasta Dios, empero no llega á oidos del hombre.

Héme preguntado yo: ¿De dónde procede este mal? ¿Por ventura el que ha criado asi el pobre como el rico, el débil como el poderoso, habria querido quitar á los unos

todo género de temor en sus iniquidades, y á los otros todo género de esperanza en su miseria?

Y he visto que este pensamiento era horrible, y blasfemia contra Dios.

Porque cada uno de vosotros no ama sino á sí mismos; porque se separa de sus hermanos, porque está y quiere estar solo, por eso no es su quejido escuchado.

Durante la primavera, cuando todo se reanima, sale de entre la yerba un ruido que se alza como murmullo prolongado.

Ese ruido, compuesto de tantos ruidos que fuera imposible contarlos, es la voz de multitud innumerable de pequeñuelos y mezquinos seres imperceptibles.

Sola y aislada, ninguna de ellas fuera oida: todas juntas, empero, hácense oir.

Vosotros tambien estais ocultos debajo de la yerba; ¿por qué no sale de entre ella voz ninguna?

Cuando se trata de vadear una corriente rápida, fórmanse entre muchos dos hileras á lo largo, y de esa suerte aunados, los que solos y separados de los demas no hubieran podido resistir el ímpetu de las aguas, las vencen sin dificultad.

Haced asi vosotros, y rompereis la corriente de la iniquidad, que aislados os arrastra y os arroja hechos pedazos en la orilla.

Sean tardías vuestras determinaciones, pero firmes. No os entregueis ni á un primer, ni á un segundo movimiento.

Antes, si contra vosotros se ha cometido injusticia, comenzad por lanzar del pecho todo sentimiento de odio, y alzando luego las manos y los ojos al cielo, decid á vuestro Padre comun:

Señor, vos sois el protector del inocente y del oprimido: porque vuestro amor ha creado el mundo, y vuestra justicia le gobierna.

Vos quereis que reine sobre la tierra, y el malvado opone su voluntad torcida.

Por eso hemos determinado pelear con el malvado.

¡Dad, ó Padre, consejo á nuestro entendimiento, y fuerza á nuestros brazos!

Cuando de esta suerte hayais orado desde el fondo de vuestra alma, pelead y no temais.

Si parece la victoria alejarse de vosotros, es solo una

prueba; ella volverá; porque vuestra sangre será como la sangre de Abel degollado por Cain, y vuestra muerte como la muerte de los mártires.

XIII.

Era una noche sombría; un cielo sin astros pesaba sobre la tierra, como una losa de mármol negro sobre un sepulcro.

Y nada turbaba el silencio de esta noche, sino era un rumor estraño, como un ligero aleteo que de vez en cuando se oía sobre las campiñas y los pueblos:

Y espresábanse entonces las tinieblas, y cada cual sentía oprimírsele el alma y correr hielo por sus venas.

Y en una sala tendida de negro y alumbrada por una lámpara roja, siete hombres vestidos de púrpura, y ceñida en la cabeza una corona, veíanse sentados sobre siete asientos de hierro.

Y se elevaba en medio de la sala un trono, de huesos edificado, y al pie del trono un Crucifijo derribado, y delante del trono una mesa de ébano, y sobre la mesa un vaso lleno de sangre roja y espumosa, y un cráneo.

Y los siete hombres coronados parecian pensativos y tristes, y desde el fondo de su honda órbita, sus ojos de vez en cuando destellaban chispas de un fuego lívido.

Y alzándose uno de ellos, acercóse al trono, vacilando, y puso el pie sobre el Crucifijo.

En aquel momento sus miembros temblaron, y pareció como que iba á fallecer. Mirábanle los demas inmóviles: no se movieron en verdad, pero pasó sobre su frente no sé qué, y una sonrisa que no era sonrisa humana contrajo sus labios.

Y aquel, que habia parecido próximo á desmayar, estendió su mano, asió del vaso lleno de sangre, derramóla en el cráneo y bebiólo.

Y pareció aquel brevage reanimarle.

Y alzando la cabeza, salió este grito de su pecho con bronco sonido y destemplado:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traido á la tierra la libertad!

Y los otros seis hombres coronados alzáronse todos á la vez, y exhalaron todos á la vez el mismo grito:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traido á la tierra la libertad!

Dicho lo cual, tornáronse á sentar sobre sus asientos de hierro, y dijo el primero:

Hermanos mios, ¿qué haremos para ahogar la libertad? Porque nuestro imperio habrá espirado, si comienza el suyo. Nuestra causa es la misma: proponga pues cada cual lo que mas acertado le parezca.

Hé aqui por mi parte el consejo que me ocurre.

Antes de que el Cristo viniese, ¿quién osaba alzar la frente en nuestra presencia? Su religion nos ha perdido. Destruyamos la religion del Cristo.

Asi es la verdad. Destruyamos la religion del Cristo.

Y adelantóse otro hácia el trono: tomó el cráneo; derramó sangre en él, y dijo en seguida:

No tan solo hemos de destruir la religion, sino tambien la ciencia y el pensamiento; porque la ciencia pugna por saber lo que no es bueno para nosotros que el hombre sepa, y el pensamiento está siempre dispuesto á revelarse contra la fuerza.

Y respondieron todos: Es verdad. Destruyamos la ciencia y el pensamiento.

Y habiendo hecho lo que habian hecho los dos primeros, dijo un tercero:

Cuando hayamos sumergido de nuevo á los hombres en el embrutecimiento quitándoles la religion, la ciencia y el pensamiento, habremos hecho mucho en verdad, empero algo nos quedará todavia por hacer.

El bruto tiene instintos y simpatías peligrosas. Es preciso que ningun pueblo oiga la voz de otro pueblo, por temor de que si uno se queja y rebulle, no esperimente otro tentaciones de imitarle. No penetre pues en nuestra casa ningun rumor de la del vecino.

Y respondieron todos: Es verdad. No penetre en nuestra casa ningun rumor de la del vecino.

Y el cuarto: Nosotros tenemos nuestro interes, y el suyo tambien los pueblos opuesto al nuestro. Si se unen para defender contra nosotros ese interes, ¿cómo lo resistiremos?

Dividamos para reinar. Creemos en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, un interes contrario al de las otras aldeas, al de las otras ciudades, al de las otras provincias.

De esta suerte se aborrecerán todos, y no pensarán en armarse contra nosotros.

Y respondieron los demas: Es verdad. Dividamos para reinar: su concordia es nuestra muerte.

Y el quinto, habiendo derramado sangre dos veces, y dos veces apurado el cráneo:

Bien por esos medios: son buenos, pero no bastan. Cread brutos en buen hora; bien; amedrentad empero esos brutos, aterradlos con una justicia inexorable, y con atroces suplicios, si no quereis tarde ó temprano ser por ellos devorados. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y los demas: Es verdad. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y el sesto: Confieso la ventaja de los suplicios prontos, terribles, inevitables. Hay con todo almas fuertes y desesperadas que arrostran los suplicios.

¿Quereis gobernar fácilmente á los hombres? Debilitadlos por medio del placer. La virtud no sirve á nuestro intento, porque alimenta la fuerza: agotémosla mas bien con la corrupcion.

Y respondieron todos: Es verdad. Agotemos la fuerza y la energía y el valor con la corrupcion.

El séptimo entonces, habiendo como los demas bebido en el cráneo humano, habló en estos términos, puestos los pies sobre el Crucifijo: No mas Cristo: guerra á muerte, guerra sin fin entre él y entre nosotros.

¿Cómo segregar los pueblos de él? Es tentativa inútil. ¿Qué haremos? Escuchadme: es preciso hacer nuestros los sacerdotes del Cristo, con bienes, con honores, con poder.

Y ellos impondrán al pueblo, en nombre del Cristo, que nos vivan sometidos en todo, hagamos lo que hagamos, y mandemos lo que mandemos.

Y el pueblo los creerá y por conciencia obedecerá, y quedará nuestro poder mas asegurado que antes.

Y respondieron todos: Es verdad. Hagamos nuestros los sacerdotes del Cristo.

Y apagóse de repente la lámpara que alumbraba la sala, y separáronse los siete hombres en las tinieblas.

Entonces fuéle dicho á un justo, que á la sazon velaba y oraba delante de la cruz: Mi dia se acerca. Adora y nada temas.

XIV.

Y al través de una niebla parda y pesada vi, como se ve en la tierra á la hora del crepúsculo, una llanura desnuda, desierta y fria.

Alzábase en medio un peñasco, de donde gota á gota se destilaba una agua negra, y el débil ruido y sordo de las gotas que acompasadas caían era el único ruido que se oyese.

Y siete veredas, despues de haber culebreado en la llanura, venian á morir en el peñasco; y cerca del peñasco, á la entrada de cada uno, hallábase una piedra entapizada de una cosa húmeda y verde, parecida á la baba de un reptil.

Y hé aqui que de pronto, por una de las veredas, divisé una sombra que lentamente se movia; y poco á poco acercándose la sombra, distinguí, no ya un hombre, sino la semejanza de un hombre.

Y en el lugar del corazon, tenia la figura humana una mancha de sangre.

Y sentóse sobre la piedra húmeda y verde, y sus miembros temblaban, é inclinada la cabeza, apretábase con sus propios brazos, como queriendo retener un resto de calor.

Y por las otras seis veredas, otras seis sombras fueron sucesivamente llegando al pie del peñasco.

Y cada una de ellas, trémula y apretándose con sus brazos, fuese sentando sobre la piedra húmeda y verde.

Y estaban alli silenciosas y encorvadas bajo el peso de incomprensible agonía.

Y duró su silencio largo espacio, no sé cuánto tiempo, porque nunca sale el sol sobre la llanura aquella: ni hay noche alli, ni hay mañana. Las gotas del agua negra miden y comparten solas, cayendo, una duracion monótona, oscura, pesada, eterna.

Y era esto tan horrible, que si Dios no me hubiera dado fuerzas, hubiéranme faltado para verlo.

Y despues de una especie de estremecimiento convulsivo, una de las sombras, enderezando su cabeza, produjo un sonido semejante al sonido ronco y seco del viento que sacude un esqueleto.

Y el peñasco rebotó estas palabras hasta mi oido:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y las otras seis sombras se estremecieron, y alzando á la vez todas la cabeza, salió de su pecho la blasfemia misma.

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y fueron al punto sobrecogidas de temor mas fuerte, se espesó la niebla, y por corto espacio cesó el agua negruzca de caer.

Y las siete sombras habian sucumbido de nuevo al peso de su secreta agonía, y hubo un silencio profundo mas largo que el primero.

Una de ellas en seguida, sin alzarse de la piedra, inmóvil é inclinada, dijo á las demas:

Háos pues sucedido como á mí. ¿De qué nos han servido nuestros consejos?

Y otra repuso: La fé y el pensamiento han roto las cadenas de los pueblos: la fé y el pensamiento han emancipado la tierra.

Y dijo otra: Queriamos dividir á los hombres, y nuestra opresion los ha unido contra nosotros.

Y otra: Hemos derramado la sangre, y ha recaido esta sangre sobre nuestras cabezas.

Y otra: Hemos sembrado la corrupcion, y ha germinado entre nosotros, y ha devorado nuestros huesos.

Y otra: Hemos creido sofocar la libertad, y su soplo ha secado nuestro poder hasta en sus raices.

La séptima sombra entonces:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y todas á una voz:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y vi entonces una mano adelantándose: humedeció el dedo en el agua negruzca, cuyas gotas miden cayendo la eterna duracion, marcó en la frente á las siete sombras, y fué para siempre.

XV.

No teneis que pasar mas que un dia sobre la tierra: haced por pasarlo en paz.

La paz es fruto del amor: porque para vivir en paz, es preciso saber soportar muchas cosas.

Nadie es perfecto, todos tienen sus defectos: cada hombre es pesado á los demas, y solo el amor puede tornar leve ese peso.

Si no podeis soportar á vuestros hermanos, ¿cómo podrán soportaros vuestros hermanos á vosotros?

Escrito está del Hijo de María: Como habia amado á los suyos, que eran en el mundo; amólos hasta el fin.

Amad pues á vuestros hermanos que son en el mundo, y amadlos hasta el fin.

El amor es incansable. El amor es inagotable: vive y renace de sí propio, y tanto mas se comunica, tanto mas crece.

El que se ama á sí mismo mas que á su hermano, no es digno del Cristo, muerto por sus hermanos. Habeis dado ya vuestros bienes; dad tambien vuestra vida; el amor os lo devolverá todo.

Yo os lo digo en verdad, el corazon del que ama es un paraiso en la tierra. Lleva á Dios en sí, porque Dios es todo amor.

El hombre vicioso no ama, sino codicia: tiene hambre y sed de todo; su mirar, como el mirar de la serpiente, fascina y atrae, empero para devorar.

El amor descansa en el fondo de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de una flor.

¡Oh si supiérais lo que es amar!

Decis que amais; y muchos de nuestros hermanos estan sin pan con que sostener su vida, sin ropas con que cubrir su desnudez, sin techo que los abrigue, sin un puñado tal vez de paja para dormir encima, en tanto que teneis las cosas todas en abundancia.

Decis que amais, y hay en gran número enfermos que desfallecen, privados de socorros, sobre pobre estera, desdichados que lloran sin que llore nadie por ellos, párvulos que se andan pasados del frio, pidiendo de puerta en puerta á los ricos una migaja de su mesa, y pidiéndola en vano.

Decis que amais á vuestros hermanos. ¿Qué otra cosa hariais pues si los aborreciéseis?

Yo os lo digo: quien quiera, que pudiendo, no alivia á su hermano doliente, es el enemigo de su hermano; y quien quiera, que pudiendo, no alimenta á su hermano hambriento, es un asesino.

XVI.

Hombres hay que no aman á Dios, y que no le temen: huid de ellos, porque de ellos sale un vapor de maldicion.

Huid del impío, porque su aliento mata: empero no le aborrezcais, porque ¿quién sabe si Dios no ha mudado ya su corazon?

El hombre que aun de buena fé dice: No creo, suele engañarse. Existe allá dentro en el alma; en el fondo mismo del alma, una raiz de fé que no se marchita nunca.

La palabra que niega á Dios abrasa los labios por donde pasa, y la boca que se abre para blasfemar es una boca del infierno.

El impío está solo en el universo. Todas las criaturas alaban á Dios, todo lo que siente le bendice, todo lo que piensa le adora: el astro del dia y el de la noche le cantan en su lengua misteriosa.

Dios ha escrito en el firmamento su nombre tres veces Santo.

Gloria á Dios en las alturas de los cielos.

Hálo escrito tambien en el corazon del hombre, y el hombre bueno le conserva alli con amor, otros tratan empero de borrarle.

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Dulce es su sueño, y su muerte aun mas dulce; porque saben que vuelven al seno de su Padre.

Bien asi como el pobre labrador, al caer del dia, deja el campo, y vuelve á su choza, y sentado delante de la puerta, olvida sus fatigas mirando al cielo; asi, al anochecer de la vida, el hombre de esperanza torna con regocijo á la casa paterna, y sentado en el lintel, olvida las penalidades del destierro en las visiones de la eternidad.

XVII.

Dos hombres eran vecinos, y tenia cada uno de ellos una muger y varios hijos pequeños, y solo su trabajo para mantenerlos.

Y el uno de esos hombres se inquietaba, diciendo: Si

muero ó si enfermo, ¿qué vendrá á ser de mi muger y de mis hijos?

Y este pensamiento no le abandonaba, y roía su corazon como roe un gusano la fruta en que está escondido.

Ahora bien, igual pensamiento habia ocurrido tambien al otro padre, mas no se habia detenido en él; porque decia él: Dios, que conoce sus criaturas todas y que vela sobre ellas, velará tambien sobre mí, y sobre mi muger y mis hijos.

Y este vivia tranquilo, en tanto que el primero no gozaba un instante de reposo, ni interiormente de alegria.

Un dia, que trabajaba en el campo, triste y abatido á causa de su temor, vió unos pájaros que entraban en unas matas, y que salian, y que tornaban despues.

Y habiéndose acercado; vió dos nidos, al lado uno del otro, y en cada uno sendos pajarillos recien salidos del huevo, y sin plumas todavia.

Y cuando hubo vuelto á su faena, alzaba de vez en cuando los ojos, y miraba á aquellos pájaros que iban y que venian, llevando el alimento á sus pequeños.

Mas hé aqui que de pronto, ó á la sazon que volvia una de las madres con provisiones en el pico, ásela un buitre, y la arrebata, y la mísera madre, porfiando en balde por desasirse de sus garras, lanzaba agudos chillidos.

Esto visto, el hombre que trabajaba sintió su alma mas conturbada que de primero; porque, presumia él, la muerte de la madre es la muerte de los hijos.

Asi tambien los mios á nadie tienen sino á mí. ¿Qué será de ellos si les falto.

Y el dia entero anduvo triste y sombrio, y á la noche no durmió.

A la mañana, de vuelta al campo, se dijo: Quiero ver los hijuelos de esa pobre madre: algunos habrán perecido ya. Y encaminóse hácia las matas.

Y mirando, vió sanos y tranquilos los pequeñuelos; ninguno parecia haber sufrido.

Y habiéndole esto admirado, ocultóse para observar cuanto pasase.

Y transcurrido breve plazo, oyó un suave grito, y vió á la segunda madre, que á toda prisa traia el alimento que habia recogido, y lo distribuyó entre todos los pajarillos indistintamente, y para todos hubo, y no quedaron los huérfanos abandonados en su miseria.

Y el padre que habia desconfiado de la Providencia, refirió por la noche al otro padre cuanto habia visto.

Y díjole este: ¿por qué inquietarse? Nunca abandona Dios á los suyos. Su amor encierra secretos que no conocemos. Creamos, esperemos, amemos, y prosigamos en paz nuestro camino.

Si muero antes que vos, vos sereis el padre de mis hijos; si moris antes que yo, seré el padre de los vuestros.

Y si uno y otro morimos ántes de que esten en edad de proveer ellos mismos á sus necesidades, tendrán por padre al Padre comun que está en el cielo.

XVIII.

Cuando habeis orado, ¿no sentis vuestro corazon mas aliviado; y vuestra alma mas contenta?

La oracion torna la afliccion menos dolorosa, y el gozo mas puro: préstale á aquella dulzura y cordiales y á este un perfume celeste.

¿Qué haceis en la tierra? ¿no teneis nada que pedir al que os puso en ella?

Sois un viajero que busca su patria.

No camineis con la cabeza inclinada: es preciso levantar los ojos para reconocer el camino.

Vuestra patria es el cielo; y cuando mirais al cielo ¿no pasa nada dentro de vosotros? ¿no os agita ningun deseo? ¿ó es mudo por ventura ese deseo?

Háilos que dicen: ¿para qué orar? Dios es harto superior á nosotros para escuchar tan mezquinas criaturas.

¿Mas quién ha hecho esas mezquinas criaturas, quién es ha dado el sentido, y el pensamiento, y la palabra, sino Dios?

Y si tan bueno ha sido para con ellas, ¿era por ventura para abandonarlas despues y rechazarlas lejos de sí?

En verdad, yo os lo digo, todo aquel que dice en su corazon que Dios desprecia sus obras, blasfema á Dios.

Otros hay que dicen: ¿á qué fin orar? ¿no sabe Dios por ventura mejor que nosotros lo que nos hace falta?

Dios sabe mejor que vosotros lo que os hace falta, y por eso mismo quiere que le pidais; porque Dios es él mismo, y todo él vuestra primera necesidad, y rogar á Dios, es empezar á poseer á Dios.

El padre conoce las necesidades de su hijo. ¿Y será bueno sin embargo que solo por eso no tenga nunca el hijo dispuesta una palabra de súplica y una accion de gracias para su padre?

Cuando los animales sufren, cuando temen, ó cuando padecen hambre, lanzan gritos lastimeros. Esos gritos son el ruego que dirigen á Dios, y Dios los escucha. Por ventura, seria el hombre en la creacion el único ser cuya voz no hubiese de elevarse nunca hasta el Criador?

A veces pasa sobre las campiñas un viento que seca las plantas, y vénse entonces sus vástagos marchitos inclinarse hácia la tierra; humedecidos, empero, por el rocío, recobran su frescura, y alzan de nuevo su lánguida cabeza.

Siempre existen vientos abrasadores que pasan sobre el alma del hombre, y la marchitan. La oracion es el rocío que la reanima.

XIX.

No teneis mas que un Padre, que es Dios, ni mas que un Señor, que es el Cristo.

Cuando se os diga pues de aquellos que ejercen sobre la tierra gran poder: Hé ahí vuestros señores, no lo creais. Si son justos, son vuestros servidores; si injustos, vuestros tiranos.

Todos nacen iguales; ninguno al nacer al mundo trae consigo el derecho de mandar.

En una cuna he visto un niño llorando y babeando, y ancianos en derredor suyo que le decian: Señor; y que de rodillas le adoraban. Y he comprendido toda la miseria del hombre.

El pecado es quien ha hecho los príncipes, porque en vez de amarse y de ayudarse como hermanos, han comenzado los hombres á perjudicarse los unos á los otros.

Entonces escogieron uno ó varios, á quienes creían los mas justos, á fin de proteger á los buenos contra los malos, y que pudiese el débil vivir en paz.

Y era el poder que ejercian un poder legítimo, porque era el poder de Dios, que quiere que reine la justicia y el poder del pueblo que los habia elegido.

Y por eso obligado estaba cada uno en conciencia á obedecerlos.

Pero no tardaron algunos en querer reinar por sí mismos, como si hubieran sido de naturaleza superior á la de sus hermanos.

El poder de estos no es legítimo, porque es el poder de Satanás, y su imperio es el imperio del orgullo y de la codicia.

Y por eso, cuando haya de resultar un mal mayor, cada cual puede y debe en conciencia resistirles.

En la balanza del derecho eterno, vuestra voluntad pesa mas que la voluntad de los reyes; porque los pueblos son los que hacen los reyes, y son hechos los reyes para los pueblos, y no los pueblos para los reyes.

El Padre comun no ha formado los miembros de sus hijos para que fuesen quebrantados con cadenas; ni su alma para que sea lastimada por la servidumbre.

Hálos unido en familias, y todas las familias son hermanas; hálos unido en naciones, y todas las naciones son hermanas; y quien quiera que separa las familias de las familias, las naciones de las naciones, divide y separa lo que Dios ha unido: perpetra una obra de Satanás.

Lo que une entre sí á las familias con las familias, á las naciones con las naciones, es en primer lugar la ley de Dios, la ley de justicia y de caridad, y la ley en seguida de libertad, que es tambien la ley de Dios.

Porque sin la libertad ¿qué género de union podria existir entre los hombres? Estarian unidos como está unido el caballo con el que le monta, como el azote del amo con la piel del esclavo.

Si alguien pues viene y dice: Sois mios, responded: No; somos de Dios, que es nuestro Padre, y del Cristo, que es nuestro único Señor.

XX.

No os dejeis seducir por palabras vanas. Querrán muchos convenceros de que sois realmente libres, porque habrán escrito sobre una hoja de papel la palabra libertad, y la habrán propalado en las esquinas.

La libertad no es un pasquin para leido en una tapia. Es una influencia, un poder vivo que se siente dentro y en derredor de sí, el genio protector del hogar doméstico, la

garantía de los derechos sociales, y el primero de esos mismos derechos.

El opresor que se cubre con su nombre, es de todos el peor. Une la mentira á la tiranía, y á la injusticia la profanacion: porque el nombre de libertad es santo.

Guardaos pues de aquellos que dicen: Libertad, libertad, y que luego la destruyen con sus obras.

¿Elegis vosotros á los que os gobiernan, á los que os mandan que hagais esto ó no hagais lo otro, á los que ponen á contribucion vuestros bienes, vuestra industria, vuestro trabajo? Y si no sois vosotros, ¿cómo sois libres?

¿Podeis disponer de vuestros hijos como mejor os parezca, confiar á quien mas os agrade su instruccion y sus costumbres? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

Los pájaros del aire y los insectos mismos reúnense para hacer en comun lo que ninguno de ellos podria hacer solo. ¿Podeis reuniros para tratar en comun de vuestros intereses, para defender vuestros derechos, para obtener algun alivio en vuestros males? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

¿Podeis ir de un punto á otro, si no se os permite, usar de los frutos de la tierra y de las producciones de vuestro trabajo, mojar siquiera un dedo en el agua del mar, y derramar de ella una gota en la mísera vasija de barro donde se cuece vuestro alimento, sin esponeros á pagar la multa y á ser llevados á la cárcel? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

¿Estais seguros, al acostaros, de que nadie vendrá, en lo que dure vuestro sueño á hacer un rebusco en los mas secretos sitios de vuestra vivienda, á arrancaros del seno de vuestra familia y lanzaros en un calabozo, solo porque al poder en medio de su terror, se le haya pasado por la fantasía sospechar de vosotros? Y si no lo estais, ¿cómo sois libres?

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando á fuerza de valor y de perseverancia os hayais emancipado de todas estas trabas.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando hayais dicho en el fondo de vuestra alma: queremos ser libres; cuando para llegar realmente á serlo esteis dispuestos á sacrificarlo y á sufrirlo todo.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando al pie de la cruz en que el Cristo murió para redimiros, hayais jurado morir los unos por los otros.

XXI.

El pueblo es incapaz de conocer sus intereses: débesele por tanto tener siempre bajo tutela. Por ventura, ¿no les toca de derecho á los que mas saben dirigir á los que saben menos?

De esta suerte hablan multitud de hipócritas que quieren llevar los negocios del pueblo, á fin de engordarse con la sustancia del pueblo.

Sois incapaces, dicen, de comprender vuestros intereses; y dicho esto, no os permitirán disponer de lo que es vuestro para un objeto que juzgueis útil; sino que dispondrán ellos de ello, mal vuestro grado, para otro objeto que os desagrade ó repugne.

Sois incapaces de administrar una pequeña propiedad comun, incapaces de saber lo que os conviene, de conocer vuestras necesidades y de remediarlas; y esto dicho, os enviarán hombres bien pagados, á espensas vuestras, que dirigirán vuestros negocios á su albedrio, os impedirán que hagais lo que querais hacer, y os obligarán á hacer lo que no querais.

Sois incapaces de discernir qué genero de educacion os conviene dar á vuestros hijos; y por cariño á vuestros hijos los lanzarán en sentinas de impiedad y de malas costumbres, á no que prefirais que vivan desnudos de toda instruccion.

Sois incapaz de juzgar si podeis, vosotros y vuestras familias, subsistir con el salario que os señalan por vuestro trabajo; y bajo severas leyes se os prohibirá concertaros para obtener un aumento en ese salario para que podais vivir vosotros, vuestras mugeres y vuestros hijos.

Si esto que dice esa raza hipócrita y codiciosa fuese verdad, seríais por cierto inferiores con mucho al bruto, porque el bruto sabe cuanto de vosotros afirman que no sabeis, y bástale para saberlo el instinto.

Dios no os ha criado para que seais rebaño de algunos otros hombres. Antes os ha hecho para vivir libremente como hermanos en sociedad. Un hermano nada tiene que mandar á su hermano. Los hermanos se unen entre sí con

mútuos convenios, y esos convenios son la ley, y la ley debe de ser acatada, y todos deben unirse para impedir que la violen, porque ella es salvaguardia de todos, voluntad é interes de todos.

Sed hombres: ninguno es poderoso bastante para unciros al yugo mal vuestro grado; pero vosotros podeis sujetar el cuello á la argolla, si quereis.

Hay animales estúpidos, á los cuales se encierra en establos, que son criados para el trabajo, y cebados en su vejez para ser sus carnes comidas.

Otros hay que viven en el campo á su libertad, que nadie puede doblegar á la servidumbre, que no se dejan seducir con pérfidas caricias, ni vencer con amenazas y malos tratos.

Los hombres animosos parécense á estos; son los cobardes como los primeros.

XXII.

Comprended cómo se puede ser libre.

Para ser libre es preciso empezar por amar á Dios, porque si amais á Dios, hareis su voluntad; y la volnntad de Dios es la justicia y la caridad, sin las cuales no se da libertad.

Cuando con violencia ó con artería se toma lo que es de otro; cuando se le vulnera en su persona; cuando en cosa lícita se le impide obrar conforme á su gusto, ó se le fuerza á obrar en contra de él; cuando en cualquier manera se viola su derecho, ¿qué es esto? Una injusticia. La injusticia es pues quien destruye la libertad.

Si cada cual se amase á sí solo, y no amase mas que á sí, sin acudir al socorro de los demas, veríase á veces el pobre obligado á robar lo ageno para vivir y sustentar á los suyos, sería el débil oprimido por el fuerte, y este por otro mas fuerte todavía: reinaria la injusticia en todas partes. La caridad es pues quien conserva la libertad.

Amad á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos, y desaparecerá la servidumbre de la faz de la tierra.

Sabed con todo que los que se aprovechan de la servidumbre de sus hermanos, pondrán en juego los medios to-

dos de prolongarla. Asi emplearán la fuerza como la mentira.

Dirán que el dominio arbitrario de algunos y la esclavitud de los demas es el orden establecido por Dios; y á fin de conservar la tiranía, no temerán blasfemar contra la Providencia.

Responded es que el Dios de ellos es Satanás, el enemigo del género humano, y el vuestro es el que ha vencido á Satanás.

Soltarán despues contra vosotros sus satélites, levantarán cárceles sin número para encerraros, os perseguirán con el hierro y con el fuego, os atormentarán y derramarán vuestra sangre como el agua de las fuentes.

Ahora bien, si no estais resueltos á pelear sin descanso, á soportarlo todo sin doblaros, á no cansaros jamas, y á no ceder en la vida, conservad vuestras cadenas, y renunciad á una libertad de que sois indignos.

La libertad es como el reino de Dios; sufre violencia, y los violentos la arrebatan.

Y la violencia que os ha de poner en posesion de la libertad, no es la violencia feroz de los ladrones y salteadores, la injusticia, la venganza, la crueldad, sino una voluntad fuerte, inflexible, un valor sereno y generoso.

La causa mas santa tórnase causa impia y execrable cuando se emplea el crímen para sostenerla. Puede el hombre criminal pasar de esclavo á tirano; nunca, empero, será libre.

XXIII.

Señor, nosotros recurrimos á vos desde el abismo de nuestra miseria.

Como los animales que no tienen que dar á sus pequeños,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la oveja á quien robaron su cordero,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la paloma sorprendida por el sacre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el gamo entre las garras del tigre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el toro vencido del cansancio y ensangrentado por el harpon,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pájaro herido y perseguido por el perro,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la golondrina rendida á la fatiga al cruzar los mares, y palpitante sobre las olas,

Recurrimos á vos, Señor.

Como viajeros estraviados en un desierto abrasados y sin agua,

Recurrimos á vos, Señor.

Como náufragos en playa estéril,

Recurrimos á vos, Señor.

Como aquel que, cerrada ya la noche, encuentra junto á un cementerio un espectro repugnante,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el padre á quien le arrebatan el pedazo de pan que llevaba á sus hijos hambrientos,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el preso, á quien injusto poderoso lanzó en calabozo húmedo y sombrío,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el esclavo destrozado por el azote del amo,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el inocente arrastrado al cadalso,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pueblo de Israel en la tierra de esclavitud,

Recurrimos á vos, Señor.

Como los descendientes de Jacob, cuyos primogénitos ahogaba el rey de Egipto en el Nilo,

Recurrimos á vos, Señor.

Como las doce tribus, cuyo trabajo aumentaban diariamente sus opresores, cercenándoles á la vez el alimento,

Recurrimos á vos, Señor.

Como todas las naciones de la tierra, antes de que hubiese lucido la aurora de redencion,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el Cristo enclavado en la cruz, cuando dijo: Padre, Padre, ¿por qué me habeis abandonado?

Recurrimos á vos, Señor.

Señor, vos no habeis desamparado á vuestro hijo, á vuestro Cristo, sino en la apariencia y por breve espacio:

tampoco desampararéis para siempre jamas á los hermanos del Cristo. Su divina sangre, que los ha rescatado de la esclavitud en que el príncipe de este mundo los tenia, los redimirá tambien de la esclavitud en que los tienen los ministros del príncipe de este mundo. Ved sus pies y sus manos taladradas, abierto su costado y cubierta su cabeza de sangrientas llagas. Dentro de la tierra misma que en herencia les dejaste, hánles abondado un vasto sepulcro, donde los han arrojado confundidos, y han sellado la losa con un sello, en el cual, por sarcasmo, han osado grabar vuestro santo nombre. Y allí paran, Señor yacientes, empero no para siempre. Tres dias mas, y romperáse el sello sacrílego, y será la losa quebrantada, y los que duermen se despertarán, y el reinado del Cristo, que es todo justicia y caridad, y paz y alegría en el Espíritu Santo, comenzará. Asi sea.

XXIV.

Cuanto en el mundo sucede lleva por delante una señal precursora.

Antes de que salga el sol, tíñese el horizonte en mil tintas, y parece el Oriente un mar de fuego.

Antes de que estalle la tormenta, óyese en la playa un rumor sordo, agítanse las olas como por sí mismas.

Los innumerables pensamientos diversos que se cruzan y confunden en el horizonte del mundo espiritual, son la señal precursora que anuncia la próxima salida del sol de las inteligencias.

El murmullo confuso, y el desasosiego interior de los pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.

Preparaos, porque los tiempos se acercan.

En aquel dia, habrá grandes terrores, y gritos tales como no se han oido desde los tiempos del diluvio.

Los reyes ahullarán sobre sus tronos; en balde pugnarán por retener con entrambas manos sus coronas, arrebatadas por los huracanes, y serán con ellas barridos.

Los ricos y los poderosos saldrán desnudos de sus palacios por temor de ser bajo sus ruinas sepultados.

Veráselos, errantes por los caminos, pedir á los transeuntes algunos harapos para cubrir su desnudez, un poco de pan negro para aplacar su hambre, y dudo si lo obtendrán.

Y habrá hombres de quienes se apoderará la sed de sangre, y que adorarán la muerte, y que querrán hacerla adorar.

Y la muerte estenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y bajará esa bendicion sobre su corazon, y cesará de latir.

Conturbaránse los sabios en su ciencia, y apareceráles como un átomo negro, cuando salga el sol de las inteligencias.

Y á medida que se alce, derretirá su calor las nubes amontonadas por la tempestad, y no serán de entonces mas sino un ligero vapor, que un viento suave barrerá hácia el Poniente.

Nunca habrá estado el cielo tan sereno, ni tan verde la tierra y tan fecunda.

Y en vez del débil crepúsculo, que llamamos dia, una luz viva y pura se irradiará de lo alto, como reflejo de la faz de Dios.

Y miraránse los hombres á esta luz, y dirán: No nos conociamos á nosotros, ni conociamos á los demas: no sabiamos lo que era el hombre. Ahora lo sabemos.

Y cada uno se amará á sí propio en su hermano, y tendrá á dicha servirle: y no habrá pequeños, ni habrá grandes, á causa del amor, que lo iguala todo, y las familias todas no serán mas que una familia, ni las naciones todas sino una nacion.

Hé aqui el sentido de las letras misteriosas que los ciegos judios sobrepusieron á la cruz del Cristo.

XXV.

Era una noche de invierno. Silbaba el viento fuera, y blanqueaba la nieve los tejados.

Debajo de uno de esos tejados, en vivienda estrecha, se veían sentadas, haciendo labor de manos, una muger con cabellos blancos, y una muchacha.

Y de vez en cuando calentaba la anciana á su mez-

quino brasero sus manos descoloridas. Una lámpara de barro alumbraba la pobre estancia, y un rayo de la lámpara iba á morir en una imagen de la Vírgen, pendiente de la pared.

Y la inocente muchacha, alzando los ojos, contempló silenciosa un breve instante la muger de los cabellos blancos, y luego dijo: Madre mia, no habeis vivido siempre en este abandono.

Y habia en su voz suavidad y ternura inesplicables.

Y la muger de los cabellos blancos respondió: Hija mia, Dios es árbitro; lo que hace, bien hecho está.

Dichas estas palabras, calló por breve espacio, y repuso en seguida.

Cuando perdí á tu padre sentí un dolor que creí sin consuelo: tú con todo me quedabas; pero entonces solo en él pensaba.

Despues he pensado que si hubiera vivido, y nos hubiera visto en tal penuria, su alma se hubiera despedazado; y he conocido que Dios habia sido misericordioso para con él.

La inocente muchacha no respondió nada, pero inclinó la cabeza, y algunas lágrimas, que procuraba ocultar, cayeron sobre el retazo que en las manos tenia.

La madre añadió: Dios que ha sido misericordioso con él, lo ha sido tambien con nosotras. ¿Qué nos ha faltado, en tanto que á otros les falta todo.

Fuerza ha sido en verdad acostumbrarnos á poco, y aun eso poco granjearlo con nuestro trabajo; pero eso poco ¿no basta? ¿y no se han visto todos desde el principio condenados á vivir de su trabajo?

Dios, en su bondad, nos ha dado el pan de cada dia; ¿y cuántos carecen de él? un albergue; ¿y cuántos no saben dónde albergarse?

Me ha dado, ademas, á tí: ¿de qué puedo quejarme?

Oidas estas últimas palabras, la inocente, conmovida, cayó á los pies de su madre, tomóle las manos, las besó, é inclinóse llorando sobre su regazo.

Y la madre, esforzando la voz, como mas pudo: Hija mia, no está la dicha en poseer mucho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no está aqui abajo, ni nuestro amor tampoco; ó si está es solo de paso.

Despues de Dios, tú lo eres todo para mí en este mundo; pero este mundo se desvanece como un sueño, y por eso se sublima mi amor contigo á otro mundo mejor.

Cuando te llevaba en mi seno, rogué un dia con mas fervor á la Vírgen María, y aparecióme en tanto que dormia, y me parecia que con celestial sonrisa me presentaba una criatura.

Y cogí la criatura que me presentaba, y cuando la tuve en mis brazos, colocó la Vírgen María sobre su cabeza una corona de rosas blancas.

Pocos meses despues naciste, y la dulce vision no se apartaba de mis ojos.

Diciendo esto, la anciana encanecida se estremeció, y estrechó contra su corazon á la inocente muchacha.

De allí á poco tiempo una alma bienaventurada vió dos figuras luminosas remontarse al cielo; un coro de ángeles las acompañaba, y vibraban en el aire los cánticos de alegría.

XXVI.

Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestras manos no son sino sombras, y el sonido que hiere vuestro oido no es sino un eco grosero de la voz interior y misteriosa que adora y ruega y gime en el seno de la creacion.

Porque toda criatura gime, toda criatura pugna por nacer á la vida verdadera, por pasar de las tinieblas á la luz, de la region de las apariencias á la de las realidades.

Ese sol tan brillante, tan hermoso, no es sino el ropage, el emblema oscuro del verdadero sol, que alumbra y vivifica las almas.

Esta tierra, tan rica y verdeciida, no es sino la pálida mortaja de la naturaleza; porque la naturaleza, tambien degenerada, ha bajado al sepulcro, como el hombre, pero como él para renacer.

Debajo de esa densa vestimenta del cuerpo, semejais á un viajero, que en su tienda de campaña, y ya cerrada la noche, ve, ó cree ver pasar fantasmas.

El mundo real está velado para vosotros. El que se recoge dentro de sí mismo le entrevee como á lo lejos. Secretas influencias que duermen dentro de él, dispiértanse

un momento, solevantan una punta del velo que el tiempo tiene con su mano rugosa, y encuéntrase su vista interior absorta en las maravillas que contempla.

Vosotros estais tambien en la orilla del Océano de los seres; no penetrais, empero, sus honduras. Caminais á la caida de la tarde á orillas del mar, y solo divisais un poco de espuma, que arrojan las oleadas en la playa.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como la criatura en el seno de la madre, que espera la hora del nacimiento: como el insecto alado en el gusano reptil, anhelando salir de esta cárcel terrenal, para tomar vuestro vuelo hácia el Empíreo.

XXVII.

¿Quién se apiñaba al rededor del Cristo para oir su palabra? El pueblo.

¿Quién le seguia en la montaña y en los sitios desiertos para escuchar sus lecciones? El pueblo.

¿Quién queria elegir rey? El pueblo.

¿Quién estendia sus vestiduras y arrojaba palmas delante de él, gritando Hossannah, á la sazon de su entrada en Jerusalen? El pueblo.

¿Quién se escandalizaba á causa de los enfermos que curaba el dia del sábado? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le interrogaba insidiosamente y le tendia lazos para perderle? Los escribas y los fariseos.

¿Quién decia de él: Está poseido? ¿Quién le llamaba hombre de gula, y amante de la buena vida? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le trataba de sedicioso y blasfemo? ¿quiénes se coligaron para darle muerte? ¿quién le crucificó en el calvario entre dos salteadores de caminos?

Los escribas y los fariseos, los doctores de la ley, el rey Herodes y sus cortesanos, el gobernador romano y los príncipes de los sacerdotes.

Su astucia hipócrita engañó al mismo pueblo. Moviéronle á pedir la muerte de aquel que le habia alimentado en el desierto con siete panes, que devolvia la salud á los enfermos, la vista á los ciegos, el oido á los sordos, y el uso de sus miembros á los paralíticos.

Pero Jesus, viendo que habian seducido á aquel pueblo como la serpiente sedujo á la muger; rogó á su Padre, diciendo: Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y sin embargo, diez y ocho siglos han pasado, y el Padre no los ha perdonado todavia, y arrastran su suplicio por la redondez de la tierra, y por todas partes el esclavo tiene que bajarse para verlos.

La misericordia del Cristo no reconoce escepcion. Ha venido al mundo para salvar, no á algunos hombres, sino á los hombres todos; para cada uno de ellos ha tenido una gota de sangre.

Pero especialmente amaba con amor de predileccion á los pequeños, á los débiles, á los humildes, á los pobres, á aquellos todos que sufren.

Latia su corazon sobre el corazon del pueblo, y el corazon del pueblo latia sobre el suyo.

Y alli es, sobre el corazon del Cristo, donde los pobres enfermos se reaniman, y donde los pueblos oprimidos reciben fuerza y valor para emanciparse.

¡Ay de aquellos que se alejan de él y que le niegan! Su miseria es irremediable y eterna su servidumbre.

XXVIII.

Tiempos se han visto en que el hombre creia ofrecer á Dios un sacrificio agradable, degollando al hombre cuyas creencias diferian de las suyas.

Mirad con horror esos homicidios execrables.

¿De qué suerte pudiera la muerte del hombre agradar á Dios, que ha dicho al hombre: No matarás?

Cuando la sangre del hombre corre sobre la tierra, como ofrenda al Señor, acuden los espíritus infernales á beberla, y éntranse en aquel que la ha derramado.

Comiénzase solo á perseguir cuando se pierde la esperanza de convencer, y quien desespera de convencer ó blasfema en su interior el poder de la verdad, ó carece él mismo de confianza en la verdad de las doctrinas que anuncia.

¿Qué insania mayor que decir á los hombres: Creed ó morir?

La fé es hija del Verbo: penetra en los corazones con la palabra, y no con el puñal.

Jesus pasó haciendo bien, cautivando con la bondad, y moviendo con su dulzura las almas mas empedernidas.

Sus labios divinos bendecian, y no maldecian sino á los hipócritas. No escogió, empero, verdugos para apóstoles.

Decia á los suyos: Dejad que crezcan juntos hasta la siega el bueno y el mal grano: el padre de familia los separará en la era.

Y á aquellos que le querian obligar á hacer descender el fuego del cielo sobre una ciudad incrédula: Vosotros no sabeis cuál espíritu es el vuestro.

El espíritu de Jesus es espíritu de paz, de misericordia y de amor.

Los que en su nombre persiguen, los que escrutan las conciencias con la espada, los que atormentan el cuerpo para convertir el alma, los que provocan las lágrimas, en vez de enjugarlas, esos todos no participan del espíritu de Jesus.

¡Ay del que profana el Evangelio, tornándole para los hombres objeto de terror! ¡ay del que escribe la nueva feliz sobre hoja ensangrentada!

Acordaos de las catacumbas.

En aquel tiempo os arrastraban al cadalso, os arrojaban á las fieras en el anfiteatro para servir de solaz al populacho, os lanzaban por miles en el fondo de las minas y en las cárceles, os confiscaban vuestros bienes, os hollaban con los pies como lodo de las plazas públicas; y para celebrar vuestros misterios proscritos no teniais mas asilo que las entrañas de la tierra.

¿Qué decian vuestros perseguidores? Decian que propalabais doctrinas peligrosas; que vuestra secta, cual la llamaban, alteraba el orden y la paz pública; que violadores de las leyes y del género humano, conmoviais el imperio al conmover la religion del imperio.

Y en tanta penuria, bajo opresion tanta, ¿qué pediais? Libertad. Reclamábais el derecho de no obedecer sino á Dios, de servirle y de adorarle segun vuestra conciencia.

Aunque se engañen en su fé, cuando reclamen otros de vosotros ese derecho sagrado, respetadlo en ellos, bien asi como queriais que le respetasen en vosotros los paganos.

Respetadlo para no manchar al menos la memoria de

vuestros confesores, para no profanar siquiera las cenizas de vuestros mártires.

La persecucion tiene dos filos; asi hiere á la derecha como á la izquierda.

Si olvidáreis las lecciones del Cristo, acordaos al menos de las catacumbas.

XXIX.

Conservad con esmero en vuestras almas la justicia y la caridad: ellas serán vuestra salvaguardia, ellas lanzarán de entre vosotros las discordias y las disensiones.

Lo que produce las discordias y las disensiones lo que engendra los litigios que escandalizan á los buenos y arruinan las familias, es mas que nada el sórdido interes, la insaciable codicia de adquirir y poseer.

Trabajad, pues, sin cesar en vencer esa codicia que el enemigo malo escita de contino dentro de vosotros.

¿Qué os llevareis de todas esas riquezas que hayais acumulado por buenas y por malas vias? Poco le basta al hombre que tan poco vive.

Otra causa de interminables disensiones son las malas leyes.

Y sin embargo apenas hay leyes buenas en el mundo.

¿Qué otra ley necesita quien profesa la ley del Cristo?

La ley del Cristo es clara, es santa, y no hay nadie que conservando esta ley en su corazon, no pueda juzgarse á sí mismo fácilmente.

Escuchad lo que me ha sido dicho:

Si los hijos del Cristo tienen altercados entre sí, no deben llevarlos ante los tribunales de los que oprimen la tierra y la corrompen.

¿No hay ancianos entre ellos? ¿Y esos ancianos no son sus padres, conocedores de la justicia y amantes de ella?

Vayan, pues, y busquen uno de esos ancianos, y díganles: Padre mio, no hemos podido concertarnos mi hermano y yo; os rogamos que nos juzgueis.

Y escuchará el anciano las quejas de entrambos, y juzgará entre ellos, y ya juzgados los bendecirá.

Y si se avienen á este juicio, permanecerá sobre ellos la

bendicion; de no, tornará al anciano, que habrá juzgado en justicia.

Nada hay imposible para los que viven unidos, asi para el bien, como para el mal. El dia por tanto en que os unais será el dia de vuestra redencion.

Cuando los hijos de Israel yacian oprimidos en la tierra de Egipto, si cada uno de ellos, olvidando á sus hermanos, hubiera intentado salir solo, ni uno hubiera escapado; salieron, empero, todos juntos, y nadie los detuvo.

Vosotros estais tambien en la tierra de Egipto, encorvados bajo el cetro de Faraon, y bajo el azote de sus cómitres. Recurrid, pues, al Señor, Dios vuestro, levantaos despues y salid juntos.

XXX.

Cuando se hubo amortiguado la caridad, y cuando hubo empezado á crecer la injusticia sobre la tierra, dijo Dios á uno de sus siervos: Vé en mi nombre hácia ese pueblo, y anúnciale lo que veas; y lo que veas sucederá en verdad, si, saliéndose de la senda torcida, no se arrepiente y se vuelve hácia mí.

Y el siervo de Dios obedeció, y vestido de un saco, y habiendo derramado ceniza sobre su cabeza, fuese hácia la multitud, y alzando su voz decia:

¿Por qué irritais al Señor para vuestra perdicion? Dejad las sendas torcidas, arrepentíos, y volveos hácia él.

Y oyendo estas palabras, compungíanse unos, y otros se mofaban, diciendo: ¿Quién es este, y qué nos viene á contar? ¿quién le ha dado mision para reprendernos? Es un loco.

Y de repente, el Espíritu de Dios se apoderó del profeta, y descorrióse el velo del tiempo ante sus ojos, y pasaron los siglos delante de él.

Y rasgando sus vestiduras: De esta suerte, dijo, será destrozada la familia de Adan.

Los hombres de iniquidad han compartido la tierra: han contado sus habitantes, como se cuenta el ganado, por cabezas.

Han dicho: Repartámonos esto, y hagamos de ello moneda para nuestros usos.

Háse hecho la reparticion, y cada cual ha cogido la par-

te que le ha tocado, y la tierra y sus habitantes han venido á ser propiedad de hombres inicuos, y allá en su conciliábulo se han preguntado: ¿Cuánto vale nuestra propiedad? Y todos á una voz han respondido: Treinta dineros.

Y han comenzado á traficar entre ellos con esos treinta dineros.

Ha habido compras, ventas, trueques: hombres en cambio de tierra, tierra en cambio de hombres, y oro por señal.

Y cada cual ha codiciado la parte de los otros, y hánse degollado para espoliarse mútuamente, y con la sangre que ha corrido, han escrito sobre un pedazo de papel: Derecho; y sobre otro: Gloria.

¡Basta, Señor, basta!

Hé aquí dos que arrojan sus arpones de hierro sobre un pueblo. Cada uno se lleva un pedazo.

La espada ha pasado y vuelto á pasar. ¿Oís esos gritos agudísimos? Son los quejidos de las esposas, y los lamentos de las madres.

Señor, Señor, ¿habrá de ser eterna vuestra ira? ¿vuestro brazo no se estenderá jamás sino para herir? Perdonad á los padres en gracia de los hijos. Dejaos mover por el llanto de esas pobres y pequeñas criaturas, que no distinguen todavia su mano izquierda de la diestra.

El mundo se agranda, la paz va á renacer. Habrá sitio para todos.

¡Maldicion! ¡maldicion! La sangre corre á rios, y rodea la tierra como faja roja.

¿Quién es ese anciano que habla de justicia, una copa envenenada en la una mano, y acariciando con la otra á una prostituta que le apellida su padre?

Y dice: la raza de Adan me pertenece. ¿Quiénes son los mas fuertes entre vosotros, y se la distribuiré?

Y lo que ha dicho, lo hace; y desde su trono, sin levantarse siquiera, señala su presa á cada uno.

Y todos devoran, devoran; y su hambre va en aumento, y agólpanse los unos sobre los otros, y la carne palpita, y los huesos crujen entre los dientes.

Ábrese un mercado, condúcense á él las naciones con la soga al cuello; las palpan, las pesan; hácenlas andar y correr: tanto valen, menos cuanto. No es ya el tumulto y la confusion anterior, sino un comercio ordenado.

¡Bienaventuradas las aves del cielo y los animales de la tierra! Nadie los violenta; van y vienen como mejor les place.

¿Qué piedras son esas que giran sin cesar y muelen?

Hijos de Adan, esas piedras son las leyes de los que os gobiernan, y lo que muelen y reducen á polvo, vosotros.

Y á medida que el profeta lanzaba sobre el porvenir esos destellos siniestros, apoderábase un terror misterioso de los que le escuchaban.

Cesó su voz de oirse de repente, y pareció como absorto en meditacion profunda. El pueblo esperaba silencioso, oprimido el pecho y en palpitante agonia.

Entonces el profeta: Señor, no habeis abandonado á este pueblo en su miseria; no le habeis entregado para siempre á sus opresores.

Y asió de dos ramas, y desnudólas de sus hojas, y habiéndolas cruzado, uniólas, y las alzaba sobre la multitud, diciendo: Esta será vuestra salvacion, por este signo vencereis.

É hízose noche, y el profeta desapareció como sombra que pasa, y se dispersó la muchedumbre por todas partes en medio de las tinieblas.

XXXI.

Cuando despues de larga sequía cae una lluvia suave sobre la tierra, bebe esta ansiosa el agua del cielo, que la refresca y la fecunda.

Asi tambien las naciones sedientas beberán con ánsia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas, á semejanza de vivificante rocío.

Y la justicia y el amor, y la paz y la libertad germinarán en su seno.

Y será como en los tiempos en que eran todos hermanos, y no se oirá ya mas la voz del amo, ni la voz del esclavo, los gemidos del pobre ni los sollozos de los oprimidos, sino cánticos de alegría y de bendicion.

Los padres dirán á sus hijos: Nuestros primeros dias han sido conturbados, y llenos de lágrimas y agonías. El sol ahora sale y se pone testigo de nuestro gozo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán las madres á sus hijas: Contemplad nuestras

frentes, ahora tan serenas; el pesar, el dolor, la inquietud las marcaron en otro tiempo con hondos surcos. Las vuestras semejan á la superficie de un lago, cuando en la primavera ningun viento la riza. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán los mancebos á las vírgenes: Bellas sois como las flores del campo, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las tiñe. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; empero cuando os vemos y cuando paramos á vuestro lado, sentimos en nuestras almas una sensacion, que solo tiene nombre en el cielo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y repondrán las vírgenes: Ájanse las flores y pasan: dia lega en que ni el rocío las refresca, ni la luz las tiñe. En la tierra solo la virtud ni se marchita ni pasa. Nuestros padres son como la espiga que se hincha de grano por el otoño, y nuestras madres como la vid, que se carga de fruto. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; y dulces nos son tambien los hijos de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

XXXII.

Yo ví una haya elevarse á maravillosa altura. Desde la copa hasta el tronco casi tendia enormes ramas, que cubrian la tierra toda en derredor, de suerte que esta paraba desnuda; ni una yerbecilla producia. Al pie del coloso nacia una encina, que despues de haberse elevado algunos pies, se encorvaba, estendíase despues horizontal, tornábase á enderezar, y de nuevo se torcia; veíasela, en fin, alargando su cabeza flaca y desnuda bajo las ramas robustas del haya, como en demanda de aire y de luz.

Y díjeme á mí mismo: Asi crecen los pequeños á la sombra de os grandes.

¿Quién se reune en derredor de los poderosos del mundo? ¿quién se acerca á ellos? No en verdad el pobre; se le espulsa; tal presencia empañaria sus miradas. Apártasele con cuidado de su vista y de sus palacios; ni aun le consienten atravesar sus jardines, para todos abiertos, menos para

él, porque su cuerpo, gastado por el trabajo, viste las ropas de la indigencia.

¿Quién, pues, se reune en derredor de los poderosos del mundo? Los ricos y los aduladores que quieren llegar á serlo, mugeres perdidas, ministros infames de sus secretos placeres, farsantes y juglares, bufones que divierten su conciencia, y falsos profetas que los estravian.

¿Quién mas? Los hombres de violencia y astucia, agentes de opresion, espoliadores, cuantos dicen, en fin: Entregadnos el pueblo, y nosotros haremos correr su oro en vuestros cofres, y su sustancia en vuestras venas.

Allí donde yace el cuerpo, se reunirán las águilas.

Los pajarillos inocentes construyen su nido en la yerba, y las aves de rapiña en árboles altos.

XXXIII.

En la estacion en que las hojas amarillean, un anciano, cargado con un haz de ramas, volvia lentamente hácia su choza, situada en la pendiente de un valle.

Y hácia la parte por donde el valle tenia salida, veíanse por entre los árboles desparcidos los oblícuos rayos del sol, oculto ya detras del horizonte, deslizarse entre las nubes al Poniente, y teñirlas de colores infinitos, que se iban borrando poco á poco.

Y el anciano, ya en su choza, única propiedad con un trozo de tierra en derredor, soltó el haz de ramas, sentóse sobre un asiento de madera ennegrecido por el humo del hogar, é inclinó la cabeza sobre el pecho como absorto en profunda meditacion.

Y de vez en cuando su pecho henchido exhalaba un breve sollozo, y con voz cascada decia:

Yo no tenia mas que un hijo; hánmelo tomado: no tenia mas que una vaca; hánmela llevado por el impuesto de mi tierra.

Y luego con voz mas débil repetia: Hijo mio, hijo mio; y una lágrima humedecia sus párpados gastados, empero sin desprenderse.

En tanto que asi se acongojaba, oyó á alguien que decia: ¡Padre mio, sea la bendicion de Dios, sobre vos y sobre los vuestros!

Los mios, dijo el anciano; ¡ay! ya no hay nadie que me pertenezca, soy solo.

Y levantando los ojos, echó de ver á un peregrino, en pie, á la puerta, apoyado en su báculo; y no ignorando que Dios es quien envia los huéspedes, díjole:

Devuélvaos Dios vuestra bendicion. Entrad, hijo; cuanto tiene el pobre, es del pobre.

Y encendiendo en el hogar su haz de ramas, púsose á preparar la comida al viajero.

Nada en tanto bastaba á distraerle del pensamiento que le agobiaba, que pesaba allí contínuo sobre su corazon.

Y el peregrino, sabedor de lo que tan amargamente le conturbaba, díjole: Padre mio, Dios quiere probaros por mano de los hombres. Vénse con todo miserias mas grandes que vuestra miseria. No es el oprimido quien mas padece, sino los opresores.

Meneó el anciano la cabeza, y nada respondió.

Repuso el peregrino: Lo que ahora dudais, en breve lo creereis.

Y habiéndole hecho sentar, puso las manos sobre sus ojos, y cayó el anciano en un sueño, semejante al sueño pesado, tenebroso, horrible, que sorprendió á Abraham, cuando Dios le quiso mostrar las futuras desdichas de su raza.

Parecióle haber sido transportado á un gran palacio, junto á un lecho, y habia al lado del lecho una corona, y un hombre en el lecho, que dormia, y lo que por aquel hombre pasaba, lo veia el anciano, bien asi como durante el dia ve el hombre despierto cuanto pasa ante sus ojos.

Y el hombre que estaba allí echado sobre su cama de oro, oia como gritos confusos de hambrienta muchedumbre que pide pan. Semejaba aquel ruido el ruido de las olas que se estrellan en la playa durante la tempestad. Y crecia la tempestad, y se aumentaba el ruido; y el hombre que dormia veia las olas elevarse por momentos, y azotar ya las paredes del palacio, y hacia esfuerzos estraordinarios como si quisiera huir, y no podia, y era suma su agonía.

En tanto que le miraba espantado, se vió el anciano de repente transportado á otro palacio. El que en él yacia acostado, mas semejaba cadáver que hombre vivo.

Y en su sueño veia delante de él cabezas cortadas; y abriendo la boca, decíanle aquellas cabezas:

Nosotros nos habíamos sacrificado por tí, y hé aqui el premio que te hemos merecido. Duerme, duerme; nosotros no dormimos. Que acechamos la hora de la venganza; que se acerca.

Y helábase la sangre en las venas del hombre dormido. Y se decia á sí mismo: si pudiese al menos dejar mi corona á esta criatura; y sus ojos vidriados se volvian hácia una cuna, sobre la cual habian puesto una diadema de reina.

Pero cuando empezaba á serenarse y á consolarse con este pensamiento, otro hombre, que le semejaba en las facciones, asió de la criatura y estrellóla contra la pared.

Y sintióse el anciano desfallecer de horror.

Y vióse trasladado al propio tiempo á dos parages distintos; y aunque separados aquellos parages, para él no eran sino uno.

Y vió dos hombres, que por la edad hubieran podido parecer el mismo hombre, y comprendió que habian sido criados en el mismo seno.

Y era su sueño el sueño del reo, que ha de ser ajusticiado al despertarse. Pasaban delante de ellos sombras envueltas en sangrientas mortajas, y cada una de ellas al pasar los tocaba, y retirábanse sus miembros y se contraian, como para zafarse de aquel contacto de la muerte.

Mirábanse luego uno á otro con una especie de horrible sonrisa, y encendíanse sus ojos, y sus manos se agitaban convulsivamente, apretando un mango de puñal.

Y el anciano vió en seguida un hombre pálido y flaco. Las sospechas deslizábanse en tropel hácia su lecho, destilaban su ponzoña sobre su faz, murmuraban en voz baja palabras siniestras, y hundian lentamente sus uñas en su cráneo mojado de sudor frio. Y una figura humana, blanca como un cendal, se le acercó, y sin hablar señaló con el dedo una mancha cárdena que le rodeaba el cuello. Y en la cama en que yacia, chocaron una con otra las rodillas del hombre descolorido, y entreabrióse su boca de terror, y dilatáronse sus ojos horriblemente.

Y el anciano, yerto de espanto, se sintió transportado á otro palacio mas grande.

Y el que allí dormia respiraba con gran dificultad. Un espectro negro paraba encogido sobre su pecho y le miraba con befa. Y hablábale al oido, y tornábanse sus palabras visio-

nes en el alma del hombre, á quien oprimia y hollaba con sus huesos puntiagudos.

Y veíase este rodeado de innumerable muchedumbre que lanzaba gritos espantosos:

Nos has prometido libertad, y nos ha dado esclavitud.

Nos has prometido reinar por las leyes, y no hay mas leyes que tus caprichos.

Nos has prometido respetar el pan de nuestras mugeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para engruesar tus tesoros.

Nos has prometido gloria, y nos has granjeado el desprecio de los pueblos, y su justo aborrecimiento.

Húndete, húndete, y vé á dormir con los perjuros y los tiranos.

Y sentíase precipitado, arrastrado por esa muchedumbre, y agarrábase á sus sacos de oro, y los sacos reventaban y se escapaba el oro, y se esparcia rodando por el suelo.

Y le parecia que vagaba pobre por el mundo, y que acosado de la sed pedia de beber por caridad, y que le brindaban un vaso lleno de lodo, y que huían todos de él y le maldecian todos, porque estaba marcado en la frente con la señal de los traidores.

Y el anciano apartó la vista de él con asco.

Y en otros dos palacios vió otros dos hombres soñando suplicios. Porque, decian ellos, ¿dónde estaremos seguros? Minado está el suelo debajo de nuestros pies: las naciones nos detestan, hasta los párvulos en sus oraciones piden á Dios dia y noche que se vea libre su tierra de nosotros.

Y condenaba el uno á dura cárcel es decir, á todos los tormentos del cuerpo y del alma y á muerte de hambre, á desdichados acusados de haber pronunciado la palabra *Patria*: y el otro, despues de haber confiscado sus bienes, mandaba arrojar en hondos calabozos á dos muchachas, culpables de haber cuidado á sus hermanos heridos en un hospital.

Y como se fatigasen en esta faena, propia de verdugos, llegáronles mensageros.

Y uno de los mensageros decia: Vuestras provincias del Mediodia han roto sus cadenas; y con los pedazos han ahuyentado á vuestros gobernadores y soldados.

Y el otro: vuestras águilas han sido destrozadas á orillas del gran rio; las aguas se llevan sus restos.

Y revolcábanse los dos reyes en sus tálamos.

Y vió el anciano otro tercero. Habia lanzado á Dios de u corazon, y en su corazon en el lugar de Dios, habia un gusano que le roía sin cesar, y cuando se avivaba su angustia, pronunciaba entre dientes sordas blasfemias, y sus labios se cubrian de roja espuma.

Y parecíale estar en una llanura inmensa, solo, con el gusano que no le dejaba. Y era aquella llanura un cementerio, el cementerio de un pueblo degollado.

Y hé aqui que de repente la tierra se conmueve; ábrense los sepulcros, álzanse los muertos, y se adelantan en tropel; y no podia ni hacer un movimiento, ni exhalar un grito.

Y todos aquellos muertos, hombres, mugeres, niños, le miraban silenciosos; y pasado un breve espacio, cogieron con el mismo silencio las losas de las tumbas y pusiéronlas en torno suyo.

Llegáronle primero á las rodillas, al pecho despues, á la boca, en fin, y estendia con gran violencia los músculos de su cuello para respirar todavia una vez; empero el edificio se elevaba sin cesar, y una vez acabado, perdíase su cúpula en una nube.

Las fuerzas del anciano comenzaban á abandonarle: su alma se dilataba de espanto.

Y hé aquí que habiendo atravesado varias salas desiertas, divisa en un breve aposento, y sobre un lecho escasamente alumbrado por la pálida llama de una lámpara, un hombre gastado por los años.....

.....

.....

.....

Y fue la última vision. Y habiéndose despertado el anciano, dió gracias á la Providencia por la parte, tal cual era, que en las miserias de la vida le habia tocado.

Y díjole el peregrino: Esperad y orad; la oracion lo consigue todo. Vuestro hijo no está perdido; vuestros ojos han de volverle á ver antes de cerrarse para siempre. Esperad en paz el dia del Señor.

Y el anciano esperó en paz.

XXXIV.

No proceden de Dios los males que afligen á la tierra, porque Dios es amor, y cuanto ha hecho es bueno; proceden, sí, de Satanás, á quien Dios ha maldecido, y de los hombres que han adoptado á Satanás por padre y por señor.

Empero los hijos de Satanás son infinitos en el mundo. A medida que pasan, Dios escribe sus nombres en un libro sellado, que será abierto y leido de todos á la consumacion de los tiempos.

Hay hombres que no aman sino á sí mismos; y estos son hombres de odio, porque no amar sino á sí mismos, es aborrecer á los demas.

Hay hombres de orgullo, que no pueden sufrir iguales, que quieren mandar siempre y dominar.

Hay hombres de codicia, que solicitan oro de contino, honores, goces, y que nunca de ellos se ven hartos.

Hay hombres de rapiña, que acechan al débil para despojarle, ora por fuerza, ora por arterías, y que giran de noche cabe la morada de la viuda y del huérfano.

Hay hombres de homicidio, que abrigan pensamientos violentos, que dicen: Sois nuestros hermanos; y matan á los que llaman hermanos, tan pronto como los sospechan de oponerse á sus designios, y que escriben leyes con su sangre.

Hay hombres de miedo, que tiemblan ante el malvado, y bésanle la mano, creyendo de esa suerte sustraerse á su opresion, los cuales cuando un inocente se ve atacado en medio de la plaza pública, se apresuran á recogerse en su casa, y á cerrar las puertas.

Esos hombres todos han destruido la paz, la seguridad, y la libertad en la tierra.

No alcanzareis pues libertad, seguridad, ni paz sino peleando en contra de ellos sin cesar.

La ciudad que han construido es ciudad de Satanás; á vosotros toca reedificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, ama cada cual á sus hermanos como á sí mismo, y por eso no se ve en ella ninguno desamparado, y no padece ninguno, si remedio hay para sus padecimientos.

En la ciudad de Dios, son todos iguales, nadie domina, porque en ella solo reinan la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios, posee cada cual sin género de temor lo que le pertenece, sin codiciar nada mas, porque lo que es de cada uno es de todos, y todos poseen á Dios, que encierra en sí los bienes todos.

En la ciudad de Dios, ninguno sacrifica á los demas á su interes propio, sino antes cada uno está siempre dispuesto á sacrificarse por los demas.

Si en la ciudad de Dios se introduce un malvado, apártanse todos de él, y aúnanse todos para sujetarle, ó espulsarle, porque el malvado es el enemigo de cada uno, y el enemigo de cada uno, es el enemigo de todos.

Cuando hayais reedificado la ciudad de Dios, reverdecerá la tierra, y tornarán á florecer los pueblos, porque entonces habreis vencido á los hijos de Satanás que oprimen á los pueblos y asuelan la tierra, á los hombres de orgullo, á los hombres de rapiña, á los hombres de homicidio, y á los cobardes.

XXXV.

Si se vieran los opresores de las naciones abandonados á sí mismos, sin apoyo, sin auxilio estrangero, ¿qué podrian en contra de ellas?

Si para mantenerlas en la servidumbre no tuvieran mas auxilio que el auxilio de aquellos á quienes la servidumbre aprovecha, ¿qué significaría tan corto número contra pueblos enteros?

La sabiduría de Dios ha ordenado las cosas de esa suerte, á fin de que los hombres puedan siempre resistir á la tiranía; y tornaríase la tiranía imposible, si comprendiesen los hombres la sabiduría de Dios.

Pero habiendo vuelto el pensamiento á otros fines, los dominadores del mundo han opuesto á la sabiduría de Dios, que los hombres no comprendian, la sabiduría del príncipe de este mundo, de Satanás.

Y Satanás, rey de los opresores de la naciones, les sugirió, para asegurar su tiranía, una astucia infernal.

Díjoles: Hé aqui lo que habeis de hacer. Tomad en cada familia los mancebos mas robustos, y dadles armas; adies-

tradlos á manejarlas, y ellos pelearán por vosotros contra sus padres y sus hermanos; porque yo les haré creer que es accion gloriosa.

Yo les fabricaré dos ídolos, que habrán por nombre Honor y Fidelidad, y una ley que se llamará Obediencia pasiva.

Y adorarán esos ídolos, y se someterán ciegamente á esa ley, porque seduciré su entendimiento, y ya nada tendréis que temer.

Hicieron los opresores de las naciones lo que Satanás les habia dicho, y tambien cumplió Satanás lo que prometido habia á los opresores de las naciones.

Vióse entonces á los hijos del pueblo levantar los brazos contra el pueblo, degollar á sus hermanos, aherrojar á sus padres, y desconocer hasta las entrañas que los habian criado.

Cuando se les decia: En nombre de cuanto es en el mundo sagrado, meditad la injusticia, pensad en la atrocidad del lo que os mandan; respondian ellos: Nosotros no pensamos; obedecemos.

Y cuando se les decia: ¿No queda en vosotros destello alguno de amor á vuestros padres, á vuestras madres, á vuestros hermanos? respondian: Nosotros no amamos; obedecemos.

Y cuando se les mostraban los altares del Dios que ha criado al hombre, y del Cristo que le ha redimido, esclamaban: Esos son los Dioses de la patria: nuestros Dioses, empero, son los Dioses de sus Señores, la Fidelidad, y el Honor.

Yo os lo digo en verdad, desde la seduccion de la primera muger por la serpiente, no ha vuelto á haber mas espantosa seduccion que esta.

Empero toca á su término. Cuando el espíritu malo fascina las almas rectas, es solo por cierto tiempo. Pasan como al través de horrible ensueño, y al despertarse bendicen á Dios que las ha aliviado de aquel tormento.

Esperad algunos dias mas, y aquellos que peleaban en favor de los opresores, pelearán en favor de los oprimidos; aquellos que peleaban por mantener en cadenas á sus padres, á sus madres, á sus hermanos, pelearán por emanciparlos.

Y huirá Satanás al abismo como los dominadores de las naciones.

XXXVI.

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por Dios y los altares de la patria.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por la justicia, por la causa santa de los pueblos, por los derechos sagrados del género humano.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para libertar á mis hermanos de la opresion, para quebrantar sus cadenas, y las cadenas del mundo.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear contra los hombres inicuos, en favor de aquellos á quienes oprimen y huellan con los pies, contra los amos en favor de los esclavos, contra los tiranos en favor de la libertad.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy mas no sean todos presa de unos pocos, para enderezar las cabezas inclinadas, y sostener las rodillas que flaquean.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que hoy mas no maldigan los padres el dia en que les fue dicho: Un hijo os ha nacido; ni las madres aquel en que le estrecharon por primera vez contra su seno.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy mas no se acongoje el hermano viendo á su hermana marchitarse como la yerba que la tierra rehusa marchitar; para que en adelante no contemple llorosa la hermana al hermano que parte y que no ha de volver.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que coma en paz cada uno el fruto

de su trabajo; para enjugar las lágrimas de los pequeñuelos que piden pan, y á quienes responden: Ya no hay pan; hánnos llevado el qué nos quedaba.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por el pobre, para que en adelante no vuelva á ser despojado de la parte que en comun herencia le toca.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para estirpar el hambre en las cabañas, para tornar á las familias la abundancia, la seguridad y el contento.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para devolver á aquellos que fueron por los opresores lanzados en los calabozos el aire que falta á su respiracion, y la luz que sus ojos buscan.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para echar por tierra las barreras que separan los pueblos, y los impiden abrazarse como hijos del mismo Padre, destinados á vivir unidos en un mismo amor.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para emancipar de la tiranía del hombre el pensamiento, la palabra, la conciencia.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jovén soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por las eternas leyes emanadas de arriba, por la justicia que proteje los derechos, por la caridad que endulza los males inevitables.

¡Benditas sean tus armas, jóven soldado!

Jóven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que tengan todos un Dios en el cielo, y una Patria en la tierra.

¡Benditas sean tus armas, siete veces benditas, jóven soldado!

XXXVII.

¿Por qué os fatigais vanamente en vuestra miseria? Vuestro deseo es bueno, empero no sabeis cómo llevarle á cabo.

Tened presente esta máxima: Solo aquel puede devolver la vida, que ha dado la vida.

Sin Dios, nada conseguireis.

Os volveis y revolveis sobre vuestro lecho de dolor: ¿qué alivio habeis encontrado?

Habeis derribado algunos tiranos, y tras ellos han venido otros peores que los primeros.

Habeis abolido las leyes de servidumbre, y habeis recibido leyes de sangre, y otra vez leyes de servidumbre.

Desconfiad pues de los hombres que se interponen entre Dios y vosotros, porque su sombra os le oculta. Esos hombres abrigan malos designios.

Porque de Dios procede la fuerza que emancipa, porque de Dios procede el amor que une.

¿Qué cosa puede hacer en favor vuestro un hombre que no tiene mas regla que su pensamiento, ni mas ley que su voluntad?

Aun entonces cuando procede de buena fé, y cuando no anhela sino el bien, es fuerza que os dé su voluntad por ley, y por regla su pensamiento.

Ahora bien, no hacen otra cosa los tiranos.

No vale la pena de trastornarlo todo, y de esponerse á todo, para poner en lugar de una tiranía otra tiranía.

No consiste la libertad en que sea este quien domine en vez de esotro; sino en que no domine ninguno.

Pero donde Dios no reina, fuerza es que domine un hombre; y eso se ha visto en todos tiempos.

El reinado de Dios, yo os lo digo de nuevo, es el reinado de la justicia en los ánimos, y el de la caridad en los corazones: y estriba sobre la tierra su fundamento en la fé en Dios, y en la fé en el Cristo, que ha promulgado la ley de Dios, la ley de caridad y la ley de justicia.

La ley de justicia enseña que todos son iguales ante su Padre, que es Dios, y ante su único Señor, que es el Cristo.

La ley de caridad les enseña á amarse y á ayudarse mútuamente, como hijos de un mismo Padre y discípulos de un mismo Maestro.

Y entonces son libres, porque ninguno manda á otro, si no ha sido libremente escogido por todos para mandar, y no puede arrebatarles nadie su libertad, porque estan todos unidos para defenderla.

Empero los que os dicen: Hasta nosotros no se ha sabido lo que es justicia; la justicia no procede de Dios, sino del hombre; fiaos de nosotros, y nosotros os fabricaremos una que os satisfaga:

Esos os engañan, ó si os prometen sinceramente la libertad, engáñanse á sí mismos.

Porque exijen de vosotros que los reconozcais señores, y de esa suerte no sería vuestra libertad sino otro género de obediencia á esos nuevos señores.

Respondedles que vuestro señor es el Cristo, que no quereis otro ninguno, y el Cristo os emanciparà.

XXXVIII.

Habeis menester gran paciencia é infatigable valor, porque no vencereis en un dia.

La libertad es el pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente.

Empiezan muchos con ardor, y cánsanse despues, antes de haber llegado á la estacion de la recoleccion.

Parécense á los hombres muelles y cobardes que no pudiendo soportar el trabajo de arrancar en su heredad las malas yerbas á medida que crecen, siembran y no recogen, porque han dejado que fuese la buena semilla sofocada.

Yo os lo digo, siempre hay hambre en ese pais.

Parécense tambien á los hombres insensatos, que despues de haber edificado hasta el tejado una casa para albergarse en ella, déjanla sin cubrir y tejar, por no tomarse un poco mas de trabajo.

Sobrevienen los vientos y las aguas, y viénese la casa al suelo, y vénse de repente los que la habian construido sepultados debajo de sus ruinas.

Aun cuando se hubiesen visto malogradas vuestras es-

peranzas no solo siete veces, sino setenta veces siete veces, no perdais nunca la esperanza.

Cuando hay fé, la justa causa acaba por triunfar, y aquel se salva que persevera hasta el fin.

No digais: es demasiado sufrir para alcanzar bienes que han de lograrse tan tarde.

Si llegan esos bienes tarde, si solo por poco tiempo gozais de ellos, ó aun si no os fuese dado alcanzarlos, gozarán de ellos vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos.

Ved que solo tendrán lo que vosotros les dejeis; ved si quereis dejarles grillos, y hambre, y el azote en herencia.

Aquel que se pregunta á sí mismo cuánto vale la justicia, profana la justicia en su corazon; y el que calcula lo que cuesta la libertad, renuncia en su corazon á la libertad.

La libertad y la justicia os pesarán en la misma balanza en que las hayais vosotros pesado. Aprended pues á conocer su precio.

Pueblos hay que no lo han conocido, y nunca miseria igualó su miseria.

Si hay en la tierra alguna cosa verdaderamente grande, es la resolucion firme de un pueblo que camina bajo los auspicios de Dios, sin cansarse un momento, á la conquista de los derechos que de él recibió; que no cuenta ni sus heridas, ni los dias pasados sin descanso, ni las noches vacías de sueño, y que se dice á sí mismo: ¿Qué es todo esto? Bien merecen la justicia y la libertad mayores sacrificios.

Podrá esperimentar infortunios, reveses, traiciones, y verse vendido por algun Judas. Nada, empero, sea bastante á desanimarle.

Porque yo os lo digo en verdad, aun cuando bajase como el Cristo al sepulcro, como el Cristo saldria de él al tercero dia, vencedor de la muerte, y del príncipe de este mundo y de los ministros del príncipe de este mundo.

XXIX.

El labrador soporta el peso del dia espónese á la lluvia, al sol, á los vientos, para preparar con su trabajo la cosecha que ha de llenar por otoño sus graneros.

La justicia es la cosecha de los pueblos.

Levántase el artesano antes del alba, y enciende su po-

bre lámpara, y afánase sin cesar para ganar un poco de pan que le alimente á él y á sus hijos.

La justicia es el pan de los pueblos.

No rehusa el mercader tarea alguna, ni se queja de ningun trabajo; desgasta su cuerpo, y olvida el sueño á fin de acumular riquezas.

La libertad es la riqueza de los pueblos.

Cruza el marinero los mares, entrégase á las olas y á las tempestades, aventúrase entre escollos y sufre el frio y el calor, á fin de proporcionarse algun descanso para la vejez.

La libertad es el descanso de los pueblos.

Sujétase el soldado á las mas duras privaciones, vela y pelea, y da su sangre por lo que llama gloria.

La libertad es la gloria de los pueblos.

Si hay en la tierra un pueblo que estime en menos la justicia y la libertad que el labrador su cosecha, el artesano un pedazo de pan, el mercader las riquezas, el marinero el descanso, y el soldado la gloria, levantad en derredor de ese pueblo una altísima muralla, á fin de que su aliento no inficione el resto de la tierra.

Cuando luzca el gran dia del juicio final de los pueblos, seráles dicho: ¿Qué hiciste de tu alma? No ha sido vista de ella ni señal ni huella. Todo lo han sido para tí los goces del bruto. Has gustado del lodo, anda á pudrirte en el lodo.

Y por el contrario, el pueblo que por encima de los bienes materiales haya colocado en su corazon los bienes verdaderos, que para conquistarlos no haya perdonado medio ni fatiga, trabajo ni sacrificio, oirá estas palabras:

A los que tienen alma, la recompensa de las almas. Por cuanto has amado mas que todas las cosas la libertad y la justicia, ven y posee para siempre la justicia y la libertad.

XL.

Creeis que el buey criado en el establo para uncirlo al yugo, y cebado despues para el matadero, sea mas envidiable que el toro que busca libre su pasto por el campo?

¿Creeis que el caballo ensillado y embridado, que encuentra siempre abundante forrage en el pesebre, goce de mejor suerte que el caballo padre que libre de toda traba galopa por el campo sueltamente?

¿Creeis que el capon, al cual arrojan el grano en el corral, sea mas dichoso que la paloma torcaz que á la mañana no sabe aun en dónde ha de encontrar el alimento de cada dia?

¿Creeis que el que tranquilo se pasea en uno de esos sotos que llaman reinos, lleve vida mas dulce que el fugitivo que de monte en monte, y de peñasco en peñasco, se anda henchido el corazon con la esperanza de crearse una patria?

¿Creeis que el siervo imbécil, sentado á la mesa de su señor, saborea muy mas sus manjares delicados, que el soldado de la libertad su pedazo de pan negro?

¿Creeis que el que duerme con la soga al cuello sobre la paja que le ha estendido el amo, goce sueño mejor que aquel que, despues de haber peleado durante el dia para no depender de nadie, descansa algunas horas en la noche sobre el suelo en un rincon de una heredad?

¿Creeis que el cobarde, que arrastra por todas partes la cadena del esclavo, viva menos cargado que el hombre de corazon que arrastra los grillos del prisionero?

¿Creeis que el hombre tímido que espira en su lecho, sofocado por el aire corrompido que rodea á la tiranía, tenga una muerte mas envidiable que el hombre animoso que devuelve á Dios en el patíbulo su alma, libre, como de él la recibió?

El trabajo existe en todas partes, y en todas partes el sufrimiento; solo que hay trabajos estériles y trabajos fecundos, sufrimientos infames, y gloriosos sufrimientos.

XLI.

Ibase errante por la tierra. ¡Dios guie al pobre desterrado!

He pasado por medio de los pueblos, y me han mirado, y yo los he mirado, y no nos hemos conocido. El desterrado en todas partes está solo.

Cuando á la caida del dia veía elevarse del fondo de algun valle el humo de tal cual cabaña, decíame á mí mismo: Dichoso aquel que encuentra á la noche el hogar doméstico, y se sienta en él en medio de los suyos. El desterrado en todas partes está solo.

¿Adónde van esas nubes que barre la tempestad? La

tempestad me despide como á ellas; ¿y qué me importa dónde? El desterrado donde quiera está solo.

Esos árboles son hermosos, bellas son esas flores; pero no son las flores ni los árboles de mi pais: nada me dicen. El desterrado, donde quiera está solo.

Ese arroyo corre mansamente por la llanura, pero su murmullo no es el murmullo que en mi infancia oía: no trae á mi alma recuerdo ninguno. El desterrado, donde quiera está solo.

Dulces son esos cantares; pero los contentos y las penas que renuevan no son ni mis contentos ni las penas mias. El desterrado, donde quiera está solo.

Hánseme preguntado: Por qué llorais? Y cuando lo he dicho ninguno ha llorado, porque ninguno me comprendia. El desterrado, donde quiera está solo.

He visto ancianos rodeados de párvulos, como el olivo de sus vástagos; pero ninguno de aquellos ancianos me llamaba hijo, ninguno de aquellos párvulos me llamaba hermano. El desterrado, donde quiera está solo.

He visto vírgenes sonreirse, con sonrisa tan pura como las auras de la mañana, á la vista de aquel á quien habia escogido amor para su esposo. Pero ni una sola entre ellas se me ha sonreido. El desterrado donde quiera está solo.

He visto mancebos, pecho con pecho, abrazarse como si de dos vidas hubieran querido hacer una sola; pero ni uno me ha apretado la mano. El desterrado, donde quiera está solo.

No hay amigos, esposas, padres y hermanos sino en la patria. El espatriado, donde quiera está solo.

¡Pobre desterrado! cesa de gemir: todos estan desterrados como tú; todos ven pasar y desvanecerse ante sus ojos padres, hermanos, esposas, amigos.

La patria no está aqui abajo; en vano la busca el hombre: lo que cree su patria, no es sino un albergue para pasar la noche.

Vase errante por la tierra. ¡Dios guie al pobre desterrado!

XLII.

Y fuéme mostrada la patria.

Fui sublimado sobre la region de las sombras, y veía al tiempo arrebatarlas con velocidad indecible al través del va-

cio, como se ve al viento del Mediodía llevarse los ligeros vapores que se deslizan á lo lejos por la llanura.

Y me elevaba, me elevaba siempre; y la realidad, invisible á la vista material, me apareció, y escuché sonidos que no tienen eco en ese mundo de fantasmas.

Y lo que yo escuchaba, y lo que veía, era tan vivo, mi alma lo percibia con tal fuerza, que me parecia que todo cuanto hasta entonces habia creido ver y escuchar, no habia sido sino un sueño incierto y vago en la noche.

¿Qué les diré pues á los hijos de la noche que puedan ellos comprender? ¿Y desde las alturas de la eternidad no volví á caer con ellos en el seno de la noche, en la religion del tiempo y de las sombras?

Yo veia como un océano inmóvil, inmenso, infinito; y en ese océano, tres océanos; un océano de fuerza, un océano de luz, un océano de vida; y esos tres océanos, se penetraban mútuamente sin confundirse, y no formaban sino un solo océano, la misma unidad indivisible, absoluta, eterna.

Y esta unidad era aquel que es; y en el fondo de su ser, un nudo inefable enlazaba entre ellos tres personas que me fueron nombradas, y eran sus nombres el Padre, el Hijo, el Espíritu; y habia alli una generacion misteriosa, un soplo misterioso, vivo, fecundo; y el Padre, el Hijo, el Espíritu, eran aquel que es.

Y el Padre me aparecia como un poder, que en el seno del Ser infinito, uno con él, no tiene mas que un acto, permanente, completo, ilimitado, que es el Ser infinito, él mismo.

Y el Hijo me aparecia como una palabra, permanente, completa, ilimitada, que dice lo que obra el poder del Padre, lo que es, lo que es el Ser infinito.

Y me aparecia el Espíritu como el amor, la efusion, la aspiracion mútua del Padre y del Hijo, animándolos con una vida comun, animando con vida permanente, completa, ilimitada, el Ser infinito.

Y los tres eran uno, y esos tres eran Dios, y abrasábanse, y uníanse en el impenetrable santuario de la sustancia, una é indivisible; y esta union, este arrobo, eran en el seno de la inmensidad la eterna alegría, el goce eterno de aquel que es.

Y en las honduras de este infinito océano de ser nadaba, y flotaba, y se dilataba la creacion; bien asi como una lisa

que dilatase incesantemente sus playas en medio de un mar sin límites.

Dilatábase y se abria como una flor que echa sus raices en las aguas, y que tiende sus largos filamentos y sus corolas sobre la superficie.

Y yo veía á los seres encadenarse con los seres, y producirse y desarrollarse en su variedad infinita, alimentándose y saciándose de una seva que no se agota jamás, de la fuerza, de la luz, y de la vida de aquel que es.

Y cuanto hasta entonces habia estado oculto para mí se desarrollaba ante mi vista, no ya coartada por la red material de los sentidos.

Desembarazado de las terrestres trabas, íbame de mundo en mundo, bien asi como acá abajo se anda el espíritu de pensamiento en pensamiento; y despues de haberme sumergido y perdido en estas maravillas del poder, de la sabiduría y del amor, sumergíame y me perdia en el manantial mismo del amor, del poder y de la sabiduría.

Y conocí lo que era la patria; y embriagábame de luz, y mi alma, arrebatada por torrentes de armonía, adormecíase sobre las celestes ondas, en éxtasis indecible.

Y veía despues al Cristo á la derecha de su Padre, radiante de gloria inmortal.

Y veíale tambien como un cordero místico inmolado sobre un altar; millares de ángeles le rodeaban juntamente con los hombres, con su sangre rescatados; y cantando sus alabanzas, tributábanle acciones de gracias en la lengua del cielo.

Y una gota de la sangre del cordero se derramaba sobre la naturaleza lánguida y doliente, y víla transformarse; y las criaturas todas que en sí encierra palpitaron con vida nueva, y alzaron todas la voz, y esta voz decia:

Santo, Santo, Santo, es aquel que ha destruido el mal, y vencido á la muerte.

Y el Hijo se inclinó sobre el seno del Padre, y el Espíritu los cubrió con su sombra, y hubo entre ellos un misterio divino; y los cielos se estremecieron en silencio.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE DEL TOMO TERCERO.

PÁGS.

COLECCION DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES.—*Los calaveras*, artículo primero. 5
—*Idem*, artículo segundo y conclusion. 10
—*Modos de vivir que no dan de vivir*. 17
—*La caza*. 26
—*Impresiones de un viaje*. 32
—*Cuasi*, pesadilla política. 38
—*Figaro de vuelta*. 43
—*Buenas noches*. 50
—*Dios nos asista*. 61
—*Literatura*. 77
—*García de Castilla*, tragedia. 85
—*Teresa*, drama. 89
—*Carta de Figaro á don Pedro Pascual Oliver*. . . 93
—*Teatros*. 98
—*De la sátira y de los satíricos*. 103
—*El Trovador*, drama caballeresco. 110
—*Las fronteras de Saboya, y el último bufon*, comedias. 115
—*De las traducciones*. 118
—*Catalina Howard*, drama. 123
—*A beneficio del Sr. Lopez*. 128
—*Los barateros*. 131
—*Figaro al director de el Español*. 136
—*Aben-Humeya*, drama histórico. 138
—*Panorama Matritense*, artículo primero. 145
—*Idem*, artículo segundo y último. 151
—*Antony*, drama, artículo primero. 155
—*Idem*, artículo segundo. 159
—*Hernani, ó el honor castellano*, drama. 167
—*Memorias originales del príncipe de la Paz*, artículo primero. 170
—*Idem*, artículo segundo. 175
—*Margarita de Borgoña*, drama. 180
—*El dia de difuntos de* 1836. 185

—*El Pilluelo de París*, comedia. 190
—*Figaro dado al mundo*. 194
—*Felipe II*, drama. 198
—*Horas de invierno*. 202
—*La nochebuena de* 1836. 206
—*Figaro á los redactores del mundo*. 214
—*Figaro al Estudiante*. 219
—*Cronología*. 221
—*Los amantes de Teruel*, drama. 226
—*Figaro á los redactores del Mundo*. 233
—*Todo por mi padre*. 236
—*De* 1830 *á* 1836, primera parte. 239
—*Idem*, segunda parte. 254
—*Ni por esas*. 274
—*El Dogma de los hombres libres*. 281

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of ~~five cents~~ a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE FEB 25 1930

DUE APR 5 '38

JAN 2 1931

MAR 16 '53 H

NOV 22 '60 H

DUE 32

DUE JUL 27 '32

CANCELLED

365,923

NOV 14

DUE JUL 27 '32

DUE MAR 5 '38

5 7 580